

**JEFF CARLSON**



# **LA PLAGA**

**¿PUEDE UNA VACUNA CAUSAR EL FIN  
DE LA HUMANIDAD?**

**Lectulandia**

Un laboratorio diseña un producto de nanotecnología para combatir el cáncer. Un fallo de seguridad permite una fuga de estos mecanismos microscópicos cuando aún están en fase de pruebas y lo que debía ser un método curativo se convierte en una plaga tecnológica que acaba con la vida de cinco mil millones de personas y cambia la vida en la Tierra para siempre. Pero el mecanismo nanotecnológico tiene un punto débil: se autodestruye a altitudes superiores a los tres mil metros. Aquellos pocos que han conseguido escapar luchan por sobrevivir en las montañas más altas. La última esperanza de la humanidad son una científica especializada en nanotecnología que se encuentra a bordo de la estación espacial internacional y un pequeño grupo de supervivientes en California que emprenden un arriesgado viaje más allá de la frontera segura de los tres mil metros de altitud. Porque uno de los miembros de este grupo parece saber algo sobre el origen de la plaga.

# Lectulandia

Jeff Carlson

## La Plaga

ePUB v1.0

OZN 03.10.11

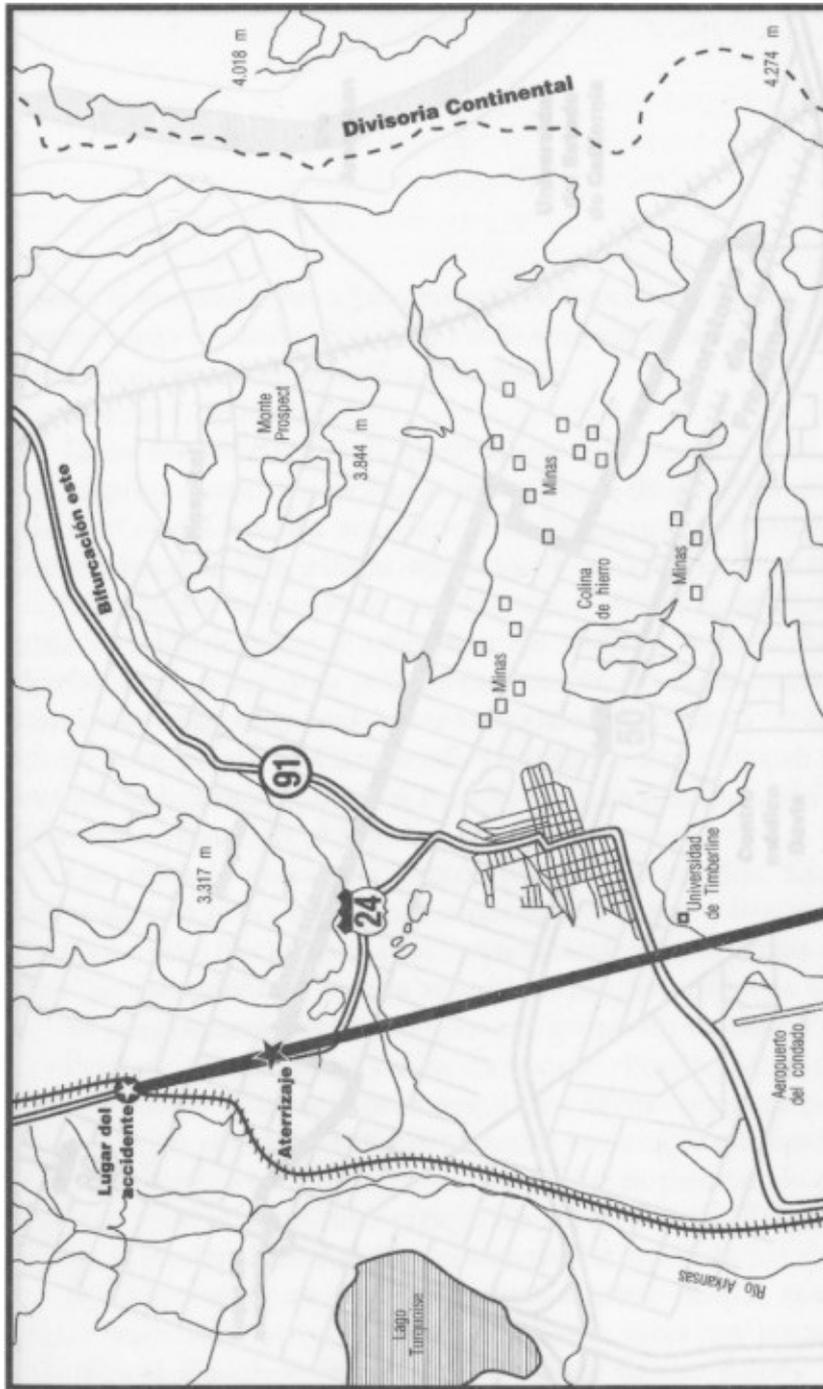
---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

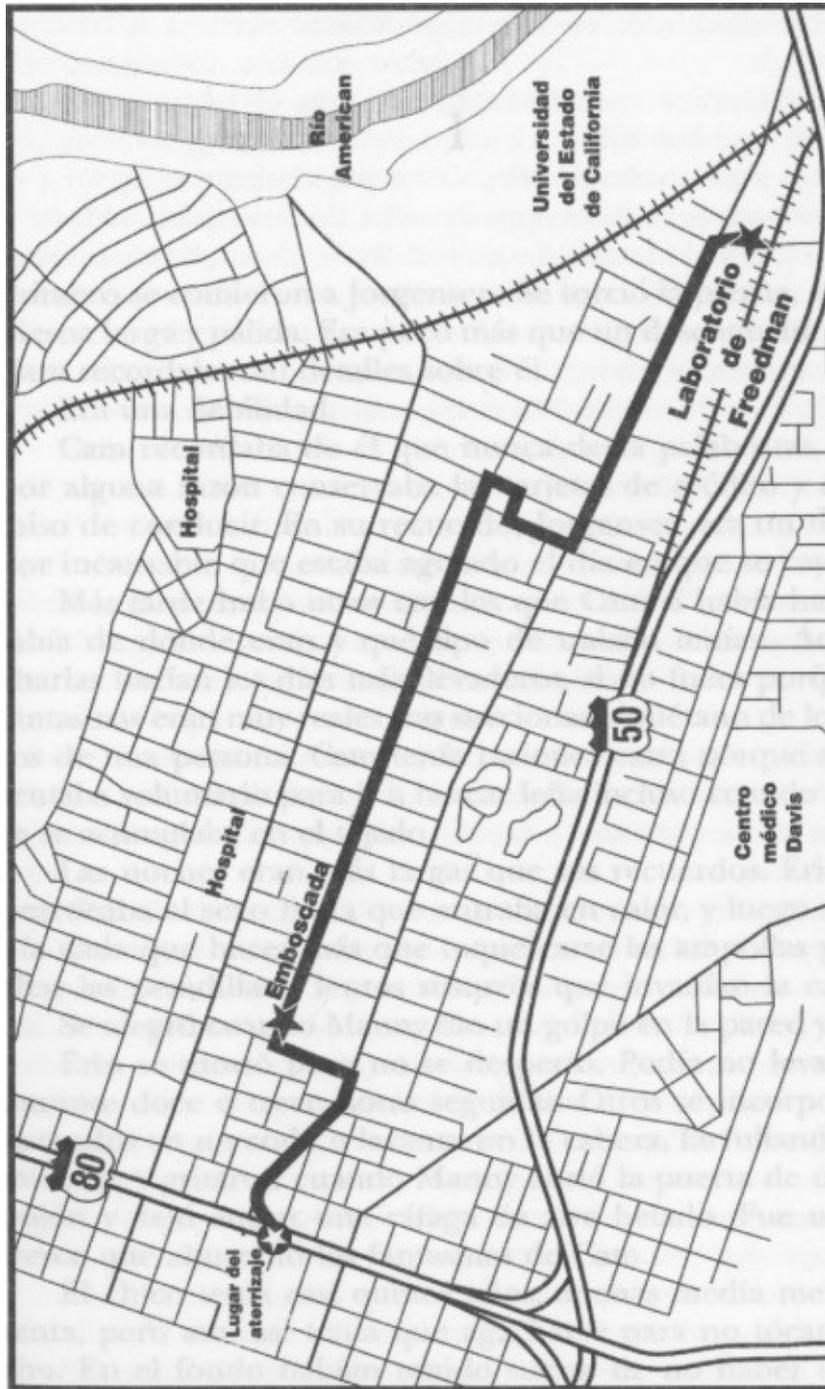
---

Título original: Plague Year  
Primera edición: septiembre de 2008  
© Jeff Carlson, 2007  
© Ediciones Minotauro, S. A., 2008  
Avda. Diagonal, 662-664, 6.ª planta, 08034 Barcelona  
© Traducción de Ana Guelbenzu, 2008  
Mapas de Meghan Mahler  
Todos los derechos reservados  
ISBN: 978-84-450-7710-8  
Depósito legal: B. 30.803 — 2008  
Preimpresión: La Nueva Edimac, S. L.  
Impresión y encuademación: Egedsa  
Impreso en España

Para Diana



La trayectoria de la *Endeavour*



Ruta de la Expedición Hernández

# 1

Primero se comieron a Jorgensen. Se torció la pierna, aquella pierna larga y pálida. Era poco más que un desconocido, pero Cam recordaba mil detalles sobre él.

Era una debilidad.

Cam recordaba de él que nunca decía palabrotas, y que por alguna razón conservaba las tarjetas de crédito y el permiso de conducir. En su recuerdo, Jorgensen era un trabajador incansable que estaba agotado el día en que se cayó.

Más tarde hubo otros con los que Cam sí había hablado, sabía de dónde eran y qué tipo de trabajo tenían. Aquellas charlas hacían los días más llevaderos, si no fuera porque los fantasmas eran muy reales tras succionar el tuétano de los huesos de una persona. Cam tenía raciones extra porque se presentaba voluntario para ir a buscar leña incluso cuando la nieve se acumulaba en el tejado.

Las noches eran más largas que sus recuerdos. Erin sólo practicaba el sexo hasta que entraba en calor, y luego no había nada que hacer más que toquetearse las ampollas y escuchar las pesadillas y lentos susurros que invadían la cabana.

Se alegró cuando Manny dio un golpe en la pared y gritó.

Erin se movió pero no se despertó. Podía no levantarse durante doce o trece horas seguidas. Otros se incorporaron apoyados en un codo o levantaron la cabeza, farfullando y gimiendo, y gritaron cuando Manny abrió la puerta de un empujón y dejó entrar una ráfaga de aire helado. Fue un aire fresco que ahuyentó los fantasmas de Cam.

El chico tenía casi quince años, apenas medía metro sesenta, pero aun así tenía que agacharse para no tocar el techo. En el fondo habían tenido suerte de no haber encontrado más materiales para hacer algo mejor. Probablemente habrían construido el refugio demasiado alto, por costumbre.

Aquel espacio bajo se calentaba rápido, y tenían pensado bajar el techo otros treinta centímetros antes de que regresara el invierno y utilizar las tablas que sobraran como aislantes.

—Hay alguien en el valle —dijo Manny.

—¿Qué?

—Price quiere encender una hoguera.

—¿De qué hablas?

—Hay alguien en el valle. Viene hacia aquí.

Cam estiró el brazo por encima de Erin para sacudir a Sawyer, pero ya estaba despierto. Se le puso el brazo tenso bajo la mano de Cam. La fogata, reducida a brasas, desprendía la luz justa hacia su rincón para que la silueta del cuero cabelludo recién afeitado de Sawyer pareciera una bala.

—En el valle —repitió Sawyer—... es imposible.

Manny meneó la cabeza.

—Se ve una linterna.

La alta sierra de California, al este de lo que quedara de Sacramento, estaba formada por sorprendentes líneas rectas. Los barrancos y desfiladeros dibujaban pronunciadas uves. Cada pico de la montaña se elevaba como una pirámide que sobresalía sobre un llano, tan liso como un aparcamiento al aire libre. Teñida con el dulce brillo de las estrellas, aquella imagen dio esperanzas a Cam: era hermosa, aún podía reconocer la belleza.

Y lo que era aún mejor, ya debía de ser abril o incluso mayo, y por fin haría calor suficiente para huir de aquella apestosa cabaña y dormir fuera.

Los dedos de los pies que Manny había perdido no le impedían andar con presteza, cojeaba por los campos cubiertos por la nieve que todavía no se habían llevado a su rudimentario depósito de agua. Cam y Sawyer lo seguían de cerca. Aquella cima no era muy grande, y conocían hasta su último centímetro por cazar día y noche los pocos roedores y aves que habitaban en los árboles, y por arrasar con toda planta viva.

Llevaban allí arriba casi un año. Tal vez más. Estaba claro que de nuevo era primavera, eso lo sabían, por muy confuso que fuera su calendario.

Hacía demasiado tiempo que estaban allí arriba.

Jim Price tenía a todos los de la otra choza llevando leña hacia una cresta baja, incluso a su mujer, Lorraine, que había sufrido un aborto natural hacía sólo tres semanas. Cam no recordaba si Lorraine cojeaba antes o no. Ahora había tantos que caminaban con dificultad...

Price estaba de pie junto al montón de leña. Hacía señales, profería gritos, caminaba junto a un hombre un momento y luego retrocedía presuroso para ayudar a otro a cargar.

—¡Muy bien, vamos! —Por desgracia algunas personas necesitaban ánimos. A juicio de Cam, por lo menos la mitad de los ayudantes de Price estaban abatidos, eran almas derrotadas que se habían aferrado a la única figura paternal disponible. A sus cuarenta y seis años, Price era doce años mayor que el resto de los habitantes de la montaña.

Sawyer se fue hacia el ajetreado grupo y se colocó el primero con su cabeza oscura recién afeitada. Hablaba más alto que Price, agarraba a la gente de la manga y les bloqueaba el paso. Cam se dirigió hacia donde estaban formando tres montones. Unas pilas enormes.

Manny lo siguió, al tiempo que hacía señales con el brazo. La voz del chico transmitía una impaciencia evidente.

—Ahí abajo.

Sin embargo, Cam miró al otro lado del valle. La gente del otro pico había hecho

tres hogueras. Desde allí sólo se veían titilantes chispas naranjas, pero eran una señal inequívoca.

—¿Lo veis? —preguntó Manny, luego gritó—: ¡Ehhhhhh!

Algunas de las sombras humanas a su alrededor también chillaron. Había pocas posibilidades de que aquel sonido penetrara en el extenso valle oscuro, pero Cam sintió que lo invadía de nuevo una sensación de esperanza y asombro.

Un kilómetro por debajo de ellos un haz de luz se movía con rapidez por el agreste terreno. Era luz eléctrica. Parecía una estrella.

—Debe de haber empezado a cruzar esta mañana —dijo Cam.

—¿Crees que alguien podría llegar tan lejos en un día?

—Si tardara más, moriría.

Price iba de aquí para allá con un cuenco de estaño lleno de brasas. Lo tenía sujeto contra el pecho con una mano, y con la otra hacía señales exageradas a los que iba adelantando.

Jim Price tenía el torso en forma de tonel. En ocasiones, a la luz del día, daba la impresión de estar un poco rollizo. Bajo la luz tenue de las ascuas, su rostro era todo huecos y mandíbula. En la barbilla se le marcaba un dibujo parecido a un reloj de arena. Ahí no le crecía la barba. Una cicatriz de su último descenso por debajo de los tres mil metros con un grupo de rescate. Tenía una sonrisa impresionante, casi aterradora, pero Cam no debía de tener mucho mejor aspecto, porque Price bajó la mirada cuando se colocó frente a él.

Cameron Luis Najarro había estado bastantes veces por debajo de la barrera, y tenía la piel morena salpicada de ampollas quemadas. La ceja y el orificio nasal izquierdo. Las dos manos. Los pies. Se había dejado el grueso pelo negro a la altura de los hombros para taparse una oreja que tenía muy desfigurada.

—Una hoguera —dijo Cam—. Una hoguera ya está bien, y hacedla pequeña. ¿De dónde diablos vamos a sacar más leña?

—¡Debe de saber una manera de protegernos! —Price miró a sus compañeros de cabaña, volvió a agitar el brazo en el aire y unos cuantos asintieron y mascullaron algo. Algunos llevaban todo el invierno escuchando sus tonterías altisonantes.

—No seas bobo. Si fuera así, acamparía durante la noche en vez de arriesgarse a romperse una pierna. Recuerda lo que dijeron en Colorado.

—¡Eso fue hace cinco meses!

Sawyer se acercó, con los brazos tensos en jarras y la barbilla inclinada sobre el pecho.

—No podemos gastar esa leña —dijo.

Price ni siquiera lo miró. Nunca había entendido el lenguaje corporal de Sawyer, mucho más sutil que el suyo. Price le hizo un gesto de desdén a Cam y dijo:

—Dile a tu compañerito de cama...

Sawyer le tumbó de un golpe en la boca. Price se desplomó como un fardo, dejó caer el cuenco y saltaron chispas naranjas por encima de su cabeza. Se revolvió y pataleó en el lodo, al tiempo que Sawyer avanzaba, tenso y decidido. Entonces Lorraine se interpuso entre ellos, lanzó un lamento a pleno pulmón y extendió los brazos en un gesto muy propio de Price.

—Una hoguera —dijo Cam—. Por favor.

Algunos volvieron a su choza. Los demás se apretujaron alrededor de la fogata. Se calentaban y bloqueaban la luz. Sawyer miraba a Price con muy poco disimulo por encima de las llamas amarillas, y Cam estuvo a punto de decir algo. Pero no quería avergonzar a su amigo. Él y Sawyer apenas se hablaban ya fuera de la cabaña a menos que estuviera Erin, y estaba harto de ejercer de conciliador.

Al otro lado del valle se apagaron los fuegos.

—Ellos tampoco tienen bosques que quemar —anunció Sawyer con un malicioso tono de satisfacción, y Cam sintió una punzada de decepción, de inoportuno miedo. Era como si la oscuridad del valle arremetiera como una ola y asfixiara a aquella gente.

Desde que se agotó la última pila y perdieron los repetitivos y tranquilizadores comunicados militares que se emitían cada veinticuatro horas desde Colorado y los refugios bajo tierra cerca de Los Angeles, se habían producido dos suicidios. Casi el diez por ciento de su población. Ambas eran mujeres. Ya sólo quedaban seis.

Cam no tenía ni idea de cuánta gente sobrevivía al otro lado del valle ni de las consecuencias que había tenido el invierno en ellos, sólo que estaban allí. El grupo de Cam nunca tuvo prismáticos ni una radio, sólo un reproductor portátil de CD de color rojo. Habían intentado imitar el código morse con un espejo de bolsillo y el reflejo de la luz del sol, con la intención de ayudarse unos a otros; pero, aunque se hubiera podido establecer una comunicación, los otros supervivientes no podían hacer nada por ellos más que saludarlos. Ayudarlos a mantenerse cuerdos.

El aislamiento los afligía más cada hora que pasaba. Se habían convertido en una amenaza para ellos mismos, el ambiente estaba crispado por la impotencia, la tensión y la desconfianza. El hambre y la culpa eran despiadadas.

Tal vez a todos los corroía la misma idea.

—Me pregunto qué han comido —dijo Sawyer.

Jorgensen fue fácil. Su pierna renqueante lo convertía en un completo inútil. Se cayó por el hueco de una escalera mientras revolvían en el hotel de la estación de esquí en busca de aislantes y más tornillos, torpes por el cansancio. Llevaban días ajetreados porque se avecinaban las primeras nieves. Podrían haberlo abandonado allí, pero decidieron hacerse los héroes, dejar la mayor parte de lo que habían reunido y llevarlo de vuelta. Cam ni siquiera recordaba haberlo discutido. Resultaba extraño, terrible y cómico al pensar en lo que le hicieron al cabo de seis semanas.

Pero necesitaban ser héroes.

Todas las personas de aquella montaña habían dejado familia y amigos atrás, en aquella ascensión demencial para lograr situarse por encima del mar invisible de nanotecnología.

El haz de luz se desvaneció en el techo que dibujaban las copas de los pinos. El pinar era demasiado pequeño para considerarlo un bosque, por lo que reapareció enseguida. La vegetación menguaba de manera espectacular más abajo de su cima, se iba reduciendo en franjas muy visibles de árboles, arbustos y finalmente resistentes hierbajos con flores. No había aire, agua ni suelo suficiente. Los escasos pinos y abetos esparcidos por encima del límite de la vegetación arbórea eran casi indiscernibles, todos inclinados, retorcidos y maltratados por el viento y la nieve.

El inquieto rayo de luz volvió a desaparecer tras una elevación. Pasó un minuto. Cinco. Cam había subido hasta allí en repetidas ocasiones e intentó imaginárselo. No había zanjás ni rampas, nada que retrasara a aquel hombre.

—Está aminorando la marcha —dijo Sawyer.

—Vamos. —Cam se adentró en la noche con su amigo, y Jim Price murmuró algo. Algunos se rieron. Sawyer se detuvo y miró atrás, pero Cam le dio una palmada en el hombro. Manny había dejado la fogata para seguirlos, y aquello bastó para hacer que Sawyer volviera a caminar.

Los tres se aventuraron por un amplio barranco poco profundo que formaba un embudo natural hacia su cima. Era el acceso más fácil. Discurría por una serie de salientes de granito y riscos de antigua lava de basalto que se desprendían. Cam se movía con seguridad por las rocas y la tierra compacta. Se sentía como si tuviera más resistencia física. Miraba a derecha e izquierda para aprovechar al máximo la visión periférica, así que las rocas que se desprendían sólo le aplastaron los dedos de los pies una vez.

Una ardilla listada chilló y todos se quedaron petrificados, a la escucha. Aquel extraño sonido no se repitió.

Los saltamontes no paraban de cantar.

Encontraron asiento en la base de un irregular pináculo de lava que creían haber identificado en el mejor mapa topográfico del que disponían. Según ese mapa se hallaba a tres mil cien metros. Las fluctuaciones normales de la presión atmosférica hacían que la barrera cambiara a diario, cada hora, y lo único sensato era reducir al máximo su exposición.

—Tal vez tenga una manera de parar esto —dijo Cam.

—No se sacan nanoclaves de los escombros. —Sawyer rara vez hablaba de quién había sido, a quién y qué había perdido, pero argumentó como un ingeniero durante la construcción de las cabañas y señaló problemas de drenaje y de cimentación—. Aunque allí hubiera alguien que supiera lo que hace, dudo mucho que dispongan del

equipo adecuado.

—Tal vez lo trajeron al principio.

—Si tuviera un nano de defensa que funcionara como un anticuerpo en los seres humanos, habría parado a pasar la noche como tú dijiste... Y la única alternativa es el ataque, construir un cazador asesino que salga al mundo y engulla a todos los pequeños cabrones que nos están devorando.

Cam se dio la vuelta en la oscura ladera para mirarlo.

Sawyer miraba al suelo en vez buscar abajo.

—Ese loco hijo de puta no tendría que cargar un arma así hasta aquí, sólo soltarla —dijo.

Manny se puso en pie.

—Ahí está.

Un rayo de luz irrumpió por encima de las rocas achatadas y la maleza esquelética, a poco más de doscientos metros.

—¡Ehhh! —gritó Manny—. ¡Ehhh!

Los saltamontes enmudecieron un momento, luego volvieron a cantar a coro. Cric, cric, cric. Aquel ruido enloquecedor parecía ir sincronizado con el latido del corazón de Cam, que interrumpió sus pensamientos. Esos bichos parecían un mar cada día más alto, triunfante, imparabile.

Manny se puso a bailar, cargando todo el peso sobre el pie sano.

—¡Eh! ¡Eh! —El chico agitó los brazos como si quisiera hender la oscuridad.

—¡Eh, aquí! —Cam no pretendía ponerse a gritar, pero le salió la voz de golpe. Le escocían los ojos de contener las lágrimas, y casi se ahoga al volverse hacia Sawyer—. Dijiste que un equipo de submarinismo podría ser una protección.

—Claro. —La sombra alargada del rostro de Sawyer se dividió en una sonrisa—. Hay muchas tiendas de submarinismo en la montaña...

—Sólo quería decir... —Cam se volvió hacia la ladera de nuevo para ocultar el rostro mientras una gruesa gota fría caía y surcaba su piel hasta adentrarse en su barba—. A lo mejor tiene aire embotellado, eso podría funcionar.

—Tienes razón. Excepto por los ojos, las heridas abiertas, las picaduras...

Cam se tocó sin querer las ampollas que todavía se le estaban curando en la nariz. Le picaba el cuerpo de los cientos de pequeñas heridas que tenía, sobre todo las manos.

Cada corte, cada respiración, era una puerta abierta a los nanos.

—Da igual —dijo Sawyer—. Aunque trajera aquí arriba un camión con aire suficiente para todos, no serviría de nada.

De los pocos hechos conocidos, lo único seguro era que la plaga de nanos se desató en California. Más concretamente en Cal Berkeley, San José, en el garaje de alguien, y no había habido tiempo para muchos avisos. De lo contrario, su cima

habría estado muy abarrotada.

Lo último que habían oído era que en Colorado había catorce millones de refugiados, disturbios por la comida, y cierta falta de honestidad por parte de los soldados de las fuerzas aéreas, que llevaban armas automáticas.

Colorado tenía que salir adelante. Las Montañas Rocosas ofrecían cientos de kilómetros cuadrados de altitud segura, algunas ciudades, ranchos, estaciones de esquí, instalaciones del parque nacional. Muchas zonas aún tenían energía que obtenían de las plantas hidroeléctricas, y por debajo de la barrera había docenas de ciudades grandes, e incluso pequeñas, fáciles de saquear. Otros lugares de altura parecida, como los Alpes y los Andes, mantendrían viva a la raza humana.

Existía un futuro, pero Cam no se consideraba parte de él. A menos que su grupo tuviera una suerte increíble con la caza durante todo el verano y el otoño, él y Sawyer habían calculado que la única manera de sobrevivir otro invierno sería dismantelar la otra cabaña para usarla como combustible y matar y congelar a casi todos los demás justo tras la primera nevada.

## 2

Cam oyó respirar al recién llegado casi a la vez que les llegaba el crujido de sus pasos. Aquel hombre parecía un lobo torturado. Se apiñaron como niños. Ni siquiera Manny gritó, y Cam se dio cuenta de que los saltamontes habían enmudecido de nuevo.

El desconocido estuvo a punto de pasar entre ellos sin darse cuenta.

Clavó la linterna en los ojos de Cam, duros como diamantes. Luego se detuvo, entre jadeos, y se apoyó en una rodilla. De un manotazo se apartó el pañuelo y las gafas de esquiar de la cara y los ojos.

—Por favor, agua —susurró.

Se aglomeraron a su alrededor, murmurando, lo ayudaron a levantarse y lo llevaron hacia la fogata. Cam agarró la linterna, un tubito pesado y suave al tacto. El metal estaba caliente por la mano del extraño. La linterna parecía mágica, como si transmitiera fuerza. Cam advirtió que aquel hombre llevaba una ridícula parka de color rosa forrada de piel y una pequeña riñonera, como si fuera una anciana rica de paseo. ¿Había elegido esa parka por la visibilidad o a la gente del otro lado del valle le faltaba ropa de invierno decente?

—Agua —repitió, pero no se la llevaban.

Era absurdo.

El hombre sufrió espasmos antes de llegar a la fogata, trató de resistirse, entre gemidos, e intentó agarrarse los pantalones. Ellos no lo entendieron y el pobre desgraciado se cagó encima.

Manny soltó un grito, «¡Aaaah!», fue un ruido agudo, como el de un pájaro atrapado en una red. Cam observó los ojos brillantes de Sawyer en la oscuridad. A pesar de la rudimentaria protección que eran las gafas de esquiar y el pañuelo, hasta que el hombre manifestó los síntomas aún tenían la esperanza de que les trajera dosis de un nano de nueva generación que sirviera de vacuna y protegiera sus cuerpos. Pero estaba infectado.

Sólo sabían lo que habían oído de Colorado y lo que les habían enseñado sus propias experiencias. Sawyer tenía la teoría de que la nanotecnología era un prototipo médico, por lo tanto pensado para funcionar en el interior de un cuerpo. Los demás insistían en que debía de ser un arma.

Daba igual.

Lo importante era que los nanos se destruían en alturas elevadas, ya fuera por un error de diseño o un fusible hipobárico pensado a propósito.

Daba igual.

Aquellas máquinas microscópicas estaban basadas en el carbono y se alimentaban de los organismos de sangre caliente para mejorar su rendimiento.

Como un supervirus, se propagaban tanto por los fluidos corporales como por el aire. Como esporas, parecían capaces de hibernar fuera de un cuerpo anfitrión en cualquier parte, excepto en la escasa atmósfera de las cumbres. La plaga de máquinas se había multiplicado de forma exponencial hasta que la mayor parte del planeta se quedó sin mamíferos ni aves.

Si eran inhalados por humanos o animales, los nanos inertes se introducían en la corriente sanguínea antes de volver a despertar, y tendían a aglomerarse en las extremidades. Si conseguían entrar en un cuerpo abriendo brechas en la piel, por lo general dichas infecciones se mantenían localizadas... pero sólo al principio. Incluso la más mínima contaminación se multiplicaba, se extendía y se reproducía. Una y otra vez. El cuerpo se curaba si no sufría demasiados daños. Por eso ellos habían logrado adentrarse en el mar invisible de nanos y saquear el centro turístico cercano, así como un pueblo de cabañas y unos apartamentos que había más abajo, en el valle. Sin embargo, si uno se debilitaba demasiado, ya no había marcha atrás.

Casi igual de terrible era que, al alcanzar la seguridad de una cumbre, el cuerpo, ya exhausto por los calambres, las náuseas, las migrañas, incluso hemorragias y diarreas, se viera afectado por miles o millones de nanos muertos que obstruían la corriente sanguínea. Cam había visto a una mujer caer fulminada por un derrame cerebral, además de tres paros cardíacos y un desprendimiento de retina. Y nunca había conocido a nadie que aguantara por debajo de la barrera más de seis horas.

El desconocido debía de llevar por debajo de los tres mil metros la mayor parte del día, corriendo y ascendiendo. Parecía a punto de perder el sentido, arrastraba las botas cuando lo sostuvieron y lo acompañaron.

Había comido bien. Estaba blando en sitios donde ellos sólo eran huesos, como las caderas o las costillas.

Bajo el penetrante rayo blanco de la linterna, Cam vio que el hombre tenía el cuello y las manos acribillados a ampollas, mucha sangre y cosas peores. Un repentino tono ceniciento tiñó el rostro de Cam. Tal vez fueran imaginaciones suyas. Por desgracia, su nivel de conocimientos médicos era patético. Ya no tenían ni lo más básico, como desinfectante o aspirinas. Cam tenía formación de primeros auxilios, requisito imprescindible para formar parte de la patrulla de seguridad de la estación, y durante el lento invierno había enseñado a todos los que estaban interesados, pero nadie estaba preparado para abrir a alguien y detener una hemorragia interna. Si aquel forastero estaba tan mal, su supervivencia era cuestión de suerte.

Cam esperaba que viviera lo suficiente para explicar por qué había ido hasta allí. Por lo menos merecía cumplir su misión.

Los demás se aglomeraron cerca de la fogata. Price gritó un saludo formal, era obvio que lo había ensayado.

—¡Todo este tiempo hemos estado solos! ¡Todo este tiempo esperando! —Aquel

idiota escandaloso había sido un promotor inmobiliario con muchas propiedades de alquiler en la zona, y si destacaba en algo era en pronunciar discursos.

—Deja descansar al hombre —dijo Cam, y Price enseguida agarró al recién llegado del codo y lo atrajo hacia sí.

—Sí —dijo Price—. ¡Sí, puedes quedarte con mi cama!

Era lógico, su cabaña era la más cercana, pero Cam no confiaba en que Price no intentara aprovecharse de la situación y la manejara en su interés. Estaba claro que Manny había avisado a Sawyer y Cam por voluntad propia más que por indicación de alguien. Tal vez aún estarían dormidos si el chico no hubiera tenido que mudarse de su cabaña tras discutir con sus compañeros de cama durante todo el invierno. No era la primera vez que Cam se alegraba de tener un espía en el campamento de Price.

Siguió a los demás hacia la puerta baja de la cabaña.

—¿Quieres entrar con todos? —gruñó Sawyer.

—No. Ese tipo va a dormir una eternidad.

Sawyer hizo una señal con la cabeza y a Cam le volvió a llamar la atención lo mucho que se parecía la cabeza de su amigo a una bala. Incluso Manny tenía más barba ahora que Sawyer se había obsesionado con afeitarse. Se hacía muescas en las largas mejillas con viejas navajas romas y un cuchillo afilado en una piedra de granito y tiraba el pelo que se le caía de forma prematura en un papel de lija negro, por ser material inerte donde los nanos supuestamente no podían vivir. Cam pensó que era un comportamiento muy fatalista para alguien que sabía tanto sobre la manera en que los nanos se introducían en el cuerpo.

Intentó sonreír.

—Vamos a calentarnos, ¿de acuerdo?

Sawyer lo miró, tal vez enfadado, luego miró a izquierda y derecha para ver si lo había oído alguien más.

Cam no intentó seguirle el paso a Sawyer a través del frío paisaje lunar que se extendía entre las cabañas. Era una manera tonta de romperse un tobillo.

De todos modos, nada de lo que dijera cambiaría la situación.

Sawyer se detuvo en la puerta. Miró al cielo, y Cam descubrió el punto pálido de un satélite que cruzaba el mar de estrellas. Apartó la mirada.

Las paredes de la cabaña estaban hechas de trozos, como un fuerte infantil. Sólo disponían de martillos y dos motosierras del servicio forestal para trabajar. Aun así, la cabaña había resistido el peso de la nieve y la fuerza del viento. La cubierta elevada que habían diseñado para el techo funcionaba bien, alimentaba el fuego al tiempo que permitía expulsar una parte del humo. Cam estuvo contemplando su hazaña con mucho orgullo durante toda una semana, hasta que la claustrofobia minó aquella agradable sensación.

Algunas voces protestaron cuando él y Sawyer irrumpieron en la hedionda

penumbra. De apenas seis metros por tres de largo, la mayor parte del espacio estaba ocupado por cuatro camas amplias: bastidores de madera suavizados con mantas. Encajados en la zona restante había dos agujeros en el suelo que se utilizaban para almacenar comida, una lumbre protegida por piedras, un montón de leña, un orinal, recipientes de agua, mochilas, trampas de cartón a medio construir y otras herramientas... y ocho personas más sin lavar.

Erin estaba despierta y murmuraba.

—Me estoy congelando. —Sawyer se acercó al fuego y se la dejó a Cam.

Él se deleitó con la distracción que suponía aquello.

Disfrutaron de su pestilente calor corporal, moviéndose despacio para mantenerse cubiertos por las finas colchas mugrientas. Se rozaron hasta alcanzar un frenesí ya conocido. Ella primero. Él con los dedos rugosos. Erin levantó el trasero de la dura cama al mover la pelvis hacia arriba, arriba. Luego ella se lo bebió, anhelaba cualquier sustancia que sirviera de alimento. Erin le dejó cogerla de las orejas y empujar.

Eran más listos que la mayoría respecto al embarazo. Sólo utilizaban manos y bocas. Siempre manos y bocas, excepto ocho veces, cuando Sawyer encontró media caja de preservativos en un armario de esquís. Todavía soñaban con aquellos coitos, tres cabezas juntas, ansiosas, añorantes, Erin tumbada entre los dos, dúctil y flexible.

Sí, a veces hubo seis manos juntas. Pocas veces, seis manos y nada más. Era su única vía de escape. El padre de Cam no le habría hablado durante años de haberlo sabido, pero estaba muerto. El mundo estaba muerto. ¿Por qué iba a importarle a nadie ahora?

Aquellos vientos de las tormentas de nieve les habían obligado a estar dentro durante una eternidad. Sin embargo, algunos de sus compañeros de cabaña no apartaban la vista, los imbéciles incapaces de buscarse una compañía sexual. Los celos alimentaron rumores malintencionados pese a todo lo que Cam y Sawyer habían hecho por ellos...

—Me estás haciendo daño —dijo Erin. Y sonrió.

En otra época, Erin D. Shifflet-Coombs debía de haber sido preciosa. Tenía unos ojos muy anglos, como dos joyas, como dos zafiros, y Cam soñaba a menudo con el aspecto que debió tener su trasero y sus muslos con pantalones cortos de tenis, faldas caras o un chándal con leves arrugas. Si hubieran ido a comer a casa de los padres de Cam, su padre se habría inflado como un pavo real y le habría insistido toda la noche con fuertes codazos viriles para que le contara los detalles.

Arturo Najarro había llamado a sus hijos Charlie —no Carlos—, Tony, Cameron y Greg. Los chicos eran estadounidenses de sexta generación y la madre sólo sabía decir en español poco más que «más cerveza».

Erin era universitaria, de tercer año, especializada en comunicación empresarial

en la Universidad de California, Da— vis, y había ido a practicar un poco de *snowboard* entre semana con cinco amigos. Ahora se negaba a cortarse el pelo, obcecada en que la ayudaba a mantener el calor, y tenía el rostro siempre perdido en una maraña arenosa y rubia. Probablemente el hecho de dormir junto a aquella melena había sido la causa del nuevo hábito de Sawyer de afeitarse.

No cabía duda de que el cambio de aspecto de Erin había afectado a su estado de ánimo. El perfil de la mandíbula era un rastro de antiguas ampollas, tenía los muslos escuálidos, anoréxicos. Lo peor era la sonrisa, que siempre aparecía en el momento equivocado.

Como había ocurrido durante el desayuno.

—Pero ¿por qué?

Cam la había llevado a su barranco favorito, su preferido, porque nunca iba nadie. No pudieron soportar la imagen: la ciudad enclavada junto al río, allí abajo, a lo lejos, se parecía demasiado a su pasado, una cuadrícula de ángulos rectos y color en medio de un paisaje de bosque sombrío, formaciones de lava negra y granito gris. Por lo general comían con Sawyer, pero la noche anterior no lo habían visto irse a dormir y cuando despertaron no estaba.

—Si no tiene un antídoto —dijo ella—, ¿por qué dejó su campamento? —Se le torció la comisura de los labios—. ¿Crees que lo han expulsado?

Cam meneó la cabeza.

—No habrían utilizado toda esa madera para encender tantos fuegos.

Cuatro cuervos volaban en círculo a menos de un kilómetro al sur, siguiendo una corriente de aire caliente. Cam los observó para ver si se adentraban en el valle o se acercaban a su cima, aunque no tenían mucha carne. El último que habían capturado tenía sarna y estaba cambiando el plumaje. Sin duda los enjambres de insectos los atraían con frecuencia por debajo de los tres mil metros.

Lo que había sobrevivido del ecosistema estaba muy maltrecho, sólo quedaban lagartijas, serpientes, ranas y peces para mantener a raya la creciente población de insectos. En su último viaje por debajo de la barrera, Cam había atisbado lo que parecían bancos de niebla tóxica en la parte baja del valle. Bichos. Hasta entonces la altura había mantenido alejadas las especies que picaban, excepto a las pulgas, y hasta poco antes el frío invernal protegía a los equipos de búsqueda de comida que bajaban al valle. Ya no.

Aquel día no soplabla el viento y el sol matutino caía con fuerza suficiente para dejar la piel al descubierto. La sensación era tan limpia, tan erótica, que a Cam se le puso la piel de gallina, y Erin lo malinterpretó como una reacción al frío. Él tuvo que hacerle cosquillas para que por lo menos se subiera las mangas. Luego se quitó la camisa sin mirar si había alguien cerca, y Cam sintió un leve escalofrío. Las cabañas no permitían intimidad alguna, y ella había tenido relaciones con dos hombres

durante casi un año, pero Erin Coombs nunca había sido una exhibicionista. De hecho, se enfrentaba al mal tiempo que tanto odiaba con tal de no orinar en el recipiente común. «El tintineo —decía ella—. Todo el mundo mira.»

A Cam le inquietó que de repente pareciera no importarle. Demasiados habían quedado mermados, abatidos por aquella experiencia. Cam se sentía más en sintonía con el entorno y consigo mismo que nunca. Se sentía salvaje y consciente.

Cam se había quedado todo lo pálido que podía estar un latino, pero Erin era puro marfil, excepto por las cicatrices violáceas. Cam lanzó miradas furtivas a su cuerpo y a sus pechos pequeños mientras compartían una pegajosa papilla hecha de de harina de huesos, liquen amargo y las motas que se desprendían de la roca al rascar el hongo naranja.

Cuando a él le dolía el diente malo, ella lo besaba una y otra vez, piel sobre piel caliente. Fue el mejor momento que habían tenido.

Cam rodeó con un brazo los hombros de Erin mientras estudiaba la cima de enfrente. Ella lo miró a la cara. Al final, hizo un gesto hacia el otro lado del valle y dijo:

—Llévame contigo.

### 3

El desconocido les dijo que se llamaba Hollywood, y sólo Price hizo un comentario al respecto.

—¡Ah, sí, yo tenía conocidos allí!

Cam pensó que Hollywood estaba frunciendo el ceño. Era difícil saberlo. Aquel joven había sido medio devorado vivo desde las entrañas, y la agonía le desencajaba el rostro. Le habían salido manchas y sarpullidos en las sienes. Además, tenía picaduras inflamadas, entre ellas, tres desagradables cúmulos blanquecinos en el cuello y la mejilla. Cam intentó imaginar cuántos centenares de insectos se necesitaban para ocasionar semejante daño.

—He venido para llevaros a todos al otro lado —anunció Hollywood. La cabaña se quedó en silencio. Volvió a torcer el gesto y levantó la mirada hacia los rostros congregados a su alrededor. Apenas tenía diecinueve años. Estaba en buena forma. Tenía rasgos japoneses, de ojos y pelo negros, un auténtico surfista de California que arrastraba las vocales y levantaba la barbilla para enfatizar cada pausa de su discurso.

Cam no pudo evitar pensar en sus hermanos, de piel morena pero iguales a sus vecinos. Allí, en la costa, había funcionado un crisol de culturas fundidas en una gracias a una libertad y riqueza sin precedentes.

—Me refiero al otro lado del valle —explicó Hollywood—. Tenemos un médico y algunos utensilios agrícolas. Y, por cierto, mucho más espacio.

—¿Por qué? —dijo Erin.

—Por pura suerte. —Hollywood esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Me refiero a por qué te importamos tanto como para jugarle la vida.

Se encogió de hombros, pero aquel movimiento le provocó un gesto de dolor. Debía de haberse imaginado aquella escena muchas veces.

—No podíamos dejaros aquí, sin más.

—¿Tenéis un equipo de radio? —preguntó Sawyer.

Cam miró a su alrededor, sorprendido. Aquella pregunta cabía esperarla de Price. ¿Qué más daba? Colorado no enviaría un avión aunque tuviera un sitio donde aterrizar.

—Sí. De onda corta —asintió Hollywood.

—¿De banda civil o de radioaficionado?

—De radioaficionado, creo.

—¿Cuántos sois allí? —continuó preguntando Sawyer, muy tranquilo. Cam pensó que las preguntas sobre la radio habían sido un intento de desenmascarar sus verdaderas intenciones. Cam trató de hacerle una señal, pero Sawyer parecía no ver nada más que la expresión de Hollywood.

—Nueve —contestó Hollywood—, incluido yo.

«Menos que nosotros», pensó Cam.

Sawyer no podía parar.

—¿Tenéis comida? ¿Casas?

—Hay una cabaña con una habitación y un enorme tanque de propano. Nos ayudó a pasar el invierno. Y queremos plantar el máximo de alimentos posible. Por eso necesitamos vuestra ayuda. Sólo hay cuatro adultos más.

Sawyer movió la mano y cerró el puño.

—En realidad estamos muy impresionados de que hayáis conseguido sobrevivir aquí, metidos en esta pequeña cima. Seguramente habéis hecho incursiones por debajo de la barrera, ¿no?

Demasiadas caras se dieron la vuelta, y Hollywood desvió la mirada hacia ellos, preocupado, pensativo.

—Sí, somos bastante fuertes —dijo Cam.

Hollywood volvió a sonreír.

—No podíamos dejaros aquí, sin más.

Después de Jorgensen mataron a Loomas —de nombre Chad, Chuck o algo así—, jefe de ventas, con el pecho peludo como un oso y un grueso anillo de platino en el pulgar. Cam distrajo a aquel holgazán hijo de puta con un grito mientras Sawyer se abalanzaba sobre él por detrás y le daba un martillazo en el cráneo. Loomas gimió y cayó a cuatro patas. Siempre lloriqueando. Cam se hizo daño en el pie y las espinillas dándole patadas a aquel hombre, hasta que Sawyer lo apartó de un empujón y acabó el trabajo.

Descuartizar el cuerpo fue más complicado. Había que guardar aquella nueva riqueza, repartirla en porciones exactas. Grasa dulce y sal.

Jim Price era el siguiente en la lista de Sawyer, pero Cam quería evitar una guerra. A nadie le gustaba Loomas, pero Price era el líder indiscutible de la mayor facción de la montaña, a algunos incluso les caía bien. Por eso estaban tratando de inventar una lotería justa que poder controlar en secreto, cuando se acabó la última pila y Nancy McAlgo se hizo un corte desde las muñecas hasta los codos.

Luego la señora Lewelling saltó del barranco preferido de Cam. Tal vez pensó que no podrían llegar hasta ella.

Algo se reventó dentro de Pete Czujko al regresar de una salida en busca de alimentos y luchar contra montones de nieve en polvo que les llegaban a las rodillas. Estuvo desangrándose durante ocho largos días, vigilándolos. Pero el miedo de sus ojos poco a poco se fue apagando.

Timmerman murió de neumonía.

Y, tras una expedición inútil por las cabañas que ya habían arrasado, Ellen Gentry se desplomó unos segundos después de alcanzar la seguridad de la cima. Pensaron que fue un ataque.

—Un ataque de suerte —dijo Sawyer, sin parar de reír.

Siete cuerpos eran carne suficiente para sobrevivir.

—¿Y si es una trampa? —Sawyer se acercó por detrás a Cam, al tiempo que observaba la línea irregular del horizonte.

—Vaya, aún me hablas. —La primera reacción de Cam fue disimular su alivio, intrigado, y enseguida se arrepintió de la broma. Últimamente Sawyer le daba un doble sentido a todo, y no servía de nada hacerle enfadar. Era absurdo tener que disculparse. Una pérdida de energía sin sentido.

Cam volvió a su trabajo y rompió la corteza congelada de un banco de nieve con un esquí, una herramienta de una utilidad sorprendente.

Sawyer dio otro paso, como si pretendiera seguir caminando, pero intentaba atraer la atención de Cam.

—Ese tipo podría estar mintiendo —dijo—. ¿Y si esa gente sólo quiere procurarse carne?

Cam contempló la nieve virgen bajo la profunda capa quebrada de hielo sucio. Era como una metáfora de algo, pero estaba demasiado cansado para darse cuenta. Sin embargo, la nieve no era tan pura como parecía, se comprimía al derretirse y caer, y volvió a clavar el esquí.

—Piénsalo. —Sawyer se arrodilló a su lado y empujaron unos trozos de nieve hacia la manta que Cam utilizaba como carretilla—. Llegaremos allí tan cansados que no nos tendremos en pie. Aunque sólo haya cuatro adultos, nos pueden dar un golpe a todos en la cabeza.

—No.

—A lo mejor les quedan un par de mujeres.

Cam miró a derecha e izquierda. Rocas quebradas contra el cielo pálido. Price había delegado en seis personas para ayudarlo. Arrastraban pequeñas cargas en mantas hacia el depósito de agua, un agujero que habían cavado en un lecho de lava. Mucho más cerca, Erin descansaba en una piedra de granito que iluminaba el sol porque estaba un poco mareada.

Cam clavó su mirada en ella, y habló en voz baja:

—No. De ninguna manera pueden estar planeando algo así. Es demasiado arriesgado. Hollywood apenas ha conseguido llegar.

—Pero lo ha hecho.

—Algunos de los nuestros no llegarán.

—Cierto. Mejor para tí y para mí si es así. —Sawyer estaba relajado, agarró dos esquinas de la manta y le indicó a Cam que hiciera lo mismo—. Iremos, sea o no una trampa. Sólo necesito que estés preparado.

—El único motivo para enviarlo hasta aquí es que realmente necesitan ayuda en la reconstrucción.

Sawyer meneó la cabeza una vez.

—Si... —dijo Cam, pero era una idea demasiado retorcida para articularla.

Si lo conseguían, ¿qué tipo de futuro crearían? Asesinos y caníbales. ¿Merecían el sacrificio de Hollywood o era mejor dejarlos morir allí?

Albert Wilson Sawyer podía ser tan egoísta como una rata, y violento si percibía una amenaza. Esa combinación lo convertía en el superviviente perfecto. La voluntad e inteligencia de Sawyer lo habían mantenido con vida en las condiciones más adversas. Era una suerte poder contar con su ayuda. La lealtad que Cam sentía hacia su amigo se había vuelto recíproca. Sin embargo, la fuerza de Sawyer se convertiría en una debilidad fatal si no era capaz de dejar de esforzarse, de luchar, de crear amenazas inexistentes hasta que él las imaginaba.

Cam volvió a mirar a Erin y más allá, al otro lado del valle. Una profunda y peligrosa tristeza se apoderó de él, y estuvo a punto de decirle a Sawyer lo mucho que lamentaba en lo que se habían convertido.

El fin del mundo estaba anunciado en la página cuatro del *Sacramento Bee*. Cam no se habría dado cuenta de no ser por su amigo Matt Hutchinson, que era adicto a la política. Dos años en la universidad habían tenido su efecto en el cerebro de aquel tipo. Hutch veía programas como *Crossfire* o *60 minutos*, y siempre tenía una nueva atrocidad de la que hablar, una página web que había descubierto, un artículo de revista que se había metido en el bolsillo e insistía en compartir. Una actitud curiosa para un loco del esquí. La gente se mudaba a la zona de Bear Summit por muchos motivos, pero no por estar al corriente de los acontecimientos del siglo XXI.

Aquel sitio estaba en medio de la nada. En invierno, la población permanente apenas llegaba a los cuatrocientos habitantes, y unos mil turistas por semana, sobre todo los festivos. Al llegar el verano la población residente descendía a cincuenta personas. La vida nocturna consistía en una pizzería sin licencia para vender alcohol, un bar con una mesa de billar y un tugurio en la única gasolinera con seis videojuegos de 1997. La televisión por cable se apagaba con frecuencia, a veces la electricidad y los teléfonos también, y por lo menos una vez cada invierno cerraban las carreteras.

Cam le seguía la corriente a Hutch porque era divertido ver a su amigo entusiasmado. El tipo le contestaba exaltado con sus espectáculos. Cam prefería los deportes. Cada día, al parecer, todo el mundo lanzaba bombas, cometía violaciones, envenenaba el agua y destrozaba bosques del tamaño de una ciudad. Era deprimente.

Se imaginaba que iba a empezar con más de lo mismo cuando Hutch le dio un golpe con un número enrollado del *Bee* en el abarrotado coche patrulla de la estación de esquí y dijo:

—¿Has oído toda esta mierda?

—Sí, Hutch, me he quedado pasmado.

—Ni siquiera sabes de qué hablo.

Leyó por encima los primeros párrafos mientras se abrochaba las botas, con el periódico extendido en el banco de al lado. Cuatro víctimas mortales en Emeryville y Berkeley, cuatro enfermos, posiblemente más. Lo que fuera que los estuviera matando se había diagnosticado erróneamente al principio como una voraz infección bacteriana... pero entonces Bobby Jaeger plantó su culo encima del periódico para jugar con sus botas, Cam le dio un golpe y los dos se rieron. Bobby se fue antes de que Hutch pudiera abordarlo.

Cam también se levantó. No le gustaba llegar tarde la primera ronda, como decían en aquella estación. Una vez comprobados todos los postes e indicadores de su sección, ya podían hacer uno o dos descensos antes de abrir los telesillas al público. La montaña era una combinación intrigante de vistas amplias, matorrales y barrancos secretos, y a veces el primer sol era tan brillante y el silencio tan nítido que se sentía de nuevo como un niño.

Cameron Najarro no cargaba con ninguna cruz destaca— ble. El dinero era secundario, hacía ocho meses que no se acostaba con nadie y su madre siempre le hacía sentirse fatal por vivir tan lejos cuando hablaban por teléfono; pero, como todos los verdaderos deportistas, le gustaba dejarse llevar. Ninguna experiencia superaba la sensación animal de ser músculos y sólo músculos. Deslizarse entre los árboles en la nieve reciente, bajar a toda prisa por un campo de baches... le encantaba la velocidad, el equilibrio y la lucidez mental.

Tenía veintitrés años.

—Hutch, tío, a veces eres un pesado —le dijo cuando recorrían un estrecho pasillo hacia los portaesquíes.

—Entonces ¿tú qué opinas?

—Que eres un retorcido. Hace una mañana muy bonita, disfrutémosla antes de que llegue la tormenta y nos quedemos atascados y tengamos que sacar nieve de las laderitas. —La nieve había sido muy abundante durante todo marzo, y la predicción era que cayeran sesenta centímetros más a partir de aquella tarde.

—No, de verdad —dijo Hutch—. ¿Te acuerdas de la amenaza de meningitis hace unos años? ¿Recuerdas que gastaron el dinero de nuestros impuestos examinando si había ántrax?

Cam se encogió de hombros. Tabitha Doyle estaba en cuclillas en la base del portaesquíes, toqueteando los bordes de sus Dynastars nuevos, y quería tener una sonrisa preparada para cuando ella levantara la vista. Sabía que con ella tenía muy pocas posibilidades. En la zona la proporción era de más de tres hombres por cada mujer, y había muchas caras más bonitas que la suya. Además, Tabby acababa de salir de una relación. Y, por supuesto, Cam era el chico de color que debía haber en todo grupo. No era muy significativo, pero esquiar era un deporte de blancos, y, aunque era su tercer año en Bear Summit, todavía le lanzaban miradas divertidas.

Algunas mujeres simplemente lo rechazaban. En realidad, Tabby ni siquiera era guapa, en su cara destacaban unos labios siempre reseco e hinchados, pero era bueno practicar.

Hutch seguía despotricando.

—Me gustaría saber por qué el Estado no tiene una base de datos médica en red.

—¿Estáis hablando de esa epidemia? —preguntó Tabby.

Cam volvió a encogerse de hombros.

—Hutch está bastante indignado.

—Eh, yo también —dijo ella—. ¿Has visto las noticias de la mañana?

—Sólo el periódico. —Hutch lo llevaba encima, como si fuera a leer su horóscopo en el telesilla—. Cuatro fallecidos.

—Treinta y ocho —repuso Tabby.

Aquella tarde, unidades del ejército y la guardia nacional empezaron a poner en práctica protocolos de guerra biológica en toda la zona de la bahía, hicieron aterrizar todos los vuelos y cerraron las autopistas. Dieron órdenes a la gente de no moverse y quedarse dentro de casa, con las ventanas cerradas y el aire acondicionado apagado. La madre de Cam, sus tres hermanos, su sobrina de un año, Violeta, y todos los demás quedaron en la vasta zona en cuarentena.

Consiguió contactar al séptimo intento, el número de la suerte, y habló con su madre durante cuarenta minutos, hasta que ella lo obligó a colgar. Dijo que se encontraba perfectamente. Quería que rezara por sus hermanos. Había intentado hablar con ellos en vano y veía humo en el horizonte, a veces se oían sirenas... y en la televisión mostraban mapas de la zona este de la bahía marcados en rojo en el barrio de Greg, en Concord.

En teoría las madres judías eran las peores, pero la de Cam era una anciana católica, hispana, y utilizaba a menudo el sentimiento de culpa como recurso. Tenía un motivo de culpa para cada ocasión.

La última vez que habló con su tercer hijo fue amable.

Decía que era obvio que Jesús tenía un buen motivo para hacer de Cam «mi pajarito vagabundo», y estaba contenta de que se hubiera mudado tan lejos. Tenía que quedarse allí, porque lo más importante era continuar con la familia Na— jarro.

Hutch quería conducir al este, hacia Nevada, y la mayoría de la gente lo hizo, pero Cam no se animaba a abandonar el teléfono. Oía llamadas inexistentes. Incluso descolgó varias veces. Dos días después, cuando los esfuerzos de contención fracasaron, se extendió el rumor de que la plaga de máquinas moría en las grandes alturas. Cientos de enfermos que habían eludido los controles de carretera se dirigieron a las montañas, y un piloto del ejército despresurizó su avión para eliminar a un soldado infectado cuyo comportamiento empezaba a ser peligroso. Los informes no se ponían de acuerdo sobre qué altura se consideraba segura, pero nada pudo

detener el éxodo salvaje que se desencadenó, nada excepto las mismas multitudes, cientos de miles de civiles y militares que luchaban entre sí, entre vehículos abandonados, restos y tullidos que soltaban alaridos.

Nada excepto casi ochenta centímetros de nieve en la zona de la sierra, que para entonces sufría su tercer día de tormenta de nieve.

Sawyer empezó a moverse, con la carga de hielo y nieve entre ellos, pero Cam todavía miraba al otro lado del valle. Se dio un golpe en la espinilla contra una roca y tropezó. Se miraron. Entonces Sawyer asintió, como si Cam hubiera hablado.

—Quiero enseñarte algo —le dijo Sawyer.

—Primero vamos a tirar esto al depósito.

—Ahora que no hay nadie. —Sawyer bajó su extremo de la manta al suelo. Cam se agachó para evitar que la nieve se cayera. Sawyer frunció el ceño y dijo—: ¿Por qué te esfuerzas tanto?

—Algunos de los nuestros se quedarán.

—Entonces que se ocupen ellos de eso. —Sawyer bajó la ladera.

Cam lo siguió y volvió a mirar a Erin. No se había movido de su piedra de granito, y probablemente no lo haría durante horas si no la molestaban.

—Puede que tengamos que volver a esta cima —dijo Cam—. Tal vez los necesitemos más tarde. Es lo más inteligente.

Sawyer se limitó a gruñir.

Pasado medio minuto, Sawyer se detuvo, luego fue detrás de una roca. Cam se dio la vuelta y vio a Doug Silverstein caminando con dificultad a unos sesenta metros por debajo de ellos. Silverstein medía metro ochenta y estaba flaco cuando se conocieron. Ahora era un extravagante espantapájaros, y ofrecía una imagen estrambótica abrazando un montón rígido y enredado de malla extraída de las puertas mosquiteras. Estaba cazando saltamontes. Sawyer dejó que el hombre desapareciera de su vista antes de reemprender la marcha.

El extremo occidental de su islote elevado se estrechaba hasta formar una larga cresta inclinada como un trampolín. Más allá, un laberinto de peñascos y valles caía hacia el océano de nanos, hasta que ascendía en lo que parecía una columna de dinosaurio de estribaciones que perfilaba el horizonte. Las pronunciadas rectas y curvas de las pocas carreteras visibles daban testimonio de la civilización que una vez existió en las tierras bajas; una línea de alta tensión, una lejana torre de radio...

Las marmotas, las primas grandes de las ardillas, la mayoría de piel dura, color caoba y músculos fuertes en las piernas, rápidas como un rayo, habían limpiado de basura la cresta. Todas las madrigueras parecían abandonadas, pero aun así Cam había colocado tres de sus rudimentarias trampas de cartón en la zona. Hacía varias semanas que no iba allí porque a Manny le producía verdadero placer encargarse de eso y porque no querían ahuyentar a las marmotas yendo con demasiada frecuencia.

Esperaba que Sawyer quisiera enseñarle una pista reciente, nuevos agujeros, señales de crías... o, con mayor probabilidad, alguna prueba de la extinción total, dado su estado de ánimo.

Cam olió a salvia y polen de pino. Giró la cara hacia el viento, luego advirtió la decoloración del valle, hacia el sur.

—Dios mío. ¿Eso es lo que querías que viera?

Sawyer miró atrás con una evidente expresión de perplejidad. Cam hizo un gesto y Sawyer le lanzó una breve mirada.

Retazos aleatorios de marrón y gris apagado marcaban el bosque de hoja perenne de abajo, fragmentos enormes, cada uno de más de un kilómetro de ancho. Cam intentó buscarles un sentido, tenía la mente confusa por una fría sensación de miedo. «Toda esta lucha para nada...»

—¿Los nanos están haciendo eso?

—Son escarabajos. Tal vez termitas. —Sawyer meneó la cabeza—. Si los nanos hubieran evolucionado hasta el punto de aprender a roer la madera, ya habrían subido esta montaña. Movámonos.

Cam dio dos pasos, lento y cauteloso, incapaz de desviar la mirada.

Al final la erosión y los desprendimientos de tierra acabarían con los árboles que hubieran dejado los insectos. El valle se convertiría en una fosa estéril de lodo. Al final...

Siguió a Sawyer. Al cabo de veinte metros habían llegado al límite de su mundo. Sawyer se detuvo, en apariencia al azar. Cam vio que había posado la mano sobre una veta lechosa de cuarzo. Calculó tres pasos, luego miró atrás, hacia lo alto de la ladera, y se arrodilló ante una roca. Era una roca corriente. Sacó un paquete de debajo envuelto en plástico negro.

El primer pensamiento de Cam fue «comida». El segundo fue de alegría, de agradecimiento. La culpa llegó más tarde, y también miró hacia arriba de la ladera. Pensó en Erin, en los posibles testigos, en embutidos o en un rico guiso de ternera en salsa. Cerró los ojos, como un niño la noche de Navidad, ante la promesa del crujido del papel, la apertura...

Sawyer tenía un revólver.

Jim Price estaba armando jaleo, como siempre.

—¡Colorado ha dicho que casi tienen una cura! ¡Para ellos y la estación espacial! ¡Están muy cerca!

Cam examinó la multitud de caras, veintidós en total. Toda la población se había congregado en la extensión polvorienta frente a la cabaña de Price, incluso Hollywood, que estaba apoyado en una pared, envuelto en mantas. Todo el mundo tenía el mismo aspecto. Los largos meses de privaciones habían dibujado una máscara fúnebre en todas las caras.

El lenguaje corporal se había convertido en el mejor indicador de lo que alguien estaba pensando. Los partidarios de Price estaban muy juntos y detrás de él, formando lo que podría haber sido un círculo en forma de lágrima.

Era interesante que se colocaran enfrente de Hollywood.

Price agitaba los brazos.

—¡En cualquier momento puede llegar una cura! Colorado tiene universidades, militares, y los astronautas están...

—No lo deis por hecho —Hollywood habló en un tono bajo, como la brisa. Estaba cansado, tal vez aburrido. Por su extraña falta de entusiasmo Cam vio claro que llevaba toda la tarde repitiendo aquel argumento—. Las predicciones fuera de Colorado dicen lo mismo que oísteis hace cinco meses. Que necesitan un poco más de tiempo y más muestras.

—¡Aun así, estaremos mejor esperando aquí!

—Podría ser para siempre.

Junto con dos parejas y varias personas solas, Cam, Erin y Sawyer formaban la periferia de la reunión, y Manny rondaba cerca. Cam pensó que la mayoría o toda aquella gente se iría. En comparación con la postura rígida y a la defensiva del grupo de Price, sus poses parecían más naturales.

No debería haberlo sorprendido que fueran minoría.

A McCraney se le habían roto las gafas nueve semanas antes y necesitaría que alguien le cogiera de la mano, ya que el mejor recambio que habían encontrado apenas le permitía ver a tres metros. George Waxman había perdido un ojo en el último ataque de los nanos y desde entonces se negaba a traspasar la barrera. Sue Spangler estaba embarazada de seis meses, ya inflada, demasiado para conseguirlo aunque quisiera asumir el riesgo, y su amante, Bill Faulk, tenía buenos motivos para quedarse. Lo mismo ocurría con Amy Wong y Al Pendergraff y su bebé, Summer.

De pie junto a Price, Lorraine dirigía un discurso a su facción, más que al grupo en general.

—Jamás lograremos atravesar el valle. ¡Mira en qué condiciones ha llegado aquí, y no está medio muerto de hambre como nosotros!

—Esta cima ya no nos puede dar nada. A un grupo de estas dimensiones, no, sólo a algunas personas —contestó Cam, despacio.

—Que se queden —murmuró Sawyer.

—Hollywood necesita por lo menos un par de semanas de descanso antes de irnos. Podemos reunir fuerzas, comernos la mayoría de nuestras reservas.

—No —dijo McCraney.

—¡Necesitamos esas raciones! —Price dio un melodramático paso adelante, y Faulk y Doug Silverstein se movieron para hacerle retroceder.

La tensión se reflejó en todos los rostros, impasibles, feos, ansiosos. Waxman y

otro tipo retrocedieron enseguida, pero Cam avanzó al centro del grupo, con el ímpetu de la adrenalina.

Nunca era tan consciente de la diferencia entre el color de su piel y la de los demás como en momentos así. En realidad eso parecía pesarle, sobre todo en las anchas mandíbulas, y se preguntó por un instante qué expresaba su cara, si malinterpretarían su miedo.

—Escuchadme —dijo.

«La encontré en aquella cabaña de lujo con la terraza que daba al río —le había dicho Sawyer—. ¿Te acuerdas?» Aquel lugar era un maldito paraíso, seis metros de sofá alrededor de una chimenea de piedra, cristal reforzado, un horno enorme y dos calentadores de agua alimentados por tanques de propano. Encontraron numerosos bártulos de esquí y productos enlatados, los metieron en las mochilas, ya muy cargadas, y mancharon los armarios de roble con jirones de piel y huellas de dedos sanguinolentos. «Las cosas se estaban poniendo tensas —dijo Sawyer—. Ese maldito Loomas había empezado a acaparar comida, Price volvía a hablar de elecciones. Pensé que un revólver del 38 y dos cajas de munición serían de más utilidad que unos paquetes más de galletitas.»

—Aquí no queda nada para nosotros. —Cam mantuvo el tono suave y regular—. A duras penas hemos aguantado este tiempo, ya lo sabéis. Intentar llegar a la otra cima es arriesgado, pero es nuestra única oportunidad.

Price les señaló con el dedo índice.

—¡Podéis iros, no os lo impediremos! ¡Pero no os podéis comer todas las provisiones!

Cam quiso odiarlo, habría sido más fácil. Pero eran buena gente, la mayoría, los elegidos. Luchadores. Había sangrado con ellos, compartido utensilios, se habían arrimado en busca de calor. Habían cometido los mismos pecados. Era justo intentar salvarlos.

Era una manera de salvarse a sí mismo.

Cam necesitaba compensar todo el mal que había hecho. Si podía volver a empezar, vivir mejor, tal vez tendría alguna opción de olvidar todo lo ocurrido allí arriba, en el frío, a cielo abierto.

Sin embargo, Price volvió la cabeza hacia su facción, exactamente como había hecho Lorraine.

—¡Nadie va a comer más que sus raciones habituales! —gritó.

Otro de los que estaban solos, Bacchetti, se colocó al lado de Cam antes incluso que Sawyer o Manny.

—Es nuestra comida —dijo Bacchetti, y sus asquerosos dientes brillaron entre la barba enmarañada. Hacía días que Cam no oía hablar a aquel hombre, lo había dado por perdido tiempo atrás, y en aquel momento le dio un vuelco el corazón al sentir un

extraño orgullo.

Fue un fallo, una distracción.

Price seguía bramando.

—¡Esa comida nos pertenece a todos!

—¡Exacto! —exclamó Sawyer en el mismo tono—. Bacchetti, estos chicos y yo nos hemos estado matando recogiendo suministros para subirlos hasta aquí. Merecemos comer bien.

—¡Votemos! ¡Vamos a votar!

—Vamos a comer bien, Price. —Sawyer se echó hacia delante, y Doug Silverstein reaccionó inclinando su alto cuerpo...

Cam se metió entre los dos con los brazos extendidos. Silverstein le dejó pasar, pero Sawyer se mantuvo inflexible y Cam lo empujó, desesperado, rozando con la punta de los dedos el pecho de su amigo. No notó el revólver bajo su ropa.

A Price le olía el aliento a amargos ácidos estomacales, pero Cam se le acercó.

—Venid con nosotros, Jim —le dijo.

—Deja que se queden —volvió a gruñir Sawyer.

—Podemos conseguirlo —insistió Cam—. Hollywood ya conoce el camino más fácil. Tardaremos menos que él. ¿De acuerdo? Aquí siempre hay algunas lluvias breves e intensas en primavera. Esperaremos hasta entonces.

Las bajas presiones habían hecho que los nanos descendieran casi trescientos metros, según la estimación de Sawyer, y siempre habían ido en busca de comida con el peor tiempo. Los peligros de correr por el hielo y las resbaladizas rocas, a oscuras y con frío, la posibilidad de avalanchas, de perderse, todo valía la pena con tal de reducir su exposición al mar de nanotecnología.

—Tenemos que hacerlo —dijo Cam—. ¿No lo veis? Si os quedáis más de cuatro o cinco personas, en diciembre os estaréis comiendo los unos a los otros.

## 4

Ruth se pasaba el tiempo en la ventana, día tras día, horas sin parar. El comandante Ulinov le había ordenado que parara, se lo había suplicado e incluso había bromeado con ella. Su actitud cambiaba con la misma discreción que las masas de nubes que envolvían la Tierra azul allí abajo, pero la Estación Espacial Internacional era un mundo limitado y estéril. Ruth necesitaba más espacio para pensar.

Además, volverse locos entre sí era casi la única diversión de que disponían.

El módulo del laboratorio tenía una ventana al exterior sólo porque sus diseñadores pretendían llevar a cabo pruebas de materiales y fluidos allí, y hacía tiempo que Ruth había retirado los dos *waldos* que sujetaban la ventana para mejorar la vista. A nadie le interesaban ya las ciencias puras.

La noche inmemorial cubría un lado del planeta. Ruth observaba con paciencia. Soñaba. El amanecer todavía la embelesaba, aunque desde una órbita terrestre baja apareciera cada diecinueve minutos. Cada nuevo amanecer era para ella una inspiración.

—¡Doctora Goldman!

Se estremeció cuando la voz de Ulinov tronó en el laboratorio. Últimamente lograba sorprenderla, aunque no era difícil, ya que era capaz de flotar en silencio por el pasillo que conectaba aquel módulo con la estación principal... la misma técnica que utilizó su padrastro para reeducar a su terrier, cuando *Curls* empezó a comerse el sofá. Tratamiento de shock. Sabía bien que su reacción era irracional, pero Ruth se sorprendió actuando exactamente como aquel perro bobo, convirtiéndolo en una competición, y ya no dudaba de que Ulinov también participaba de aquel juego. Invertía demasiado tiempo en atormentarla. La confrontación se había convertido en un cauteloso coqueteo entre comandante y subordinada, pasaban por alto las rígidas normas de no confraternizar, y la atracción debía de resultarle más difícil a él por su reticencia a minar su autoridad.

Se mostraban duros entre ellos, fuertes, y era maravilloso tener la oportunidad de estar entretenido. Ruth mantuvo el rostro frente a la ventana, para atraerlo.

—¿En qué estás pensando? —inquirió Ulinov—. ¿Qué hay que no hayas visto un millón de veces al otro lado de ese agujero?

El interior del módulo de laboratorio habría sido intransitable con gravedad. Sus aparatos se extendían en voluminosas torres sujetas a tres de las seis superficies de aquel cubo, atornilladas entre el equipo original y los ordenadores. Era una mezcla monocromática, paredes de color hueso, paneles de metal gris. Ulinov fue hacia ella con paso experto y pisó el techo con el pie para corregir el giro.

El comandante Nikola Ulinov era grande para ser cosmonauta, tenía el tórax lo

bastante ancho para abrazar a dos como Ruth, y su cara angulosa se había extendido hasta alcanzar unas dimensiones enormes debido a la redistribución de los fluidos corporales que se producía en la gravedad cero. Al parecer pensaba que sus dimensiones le daban una ventaja psicológica y a menudo la intimidaba. Como en aquel momento.

El olor que desprendía a Ruth le recordaba la Tierra, un aroma pleno y con textura. Bueno, auténtico. Tentador. Por fin lo miró, al tiempo que se preguntaba por qué todavía se molestaba en actuar como un brusco oso soviético.

Él se dio cuenta y probó con otro tono. En realidad era más como un lobo, ágil y astuto. Habló con suavidad:

—*Tovarish*, ¿tendré que tapar ese agujero? ¿Tendré que asignarte un vigilante? ¿Por qué no entiendes la importancia que tienes?

La chispa de picardía que se había encendido en el corazón de Ruth se desvaneció. Tal vez fuera mejor así.

—He hecho todo lo que he podido.

—La India envió nuevos esquemas justo ayer...

—He hecho todo lo que he podido aquí.

Ulinov no dijo nada. Nunca lo hacía cuando ella insistía en que la habían vencido. Era un buen truco, dejarla regocijarse en su vergüenza y frustración. Por lo general ella solía hacer promesas de trabajar más. En aquel momento ambos se quedaron en silencio.

Al final, Ruth se arriesgó a lanzar otra mirada. Los grandes ojos de Ulinov no estaban fijos en ella, sino en la ventana, donde una amplia corona de color amarillo blanquecino iluminaba la oscura curva del planeta.

—La nieve ya se ha derretido lo suficiente —dijo ella—. Colorado debería poder despejar un tramo de carretera para nosotros.

Ulinov volvía a mostrarse brusco.

—No volveremos a la órbita.

Ruth asintió. Para entonces lo llamaban «El Año de la Plaga», el que había cambiado el calendario, la historia. Y la decisión parecía correcta en muchos sentidos. Todo estaba muerto y era nuevo a la vez. Once meses atrás la vida era muy distinta, cuando ella formó parte del último lanzamiento regular en el Centro Espacial Kennedy, el definitivo. Los cohetes con suministros que lanzaron los europeos una semana después no contaban.

—Nos quedaremos todo el tiempo que podamos —dijo Ulinov—. El presidente nos lo ordenó por una buena razón.

«Y tú quieres seguir formando parte de tu guerra», pensó ella.

La tierra natal de Ulinov, como la mayoría del planeta, debía de estar para entonces inconcebiblemente vacía. Los restos del pueblo ruso habían huido a las

montañas de Afganistán y a la zona del Cáucaso, una masa escarpada de rocas que se elevaba entre el mar Caspio y el mar Negro, donde estaban atrincherados en una confusa lucha feroz contra los nativos chechenos y las hordas de refugiados de Turquía, Siria, Arabia Saudí, Jordania e Irak. Podría haber sido peor si los israelíes no se hubieran trasladado por vía aérea al sur hacia África y las cimas altas de Etiopía.

Por fin reinaba la paz en Oriente Próximo.

La estación espacial todavía recibía comunicados esporádicos de la población rusa, peticiones de vigilancia orbital o apoyo militar de Estados Unidos o, a veces, declaraciones sanguinarias dirigidas contra los musulmanes. Ulinov enviaba fotos de alta resolución todos los días, si lo permitían el tiempo y las órbitas, trasmitía con diligencia todas las peticiones de suministros... y había jurado lealtad a Estados Unidos.

Cuando la luz del día penetró por la ventana, Ruth le tocó el hombro. Fue una tontería. La reacción les hizo moverse un poco. Ella lo agarró con más fuerza para mantenerse juntos. La superficie del mono de Ulinov estaba fría, como su autocontrol, pero desvió la mirada hacia la mano de Ruth y luego le examinó el rostro. Se le suavizó la expresión.

Ruth habló primero.

—Las condiciones de trabajo en la gravedad cero no son una ventaja si no tengo lo que necesito. He sobrepasado el límite de lo que puedo lograr con reconstrucciones..., además mal aplicadas.

Con las prisas por alejar a la doctora de la marea invisible de nanotecnología, los equipos en tierra habían perdido las muestras de los nanos. Lo más probable era que alguien no hubiera entendido por qué cargaban partes de cuerpos humanos. La plaga de máquinas se conservaba con mayor facilidad y garantías en pedazos de tejido congelado.

—Colorado está utilizando una vieja sonda de electrones —dijo Ruth—, y la India ha perdido muchos programas. Los análisis que envían están incompletos.

Ulinov se estremeció, luego se zafó de ella.

—Cada vez que haces un informe progresas.

Ruth no sabía qué hacer con la mano.

—Claro. Todavía estoy aprendiendo.

Hizo un gesto hacia el equipo, luego se acercó al microscopio atómico, que siempre le recordaba a un enano robusto en posición de firmes. Su cuerpo terminaba en lo que serían los hombros, donde unos collares bajos protegían la superficie de trabajo, y el ancho cono de su «sombrero» contenía manipuladores de puntos ópticos y atómicos ampliados por ordenador. Habían tenido que instalar el MMFA de lado, a lo largo del laboratorio, y Ruth se había pasado tantas horas con aquel aparato que, aprovechando la falta de gravedad, se colocó por costumbre longitudinalmente

respecto de él, de modo que ella y Ulinov ya no compartían la misma vertical. Era de mala educación. Ruth apenas se dio cuenta, estaba absorta en la cuadrícula de visualización en blanco del MMFA.

Sabía muy bien que no era correcto admirar la genialidad que se escondía tras los nanos. Esa langosta invisible había acabado con casi cinco mil millones de personas y provocado la extinción de miles de especies animales.

El Año de la Plaga. No sólo se había colapsado la historia humana. El medio ambiente tardarían siglos en volver a encontrar el equilibrio. Si es que era posible. En muchos senados, la Tierra se había convertido en un planeta distinto, y sólo estaban empezando a ver lo que les ocurriría a los bosques, el ciclo meteorológico, la atmósfera, la tierra.

—Sí, todavía estás aprendiendo —repuso Ulinov, probando una nueva aproximación.

—La técnica de diseño es extremadamente innovadora. Podría estar trabajando con mis modelos otros cinco años —replicó Ruth.

—Es una broma.

—No. —Intentaba ser delicada con la verdad—. La sonda de electrones de Colorado apenas tiene potencia suficiente para desarmar un nano de dos mil millones de unidades de masa atómica o urna, no hablemos ya para aplicarles la ingeniería inversa, y los problemas técnicos de programación en la India hacen que sus esquemas sean casi inútiles. Puede que esta máquina sea el mejor equipo que quede en el mundo.

—Y aun así has dejado de trabajar.

—Uli, he hecho todo lo que he podido aquí. —Ruth nunca había tenido esa sensación con una persona, ternura mezclada con resentimiento. La sacaba de quicio. No era él quien debía tomar la decisión de quedarse en órbita, pero Ulinov siempre había sido un claro defensor de mantener a la tripulación de la EEI en la estación el mayor tiempo posible, cuando podría haber añadido su voz a la de Ruth.

Ruth entendía su postura. Respetaba el compromiso y el código de honor de Ulinov. Al fin y al cabo, estaba convencida de que aquellas cualidades eran sus propios puntos fuertes. También era la base de su atractivo, y al mismo tiempo tal vez fuera lo que los mantenía separados.

Su pequeña pelea podría haberse alargado de no ser porque ya llevaban semanas discutiéndolo, desde que la nieve empezó a desaparecer en las Montañas Rocosas.

Él se fue. Ella volvió a su ventana. La observación del mosaico de la superficie de la Tierra que rotaba le ocupaba lo suficiente la mente, de modo que pronto volvió a entrar en un conocido estado de meditación que permitía que su subconsciente le diera vueltas al diseño del nano. Se sentía casi como si estuviera fuera, en un paseo espacial, sola en el vacío, esbozando diagramas como constelaciones y recorriendo

aquellas formas intrincadas, separando secciones para un examen más exhaustivo.

Ruth Ann Goldman no había entrado en el campo de la nanotecnología porque prometiera revolucionar los procesos de fabricación, curar todas las enfermedades, erradicar la contaminación, incluso limpiar el cielo de los gases de efecto invernadero, aunque siempre había deslumbrado a los entrevistadores con esas posibilidades antes de encontrarse con el encargado de personal del departamento de Defensa y dejara de publicar. La verdad era mucho más sencilla. Ruth tenía un coeficiente intelectual de 190 y se aburría con facilidad, y el hecho de desarrollar máquinas funcionales a escala nanométrica era un reto suficiente para olvidarse a menudo de sí misma.

En el cambio de milenio, los mejores investigadores estaban entusiasmados con empujar, grabar, inducir químicamente o manipular átomos de otro modo, de forma individual o en millones, en tubos, cables, placas y otras formas inanimadas.

Cuando Ruth era todavía estudiante universitaria, se colaba en el laboratorio por la noche para marcar HOLA GUAPO o ELVIS ESTÁ VIVO en las superficies de prueba de sus colegas, esos primeros tubos y cables rudimentarios que se manipulaban para formar procesadores y que lograron crear una nueva generación de ordenadores hiperrápidos.

Cuando obtuvo su doctorado, aquellos nuevos ordenadores y avances en microscopía se habían utilizado para construir verdaderos robots a escala nanométrica, aunque poco inteligentes, ya que sólo eran capaces de consumir energía deambulando sin rumbo en un entorno estéril.

Hacía tiempo que los científicos más arrogantes y los expertos más histéricos comparaban la nanotecnología con jugar a ser dioses, pero a Ruth esa analogía le parecía más bien tontorróna, además de irónica, por el hecho de que alguien confundiera la habilidad de controlar cambios en el nivel molecular con la capacidad de crear universos. La nanotecnología era precisamente lo contrario, un campo de diseño muy exacto y preciso, nada más.

Ruth decidió concentrar sus esfuerzos en algoritmos de reconocimiento, que en esencia eran cerebros. El montaje de robots microscópicos todavía presentaba una serie de obstáculos interesantes, pero los fundamentos estaban bien consolidados, y todo hijo de vecino quería montar una máquina el doble de elaborada que los demás. Ruth no le veía el sentido. Sin una orientación, el robot más sofisticado no dejaba de ser una curiosidad que no servía ni siquiera como pisapapeles.

Utilizó su seguridad y considerable capacidad de sarcasmo para obtener subvenciones y varios ayudantes universitarios, luego se preparó para un trabajo que le llevaría toda la vida.

Le fue de gran ayuda ser un bicho raro, paciente y obsesivo, cuya idea de tiempo libre era meterse bajo el lavamanos de la sala de hombres y esperar para dar un susto

de muerte a un rival. Tuvo una aventura con un compañero, una rata de laboratorio, más por conveniencia que por verdadero deseo, y cuando su familia celebraba la Hanukkah también se acostaba con su hermanastro. Entre tanto, sus esfuerzos le valieron dieciséis patentes, y en última instancia le salvaron la vida. Tenía treinta y cinco años cuando el tipo del departamento de Defensa entró en su despacho tras pasar el control de seguridad.

Los trabajos para el gobierno no solían ser tan atractivos como los que se hacían en los laboratorios privados, y Ruth era lo bastante consciente de sí misma para darse cuenta de que había prosperado gracias a la atención que había suscitado al publicar sus logros. Era divertido estar de moda. También le daba reparo trabajar para el ejército, por el tópico ese de destruir en vez de crear. Pero el hombre del departamento de Defensa o era un romántico o un buen actor. Veía a Ruth como una vanguardista audaz y discreta, una suerte de Batman, dotada de un equipo de miles de millones de dólares y más potencia de ordenadores que la mayoría de naciones pequeñas, capaz de responder con su talento a los ataques y descubrimientos casuales de los laboratorios enemigos y los científicos aficionados.

También le ofreció la posibilidad de llevar a cabo experimentos con microgravedad y gravedad cero pagados por los contribuyentes. Hacía tiempo que se especulaba con que, si se liberaban de la fuerza de la Tierra, el diseño de nanos saldría beneficiado, como había ocurrido con tantas ciencias estructurales. Ruth vio una gran oportunidad de ser la pionera. Dijo que sí y disfrutó de cinco meses de recursos increíbles, así como sus primeras clases en la NASA, antes de que la plaga de nanos se desatara en California.

La plaga no era militar, pese a los rumores. Ruth tampoco se creía a los tres o cuatro grupos terroristas que habían reivindicado la autoría, de los cuales uno se apresuró a corregir su declaración cuando las infecciones se propagaron sin control. Aunque un grupo terrorista poseyera los aparatos y la formación necesaria, el diseño era demasiado complejo si el objetivo era la mera devastación.

El nano se parecía a un largo gancho viral recubierto de cilio, en vez de adoptar una forma más básica, esférica o reticular, y casi un tercio de su capacidad seguía sin utilizarse. La máquina, tal y como la conocían, parecía sólo un prototipo, quedaba espacio para introducirle más programas. Aquel maldito bicho era biotécnico, orgánico, construido para engañar al sistema inmunológico humano. También se podría haber creado un arma con un reloj vital para evitar que proliferaran sin fin. Pero el relé que servía de control de los nanos no funcionaba fuera de las condiciones de laboratorio.

La cifra mágica era 70 por ciento de una atmósfera estándar. Bajo esa presión, esos nanos se autodestruían. Por desgracia, el 70 por ciento de la atmósfera se producía a 2.850 metros de altura, y los cambios normales en la densidad del aire

provocaba que funcionaran con toda normalidad a tres mil metros. El 19 de agosto, un día despejado y soleado, Colorado registró infecciones hasta a una altura de 3.200 metros.

Ruth consideraba que el 70 por ciento era una cifra curiosa. Su hipótesis era que el equipo que los había diseñado había redondeado al alza para evitar el feo número de 66,6 por ciento, y era imposible saber cuántas vidas habían salvado así. Cada punto de ese porcentaje abarcaba mucho terreno. Dos tercios de atmósfera estándar —el 66,6 por ciento— habrían puesto la barrera por encima de los 3.350 metros.

Era una pequeña pista para seguir el razonamiento de los diseñadores, parte de una tendencia general hacia la eficacia más brutal. Esos nanos eran un trabajo brillante, representaban un gran avance conceptual y de ingeniería que superaba todos los trabajos por los que Ruth había cosechado tantos elogios.

Tendría que enfrentarse a la plaga cara a cara si quería desvelar sus secretos algún día.

## 5

El sargento Wallace, Bill para los amigos, se soltó las correas de la bicicleta estática en cuanto Ruth entró en el módulo de ciencias médicas y biológicas. El reloj todavía marcaba veintisiete minutos, pero él se levantó del sillín y se quitó de un tirón las muñequeras sin ni siquiera limpiarlas.

Esa breve rasgadura del velero y los dos latidos del monitor del corazón fueron su única conversación.

El interior de la EEI ofrecía menos espacio que un tren de pasajeros de cuatro vagones, aunque estaba dividido en un laberinto de zonas separadas. Los miembros de la tripulación nunca conseguían evitarse del todo. Wallace había jugado de defensa, había estado en la Armada y ahora tenía demasiado tiempo libre. A Ruth nada le despejaba tanto la mente como una buena sesión de sudor, pero el ejercicio en la estación se limitaba a la bicicleta y una máquina de pesas. Tal vez iba allí con frecuencia sólo por los cajones y las unidades de almacenamiento que formaban las paredes, salpicadas de etiquetas rojas y naranjas. Algunos de los maletines europeos con suministros médicos estaban asegurados al techo. Eran de color amarillo. Contenían material peligroso. En aquel pequeño mundo metálico Ruth se moría por ver algo de color.

Bill Wallace no respondía a la imagen que utilizaba el Ejército en sus carteles de reclutamiento. Tenía el pelo rojizo y las mejillas pecosas, con muchas marcas de un acné de la adolescencia, pero había estado a punto de batir el récord estadounidense de horas en el espacio antes de su largo exilio y, como a Ruth, le volvía loco su trabajo. Era el perfecto hombre para todo, sabía de electrónica y mecánica... Eso lo retuvo a bordo de la EEI cuando tres de los siete miembros de la tripulación fueron evacuados por la lanzadera *Discovery* para prolongar el oxígeno, el agua y la comida en beneficio de Ruth.

Se acercó sin decir nada ni molestarse en indicar sus intenciones con un gesto. No importaba. Habían ejecutado aquellos pasos cientos de veces. Ruth se apartó y Wallace, grosero, pasó por su lado de manera forzada. Ella estuvo a punto de gritarle algo al oído, cualquier cosa, para obtener una reacción... pero sabía por experiencia que esas bromas sólo hacían su silencio más profundo.

Ruth fue hacia la bicicleta. Pasó por encima, metió un pie debajo del sillín acolchado, luego desplazó el otro pie hacia abajo. Sin embargo, ese movimiento le hizo girar las caderas y se dio un golpe con el trasero en el respaldo, de modo que lo que podría haber sido una maniobra excelente fue un desastre.

Echaría de menos flotar, dar volteretas. El hecho de distraerse durante aquel apocalipsis era un placer sencillo teñido de muchas sombras de culpa. Y pagaría por ello. Cuando regresara a la Tierra, tal vez estaría en una silla de ruedas durante un

tiempo. La degeneración de los músculos y los huesos eran una amenaza muy real en la gravedad cero. Las dietas especiales y el ejercicio continuo sólo podían ralentizar el proceso.

Siguió a Wallace con la mirada antes de atarse con las correas. Su reflejo le resultaba incómodo. Qué estupidez. Él jamás le haría daño, aunque sólo fuera porque le habían ordenado que la considerara su superior. Todos los astronautas estaban tan orgullosos de su disciplina como ella de su trabajo.

En realidad, Wallace había sido uno de los miembros que se había prestado voluntario para desalojar la estación, con la esperanza de reunirse con su familia, pero los de la central lo habían considerado esencial para operaciones a largo plazo. Eso no era un problema. No se podía hacer mayor cumplido a un hombre como Wallace. Habían metido a su esposa y a su hija en un avión de la guardia nacional de Florida junto con otros VIPs y los habían llevado a la cima del Pikes Peak, en Colorado, a 4.250 metros por encima del nivel del mar. Se las había dado por muertas en el desastre que arrasó los depósitos provisionales de combustible la primavera pasada, pero aun así habían tenido más oportunidades que la mayoría.

Wallace se puso en su contra por los zumos de zanahoria.

Todo el asunto era increíblemente absurdo, pero llevaban demasiado tiempo metidos en aquel pequeño infierno. Ruth podía contar más conflictos de personalidad que personas. Al astronauta A no le gustaba la manera en que los astronautas B o C reorganizaban los suministros, mientras que B se había puesto a cantar canciones *country* y discutía con A, D y E cada vez que los molestaba, y C pensaba que D olía especialmente mal y le sentaba mal que A lo llamara «idiota», etc.

Su existencia cotidiana era de una rutina desalentadora, y Ruth había hecho que reventaran dos cartones de zumo con la esperanza de que todos se divirtieran, aunque sólo fuera un momento. Había sido un placer planear el truco. Lástima que a Wallace le reventaran los dos cartones de zumo. Ruth no había caído en que el de zanahoria era su zumo favorito, pero él se lo tomó como algo personal, y después de sorber del aire la segunda nube pegajosa de zumo le echó en cara que violara las normas de seguridad y los posibles daños para las conducciones electrónicas.

De pronto Ruth se estremeció al oír un golpe suave, cerca, luego otro, de manos o pies contra las paredes. El monitor del corazón emitió un pitido de alarma y ella se dio la vuelta, atada por las correas de velero de la bicicleta.

Derek Mills, el piloto de la *Endeavour*, dejó de acercarse cuidadosamente y se detuvo en el pasillo con una mano y un pie extendidos.

Mills debía de haber sido guapo. Tenía la frente y la mandíbula fuertes y suaves. No obstante, a Ruth no le gustaba su estudiado semblante neutro, ni sus miradas furtivas a la camiseta interior blanca de Ruth. Consiguió taparse el pecho con el codo mientras se limpiaba la frente.

—¿Qué ocurre?

Mills pensaba que las bombas de zumo habían sido una pasada. Mostraba sus brillantes dientes perfectos con todas las bromas de Ruth, coqueteaba con ella siempre que tenía oportunidad. Incluso guardaba su ración de tubos de pasta de chocolate y los sacaba cuando estaban ellos dos solos... eso provocaba una intimidad incómoda y forzada, ya que tenían que posar sus labios por turnos en la misma boca de plástico.

Dejó de mostrarse simpático porque era un verdadero creyente en el programa espacial, como la mayoría de la tripulación, y Ruth insistía ahora en hacerles volver a tierra. Tal vez para siempre.

—La radio... —anunció, y luego le dio la espalda.

Ruth pasó por una sección fría y oscura de la EEI, y de pronto fue consciente de que sentía un dolor en todo el cuerpo, un malestar tan real como el escorbuto. Para Mills aquella estructura era la gloria. Ruth sólo quería volver a ver árboles y el cielo.

La sala de comunicaciones era un desastre, un caos. Había trozos de papel arrancados de cuadernos y envoltorios pegados en la pared, con nombres, frecuencias y localizaciones de todo el globo. Era un registro vivo del Año de la Plaga. Se habían tachado muchos datos, casi todos los demás habían sido alterados por lo menos una vez, y aun así nunca se quitaba un trozo de papel.

Ruth entró como pudo. Ulinov ordenaba despejar aquel pasillo cada semana, incluso había quitado él mismo muchas veces los molestos maletines de suministros, pero el camino siempre volvía a quedar bloqueado. Simplemente había demasiados trastos a bordo.

Encontró a Gus escuchando estallidos de interferencias, tan fuertes que no dijo nada. Toqueteaba el panel de control con una mano y se frotaba la calva con la otra, como si él fuera su propio amuleto de la suerte. Luego vio a Ruth, la saludó y silenció la estática. Al parecer había estado pasando de un canal en silencio a otro.

—Por fin has venido —dijo— Ponte estos auriculares, vamos a ponerte en contacto a escondidas, tal vez haya grandes noticias, déjame que te conecte a través de una transmisión por satélite.

—Hola, Gus.

El oficial de comunicaciones Gustavo Proano, que se quedó a bordo para apaciguar a los europeos, era el miembro de la tripulación más relajado durante aquella espera eterna. La fuerza de la costumbre. Era trilingüe, tenía nociones de farsi y portugués y estaba aprendiendo más. Gustavo tenía en la Tierra más amigos vivos que nadie.

Ruth aún no entendía su costumbre de encerrarse ahí dentro. Era la persona más sociable de toda la tripulación. Tal vez de forma inconsciente trataba de proteger sus radios.

Volvió a hacer un gesto para que se diera prisa, y farfulló algo en un micrófono, demasiado rápido para que nadie pudiera contestar. Hablaba inglés con un marcado acento neoyorquino, pero su locuacidad se imponía a cualquier idioma, incluso en aquellos en los que su único repertorio era «Hola» y «¿Cómo estás?».

—Leadville, aquí la EEI. Leadville, vuelve, tengo un contacto esperando.

Ruth se colocó el auricular y se dio cuenta de que le estaba volviendo a crecer el pelo y empezaba a rizársele. Estupendo. El estilo astronauta le haría parecer un mono.

—Leadville —dijo Gus—. Leadville, Leadville...

A finales del siglo XIX, en la época de la fiebre del oro, Leadville fue una metrópoli de treinta mil hombres atraídos al centro de Colorado por sus ricas minas de plata. En el siglo XXI, reducida a sólo 3.000 residentes, su nueva fama se debía a que, con sus 3.100 metros de altura, era la «ciudad» más alta de Estados Unidos.

Ahora era la capital del país, y un censo aproximado fijaba la población de la zona en 650.000 habitantes. Los refugios del North American Aerospace Defense Command, NORAD, a los pies de la montaña Cheyenne, albergaron en un principio al presidente, los congresistas que habían sobrevivido y los científicos más destacados en nanotecnología. La base subterránea se encontraba mucho más abajo de la barrera, pero estaba equipada con un sistema de aire independiente para protegerse de la radiación o la guerra biológica. La mayor parte de las comunicaciones de Ruth habían sido con el NORAD, hasta que la plaga se desencadenó desde un laboratorio dentro del complejo.

—EEI, aquí Leadville —dijo una voz, arrastrando las palabras, con tono tranquilo—. No os retiréis.

—Recibido. ¿Quieres que nos mantengamos a la espera? —dijo Gustavo.

—No os retiréis.

La evacuación parcial de la base del NORAD había reducido mucho su capacidad de trabajo, ya mermada por el desencadenamiento de la plaga. En un momento dado hubo más de mil investigadores por toda la nación, luego cientos, al final sólo docenas... y aparte de la India y un equipo japonés desplazado al monte McKinley, en Alaska, nadie más ni siquiera lo intentaba. En los Alpes, los alemanes, los franceses, los italianos y los suizos estaban en guerra entre ellos, y con las masas de refugiados que se morían de hambre, tan errantes como los rusos. Y los científicos brasileños refugiados en los Andes habían dejado de hacer predicciones antes de finalizar el primer invierno.

Ruth alcanzó las listas de contactos pegadas a la pared más próxima, pero enseguida dejó de toquetearlos. Había tantos nombres y lugares tachados que se preguntaba cómo podía Gus soportar aquel constante recordatorio. Le pareció terrible. Sin embargo, era obvio que algo en su interior se sentía satisfecho al rodearse de datos y barreras físicas.

—Eh, hola, ¿estoy conectado? —La nueva voz hablaba casi igual de rápido que Gustavo, habituada durante meses a la escasez de energía.

—James —dijo Ruth—, te escucho.

—Tengo...

Intervino la otra voz de fondo.

—Es una llamada segura, comunicación de la EEI. Por favor, despejen el canal.

—Recibido. —Gustavo se dio la vuelta y le guiñó el ojo antes de ir flotando hacia la salida. Hasta entonces Ruth había decidido compartir toda la información con el resto de la tripulación, fuera clasificada o no. Creía que era lo justo. ¿Por qué seguir guardando secretos? Los soldados de abajo exigían que se despejara el canal sólo por entretenerse.

Ruth estuvo a punto de decir algo, pero se oyó un clic bajo y amenazador. Gus había identificado aquel sonido como un aparato de grabación, y a Ruth se le pusieron los pelos de punta.

Ansiaba el aire puro, un horizonte, caras nuevas, pero creía que sería un pecado envidiar a los que estaban en la Tierra. Era uno de los miembros de la raza humana mejor alimentados y que estaba más a salvo.

Les habían informado de que la situación en Colorado era estable, aunque Ruth percibía indicios de otra realidad en aquellas conversaciones: retrasos inexplicables, evidentes escaseces, nombres que parecían haber desaparecido para siempre. Había intentado conversar un poco más para averiguar algo, pero por lo general la interrumpían y una vez cortaron la conexión. Dijeron que era por ahorrar energía. Otras veces los científicos con los que hablaba eludían sus preguntas o no le hacían caso de forma descarada. ¿Por qué?

Si conociera a alguno de ellos, si tuviera amigos allí, podría haber insistido, pero sus relaciones eran tan escasas como el cable que unía los auriculares a la radio.

—Tengo buenas noticias y buenas noticias —dijo James.

—Bueno, yo siempre digo que prefiero oír las buenas noticias primero. —Ruth intentó que su sonrisa se reflejara en su voz. Demasiado a menudo sus comunicaciones eran letanías de desesperación.

Había conocido a James Hollister en una convención en Filadelfia, años atrás. Recordaba de él una vaga imagen, gafas gruesas y una enorme barriga a lo Moby Dick. Tenía un recuerdo más claro de los artículos que había publicado. Había dirigido un nuevo enfoque en medicina nanobiótica utilizando aminoácidos sintetizados para perforar membranas bacterianas y así matar infecciones. Su campo sólo estaba relacionado con el problema actual en el sentido más amplio, pero James no era tonto y había aportado una perspectiva única a los esfuerzos por construir un nano antinanos: el NAN.

Se había presentado voluntario para el puesto de coordinación para liberar a otros

investigadores con aptitudes más apropiadas para resolver la crisis. Ruth se alegraba de ello. Hablaba con él seis de cada diez veces, y ya nadie más hacía bromas, ni siquiera pequeños juegos de palabras como «buenas noticias y buenas noticias».

—Hemos rediseñado nuestro motor —dijo él—, hemos incrementado la eficacia de combustión en casi un cinco por ciento.

—Genial. —Al fin y al cabo, la química era su especialidad—. Supongo que es genial, James, pero ¿qué más da? Podemos agrandar el NAN si necesitamos más potencia.

Silencio. Interferencias.

Estuvo a punto de callárselo.

—Estáis perdiendo el tiempo con vuestras extravagancias. Tenemos un algoritmo de reproducción funcional. Podemos hacerlo todo lo grande que queramos, cinco, diez por ciento, da igual. Pensaba que habíamos quedado en centrarnos en la discriminación.

—Ruth, necesitábamos algo a lo que apuntar, algo real. El bicho de LaSalle ha resultado eficaz y el consejo del presidente habla de reasignarle a todo el personal.

—¿Qué? ¿Lo ha hecho en un entorno real o en condiciones de laboratorio?

—En el laboratorio, si es que importa.

—¡Pues claro que importa! Nosotros también hacemos pruebas en condiciones controladas. ¿Qué les has dicho?

—Que nuestra eficacia de combustión había subido un cinco por ciento.

Esta vez fue Ruth quien no contestó enseguida. Luego se echó a reír.

—De acuerdo, supongo que son buenas noticias.

No había un consenso sobre cómo manejar la situación. Todo el mundo quería destruir la plaga, por supuesto, pero en aquel momento había como mínimo tres propuestas que competían... y el doble de conceptos había sido descartado durante los últimos meses. La escasez de equipos obligaba a que, de todos modos, gran parte de su trabajo fuera teórico, y los especialistas en nanotecnología de cualquier campo tendían a ser visionarios y un poco excéntricos. El fin del mundo no había cambiado eso.

Tal vez lo hubiera empeorado. Había demasiado en juego, y el nombre de la persona que venciera a la plaga de esas máquinas sería más importante que Mahoma o Jesucristo.

—LaSalle es idiota —afirmó Ruth, y oyó en sus auriculares dos golpes, tal vez era James, que se encogía de hombros.

O quizás era el otro oyente.

Le daba igual.

—Supongo que todavía proclama a los cuatro vientos que la discriminación es una pérdida de tiempo.

—Ha conseguido que la mitad del consejo esté de acuerdo con él.

—James, es imposible que funcione de otra manera. No puede pasar por alto el asunto sólo porque le resulte incómodo.

Cualquier nano en un entorno real tenía que superar tres obstáculos importantes, e integrar cada solución en un todo que funcionara era el cuarto reto. Y el más difícil.

El primer problema era cómo hacer funcionar algo tan increíblemente diminuto. En honor de *El Mago de Oz*, los profesores de Ruth lo llamaban el Problema del Hombre de Hojalata... «ojalá tuviéramos un corazón». Existían docenas de posibilidades utilizando combustibles sintéticos, proteínas, electricidad, calor. El truco era destinar el mínimo de capacidad posible al almacenamiento de energía y/o su generación.

La segunda dificultad era el Espantapájaros: «ojalá tuviera cerebro». La inteligencia más antigua y fundamental de la naturaleza estaba basada en reacciones químicas a partir del ácido ribonucleico, y los aminoácidos de James, reacciones simples y limpias, suficientes para alguna clase de biotecnología. Pero era todo un reto incorporar una conciencia y capacidad de decisión a máquinas de ese tamaño sin obstruir su velocidad operativa.

El tercer desafío, conocido como la Bruja Malvada, era cómo crear suficientes nanos para que valiera la pena. Una persona podría tardar sesenta horas en montar un equipo compuesto por quinientos átomos, según el material y el equipo utilizado. La automatización podría acelerar el proceso, pero no era viable económicamente porque habría que gastar millones de dólares en construir fábricas para crear los nanos.

Una línea de pensamiento puntera había propuesto unir al Espantapájaros con la Bruja. Unos nanos capaces de obedecer instrucciones también deberían ser capaces de montar otros como ellos. Su función determinaba su forma. Una vez más, la escala infinitesimal de los nanos había entorpecido la aplicación de este enfoque, pero los rudimentarios prototipos de kiloátomos lo llevaban haciendo desde antes de que Ruth entrara en la universidad.

Ni un solo aspecto de los nanos era revolucionario. Lo que los hacía tan eficaces era lo bien ensamblados que estaban.

El nano utilizaba el calor corporal de su anfitrión como fuente de energía, de modo que sólo necesitaba unos pocos receptores en puntos clave de su estructura. Sus creadores habían superado el obstáculo del cerebro esquivándolo del todo. La máquina era muy sencilla. Infestaba los tejidos de sangre caliente porque era incapaz de funcionar en ningún otro entorno, y montaba más criaturas, igual de limitadas pero agresivas, porque así se lo habían ordenado. Punto. Todo el mundo coincidía en que el nano, tal como lo conocían, era un prototipo, y aun así Gary LaSalle quería adoptar ese método para su NAN.

Vaya estupidez. Era como si el doctor Frankenstein dijera: «¡Igor, ve a buscar un

cerebro!» Sin embargo, tal vez Ruth había llevado demasiado lejos sus bromas, porque dos meses antes LaSalle había dejado de hablarle por radio.

Tenía razón en que los nanos funcionaban de forma rápida porque les faltaban instrucciones complejas, pero aquel hombre era un completo idiota si pensaba que podrían limpiar el planeta con un NAN sin discriminación. La tarea era demasiado vasta, el campo de batalla demasiado heterogéneo. Y, lo que era más importante, en el mundo, por debajo de los tres mil metros, los nanos ya no tenían anfitriones y estarían en hibernación. Eran objetivos inertes e inactivos, e incluso un NAN que se reprodujera despacio al final destruiría a casi todos los nanos.

La idea era sencilla: soltar su mejor trabajo, luego esperar y observar. Pero ¿quién sería el salvador?

El NAN de LaSalle, más una reacción química que una máquina, estaba compuesto por moléculas de carbono rico en oxígeno con la intención de unir los nanos en cúmulos supramoleculares y no funcionales. Rápido y sucio. James había ayudado en los inicios de ese programa, llamado «Copo de Nieve», antes de declararlo inestable. Pero, aun así el NAN de LaSalle seguía siendo el más pequeño y rápido de reproducir, un hecho en el que siempre insistía cuando aún intentaba contar con la ayuda de Ruth.

Otra facción, tal vez la más ambiciosa, imaginaba un NAN parásito que proporcionara una nueva programación a los nanos, que aprovechara su capacidad extra e hiciera que aquellos malditos aparatos se atacaran unos a otros. No obstante, este grupo todavía estaba trabajando con análisis y simulaciones por ordenador, y nadie más creía que llegaran más allá de la fase de planificación.

Ruth pertenecía al tercer equipo, formado en su mayor parte por técnicos con formación militar y gubernamental. Habían construido un cazador cuyo ciclo de vida se basaba en destruir nanos. Una auténtica arma. Quemaría una parte de los nanos para obtener combustible, y utilizaría el resto para construir más cazadores como él. Este diseño había sido el favorito hasta que el consejo presidencial se fue desesperando, como era comprensible.

Había un gran problema con los tres conceptos.

Al crear más criaturas como ellos, los nanos extraían carbono y algo de acero del tejido de sus anfitriones, y, como sustancia, cada máquina apenas era discernible de cualquier otra forma de vida.

Lo que suponía un problema muy grave. Un NAN diseñado para acabar con los nanos en masa también atacaría las células humanas y animales.

—Vuelve a enseñarles tus números —dijo Ruth—. Si el bicho de LaSalle utiliza hasta la última pizca de carbono del mundo, todo lo ocurrido hasta ahora va a parecer una tontería en comparación.

—¿Una tontería?

—Todos estaremos muertos, en todas partes.

Sus auriculares volvieron a hacer un ruido, y se preguntó si James sonreía, caminaba o meneaba la cabeza. Le hubiera gustado verle la cara. Su voz, como siempre, sólo transmitía fuerza y calma.

—El consejo ha ideado una manera de protegernos de cualquier NAN —dijo—, en caso de que algo salga mal. Ahora es obligatorio incorporar el fusible hipobárico en todos los diseños, aunque eso haga que todo el mundo se retrase.

—Un fusible no evitará que el bicho de LaSalle afecte a plantas, insectos o lo que quede por debajo de los tres mil metros. ¡Acabará con el poco equilibrio medioambiental que pueda quedar todavía en el planeta! Necesitamos un NAN capaz de discriminar.

—En realidad las otras buenas noticias tienen cierta relación con ese tema.

—¿Qué? ¿Entonces para qué dejas que me indigne? —La sonrisa de Ruth era real, pero se forzó a reír por el bien de James—. ¡Retiro lo dicho, es perfecto!

Tenían el principio de un cerebro. Otro miembro de su grupo había propuesto atacar el fusible hipobárico en sí en vez de el nano en general, y utilizar esa estructura única como indicador. Por desgracia, de momento, el programa mejor desarrollado era eficaz en menos de un treinta por ciento en una cápsula presurizada donde había el doble de atacantes que nanos en hibernación.

—Es mejor que eso —dijo James—. El FBI ha llevado un equipo a Denver. Piensan que tienen una nueva pista.

Ruth dobló brazos y piernas, y se encogió en un arrebato involuntario de emoción. Golpeó la pared con una rodilla, empezó a rotar y se llevó la mano al auricular para evitar que se le cayera.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—Sólo han despejado un tramo suficiente de una carretera para empezar a volver a volar...

Ella casi lo interrumpió. ¿Cuánta carretera habrían despejado? La lanzadera necesitaba más del doble de pista de aterrizaje que la mayoría de los aviones.

—... llevaron un grupo a la ciudad y han cogido más ordenadores de la biblioteca pública de allí. Creen que ahora tienen registros completos de las ventas de los fabricantes.

Antes de la plaga había cuarenta y seis laboratorios universitarios de nanotecnología en todo el país. Siete grupos privados y cinco que trabajaban para el gobierno. Esas cifras no incluían a Ruth, ni por lo menos dos operaciones federales más, secretas, de las que ella tenía noticia. Ni tal vez una docena de laboratorios con fondos independientes que se mantenían en la sombra y que se aprovechaban de los datos públicos pero sin compartir sus progresos.

Sin embargo, sólo trece empresas habían producido equipos de microscopía y

nanofabricación, y esos costosos aparatos rara vez se vendían tan fácilmente como las acciones de esas empresas.

Incluso antes de desatarse la plaga más allá de las barreras de cuarentena por el norte de California, los analistas de datos del FBI habían descubierto dos grupos privados en la región. Los agentes arrasaron esos laboratorios y los otros seis que operaban públicamente en la zona. Lo confiscaron todo, incluso la poca tecnología de laboratorio que aún quedaba.

Lástima que sólo algunas de aquellas personas llegaran a una altura segura.

Las pruebas se habían extraviado o destruido. Nadie estaba siquiera seguro de que la plaga hubiera sido construida en la zona de la Bahía. Podría haberse desencadenado en un viaje o durante una compra. Nadie pudo explicarlo jamás. No era de extrañar. Cualquiera que se hubiera hecho responsable habría sido linchado. Pero no se había disparado una sola alarma ni siquiera durante las primeras cuarenta y ocho horas, cuando se podría haber contenido el problema.

La creencia general era que el equipo de diseño de la plaga había muerto en cuanto se desató... y a juzgar por la mayoría de los supervivientes, probablemente su muerte no había sido lo bastante lenta.

No había castigo suficiente para aquel crimen. Ningún idioma humano tenía una palabra para describir lo que había ocurrido.

No obstante, el objetivo de los diseñadores de la plaga, por lo menos según la opinión de Ruth, nunca había sido la venganza. Querían comprender, respuestas, una clave para detenerla.

—Dime que habéis encontrado el laboratorio —dijo ella, a sabiendas de que, si fuera así, incluso James estaría gritando.

—Sólo es una pista —dijo él—. Aparatos.

—¿Han enviado a alguien a buscarlos? ¿Dónde?

—Todavía están calculando el coste del combustible y las botellas de aire.

—¡Pero eso podría ser lo que necesitamos! ¡Diseños originales, aparatos personalizados, incluso pistas sobre lo que le ocurrió al equipo de diseño!

James no contestó durante varios segundos. Tal vez esperaba que se calmara. A lo mejor deseaba, como ella, que fuera cierto.

—Nadie está convencido aún de que sea información fiable.

—Cuéntame.

—Hace tres años, Select Atomics entregó un láser de fabricación en una localidad de Stockton que no se puede decir.

Ruth nunca había estado en la Costa Oeste, pero se había familiarizado con la zona, al principio por las noticias, luego por las entrevistas con el FBI y la ASN. Todo superviviente ligado aunque fuera mínimamente con la nanotecnología, incluso guardias de seguridad y conserjes, había tenido que dar informes extensos, y los

agentes de inteligencia rastreaban todas las posibles pistas, nombres, rumores...

Según el patrón de las infecciones, la mejor hipótesis era que los diseñadores de la plaga habían trabajado en Oakland o Berkeley, en el congestionado núcleo urbano de la zona.

—Stockton —dijo Ruth—. Está al este de la zona de la Bahía, cerca de Sacramento, ¿verdad? ¿Cerca de las estribaciones de las sierras?

—Sé lo que estás pensando, pero has de tener en cuenta...

—¡Llevad un avión allí! Lo antes posible.

—Ruth, debes tener en cuenta que podrían haberse llevado el láser a cualquier sitio. Aunque estuvieran en Stockton, la situación se convirtió en una locura enseguida. Las autopistas se colapsaron. Media ciudad estaba quemada. Y caían unos cinco centímetros de nieve por hora por encima de los 1.800 metros, en todas partes.

Ella sacudió la cabeza, el auricular le hacía daño en la oreja.

—Puede que el equipo original haya conseguido sobrevivir.

—Ruth...

—Puede que algunos lo hayan logrado.

## 6

Sawyer iba de aquí para allá por la zanja de drenaje poco profunda que llevaba a su peñasco, se movía de lado, como si los pequeños indicadores de rocas que habían puesto a 3.000 metros fueran una cerca infranqueable. No le interesaban las despedidas.

Cam se reunió con los demás en la cresta donde habían encendido la fogata para Hollywood. Faulk, que se quedaba, había accedido a quemar dos brazadas durante el día. Más tarde. Mucho más tarde. El amanecer se alzaba como una gran promesa amarilla más allá de las praderas del este, y en aquel crepúsculo helado incluso los susurros sonaban agudos y fuertes. Era el 14 de abril del año uno. El Año de la Plaga. Las predicciones de Colorado habían servido de calendario fiable para el grupo de Hollywood. En la radio habían empezado a hablar así, y la idea se impuso de inmediato, por razones obvias, pensó Cam. Un nuevo comienzo.

—Lanza el armazón de una cama al montón —dijo Doug Silverstein—. Eso protegerá el fuego y a la vez hará que arda de verdad.

Faulk asintió.

—Sabrán que os dirigís hacia allí.

Al oeste, unas nubes grises surgieron de la noche y absorbieron las conocidas siluetas de las montañas más próximas. La tierra y el cielo quedaron unidos por las capas grises que anunciaban lluvia. El viento húmedo y errático olía a oxígeno.

La voz de Sawyer tronó hacia ellos:

—¡Vamos!

La mayoría de las cabezas se volvieron. Sawyer movía el puño arriba y abajo. Cam recordó que él hacía el mismo gesto a los camioneros desde el asiento trasero del coche de su padre, cuando era pequeño y oían partidos de béisbol en la radio, alborotando con sus hermanos en aquel reducido espacio abarrotado. Sonrió. Chillaban como hienas tontas cuando un camionero hacía sonar el claxon por ellos.

Erin también sonreía. Era el único rostro que no estaba tenso ni amargado. Cam se estremeció. Él sabía que su extraña sonrisita felina sólo significaba que estaba pensando. Pero Cam no quería que nadie les viera a los dos ahí, de pie, sonriendo. Joder. Contestó a Sawyer con un gesto lento para que tuviera paciencia.

«Espera. Esto es importante.»

El centro de su reunión era una maraña de apretones de manos y abrazos, palabras de ánimo. Era la mayor demostración de emociones que había visto Cam en aquel islote alto y yermo, y deseaba ser más partícipe de ella. Deseaba tantas cosas...

No importaba que ya hubieran practicado aquel ritual dos días antes, cuando los cielos se nublaron y llovió durante media hora, ni que todo estuviera decidido con más de dos semanas de antelación. Todos querían tocar a los pocos que se quedaban:

Faulk, Sue, Al y Amy Wong. El hijo de tres meses de Amy, Summer, pasó por una docena de personas que lo arrullaron, le murmuraron frases y le rascaron en el anorak acolchado que le servía de pañales.

Cam no tuvo ocasión de tenerlo en brazos. Tampoco lo había intentado. Summer le ponía los pelos de punta. Los bebés deberían llorar. Él sólo miraba, ajeno incluso a la conmoción de aquella mañana. Cam sospechaba que sufría daños cerebrales. En su dieta había una peligrosa falta de proteínas, y Amy había traspasado la barrera dos veces antes de saber que estaba embarazada. Los nanos podrían haber afectado esa parte de su cuerpo o atacado al bebé directamente. Tal vez ambas cosas.

Abajo, Sawyer pasó la línea de los indicadores hechos con piedras, y los pensamientos de Cam se desvanecieron de repente. Aquella silueta oscura contra la áspera ladera de grises y marrones no debía inspirar miedo; pero habían sobrevivido lo suficiente para desarrollar nuevos instintos. Allí abajo no había nada. Nada humano.

Mientras lo observaba, Cam dudó, luego se dio la vuelta y se abrió paso con el hombro hacia el centro del grupo. Necesitaba decir algo. Cualquier cosa. Le gustó que Erin le cogiera de la mano y fuera con él.

Parecía que la temperatura era diez grados más alta dentro del grupo. Allí se estaba a resguardo del viento. La tela de los anoraks de Gore-Tex flameaba y chasqueaba por efecto del viento, un sonido que Cam asociaba a los ajetreados fines de semana en la estación de esquí. Nunca había sentido su pasado más cerca.

Amy y Lorraine estaban lloriqueando, con las cabezas juntas, y sujetaban a Summer entre ellas. Sue, en cambio, estudiaba a Cam con la mirada fija e inexpresiva, con ambas manos sobre su barriga de embarazada. Cam no podía ver su expresión. Nadie más había advertido su presencia todavía. Price estaba dando palmaditas en la espalda a la gente como si fuera un entrenador de fútbol, por una vez se había quedado sin habla, y tanto Hollywood como Doug Silverstein jugueteaban con unos cordeles amarillos que habían cortado en trozos de aproximadamente cinco centímetros.

—De verdad os lo agradecemos —dijo Faulk, por enésima vez, y Hollywood asintió y se encogió de hombros.

Su plan era atar marcadores en los árboles cercanos a donde hubiera bayas, madrigueras de serpientes y todo lo que fuera útil por debajo de los 2,000 metros o más, para reducir el tiempo que Faulk y Al Pendergraff pasaran por debajo de la barrera, en las futuras expediciones en busca de comida.

—De verdad —repitió Faulk.

Cam carraspeó. Todos se dieron la vuelta. Hollywood parecía aliviado, pero los demás se limitaron a mirarlo con la misma intensidad cautelosa que Sue.

Erin, que estaba junto a Cam, bajó la cabeza.

Cam le tendió la mano y Faulk la aceptó. Y eso fue todo. El y Pendergraft repitieron el apretón de manos. Amy sonrió entre lágrimas y Sue incluso le dio un beso en la mejilla cuando él se inclinó para abrazarle la enorme barriga. Después de todo lo habían conseguido. Habían logrado un intercambio civilizado de gestos.

No volvió a ver a ninguno de ellos con vida.

Diecisiete días no habían sido suficientes para Hollywood. El chico todavía se inclinaba un poco a la derecha y parecía que no podía mover del todo la pierna izquierda hacia delante, lo que hacía que caminara de forma torpe, aún peor que la curiosa forma de andar de Manny. Para entonces el chico ya hacía tiempo que se había acostumbrado a la ausencia de los dedos de sus pies perdidos y caminaba o corría a una buena velocidad, dando saltitos.

Manny y Hollywood iban por delante de los demás. Juntos parecían un pingüino borracho junto a un juguete mecánico estropeado. Eran los miembros más jóvenes del grupo de diecinueve y quince años, y tenían en común cierto entusiasmo.

Cam quería creer que eso era bueno.

Hollywood admitió que aún le dolía un poco. Si no estuvieran ya a mediados de abril, podrían haber dejado pasar la tormenta y esperar más tiempo... pero la breve temporada de lluvias de California estaba terminando. No podían arriesgarse. Todos pensaban que aquel invierno era peor de lo normal, aunque Sawyer se riera de la teoría de Cam de que el planeta se estaba enfriando porque todas las ciudades y fábricas, todo estaba parado. De hecho, ahora que sabían que aún era principios de año, la verdad es que el invierno había sido relativamente suave. Aquella podría ser la última lluvia.

Cam había animado a Hollywood a hacer ejercicio cuando aún estaba postrado en cama. Lo instaba a levantar las piernas y a hacer movimientos sencillos con los brazos. Eso ayudaba a purgar el organismo de nanos muertos. El hecho de que Hollywood no lo supiera, que hubiera hecho el camino con buen tiempo, era la prueba de que la gente del otro lado del valle rara vez, si alguna, había traspasado la barrera. No lo habían necesitado. Eran ricos. La sospecha de Sawyer de una «recolecta de ganado» debía de ser infundada.

Tenía que ser así.

La tensión en la cabaña de Price había sido palpable como el hedor a humo y el olor corporal, y seguro que no ayudó en la recuperación de Hollywood, aunque Cam nunca sugirió trasladarlo a un lugar más elevado en la ladera. El grupo de Price necesitaba provocar. Pensaba que si sus visitas regulares les hacían sentirse incómodos, tanto mejor. Pasaba por allí todos los días para hablar de los cambios que se veían en el valle y la vida más fácil y mejor del otro lado.

Pasados seis días, Hollywood insistió en volver a andar, con cuidado, inclinado hacia delante como un anciano y con el brazo encogido, como un pájaro que se

protegiere. Estaba claro que el chico no había esperado lo suficiente; el descanso era el único tratamiento para las heridas internas. Cam debería haber dicho algo, pero no tuvo el valor de dejarlo allí varado. Además, quería que todo el mundo fuera testigo de la tenacidad de Hollywood.

Encontraron hierbajos, líquenes, urracas grasientas y fibrosas, y crujientes saltamontes dulces. Hicieron de la última lata de ensalada de frutas una celebración.

Si Cam sospechaba algo, no dijo nada.

Sawyer había subido de nuevo hasta los 3.000 metros y los estaba observando mientras descendían, con la cara oculta tras la capucha, las gafas de esquí de espejo y una bufanda negra.

—Deberíamos permanecer juntos —dijo Hollywood—. Es más seguro.

Cam sintió que alguien pasaba por su lado corriendo, hacia la cabecera del grupo.

—¡Agrupaos! —gritó Price.

Sawyer no hizo ninguna señal de haber oído, ni un sonido, ningún movimiento. Ni siquiera podían ver hacia dónde miraba. Price agitó los brazos y volvió a abrir la boca, pero Cam habló enseguida por encima del hombro de Price.

—¿Tú cuál crees que es la presión del aire?

—La barrera ha descendido por lo menos ciento cincuenta metros, tal vez ciento ochenta o doscientos. —La bufanda amortiguaba la voz de Sawyer, pero no hizo ningún esfuerzo porque lo oyeran—. Pero habrá bolsas de presión alta, fluctuaciones. Ahora cubrios bien.

Si algo había en abundancia en el complejo turístico eran gafas y otros accesorios de esquí, guantes que se estiraban por encima de las mangas de los anoraks, las bufandas. Aquel equipamiento diseñado para repeler la nieve no era a prueba de los nanos, por supuesto, pero aquel día era especialmente importante retrasar y minimizar las infecciones.

Nunca habían caminado más de tres horas sin sentir los nanos en su interior, y en ese momento siempre iniciaban el regreso a la cumbre si no estaban ya subiendo.

Aquel día, el descenso duraría más de tres horas.

Según su mapa, la otra cima estaba a doce kilómetros al norte. Había que ir hacia abajo, luego recto y arriba, y era imposible atajar. Las carreteras del gran valle se encontraban sobre todo al oeste y al este. Cam había estimado que una persona a pie recorrería un total de diecinueve kilómetros o más subiendo y bajando las laderas más abruptas, evitando los barrancos y el terreno difícil.

Se ajustó las gafas y miró hacia las nubes bajas que se avecinaban. Se preguntó de nuevo por qué las tormentas no habían limpiado el mundo, por lo menos las zonas montañosas. Por sentido común, la lluvia y la nieve presionarían a los nanos, les haría descender hacia el valle. Sawyer decía que no lo entendía. Los nanos no eran personitas. Las partículas de ese tamaño transportadas por el aire apenas notaban la

llovizna más fina o la ventisca más fuerte, y las ráfagas de viento y el impacto de las primeras gotas de una tormenta removerían las bolsas de nanos que hubiera en el suelo. Probablemente el mal tiempo barría un buen porcentaje de las máquinas invisibles, pero atraía tantas o incluso más de las tierras bajas.

—Espera. —Erin posó la mano en la cadera a Cam. Llevaba las gafas en la frente, y sus ojos eran de un color violeta intenso en la penumbra. Mechones sueltos de pelo, que ondeaban al viento, salían de su capucha hacia la cara de Cam cuando ella se acercó. Esbozó una sonrisa divertida cuando lo besó.

Era toda calidez y ternura. Cam subió la mano por debajo de su anorak, pero se frustró porque era muy entallado. Así que bajó la mano hacia la entrepierna. Ella apretó los muslos contra su mano.

A su alrededor, quince seres humanos más estaban envueltos en abrazos parecidos, o sorbiendo agua de las cantimploras, u orinando allí, entre la mugre. Keene se había puesto de cuclillas en un último intento de vaciar sus intestinos. Una vez cruzada la barrera, mantendrían sus armaduras cerradas sin tener en cuenta las necesidades físicas. Nadie quería que se le metieran los nanos entre la ropa y exponerse a cortes o picaduras.

En cierto modo, era una despedida. No habría otra oportunidad de sentir la piel desnuda del otro hasta que llegaran a su destino.

Cam quería decir «te quiero», pero no era cierto. «Te necesito» era una frase mucho más sincera. A veces cuidar de Erin era lo único que le hacía seguir adelante.

De todos modos, pronunció aquellas palabras, como una oración.

—Te quiero.

—Sí. —La sonrisa de Erin hizo que se le arrugaran las comisuras de los ojos. Una auténtica sonrisa—. Yo también te quiero.

Entonces fue hacia Sawyer. Giró la cabeza hacia atrás. Su sonrisa se había convertido en aquella mueca torcida de nuevo, y Cam fingió mirar a otra parte. Observó que Erin hacía un gesto con los labios, en silencio. Vio que Sawyer se descubría la cara, se subía las gafas, se bajaba la bufanda. Su amigo había dejado de afeitarse el día después de la llegada de Hollywood, y ahora parecía otra persona debido a aquella barba irregular que le enmarcaba su rostro alargado.

Cam deseaba que Erin le hubiera dado a él el último beso. ¿Acaso no se daba el último a quien más querías?

Se volvió hacia lo alto de la montaña, pensaba que los que se habían quedado habrían ido a la parte superior de la zanja para verles descender, pero no vio nada, ni un movimiento, excepto un fugaz remolino de polvo y el vuelo rápido de un pájaro.

La rabia, y no la pena, se apoderó de él. Faulk y Pendergraff deberían haber bajado para buscar las primeras bayas de enebro y vegetales, los lagartos e insectos entumecidos por el frío. Sabía que no estaban ocupados comprobando los desagües ni

sacando todos los recipientes que quedaran porque él y Manny ya lo habían hecho por ellos... Suponía que se habían ido a su cabaña, avanzando a trompicones debido al impacto emocional, rodeados de un nuevo mar, de aislamiento total, pero igual de peligroso.

Sin saber por qué, Cam estaba seguro de que sus caras lo perseguirían durante mucho más tiempo que cualquiera de las personas que se había comido.

El piloto de la lanzadera, Derek Mills, giraba el cuerpo o se agarraba a un nuevo asidero cada vez que Ruth se colocaba en su vertical, una reacción que para ella hablaba por sí sola. Y no era porque el desdén en su voz no fuera lo bastante claro.

—No sabes de lo que hablas —farfulló entre dientes—. No es como hacer aterrizar un avión.

Ruth se tragó la primera respuesta que le vino a la cabeza. «Si realmente piensas quedarte aquí arriba para siempre, será mejor que aprendas a vivir en esta atmósfera, tío.» Se volvió hacia los demás, recorrió el módulo de vivienda con la mirada y exageró al levantar las cejas y encogerse de hombros alzando una mano. La nueva Ruth era elegante, y nada histérica.

Lástima que al girar después de Mills quedara en un ángulo incómodo en comparación con los demás. Todos se habían acostumbrado a entrar en una nueva sección de la EEI y encontrar a alguien de pie en lo que parecía el techo o una pared, pero sólo Gustavo estaba dispuesto a conversar con la gente sin estar frente a frente. La mente era reacia a interpretar expresiones faciales de lado o del revés.

Nadie reconoció la validez de sus argumentos, y sintió una leve frustración al verlos tan indiferentes como las paredes. La habitación, pálida y alargada, era más o menos del tamaño de una pista de frontón, lo bastante grande para que Mills y Gus dejaran metro y medio entre ellos y los demás, Gus se hallaba al fondo, y Mills estaba suspendido junto a la única salida.

Ruth habría preferido reunirse dentro de la *Endeavour*, su poder de sugestión podría haber jugado a favor de su argumento, pero Mills rechazó la idea de reunirse en la lanzadera, que consideraba sus aposentos privados. Ruth lo entendía. Ella sentía el mismo recelo obsesivo hacia su laboratorio y decidió no arriesgarse a aumentar la incomodidad del piloto. De esa forma, jamás lo convencería de que hiciera su último vuelo.

Miró a Ulinov. Su ceño fruncido era un aviso. Ruth decidió no hacerle caso y dijo:

—Sé que no será pan comido sin el apoyo desde tierra. Aun así, podemos bajar.

—¿Quieres abandonar la lanzadera?

—¡Abandonar la lanzadera!

Mills y Wallace gritaron esas frases a la vez. Habría sido divertido si los dos no hubieran interpretado sus palabras de la peor manera posible.

Sabía que, si se ponía la estación a velocidades subsónicas, las tripulaciones que se lanzaban en paracaídas desde una lanzadera averiada sufrían imprevistos.

Incluso había un lago enorme sólo a tres kilómetros al oeste de Leadville, Ruth había estado estudiando las películas de la zona y suponía que podían conseguir ir a

parar allí para evitar la densa población de refugiados acampados por toda la región. Por supuesto, sus ordenadores y el MMFA podrían no salir tan bien parados.

—De ningún modo —dijo ella— La lanzadera vale demasiado. Podemos utilizar la autopista que hay al norte de la ciudad, hay un tramo recto y casi llano de unos cinco kilómetros.

—No es como aterrizar con un avión —volvió a decir Mills.

—Pero tiene que haber...

—¿Por qué sigues pensando que sabes más de nuestro trabajo que nosotros? —Deborah Reece, médico y doctora en filosofía, se sorbió los mocos alzando la barbilla de una manera que dio a sus palabras un tono altivo e imperial. Aquel aire tan seco había dejado las fosas nasales de la doctora Deb en un estado permanente de irritación, y durante meses había sido una fábrica de mucosidades. Ruth sugirió que los descongestionantes podrían ser el remedio, pero Deb contestó que su cuerpo generaba mocos por una buena razón, para proteger sus tejidos. Así que moqueaba. Sin parar. Era de mal gusto.

—Mira —respondió Ruth, que lo volvió a intentar—, tarde o temprano tendremos que irnos. Tenemos que bajar.

El ceño de Ulinov seguía fruncido.

—El presidente nos lo ha ordenado.

—Las órdenes son acabar con la plaga. Las vuestras son ayudarme como sea. Es lo único importante.

—Entonces deja de perder el tiempo —replicó Deb por detrás.

Al principio, Ruth sintió una discreta alegría porque hubiera otra mujer a bordo. Incluso le pareció divertido que Deb y Gustavo se enrollaran. Entonces Gus cortó la relación poniendo un muro de silencio. Los dos volvieron a liarse, juraron que se había terminado, y volvieron a liarse. Ruth conocía el esquema. Sólo necesitaban algo que hacer.

Tal vez lo que ocurrió a continuación fuera inevitable, dados los estrechos espacios de la estación y su aislamiento absoluto. Deb se había enrollado con Derek Mills. Y de nuevo con Gus.

Ulinov intentó pararlo. Habló con cada uno de los hombres, bromeó sobre las costumbres americanas y amenazó con informar a Colorado. La promiscuidad sexual iba en contra de toda su formación, y con razón. Y los había convertido, a cada uno de ellos, en piezas de una bomba de relojería.

Ruth no era muy tradicional, ni una mojigata. En su tercer año de universidad había sido de las chicas de su residencia que se quedaron en ropa interior durante la mayor parte del semestre de primavera cuando se estropeó el aire acondicionado. Al cabo de unos años, en el balcón de un apartamento sólo tres plantas por encima del tráfico de Miami, le había hecho unos trabajos manuales a su hermanastro con crema

solar de coco del factor 45. Cada vez se fijaba más en las espaldas de Ulinov, y en sus anchas manos, en el suave bulto rojizo que era su labio inferior.

Era increíble que seis personas que flotaban alrededor de un planeta moribundo, en una diminuta carcasa metálica, fueran capaces de encontrar nuevas formas de atormentarse. Sin embargo, lo de menos era si Deborah Reece, con su pelo rubio y sus preciosas caderitas, había actuado por aburrimiento o por su instinto médico de aliviar el dolor, lo cierto era que Wallace se había sumido en la pena, y Mills se había vuelto distraído y hostil. El pobre Gus, siempre un torrente de palabras, tartamudeaba en presencia de Deb.

—Perder el tiempo, bueno, ¿es que has quedado? —preguntó él—. Deja que Ruth se explique. —Gustavo se había retirado a un rincón, como un cangrejo, rehuía los espacios abiertos, y a Ruth le preocupaba su reacción cuando estuviera de vuelta en la Tierra, expuesto a kilómetros de cielo y tierra. Eso le hizo apreciar todavía más su apoyo...

Deb soltó un bufido y se dirigió a la salida. Mills, que le bloqueaba el paso, se agarró a un par de asideros para retirarse a un lado y dejarla pasar, pero eso lo alejó más del grupo.

—Basta. —Era arriesgado, pero a Ruth no le quedaba más alternativa que un ataque directo—. Regresaréis —les dijo—. Todos podréis volver aquí.

Mills la miró directamente por primera vez, con una mezcla de emociones reflejada en el rostro.

—Puedo vencer a esa cosa —dijo Ruth—, lo juro, pero necesito estar en tierra. —Luego perdió el contacto visual con Mills cuando Deb se puso en medio e intentó no levantar la voz.

—¡En poco tiempo volveremos a hacer vuelos espaciales! Apenas ha habido daños industriales, querrán las tripulaciones más experimentadas...

Deborah se volvió para mirar y perdió su asidero, pero Mills la agarró por la cintura y, a pesar de todo lo que hubiera o no entre la médico y el piloto, ninguno reaccionó al roce del otro. El eco del molesto zumbido de los ventiladores hacía que su silencio fuera más ruidoso.

Demasiado lejos. Ruth había ido demasiado lejos, era consciente, y apenas había rozado la superficie de lo que intuía que era el verdadero problema: su orgullo, su vanidad. Debería haber bajado y unirse a los demás científicos que estaban en Leadville un mes antes o incluso más, en cuanto se hubiera podido despejar la acumulación de nieve; pero Colorado los había mantenido en órbita por los mismos motivos que suscitaban esas ganas de quedarse en los astronautas: por el prestigio, el poder, un miedo razonable a que la raza humana quedara atrapada en las montañas para siempre y sólo mirara la luna y las estrellas como un recuerdo que se desvanecía.

Tampoco le cabía duda de que a la tripulación le aterraba sentirse inútil. ¿Es que

no veían que serían más valiosos en tierra? Ingenieros, pilotos, expertos en radio, médicos, eso era lo que permitiría a Ruth y sus colegas vencer a la plaga.

Ulinov rompió el silencio al dar un fuerte golpe con la palma de su enorme mano en un armario de suministros.

—Tenemos órdenes de quedarnos —dijo.

Ruth negó con la cabeza.

—Yo ya no puedo hacer nada más aquí.

—¿Y si te equivocas?

—Sí, pero... ¿y si te equivocas tú?

—Cada hora aparecen nuevos datos. Puede que mañana encuentren lo que necesitas, lo que sólo funciona en gravedad cero. —Su semblante contrariado vaciló al mirarla a la cara, pero luego volvió a dar un golpe al armario—. Yo decido —afirmó—. Y te digo que no.

A Ruth no le había bastado con diecisiete días. Desde que conocieron los nuevos datos del FBI que ubicaban con exactitud el origen de la plaga, había intensificado su campaña de influir en las opiniones de Leadville, se había puesto tan pesada como podía serlo estando en órbita. Por desgracia, en el mejor de los casos estaba 400 kilómetros por encima de Colorado. En el peor, había todo un planeta entre ellos. Y los hombres y mujeres de abajo no tenían motivos para entablar una conversación enojosa si podían ganar sólo con no hablar con ella.

El día anterior sus miedos y frustraciones habían alcanzado un nuevo punto.

Gus había interceptado una serie de transmisiones entre Leadville y un C-130 de transporte en su vuelo de regreso de California. Lo habían hecho. Habían enviado al oeste a un contingente de tropas de asalto en busca del laboratorio donde se había creado la plaga. Los soldados permanecieron en Stockton durante más de cinco horas una vez agotadas las botellas de aire, incapaces de aceptar su fracaso. Un joven sufría una ceguera parcial. Todo para nada. No habían encontrado ni una sola pista, y Ruth aún oía las últimas palabras de la grabación que Gus había reproducido para ella, el lacónico comentario en la voz de un soldado exhausto: «Es inútil, es inútil.»

¿Y si Leadville decidía no arriesgar más hombres, equipos ni combustible de avión? ¿Y si se aferraban a esa visión conservadora que la había mantenido atrapada allí arriba durante tanto tiempo y dejaban escapar su mayor oportunidad?

Ruth decidió que había invertido sus esfuerzos en la gente equivocada. Para todos los que estaban en tierra era demasiado fácil no hacerle caso. Pero si lograba convencer a los astronautas, todo cambiaría.

Leadville no podía hacer nada para evitar que abandonaran la EEI.

Derek Mills había ido a refugiarse en la *Endeavour*, y Ruth lo acorraló allí. Estaba sentado en la cabina de mando, baja e inclinada, sujeto con correas a la silla. El sonido del teclado de su portátil le impedía oír que Ruth se aproximaba por detrás,

por la escotilla, entre los tubos.

Se quedó quieta a medio camino del suelo. Mills había atenuado las luces superiores pero no pareció advertir su sombra, que se cernía sobre la consola que tenía ante él, hasta que ella dio un golpecito y se acercó rápido.

Mills le lanzó una mirada, tensando la mandíbula. Ruth no se molestó en decir nada. Le pasó las fotografías que les quería enseñar cuando estaban en el módulo de vivienda. Las cámaras de la estación eran increíbles, dignas de James Bond, capaces de contar las patas de una chinche.

Ruth había puesto la foto del aeropuerto del condado de Leadville al principio del montón para despertar su interés. Necesitaba atraerlo con aquel reto.

Dos excavadoras y varios cientos de personas con y sin uniforme estaban alargando la única pista, esforzándose por llegar a la colina del lado sur porque un gran DC-10 se había hundido en el lodo, a cincuenta metros del extremo norte. También llevaban una grúa para cargar los restos del avión, pero tenía problemas para maniobrar entre tantos aparatos.

Mills apenas contempló la fotografía, ni la miró a ella. Le entregó las fotos para que se las quedara.

—Sé que no hay espacio suficiente —dijo ella.

A diez minutos en coche de la ciudad, el aeropuerto del condado ofrecía unos 1.500 metros de pistas. No había sido diseñado para grandes vuelos comerciales, mucho menos para lanzaderas espaciales que iban a 350 kilómetros por hora. De haber empezado la construcción la primavera anterior, Ruth suponía que habría habido algo útil para entonces, pero no tenía derecho a culparles por estar tan ocupados.

—Nunca habrá espacio suficiente antes de que nos quedemos sin aire —le dijo ella.

Mills sacudió el fajo de fotos con un gruñido de irritación. Estuvo a punto de dejarlo caer. Ruth lo agarró enseguida. Separó la foto de encima.

—Aquí —dijo ella—. Aterrizaremos aquí.

Desde arriba, el terreno alrededor de Leadville parecía una bañera gigante llena de arcilla, abandonada durante eones. La Divisoria Continental recorría catorce kilómetros al este de la ciudad y la rodeaba al norte. Tan sólo a nueve kilómetros y medio al oeste del centro de la ciudad había otra pradera enorme, y la mayor parte de la zona dentro de aquella gran bañera inclinada era un embrollo de colinas, bultos y barrancos erosionados por las inimaginables cantidades de lluvia y nieve derretida amontonadas en la cabecera del río Arkansas.

Una línea de ferrocarril y una carretera de dos carriles discurrían hacia el norte, en paralelo con el río, hasta que la carretera se desviaba al este, hacia Leadville, donde se dividía en dos. Desde la ciudad, la carretera 24 volvía a ir hacia el norte para

encontrarse con la vía férrea en una amplia cuenca pantanosa.

Las carreteras de Colorado describían muchas curvas siguiendo la orografía del terreno, pero aquella cuenca cubría seis kilómetros cuadrados, y algún delineante cansado simplemente decidió tirar de regla. Aquel tramo era recto.

—Es perfecto —dijo Ruth—. Podemos ir desde el sureste como si llegáramos a la pista 33 del Kennedy.

Por fin Mills la miró a la cara.

—El ángulo es casi exacto —dijo ella—. Míralo. Y los vientos que predominan son del norte, como tú querías.

—Esta montaña en el extremo sur podría suponer un problema —contestó él, y Ruth contuvo una risa esperanzada y le dejó continuar. En aquel momento Mills sujetaba las fotos con las dos manos—. La carretera tampoco es lo bastante ancha. ¿Cuánto tiene, metro ochenta, poco más de dos metros? Nuestra envergadura es casi de dos y medio.

Las pistas del aeropuerto de Denver, donde a veces planeaba la gente de Leadville su aterrizaje, eran el doble de amplias que la carretera 24, pero aun así eran la mitad que las pistas de aterrizaje del Centro Espacial Kennedy. En definitiva, si de verdad intentaban aterrizar sin permiso, sin ayuda en tierra, el aeropuerto de Denver podría ser un poco menos arriesgado que la carretera 24, pero ¿luego qué? La ciudad no estaba lo bastante alta, sólo kilómetro y medio. Sólo tenía sentido aterrizar en Denver si hubiera un avión preparado para volar hasta Leadville.

Ruth se acercó y dio un golpecito con el dedo en la foto.

—Podemos rebasar esa colina —dijo— Hay mucho espacio.

—Hay un puente encima de esta maldita línea de ferrocarril, justo en el medio. Imposible. Como mucho tiene un metro y medio de ancho.

Ella se sintió aliviada al ver que las vías iban por debajo de la carretera, en vez de al revés. Era obvio que no querían meter la lanzadera por debajo de un puente de ferrocarril durante el aterrizaje, aunque Ruth pensaba que en el fondo no había tanta diferencia.

—¿Cuál es el problema, los quitamiedos? Nuestras alas los eliminarán con facilidad.

—No es como aterrizar...

—¡Sí, sí, no es un avión, deja de decir eso! Sé más de lo que crees sobre el tema. Si conseguimos llegar al objetivo impactaremos en la pista. Y si te desvías un poco, la rueda delantera de aterrizaje nos puede hacer retroceder en línea recta.

Todo dependía del enfoque. Hacía tiempo que se comparaban las lanzaderas con ladrillos voladores. No sólo eran torpes en la atmósfera. A diferencia de los aviones convencionales, el *Endeavour* sería pasivo durante el aterrizaje. En esencia, la máquina se convertía en un planeador demasiado pesado para la corriente ascendente

de su cuerpo y las pequeñas alas gruesas. Peor aún, las lanzaderas no tienen capacidad de giro. Un piloto que previera dificultades no tenía la opción de acelerar sus motores a reacción y recuperar altura para volver en círculo. Una vez tomada la decisión, era hacerlo o morir.

—Tendrás que hacer el mejor puto aterrizaje de la historia —dijo ella, que se obligó a utilizar su palabrota preferida y temía que sonara forzada.

Él no contestó. Ruth esperaba que estuviera imaginando su aproximación. Derek Mills era una eminencia, o la había sido hacía un año. Por eso lo habían enviado allí, como a todos, y ella sabía que se había mantenido lo más distante posible, haciendo simulacros, discutiendo ejercicios de vez en cuando con Leadville. El mantenimiento de la coordinación de sus manos y su vista había sido la excusa para ponerse videojuegos en vez de limpiar o hacer inventario.

Mills meneó la cabeza antes de hablar, luego pasó la mano por la foto, de izquierda a derecha.

—Ahora mismo amenaza una tormenta procedente de California, y otra después. ¡Había estado estudiando la situación por su cuenta!

Ruth sintió un impulso de adrenalina, y sin querer cruzó los brazos sobre el pecho como para contener esa sensación, consciente de que una carcajada la agitaba por dentro de nuevo.

Mills era la clave. Sería imposible conseguir la mayoría de votos, dada su relación con la doctora Deb y la dura disciplina que compartían Ulinov y Wallace. Sin embargo, si pudiera tentar a Mills para que se pusiera de su parte junto con Gus, serían tres contra tres y ella contaría con el voto decisivo. Tendría al piloto.

—No podemos hacer nada con ese tiempo —dijo Mills.

—Pasará. —Ruth casi sentía el deseo de Mills, que flaqueaba. ¿Debería decir algo más?

—Eso sólo es lo primero en la lista de dificultades... —continuó él.

El corazón de Ruth no paraba. Tenía miedo de dejarle refugiarse en la metódica cautela que la NASA le había inculcado. Pero ella ya había jugado su mejor carta: convertirse en una leyenda entre los pilotos de todo el mundo.

—El gran problema son los DOE. —Los Daños causados por Objetos Externos.

—Los pájaros no serán un problema como en el Kennedy.

—Me refiero a los coches. A la gente.

—Tengo más fotos —dijo ella—. Ya ves que casi no hay tráfico. Y sabrán que vamos hacia allí. Se necesitan como máximo noventa minutos para el reingreso, ¿verdad? Y tendremos más si avisamos antes de abandonar la estación.

Mills hojeó las siguientes fotos, se detuvo al llegar a las imágenes de los demás aeropuertos diminutos en Eagle-Vail y más al norte, cerca de Steamboat Springs. Ruth deseó no haber dicho nada de un previo aviso. ¿Le preocupaba lo que pudiera

decir el control de tierra? ¿Su carrera? Leadville podía bloquear la carretera y obligarlos a quedarse...

—Si les damos una hora —dijo ella—, pueden hacer que mil personas caminen por la carretera y recojan todas las cosas que haya. Sabes que lo harán, tendrán que hacerlo.

—Supongo.

Ruth quería añadir que era muy poco probable que más de un puñado de soldados comprobara con antelación las pistas de Denver. Simplemente en Leadville no había trajes ni aire embotellado para realizar grandes esfuerzos, pero no iba a ser la primera en decir «Denver». No se atrevía a distraerlo.

—Supongo que si los forzamos —dijo Mills—, utilizarán todos sus recursos.

—Sí.

—Me tomaría una jodida cerveza.

Esta vez se le escapó la risa temblorosa, pero sabía que no pasaba nada. Mills pensaría que le había gustado la broma. Él esbozó una sonrisa y Ruth se dio cuenta de lo que debía decir a continuación, «compro». ¿Podría entusiasmarlo tanto que Ulinov y Wallace no pudieran arrastrarlo a su bando?

Ulinov apareció por la escotilla, justo detrás de ellos, y dio un golpe con la mano contra el techo para agarrarse cuando Ruth se dio la vuelta, parpadeando, confusa al ver que sus temores se hacían realidad.

¿Cuánto tiempo hacía que escuchaba?

—Tú —dijo Ulinov. Su ancho rostro tenía un color como de tierra rojiza, lo cual resultaba mucho más feo que su ceño fruncido, de manera que al principio ni siquiera le vio la expresión. Luego advirtió su postura. No se había estabilizado con un movimiento fácil. Estaba agarrado a un asidero, con el tronco echado hacia atrás, dispuesto a lanzarse con los dos pies por delante.

Era una posición de combate.

Ruth consiguió forzar un sonido después de que el corazón lo diera un vuelco.

—Mira...

Ulinov la hizo callar al encoger sus admirables hombros. Se dirigió a Mills, con el peor inglés que ella le había oído jamás.

—Tú, pienso que eras mejor. Un profesional hace mejor.

Ruth oyó un ruido a su lado cuando Mills se movió en su asiento. Quería mirar, tal vez animarlo con un gesto, pero no había manera de apartar la mirada de Ulinov.

—Tus fotografías —dijo Ulinov—. Retíralas. Ahora.

—He sido yo... —dijo ella.

—No. —Volvió a gesticular con los hombros. Ni siquiera quería oír una confesión.

¿Cuánto tiempo llevaba escuchando? Mierda. Lo único que podía hacer era tomar

la ofensiva, actuar como un nano. Mierda, mierda, mierda. Tenía que ser implacable.

—Comandante...

—Basta. Obedece las órdenes. —Ulinov parecía más cansado que enfadado, y tal vez se había relajado un poco.

—La guerra que estás intentando librar. Ushba. Skata. —Ella mencionó los nombres de las cimas donde los rusos habían fracasado en su intento de contener a los musulmanes—. Puedes ayudarlos más dejándome en tierra, de lo contrario perderemos la mejor oportunidad que tenemos de vencer a la plaga. Si no la paramos seguirán destruyéndolo todo.

—¿Qué demonios te pasa? Obedece las órdenes.

—Lo destruirán todo hasta que ya no quede nadie, Uli...

—No, aquí no va a haber ningún motín.

Le extrañaba que no se le hubiera ocurrido a ella la palabra, pero era precisa. Motín.

—No es eso, sólo...

Ulinov observó cómo se quedaba sin palabras antes de volverse hacia Mills.

—Dame las fotos —dijo—. Luego volvió a mirar a Ruth y dijo—: No vuelvas a la lanzadera.

Su pulso se negaba a calmarse, y sus pensamientos discurrían tan rápido que se sentía dissociada de sí misma. Se había retirado a su laboratorio después de que Ulinov la escoltara desde el *Endeavour*, para apaciguarlo y porque no quería presentarse ante los demás. Esperaba encontrar allí un poco de seguridad y consuelo.

Habría sido mejor enfrentarse a ellos. Allí sólo estaba el sonido de sus propios miedos.

Ruth sabía cómo forzar una evacuación de la EEI.

No había otra manera. Ella no podía pilotar la Soyuz rusa acoplada a la estación como bote salvavidas de emergencia. Toda la tripulación tenía que irse a la vez o no lo haría nadie.

Pretendía agujerear el material aislante en algún sitio lejos de su laboratorio, provocar un escape de presión. El daño se atribuiría al impacto de un micrometeorito. Wallace ya había salido dos veces para arreglar los paneles solares. El concepto de vacío total era una ilusión, existían peligros constantes, polvo y desechos, basura humana abandonada en órbita.

Razón de más para salir de allí, antes de que un golpe de azar los matara a todos.

Ruth decidió que la maldición del sentimiento de culpa era un precio aceptable, aunque no sería una carga ligera. No le importaba lo que pensara la tripulación, respetaba el conocimiento y los esfuerzos invertidos en consolidar la presencia humana en el espacio más que casi todo su propio trabajo. En realidad era un respeto natural ante todo reto superado con éxito. En gran parte se debía a la guerra fría haber

descubierto que la Tierra era una cesta demasiado frágil donde colocar todos los huevos de la humanidad.

La plaga era prueba más que suficiente de que lo mejor era que se expandieran por el sistema solar y más allá, si era posible, en cuanto tuvieran oportunidad, antes de que un desastre peor que la plaga provocara la extinción de la raza humana.

No obstante, primero necesitaban esa oportunidad.

Ruth rebuscó entre sus efectos personales en busca de una herramienta y se rió al ver una caja de tampones. Cuatro lápices. Nada. Intentó caminar sin retirar los pies de la puerta abierta del armario, y el impulso la hizo descender hacia una hilera de ordenadores. Se dio un golpe en el muslo, luego en el antebrazo, y se hizo daño en el cuello al apartar la cara del ordenador.

Sin saber cómo, rebotó en la dirección que pretendía ir, hacia la escotilla, y se pudo agarrar a ella. No pensaba haber sufrido más que unos cardenales, pero la impresión la había despejado. Se frotó la pierna.

Tenía que esperar, por supuesto. Si ocurría enseguida, levantaría sospechas...

Un ruido de manos y pies la volvió a sobresaltar. Alguien iba hacia allí. ¿Ulinov? Ya había demostrado una asombrosa habilidad para predecir sus acciones.

Ruth retrocedió. Lanzó una breve mirada a la ventana.

Era Gustavo el que llenaba aquel espacio diminuto.

—La radio, tu amigo James —aulló—. ¡Han dicho que sí!

—Sí...

—¡Ha funcionado! ¡Todo lo que les has dicho, el NAN, lo de llevarte a tierra, han dicho que sí!

Le tendió una mano para darle la enhorabuena. Pero Ruth lo abrazó y le gritó en la cara.

—¡Aaaaaaaah!

No había palabras para expresar el alcance y la complejidad de su triunfo.

Iba a volver a la Tierra.

El Remonte 12 tenía un aire extraño con la ladera escarpada de fondo. Todos los telesillas en Bear Summit estaban pintados de color verde oscuro, para que se fundieran con el entorno, pero nada lograba suavizar las líneas rectas de aquellas estructuras. Cam siempre sentía un estremecimiento ambiguo al salir del desfiladero, entre la base de su cima y el punto más alto de la zona de esquí. En otra época aquél era uno de sus lugares preferidos. Ahora era raro e inquietante.

La gran caja de metal que contenía los engranajes estaba suspendida en el aire, a cuatro metros y medio de altura, imponente por encima de una caseta con la fachada de cristal. Doscientas sillas idénticas separadas por intervalos regulares que se trasladaban por ambos lados mediante una serie de poleas y que se perdían más allá de una cresta y los primeros pinos.

Las sillas se balanceaban en el cielo plomizo, presagiaban la tormenta, chirriaban, gemían. A veces, cuando el viento soplaba con fuerza, aquel sonido se oía durante horas en la cima.

Cam desvió la mirada y se volvió hacia Erin, que estaba a su lado. También observaba.

—Vigila dónde pones los pies —la advirtió él. De la nieve dura emergían vetas de granito, la mayoría suaves pero salpicadas de nudos y huecos donde quedaban atrapados los pies.

Intentó no pensar en los nanos que debían de estar encontrando a cada paso que daban, como polvo invisible. Los saltamontes no paraban de brincar. Tenían los mismos tonos bronceados y grises que la suciedad y las rocas. Había más que nunca. Sus brincos imprevisibles hacían que el terreno pareciera inestable y provocaban constantes destellos en el rabillo del ojo.

Unos sesenta metros por delante, casi haciendo carreras, Sawyer, Manny y Hollywood caminaban de lado. Erin protestó cuando Sawyer la dejó atrás, pero Cam estaba contento. Necesitaban líderes. El grueso del grupo parecía estar rezagándose, y la cresta que estaban atravesando era la parte fácil. Sólo habían avanzado poco más de un kilómetro, en dirección al oeste, hacia el viento húmedo.

Cam volvió la cabeza. Bacchetti no estaba muy atrás, pero los demás se movían más despacio, con las miradas posadas en el telesilla.

Lorraine metió el pie en una grieta y se cayó al suelo. Cam la perdió de vista cuando la mayoría de ellos se agrupó a su alrededor, pero vio que no volvía a levantarse. Empezó a retroceder para ayudar, pero Erin dijo:

—Cam, no.

Las nubes de tormenta habían oscurecido el amanecer y los pocos colores que quedaban en el mundo. Sus gafas polarizadas, diseñadas para destacar las siluetas en

la nieve, hacían que el bosque de allá abajo pareciera casi negro. Cam se abrió paso entre los azules y rojos de los anoraks de todo el mundo y vio que Price le había quitado la bufanda a Lorraine.

—¡Por Dios, qué haces!

—Tiene que respirar —dijo Price. Cam se apoyó en una rodilla y volvió a subirle la bufanda.

Lorraine tenía los ojos de par en par tras las gafas, así que pensó que estaba hiperventilando. Ella conocía la gravedad de su error. Un faldón de la manga del anorak le colgaba del codo izquierdo, y en la roca que había entre ellos se veía una salpicadura serpenteante de sangre, como una firma, oscura como el petróleo.

—¡Todavía estamos a salvo aquí! —dijo Price.

—Es imposible que hayamos llegado ya a la barrera —añadió McCraney.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Cam—. ¿Crees que está roto?

—¡No la atosigues!

Lorraine meneó la cabeza y Cam la agarró de la cintura, intentaba palpar alguna anomalía, y la recorrió toda hasta el hombro. Luego él también meneó la cabeza.

—¿Te has hecho daño en algún otro sitio? ¿No? Bien. Que alguien traiga un pedazo de hielo.

Price no se movió, pero Doug Silverstein se dio la vuelta.

—Espera —dijo Cam—. Necesito unos trozos de esa cuerda.

Silverstein se la entregó toda, luego subió deprisa hacia un campo de nieve.

Cam llevaba dos cantimploras en la mochila, sacó una y se la vació encima del brazo para ahuyentar a los nanos que hubieran penetrado ahí. Probablemente Price tenía razón y estaban por encima de la barrera, siempre cambiante, pero Cam había aprendido a ser pesimista.

—¿Quién tiene un gorro de sobra o algo así? —preguntó.

Le cerró la manga y cubrió el rasgón con un par de guantes, mientras Silverstein volvía con demasiado hielo.

—Pensaba que era para bajar la inflamación —dijo Silverstein—. Ni siquiera lo va a sentir a través del anorak.

—Sí que lo sentirá. —Cam la miró a los ojos—. Sujétalo ahí todo el tiempo que puedas, ¿de acuerdo? —Lorraine asintió. Pese a la bufanda se la oyó decir «gracias». Cam se puso en pie y se dio la vuelta—. Te pondrás bien.

Sawyer no esperó, y Manny se fue con él, pero Hollywood estaba de pie justo donde Cam lo había visto por última vez, con la cabeza inclinada sobre un maltrecho plano que había doblado en forma de cuadrado. Erin tampoco se había movido, excepto para sentarse a descansar.

Cam avanzó en medio de otra nube de saltamontes. Casi corría, así de apremiante era la necesidad de escapar de Price y los demás. Habría sido mejor quedarse en

medio del grupo, juntarlos, pero la responsabilidad que estaba dispuesto a aceptar tenía un límite.

Los alcanzarían. Tenían que hacerlo.

Erin se puso en pie y Cam vio que desviaba la mirada hacia los demás. Siempre captaba su estado de ánimo. Y el de Sawyer.

—Gracias por esperar —dijo él, le dio una palmada en el trasero y ella le agarró de la mano un momento hasta que fue incómodo. Sentía el calor de su aliento en la barba, apelmazada contra las mejillas y el cuello por efecto de la bufanda.

—Supongo que todavía no estoy convencido —confesó Hollywood cuando los dos se acercaron—. En realidad, parece que seguir este camino sea una pérdida de tiempo.

Cam se encogió de hombros y siguió caminando. Hollywood se volvió para seguirlo, bajó el plano, y Cam se alegró de que no insistiera.

Ya no tenía sentido discutir.

Por delante, caminando con dificultad detrás de Sawyer y Manny, Bacchetti llegó a una roca lisa y hecha añicos que había caído trescientos metros desde un montículo de piedra que había por encima del Remonte 12. Cam y sus compañeros llamaban a aquella roca la Fortaleza de la Soledad, por el escondite secreto de Superman. Tenían nombres para cada barranco y precipicio de la montaña. El Refugio del Fumador. La Aldaba del Gallo. El Paraíso.

Cam fue con Erin y Hollywood hacia donde Bacchetti había empezado a cruzar, pero allí los indicadores eran montones hechos con prisas, en vez de los hitos que habían erigido a 3.000 metros. Perdió el sendero dos veces. El tramo irregular era todo de granito, dividido en fragmentos de esquinas cuadradas, algunos pequeños como un puño y otros mayores que un coche.

Se detuvo para orientarse, inquieto, incluso asustado, y vio que Sawyer y Manny ya estaban en el telesilla.

El Remonte 12 llegaba a los 2.940 metros, así que Bear Summit se podía anunciar como la estación de esquí más alta de California. Era casi cierto. «B. S.», como lo llamaban los lugareños, era sin duda más baja que Heavenly, en el lago Tahoe, que decía disponer de pistas hasta a 3.100 metros. Aquella sección de Heavenly estaba a un tiro de piedra, pero al otro lado de la frontera de Nevada.

Cam también había esquiado en montañas más altas y mejores. El terreno extremo en B. S., Bear Summit, se limitaba a media docena de barrancos, pero no importaba. Conocía al detalle cada pista, los mejores saltos, todos los baches. Trabajar en un centro turístico de poca monta también significaba que rara vez se producían aglomeraciones, y Bear Summit contrataba a gente con la que en las instalaciones lujosas del Tahoe ni siquiera tratarían. Gente como Cam.

—Cuidado —advirtió Erin, haciéndose oír por encima de un repentino ruido de

rocas. Él miró hacia atrás y vio que agarraba a Hollywood del brazo para que éste recobrar el equilibrio.

Cam volvió a mirar hacia delante y estuvo a punto de caer cuando el bloque bajo sus pies se movió. Entonces un fantasma le hizo volver la cabeza.

Esperaba ver saltamontes, pero no había nada.

Antes del invierno en que cumplió trece años, Cam Najarro sólo había visto la nieve en las películas y los programas de televisión. Hasta entonces, le resultó casi imposible estar jamás por encima del nivel del mar, excepto en las montañas rusas y norias.

El dinero no era problema. Cam y sus hermanos eran californianos de sexta generación, una eternidad según los parámetros blancos, y su abuelo fue el último que trabajó como un esclavo en los naranjales y los campos de ajos por un sueldo mísero. Su padre era universitario, ascendido a jefe de distrito de una cadena de suministros de oficina antes de que sucumbiera a una prematura enfermedad cardiovascular. Tenía el detalle de llevar a su familia una semana de vacaciones todos los años. Normalmente también los metía en la ranchera Ford para salir los fines de semana. Para él era importante que sus hijos entendieran que el mundo no se reducía a su urbanización. No quería que se sintieran limitados en ningún sentido.

Por la misma razón, nunca les dejó llevar las prendas heredadas de sus hermanos mayores, aunque habría significado menos horas extra para él. Y si su decisión hacía que, por los cumpleaños y Navidad, los regalos fueran más ropa interior y calcetines que juguetes nuevos, por lo menos los Najarro tenían buen aspecto.

Su padre valoraba el orgullo y la apariencia por encima de todo.

Para él, lo más destacado del día era tomarse una cerveza en el salón de su casa de tres dormitorios, que siempre describía a sus hermanos como «situada justo en el océano». En inglés. Siempre en inglés. Tal vez a Cam nunca le molestaron las medias verdades de Bear Summit porque su padre se permitía la misma costumbre de exagerar. La ciudad de Vallejo, donde vivían, en realidad estaba en el interior de la zona de la bahía de San Francisco, y, en cualquier caso, había tres edificios entre ellos y la plana oscuridad verde y lánguida del mar.

Su padre amaba el océano tanto como a ellos, casi con solemnidad. Pero a distancia. No pescaba ni nadaba. Se habría ahogado, nunca se quitaba los zapatos, y muchos menos se desabrochaba la camisa. Sólo le gustaba mirar, escuchar y tal vez caminar por la arena. Sólo eso ya era un triunfo para él, que había crecido encerrado en una ciudad de vacas cerca de Bakersfield.

No se daba cuenta de que estaba restringiendo las perspectivas de su hijo por su forma de ampliarlas con tanto ahínco. Pasaban las vacaciones a cientos de kilómetros hacia el norte o el sur, pero siempre por la costa que él encontraba tan exótica, el paseo marítimo de Santa Cruz, Disneyland, el embarcadero de la playa de Pismo...

Crió a una generación de habitantes de tierras bajas que mantendrían la mirada y sus sueños fijos en el oeste, hacia el Pacífico.

Cam fue el único que se liberó.

Hollywood dejó de moverse en cuanto salieron del campo de rocas. Esperaron a Price y los demás, con un brazo levantado, y gritaron:

—¡Por aquí! ¡Ya lo tenéis!

Erin dudaba, pero volvió a tomar el camino antes de que Cam la agarrara. Buena chica.

No quedaba casi nada de la caseta de seguridad que había al lado del Remonte 12: una plataforma de cemento y puntales de acero que no habían podido arrancar. Todos los otros materiales habían sido arrastrados hacia la cumbre para construir sus cabañas, y al ver sólo los cimientos Cam sintió una extraña satisfacción melancólica.

Había hecho todo lo posible.

Su padre sólo les llevaba a la montaña para alardear con un compañero de trabajo. Un compañero blanco. Los chicos se volvían locos, iban en trineo y se lanzaban bolas de nieve durante diez horas al día mientras él les hacía fotos de lo bien que se lo pasaban. Luego, durante la semana, insistía en que había derrochado dinero en alquileres de esquí y billetes de telesilla.

Cam pronto empezó a perderse en la confusión de la colina, aunque, visto con perspectiva, aquella separación era deliberada, por lo menos en un cincuenta por ciento. Para alguien con tres hermanos, incluso ir en bicicleta a la tienda a comprar leche era una competición, y Cam siempre era el raro que se quedaba atrás. Sus dos hermanos mayores tendían a tomarla con él, y el pequeño Greg tenía tres años y medio menos, no era de mucha ayuda y a menudo suponía un estorbo.

Los otros chicos se pasaban la mañana peleando, presumiendo, y haciendo carreras, lo que no era muy inteligente porque no podían volver. Ni parar. Al bajar la ladera como una bala en línea recta, a veces chocaban contra un niño rubio de pocos años y pasaban la tarde en el banco de las dependencias de la patrulla de seguridad.

Cam volvía tarde al coche, estremecido por la emoción y el frío, ya que todos llevaban pantalones vaqueros, y, contento. Enfurecía a sus hermanos con sus relatos triunfales. Al día siguiente le hacían el vacío. Eso sólo le daba más margen de tiempo antes de que volvieran a meterse con él.

No volvió a esquiar hasta que tuvo quince años, cuando un amigo suyo se sacó el permiso de conducir, después del ingreso de su padre en el hospital. Se esperaba que los chicos Najarro encontraran un trabajo de media jornada al llegar al instituto, y Cam se gastó sus ahorros antes de febrero comprando un equipamiento mejor del que necesitaba y pagando algunas clases menos de las que necesitaba. Más que el nuevo entorno alpino, que la alegría inconsciente de arrojarse al impulso de la gravedad, le encantaba la individualidad de aquel deporte, sin contrincantes, ni público, ni

puntuaciones. Sólo estaba él.

El primer año fuera del instituto, cuando ya era un buen esquiador medio, aunque no especialmente ágil, Cam trabajó durante siete meses de aturdimiento en una centralita telefónica, iba a conseguir un pequeño aumento cuando lo dejó en diciembre. Aquella temporada esquió sesenta y un días en nueve estaciones distintas. Cada noche tenía que ponerse hielo en las espinillas. Tenía tantos morados por sus botas baratas que caminaba como un cowboy. En marzo se le cayó la uña del pulgar izquierdo. Pero era demasiado tarde. Había conocido a fanáticos de la nieve que pensaban que alardear de aquellos daños físicos era la mejor actitud.

Cam encontró trabajo de operario de telesilla, y más tarde se hizo un hueco en el equipo de mantenimiento sólo por presentarse todos los días, que era esperar demasiado de la mayoría de empleados de Bear Summit. Los chicos organizaban buenas fiestas y no ayudaba que los jefes hubieran reducido los sueldos y pluses al mínimo.

El año siguiente Bear Summit también echó a parte de la patrulla de seguridad, y había muchas vacantes. Aprovechó la oportunidad.

Llegaron al Remonte 12 cuando las nubes avanzaban y el aire dejó de soplar. El chirrido resonante de las sillas enmudeció, era casi como si el telesilla los hubiera estado esperando.

Mal presagio. ¿Qué significaba aquel silencio?

Cam experimentó el fenómeno contrario, como si todo el ruido se le metiera directamente en la cabeza. Al pasar por la cabina del empleado y el montón de tierra que servía de rampa de descarga, él y Erin levantaron la mirada hacia la cadena de sillas. Ojalá... Siguieron caminando.

El gasóleo para los motores de reserva no había durado ni un mes.

La mayoría de la gente se dirigió al este, hacia Nevada, para huir de la plaga, incluido su amigo Hutch. Por supuesto, se demostró que fue la peor decisión posible. No podían quedar más de trescientas personas en Bear Summit cuando los informativos dijeron que se podría estar a salvo en cotas altas, pero para entonces la zona de la sierra ya sufría el tercer día de tormenta de nieve.

Cam se quedó en su dúplex, a 2.280 metros, con su televisión y su teléfono, hasta que, pasada la medianoche del cuarto día, se despertó con pinchazos en la palma de la mano izquierda.

Llamó a casa una vez más. Todas las líneas estaban ocupadas.

La tormenta había cesado, pero la carretera estaba cubierta por veinte centímetros de nieve, y había más a los lados del único carril que algún héroe había abierto el día antes. Recorrer aquel camino estrecho podría haber sido demasiado para Cam si no hubiera memorizado a medias las constantes curvas de la carretera, algunos descensos y las curvas sin visibilidad. Recorría el mismo tramo para ir a trabajar seis

días a la semana y, como se decía en broma, lo que distinguía a un verdadero lugareño era la capacidad de llegar a la estación en cualquier situación, a ciegas si era necesario, golpeando el guardabarros contra los postes reflectantes de hierro, colocados cada cuarenta metros.

La carretera blanca, los terraplenes blancos... Para mantener la visibilidad, volvió a poner las largas, una especie de radar rudimentario.

Unas siluetas extrañas se cruzaron en su camino, tres figuras de animales con demasiadas patas. Cam frenó. Su camioneta derrapó y se precipitó hacia los monstruos. Ciervos, sólo eran ciervos. Pasaban volando por delante, movían los enormes ojos ante sus faros y huían corriendo. Montaña abajo.

Vio dos tiendas abandonadas, casi se quedó encallado al pasar por la primera.

Las farolas del pueblo emitían un brillo rosa irreal entre las nubes bajas, visibles mucho antes de llegar al valle. Entonces vio luces también en la cresta, en las cabañas de lujo. ¿La gente seguía alojada allí? Sólo estaba a unos centenares de metros...

Siguió conduciendo. No le sorprendió encontrar sólo algunos vehículos delante de los principales edificios de la estación, transformados en dunas blancas por la nieve, pero se sintió confuso al ver sólo cincuenta coches aparcados más arriba, junto al pabellón de media montaña.

Allí reinaba la oscuridad, se impuso el negro absoluto cuando apagó los faros. En algún lugar entre los apartamentos y la estación se había caído una línea de alta tensión. No pensaba preocuparse por eso. El pabellón de media montaña estaba a 2.400 metros y el espantoso picor de la mano no cesaba, ahora sentía un cosquilleo en la muñeca.

Entró a trompicones y encontró a setenta y una personas. De ellos sólo reconoció a Pete Czujko y dos chicos que trabajaban en la cafetería. El resto eran turistas, gente de vacaciones. Forasteros. Todos estaban infectados, presas del pánico, enloquecidos por aquel extraño dolor y desesperados por encontrar una manera de subir más arriba.

La pequeña flota de motos de nieve y vehículos oruga había desaparecido. Los generadores de gasóleo, los aparatos de rescate, la radio de banda civil y los transmisores de la patrulla, todo. Incluso habían vaciado la tienda de regalos. Los telesillas podían funcionar a dos tercios de la velocidad con los motores de gasóleo auxiliares, aunque quien se hubiera ido con los vehículos oruga también había provocado un desastre al extraer el combustible de los remotes 11 y 12 haciendo agujeros en la base de los tanques, con lo que se desperdició lo que no pudieron llevarse. Mientras Cam se escondía en su cabaña con su miedo y su pena, otros habían trabajado para asegurarse su supervivencia.

Esos otros habían sido los lugareños. Debían de haber previsto que la mayor parte de los turistas y otros refugiados acabarían allí, y pensaron que sería mejor irse a las cabañas que había en la cresta, por encima de los apartamentos. Algunas de aquellas

casas estarían vacías, con sus propietarios y sus gatos gordos atrapados debajo del límite de las nieves perpetuas. Con depósitos de propano y armarios bien surtidos, aquellas cabañas eran ideales para sobrevivir a largo plazo, pero la cresta sólo llegaba a los 2.470 metros. Si la plaga llegaba más alto, a los lugareños no les quedaba ningún sitio adonde ir.

Cam podría haber estado allí si hubiera caído más simpático, pero no tenía más remedio que echarse a andar.

La nieve reciente llegaba a la altura de la cadera y la temperatura, con el frío del viento, rondaba los siete grados bajo cero, aunque estaba subiendo porque se acercaba un frente de alta presión. En lo alto de la montaña sólo había oscuridad. Tres personas se negaron a abandonar el pabellón. Muchas chicas, Erin y sus amigas, sólo llevaban pantalones de deporte y sombreritos de cowboy. Había nueve niños, una pareja de setenta y tantos años, una mujer enorme llamada Barbara Price que no iba a abandonar a su perro con pedigrí y tres turistas coreanos que sólo se podían comunicar con mímica.

No obstante, la única opción era echarse a andar.

Hollywood aún tenía el plano en la mano, aunque no dijo nada más, y Cam se lo agradeció. De alguna manera había conseguido que Price y el resto se dieran prisa. Nadie iba demasiado retrasado cuando Cam y Erin dejaron de seguir la cresta hacia el oeste.

Erosionada por el viento, la cresta de la pista de esquí era una zona estéril de suciedad y gravilla. Caminaron por los senderos paralelos de huellas profundas y resbaladizas que habían dejado Sawyer, Manny y Bacchetti.

Hollywood había seguido una ruta distinta, directa hacia su cima, y probablemente lo habría hecho aunque conociera la zona. Era su forma de ser. Sin embargo, habían aprendido que era igual de rápido, y seguro, salir de la estación y utilizar los caminos abiertos y los rastros de los todoterrenos que en invierno servían como pistas para los vehículos oruga. Cuando había nieve suficiente bajaban esquiando, claro, con equipamiento de esquí de fondo porque las botas eran lo bastante suaves para caminar, y los esquíes, lo bastante ligeros para cargarlos al regresar.

Unas flores delicadas se aferraban a la ladera, zacates de un rojo intenso y polemonias blancas. Cam se apartó de su camino para no pisarlas y sintió nuevos ánimos.

Veía el pabellón de media montaña, mucho más abajo, una caja de zapatos de madera de pino. Mucho más cerca, Bacchetti había alcanzado a Sawyer y Manny cuando trazaban una diagonal en la ladera. Entonces se puso a llover, y las tres figuras de delante quedaron reducidas a fantasmas de color verde y azul. ¿Los esperaban? No, vio que Manny saltaba un agujero que pronto se llenaría de agua. A

través de la capucha, el tamborileo de las gotas a Cam le sonaba como si fueran palabras.

No debería haberle sorprendido tropezar con Tabitha Doyle. Un bulto en la colina tendía a llevar a los caminantes hacia la ruta más fácil, y él había pasado justo por aquel lugar veinte veces o más.

Sawyer debía de haber dado una patada a Tabs porque se había movido. Su familiar posición fetal había cambiado hasta quedarse con los brazos y piernas extendidos y la mandíbula relajada y abierta dentro de la capucha naranja manchada del anorak de la patrulla de seguridad. Cam clavó los ojos en sus manos agarrotadas, como siempre. Descompuestos de una manera que sólo las bacterias y los elementos jamás podrían haber provocado, los huesos de los dedos parecían haberse derretido en varios puntos.

De las sesenta y ocho personas que subieron desde el pabellón, sesenta y cinco lograron escapar de la plaga de máquinas, pese a que avanzaba con ellos a medida que amainaba la tormenta. Sentían que les quemaban la piel de nuevo debido a las fluctuaciones de la presión del aire.

Un hombre se sentó sin más. Otro cometió el error de irse a pesar de los gritos de los demás, que vieron el haz de luz oscilante de su linterna más abajo durante una eternidad. Barbara Price perdió mucha sangre cuando su perro, jadeando entrecortadamente, le mordió las manos y la cara.

A medio camino, un fragmento de luna se abrió paso entre las nubes. Para entonces cargaban con los niños. Barbara Price se había desplomado cuatro veces y los coreanos salmodiaban una maldición una y otra vez. Cam empezaba a creer que ya la entendía.

Acurrucado para resguardarse del viento con dos sombras anónimas en la base del noveno poste del Remonte 11, desplomado contra el metal congelado, no advirtió enseguida el rabioso zumbido que retumbaba arriba, en la montaña. Motos de nieve. Aparecieron linternas al este, casi a su altura, un enjambre de falsas estrellas ocultas por los árboles y las ráfagas de nieve. Los lugareños huidos. Habían abandonado las cabañas de lujo para abrirse camino por las crestas del valle, entre resbalones y caídas, vencidos por la pendiente de la montaña, hasta llegar a los senderos planos y abiertos de las pistas de los vehículos oruga.

El dolor y el frío resultaban demasiado abrumadores para sentir nada cuando un alud acabó con aquella caravana que rugía.

El esqueleto doblado de Tabby era como un guardián. Había sobrevivido al derrumbe de una cornisa de nieve conocida como el Muro Alto para morir allí sola, doscientos metros por encima de los otros lugareños. Casi con toda certeza había sido la última persona en caer por no estar a suficiente altura. Estaba tan cerca... En la seguridad de su cabaña, caliente con Erin, Cam a menudo se lamentaba de no haber

enterrado a Tabs. Pero habría sido una insensatez demorarse tanto por debajo de la barrera.

Ayudó a Erin a cruzar el lecho del río y miró hacia atrás para ver a los demás. Una silueta había caído de rodillas. McCraney. Cam reconoció su anorak a rayas. Se quedó observando para asegurarse de que se levantaba, y Erin le tocó la cadera.

Ella parecía tener los ojos incoloros tras sus gafas de cristal gris, aunque era obvio que estaba angustiada. Ni siquiera Sawyer fingía no verse afectado por aquella parte de la montaña.

Cam y Erin volvieron a cogerse de la mano y descendieron.

Las treinta y una motos de nieve ni se habían oxidado ni perdido el brillo, sólo algunos árboles desenterrados les habían provocado abolladuras y otras habían chocado entre sí. Sus brillantes formas metálicas parecían piezas de un ti vivo desvencijado, rojas, violetas y azules, abandonadas entre los troncos partidos y las raíces de pinos muertos.

Cam y Pete Czujko revolvieron entre los cadáveres congelados mucho antes del deshielo primaveral, buscaron en los bolsillos y mochilas. Más tarde volvieron para sacar la mezcla de petróleo y gas que aquellos motores de dos tiempos utilizaban como combustible. Entonces los cuerpos todavía estaban intactos, aunque Cam había visto un codo roto, un cuello muy dislocado, y supuso que los demás tenían también miembros rotos debajo de la ropa. Era cierto. Ahora había fragmentos de huesos y extremidades sueltas por todas partes.

Lo que más le molestaba era el apogeo final de los nanos. Hasta que el cuerpo anfitrión perdía un mínimo de temperatura, aquellos malditos bichos seguían reproduciéndose.

Las manos derretidas de Tabby no eran lo peor, ni el tórax desintegrado de otro esqueleto. Un cráneo pequeño, probablemente de un niño, parecía una lámpara hecha con una calabaza torcida. Tenía los dientes destrozados, sobresalían como colmillos retorcidos, y el hueco del ojo izquierdo casi doblaba el tamaño normal por los mordiscos.

A las sesenta y cinco personas que llegaron a las cotas seguras se unieron en el gélido amanecer dos supervivientes de la caravana de motos de nieve, Manfred Wright, una estrella en ciernes del equipo de esquí junior de la región, y un ayudante del sheriff al que le sangraban los pulmones.

Sin embargo, los sesenta y siete pronto quedaron reducidos a cincuenta y dos a medida que morían los que tenían peores heridas internas, incluidos todos los niños, menos uno. Los nanos les habían destrozado los cuerpecitos. Probablemente Barbara Price habría sobrevivido a las heridas que le habían provocado los mordiscos de su perro, pero la plaga de nanos de la mejilla se le había extendido hasta las fosas nasales. No podía más que emitir un gemido. Duró seis días. Su marido, Jim,

mantuvo un inquietante silencio durante semanas.

Al principio intentaron vivir por encima del Remonte 12, hacinados en las casetas de la patrulla de seguridad, pero las olas de nanos les obligaban una y otra vez a volver a subir, sin importar la hora o el clima.

La plaga redujo su número a cuarenta y siete, muchos debilitados por el mal de altura y la desesperación. La deshidratación era una amenaza para todos y estaba minando a una mujer diabética.

Cam y Pete se vieron en el papel de líderes por defecto. Llevaban uniformes. Un hombre llamado Albert Sawyer también comentó que tal vez estaban más familiarizados con la zona y sus recursos que los demás. Sawyer era un auténtico pragmático. Fue idea suya esperar a la tormenta siguiente para ir a saquear el pabellón, aunque estuvieran muertos de hambre. A él se le ocurrió utilizar el único defecto de los nanos a su favor.

El Remonte 12 fue muy importante en su lucha por la supervivencia. Arreglaron el motor, luego se atrevieron a bajar esquiando al pabellón principal, encendieron el Remonte 4 y transportaron bidones de combustible por la montaña... además de comida, equipamiento y madera.

En primavera estaban bastante bien instalados. Los accidentes, la neumonía y un suicidio habían reducido el grupo a cuarenta personas, lo que facilitaba las cosas. Con raras excepciones, los supervivientes eran jóvenes y decididos. Entendían el mundo que les había quedado. Cam incluso tenía novia. Erin Coombs tal vez no se habría acercado jamás a él de no haber confundido su nombre y el color de su piel con la de un italiano, pero debió de sentirse comprometida con su decisión. Para entonces, el campamento ya estaba dividido.

Jim Price consiguió apoyo, como si de un político se tratara, con una serie de propuestas. La primera fue asignar tareas. Fue una medida muy popular porque la mayoría de la gente pensaba que hacía más que los demás. Organizó una sesión para cantar juntos y una «reunión recordatorio». Intervenía en polémicas, discusiones, en todo...

Dos de los coreanos estuvieron entre las primeras víctimas, y el tercero fue el primero que se suicidó. El único negro duró gracias a sus esfuerzos para construir las cabañas, pero se abrió la pantorrilla cuando lo rozó una sierra mecánica y murió por la infección. Después de eso, Cam y Amy Won eran los únicos no caucásicos.

No debería haber importado. Gran parte de la raza humana había sido diezmada, como para preocuparse por eso... pero Cam sospechaba que el color de su piel era otro motivo por el que tanta gente le daba la espalda para irse con Price.

¿Cuántas culturas se habían perdido para siempre? Si reclamaran el planeta, ¿qué aspecto tendría la humanidad?

No había tiempo para cavilaciones. Los alimentos en lata desaparecían rápido, se

pasaban el día buscando comida y habrían encontrado mucha si estuvieran dispuestos: roedores confusos y lisiados, un ciervo, las matas de hierbas de primavera que brotaban de la tierra. Nadie mencionaba los cuerpos de la zona del alud, que se descomponían al derretirse la nieve, y habían enterrado al resto de sus difuntos. Sin embargo, en verano habían dejado la montaña tan limpia que ya no crecía nada. Y cuando volvió el invierno, la única opción era hacer incursiones por debajo de la barrera.

Primero se comieron a Jorgensen.

Aquella camioneta Chevrolet, roja y alargada, suspendida en la ladera desmoronada, a Cam siempre le recordaba a la televisión. Encarnaba la imagen de fuerza que la publicidad quería proyectar. La habían molido a golpes, rascadas, le habían machacado los bajos con rocas y baches, había superado la carga recomendada en quinientos kilos, y la camioneta nunca les había fallado.

Sin saber por qué, Cam se sentía orgulloso. Siguió mirando el vehículo en la distancia mientras iba dirigiendo a los demás entre el lodo y las rocas por encima de lo peor del alud. Manny se bajó la capucha, se frotó la nieve de las gafas, y Bacchetti estiró los brazos y el cuerpo para proteger el depósito de gasolina de la lluvia mientras Sawyer luchaba con un bidón de plástico de quince litros. Si caía agua en los tubos del combustible morirían.

La ladera dibujaba un prolongado descenso, a veces en tramos del tamaño de una casa. De lo contrario podrían haber intentado abrir una carretera. Pero tenían que aceptar lo que la montaña les ofrecía.

El chaparrón arreció, la lluvia golpeaba los hombros de Cam formando una fina niebla. Los sucios charcos marrones se rizaban por el impacto de los goterones.

Tras él alguien emitió un sonido atroz.

—¡Eh! —Tenía que ser Price.

Cam volvió a levantar la vista y vio que la camioneta se movía. Al volver de las incursiones en busca de comida siempre estaban ansiosos por alcanzar cierta altura y dejaban el vehículo en la ladera. Sawyer estaba maniobrando con cuidado adelante y atrás en la estrecha planicie para dar la vuelta, y Manny se encontraba de pie en la pendiente, con las manos en alto. Señalaba el espacio libre.

—¡Esperad! ¡Esperad! —Price se abrió paso hacia delante en cuanto tocaron tierra firme, junto con Nielsen y Silverstein.

Cam dejó a Erin y corrió tras ellos, pero resbaló en el barro y sintió una punzada en la rodilla, la mala. Aminoró el paso y se concentró en dónde colocaba los pies.

Bacchetti ya estaba en la caja trasera de la camioneta, Manny subió de un salto mientras el grupo se acercaba y Price todavía gritaba:

—¡Esperad! ¡No!

Nielsen llegó primero al vehículo y dio un golpe contra el lado del conductor al tiempo que se dirigía a trompicones hacia el capó. El cono blanco del faro atravesó su mugrienta chaqueta amarilla y brilló una gota de humedad metida dentro de una de sus fosas nasales. A Nielsen se le había bajado la bufanda.

—Eh... —dijo Cam.

—¡Conduzco yo! —gritó Price. La manilla de la puerta chasqueó al segundo intento. Cerrada— ¡Sal!

—La bufanda —dijo Cam, y Nielsen no fue el único que se la subió para protegerse la cara.

Price dio un golpe a la ventanilla.

—¡Conduzco yo!

—No.

El cristal empañado reducía la capucha y las gafas de Sawyer a una extraña silueta.

—¡Es mi camioneta!

Era cierto. Aquella camioneta era uno de los pocos vehículos que valían la pena de los aparcamientos del pabellón que habían podido poner en marcha. Una cantidad increíble de refugiados se había molestado en cerrar y llevarse las llaves, de modo que o murieron con aquellos cruciales objetos de metal o los habían perdido.

Price tendió los brazos.

—¡Sólo porque has bajado corriendo! ¡Sólo porque has sido el primero en llegar!

—Perdisteis demasiado tiempo dejando esos malditos indicadores —dijo Cam, con la suficiente dureza para distraer su atención. Hollywood estaba junto al parachoques trasero, con la cabeza alta, inseguro, y Cam bajó el tono—. Alguien tenía que darle la vuelta.

—¡Entonces dile que salga!

—Jim, de todos modos conocemos la carretera mejor que tú.

Los sobrecargados amortiguadores de la camioneta respondían mal al camino abrupto. Cada vez que los neumáticos topaban con un bache o un hoyo, la camioneta se balanceaba como un barco que se deslizaba entre dos olas. Cam pensaba que era sólo cuestión de tiempo que alguien se cayera del vehículo.

Habían metido a las cuatro mujeres en la cabina, aunque sólo tenía asientos para el conductor y el acompañante, por lo que doce hombres debían apretujarse en la caja. Aunque la mitad se sentaran unos encima de otros, apenas quedaba sitio para que el resto estuviera de pie. Era más seguro en el medio que delante, donde Price y McCraney se inclinaban sobre la cabina con las manos extendidas, pero Cam había subido tarde a propósito por el lado del acompañante. En su mayor parte, el camino era sólo una pista de montaña, vulnerable a la erosión, y si la camioneta resbalaba en el barro o se desprendía parte del camino, quería tener la opción de salvarse de un salto.

Empezó a sudarle la espalda, y las axilas, al caminar, pero le bajó la temperatura corporal porque se filtraban bolsas de humedad y frío por la capa de Gore-Tex.

Entraron en una zona de pinos que los resguardó de la lluvia, luego de nuevo la lluvia.

Entonces llegaron al pabellón de media montaña. El aparcamiento resbalaba mucho, deformado por miles de heladas y deshielos, pero las sacudidas de la

camioneta se convirtieron en una suave vibración cuando pasaron a toda velocidad entre el cúmulo desordenado de coches.

—Cuidado...

—¡Deja de empujarme las gafas!

Cuando Sawyer aceleró, los pocos hombres que estaban de pie se inclinaron para mantener el equilibrio y se agarraron a los que estaban sentados. Bacchetti y otro chico salieron despedidos hacia atrás. Hollywood gritó algo que Cam sólo oyó en parte.

—Juntos!

Cada vez que giraban se sujetaban más fuerte, y Sawyer aceleraba el motor en cada recta, por corta que fuera.

Price dio un golpe en el techo de la cabina.

—¡Ve más despacio!

—Jim, deja que se concentre!

—¡He dicho que vayas más despacio! —Price golpeó el techo hasta que Sawyer pisó el freno y redujo la velocidad de cincuenta y cinco a quince en medio de un largo giro. Para Cam fue una advertencia clara y una demostración de poder. Era obvio que Price no lo veía así, ya que volvió a dar un golpe con el puño—. Mucho mej...

Sawyer aceleró el motor y provocó dos sacudidas que les hicieron balancearse hacia atrás. Hollywood no era el único hombre que protestaba a gritos, pero a Cam le volvió a impresionar su tono de decepción.

—Pero ¿qué hace? —gritó Hollywood.

Sawyer se puso a ochenta o más cuando la carretera descendió recta durante doscientos metros. Cam pensaba que la lluvia había cesado, pero era imposible saberlo con certeza en medio de las salpicaduras que provocaban los neumáticos. La bufanda empapada sabía a amargo hedor humano ya rancio.

Tomaron una curva frente a tres coches amontonados, luego llegaron a la entrada de la urbanización. Unos grupos de diminutas flores amarillas en la cuneta atrajeron la mirada de Cam, luego vio media hectárea o más de colores vivos.

—Mirad —dijo.

Sawyer redujo la velocidad y abandonó la carretera. Cam no había visto la señal de RESERVA CORLISS, pero reconoció la salida.

—¡No gires, no gires! ¿Qué haces...? ¡Esta carretera no tiene salida! —Price levantó un puño para golpear el techo de la cabina otra vez y Silverstein dijo:

—Tiene razón, la reserva está sólo unos kilómetros más abajo y luego hay un aparcamiento.

Cam se alegró de llevar la bufanda y las gafas. Sabía que llevaba escrita la culpa en la cara. ¿Pararía Sawyer si Price amenazaba con empujarlo a un lado? Price estaba aporreando la cabina, Nielsen intentaba encontrar espacio para avanzar y Hollywood

se había inclinado hacia delante, con la mano en el hombro de Keene, mientras éste se agarraba el estómago con los dos brazos.

Fue Manny quien hizo que todo el mundo se fijara en él.

—¿Cam? ¿Adónde vamos?

La camioneta entró en un tramo de curvas y el débil sol se movió a un lado y de nuevo hacia atrás. Las gafas se oscurecían y aclaraban siguiendo un esquema que le recordaba a un péndulo.

—¿Cam? —repitió Manny.

El ansia por hacer callar al chico hizo que separara las manos del cuerpo unos centímetros.

Manfred Wright había madurado de una manera que Cam lamentaba y respetaba a la vez por ser inevitable. Pero aún no entendía algunos de los aspectos básicos de las relaciones humanas. A menudo Cam creía que era una especie de autodefensa por parte de Manny, un regreso voluntario a la infancia. Sin embargo, su carácter irreflexivo se había convertido en una amenaza, y Cam se dio cuenta de que Sawyer estuvo muy acertado al no confiarle al chico su plan. Manny se lo habría contado a Hollywood, que se lo habría dicho a Price, todos con las mejores intenciones.

—Es un callejón sin salida —dijo Silverstein.

Price casi estaba afónico.

—¿Qué pretendéis?

Cam era consciente de que debía decir algo. Necesitaba encontrar las palabras justas, pero entonces unos dedos lo tocaron por debajo de la mochila. Nielsen.

—Suéltalo —dijo Bacchetti con un gruñido.

El claxon volvió a sonar.

—¡Dos minutos! —Sawyer salió por la ventana y dio un golpe en la puerta—. ¡Llegaremos en dos minutos y podéis quedaros con la camioneta si queréis!

Nadie más habló durante un minuto, y Cam sintió una mezcla de alivio y gratitud.

—David está infectado —explicó Hollywood.

Sawyer volvió a dar un golpe en la puerta, impaciente ante su falta de reacción.

—¡Un minuto más y podéis quedárosla!

Silverstein fue el primero en lanzar una mirada a Keene. Luego volvió a mirar hacia delante y gritó:

—¡Es una pérdida de tiempo! Es un callejón sin salida.

—¡Estamos ganando tiempo! —exclamó Cam—. Mirad el plano. La carretera va hacia el oeste durante casi ochenta kilómetros antes de desviarse hacia la dirección correcta, y está llena de curvas. Eso significa por lo menos dos horas, tal vez más, y si está bloqueada tendréis que volver aquí pase lo que pase.

—¡Qué! —Price acompañó este comentario con un chasquido.

—Bajaremos caminando.

Las pocas carreteras del gran valle tendían a ir de oeste a este porque los coches tenían un límite de pendiente para ascender y porque no había muchos destinos en la zona. Al este de Bear Summit, la autopista 6 sólo conducía al desierto de Nevada, y al oeste durante setenta y tres kilómetros sólo había cámpings, huertos y tres ciudades pequeñas. De vez en cuando la 6 descendía para encontrarse con la autopista 14, y a veces la 14 se bifurcaba hacia la carretera 47, que iba al norte, hacia la cima de Hollywood, pero Cam y Sawyer habían estimado que tenían que recorrer en total ciento cuarenta y cuatro kilómetros o más.

—Aun suponiendo que la carretera 6 esté despejada durante todo el descenso, que no lo estará, tardaréis dos horas sólo en llegar a la 14 —dijo Cam—. Sin embargo, desde aquí sólo cinco kilómetros y medio separan las carreteras. Podemos ir campo a través. Serían cuarenta minutos.

—¡Tardaremos más! ¡Es una locura! —McCraney miró a Price—. ¡Por algo no hay carretera ahí abajo!

—Nosotros podemos ir por sitios por donde los coches no pueden pasar —replicó Cam.

—¿Y luego qué? —preguntó Silverstein—. A pie.

—Encontraremos otro coche, o caminaremos recto hacia arriba. Quedarse en la carretera sólo porque está ahí os va a matar.

—¡Todo el mundo votó! ¡Todo el mundo dio su opinión! —dijo.

En efecto, habían llevado a cabo el ritual dos veces, como si el hecho de levantar la mano fuera a cambiar de algún modo la distribución del valle. Cam había presentado las mismas objeciones y sólo consiguió que le hicieran callar a gritos. Sawyer ni siquiera había intentado hacer cambiar de opinión a nadie. Observó, escuchó e hizo un gesto a Cam con la cabeza en silencio cuando Price montó el numerito de contar los votos por primera vez.

Cam miró a Hollywood en ese momento. El chico también se había opuesto a utilizar la camioneta al principio, y Cam esperaba que lo apoyara, pero no dijo nada. Tal vez intentaba imaginarse el plano.

—¡Todos hemos pasado por allí cientos de veces! —Price señaló a Nielsen, Atkins y McCrane como si los contara—. ¡Todos lo hemos calculado! ¡Una hora! ¡Sólo es una hora de bajada!

—Las carreteras estarán bloqueadas, Jim. —El límite de las nieves perpetuas estaba en mil ochocientos metros, de modo que las carreteras podrían haberse mantenido limpias hasta esa cota..., salvo por los turismos, los vehículos de los lugareños con aperos, las motos de nieve y los tanques de la Guardia Nacional. Sólo se necesitaba un choque múltiple para detenerlos.

Price estiró el brazo como si fuera a lanzar algo. Fue su única reacción ante las palabras de Cam.

—¡Es una tontería caminar ahora si no es necesario! ¡Hay que ahorrar fuerzas!

—Moriréis ahí fuera —añadió McCrane, como si la camioneta fuera una fortaleza o un submarino, como si David Keene no hubiera respirado el mismo aire que los demás.

La arbitrariedad de los ataques siempre había sido casi tan aterradora como la velocidad y la fuerza con la que los nanos consumían un cuerpo anfitrión, y Cam sabía que sólo era cuestión de tiempo que la plaga se despertara en el interior de todos ellos. Muy poco tiempo.

Aparecieron trozos de madera junto a la carretera que mostraban figuras que utilizaban las papeleras y las áreas de descanso. Entonces entraron en una zona de asfalto donde sólo había una camioneta Subaru. Más allá había una sorprendente extensión de agua oscura y muy calma, donde unas siluetas rocosas sobresalían hacia el cielo.

Sawyer dejó el motor encendido y abrió la puerta de un empujón, llevando su paquete verde de plástico negro en la mano. Cam saltó por el asiento del copiloto al otro lado.

Silverstein fue el único que bajó con ellos. Enseguida se colocó entre Sawyer y la puerta abierta del conductor. Se produjo un alboroto por parte de las mujeres que estaban en el interior de la cabina. Bacchetti intentó abrirse paso en la caja de la camioneta.

Cam levantó la mirada hacia ellos. Se había convencido de que, una vez hecho, todos verían que no era realista seguir bajando.

La mayoría ni siquiera se había inmutado.

—Sawyer no se equivocaba contigo —dijo, con la esperanza de provocar alguna reacción, rabia, cualquier cosa, y Keene hizo un amago de levantarse cuando Bacchetti bajó junto a Cam. Manny también se había apoyado en una rodilla, pero se había quedado quieto, mirando a Cam y Hollywood.

—Tengo que volver —dijo Keen. Se agarró la muñeca izquierda con la otra mano—. Llévame de vuelta.

El alboroto del interior de la cabina se calmó cuando Erin salió por el lado del conductor y empujó a Silverstein por detrás. Las otras mujeres debían de haberse resistido a salir con tal fuerza que ni siquiera había podido abrir la puerta del copiloto.

Fue a trompicones a abrazarse a Sawyer, y Cam vio que él la apartaba del grupo y le recolocaba la bufanda y las gafas con unos mínimos gestos eficaces.

—¡Tengo que volver! —Keene levantó los brazos, desesperado, sin soltarse la muñeca.

—¡Si estos cabrones no nos hubieran hecho perder el tiempo...! —gritó Price.

—Hollywood —dijo Cam—. De todos nosotros, tú sabes mejor que nadie que

tenemos razón. Llegaremos al camino que tú seguiste en cuarenta minutos.

—No puedes —dijo Hollywood. Lo mismo podría estar contestando a Cam. Pero luego dio una palmadita en el hombro a Keene y dijo—: Sabes que no podemos volver arriba.

—La mano —susurró Keene.

—Puede que en aquella Subaru estén las llaves —dijo Silverstein, al tiempo que señalaba el otro lado del aparcamiento, y Price por fin saltó al suelo y se metió en la cabina de la camioneta.

—Hollywood —repitió Cam—. Por favor...

Price cerró la puerta de un golpe y le dio gas al motor.

Cam retrocedió un paso. Cada centímetro que los separaba le parecía un abismo inmenso que se ensanchaba con rapidez a medida que la camioneta se alejaba. Sí, Hollywood tenía todo el derecho a estar molesto con él. El desvío de la carretera había sido jugar sucio, pero ese engaño era culpa de la tozudez de Price...

Tal vez al chico sólo le dolía la pierna. A lo mejor Hollywood se había dado cuenta durante su breve caminata que no tendría fuerzas para volver a recorrer todo el camino.

Price frenó junto al otro coche, pero Keene no se movió.

—Compruébalo, será mejor que te asegures ahora —dijo Silverstein.

Hollywood bajó de un salto y llegó a la puerta de la Subaru en dos zancadas. Probó a abrir la puerta, luego se agachó y, cubriéndose los lados de la cara con las manos acercó su cara al cristal. Se apartó, meneó la cabeza y, cuando Cam se acercó a él, Hollywood retrocedió hacia la camioneta y la rozó como si fuera un jugador de béisbol que tocara la base.

—¡Vamos con ellos! ¡Yo quiero ir con ellos! —Manny fue tambaleándose hacia Hollywood, hacia donde estaban, aunque el otro lado de la camioneta estaba más cerca—. ¡Sawyer siempre sabe lo que dice!

—No seas tonto. —Silverstein agarró a Manny del brazo.

La sorpresa de Cam ante aquella reacción se desvaneció al ver que McCraney también agarraba a Manny y Nielsen se movía para cerrarle el paso. Aquellos hombres se sentían tan amenazados por cualquier alternativa a su manera de pensar que lucharían para evitar que los demás escogieran otra opción. Tal vez la sensación de seguridad dependía del número de gente que le apoyaba.

—¡El pie! —gritó Price por la ventana del conductor—. ¡No puedes caminar con el pie así, Manny!

—Está en mejores condiciones que la mayoría de vosotros —replicó Cam. Craso error. Manny había logrado zafarse de ellos, pero ahora Silverstein lo agarraba por la cintura y McCraney utilizaba las dos manos para bloquear el brazo izquierdo del chico. Las intimidaciones y amenazas sólo habían reforzado su decisión.

Manny se zafó de Silverstein de un empujón y Cam dio un golpazo en la camioneta.

—¡Soltadlo!

—¡Vamos, muévela, vamos...! —gritó Price a Hollywood.

El disparo sonó tan fuerte que Cam se retiró de un traspié de la pelea, conmocionado por aquel estruendo.

Sawyer caminó hacia ellos con el revólver deslustrado en una mano. No tuvo que apuntar a nadie. McCraney soltó a Manny de un empujón, y Silverstein sólo mantuvo un brazo alrededor del chico como un acto reflejo para evitar que se cayera.

Tampoco hacían falta palabras. Sawyer parecía disfrutar del momento. Levantó el arma por encima de la cabeza como si comprobara su peso y su poder.

—Quitadle las putas manos de encima.

## 10

El viento entre los árboles sonaba como las olas del océano. A Cam lo tranquilizaba, aunque le recordara a su padre y sus hermanos. Su bramido penetrante era lo bastante fuerte para ahogar sus preocupaciones, y aquella pequeña renuncia era más fácil a cada paso.

Estaba cansado.

Sawyer marcaba un paso despiadado. Se alimentaba de la rabia y de la visión de futuro. Pero Cam estaba cansado. Le dolía la rodilla. Tenía los pantalones de esquiar húmedos y calientes. Le pesaban.

La luz del sol se filtró entre las copas de los pinos, dividida en distintos rayos repletos de insectos y moscas. Las botas hacían ruiditos por debajo del bramido del viento, el sonido de los guijarros que chocaban, el chasquido de las ramitas. La suciedad reblandecida por la lluvia absorbía todos los demás sonidos.

Sus cuatro compañeros le habrían parecido un obstáculo mayor si descendieran en grupo en vez de en fila, pero seguir a Sawyer entre los árboles era más fácil que hacerlo de forma individual. Cam oía la respiración de Erin cuando se acercaba, cuando las rocas o una grieta les hacía aminorar la marcha o, con menos frecuencia, cuando evitaba un paso estrecho y se paraba para encontrar otro camino. Por lo general Cam sólo oía el latido de su corazón y el viento monótono... y los insectos.

Las moscas negras zumbaban alrededor de Cam con insistencia, atraídas por su calidez, su olor o sus colores. Por mucho que lo intentara no podía ahuyentar aquellos puntos gruesos. Chocaban contra sus gafas y la bufanda como gotas de lluvia.

Las moscas hacían ruido, pero durante los últimos diez minutos Bacchetti había resultado más molesto imitando el zumbido de un motor.

—¡Brrrrr! ¡Brrrr!

Al final, Sawyer se paró y miró alrededor mientras se reunían. Bacchetti pesaba unos quince kilos más, aunque estuviera en los huesos, pero Sawyer se limitó a decir:

—Cállate.

Entre los árboles había menos saltamontes que más arriba, antes de la tormenta, pero Cam había advertido varios puntos negros. Una masa oscura bullía alrededor de un ciempiés que se agitaba. Un enjambre explotó en una pantorrilla de Sawyer cuando puso el pie en el lugar equivocado. Cam empujó a Erin para ayudar a su amigo a limpiarse la pierna antes de que las inquietas motitas se le colaran en la ropa.

Sawyer se había desviado seis veces a la derecha o la izquierda. Cam sólo se imaginaba el motivo, excepto para el cuarto rodeo, pues había oído la seca sacudida de advertencia de un reptil. Ya había visto dos nidos de serpientes, con las crías enrolladas para mantener el calor. Para aquellas criaturas no era lo normal estar tan expuestas. Tal vez todas las buenas grietas y salientes estaban ocupados.

Quizás, cuando llegara una tarde calurosa, aquella tierra empezaría a bullir.

La población de lagartijas era increíble. Heladas por las lluvias pasajeras, sus cuerpecitos grises se perfilaban en cada fragmento de luz. Estaba claro que preferían la roca, pero a veces también cubrían troncos caídos o simple suciedad. Huían de Sawyer a una velocidad asombrosa, como una onda baja en movimiento, aunque enseguida se agotaban y se fundían de nuevo con la tierra inmóvil.

Cam observaba la tierra para distraerse. No podía negar la sensación que percibía en la mano izquierda. No le servía de nada sacudir el brazo para detener el creciente picor. No podía evitar que los nanos se extendieran, pero la única alternativa era no hacer nada. Así que sacudía la muñeca sin parar. Eso le hacía perder el equilibrio, y casi se cayó al tropezar con una piña.

El miedo era real pero no paralizador. Al menos hasta que vio que la silueta verde de Sawyer colina arriba...

Erin se había sentado. Cam estuvo a punto de gritar, pero Sawyer se detuvo enfrente de un claro entre los pinos. Llevaba el plano abierto, colgado a un lado, con los pliegues desgastados.

Manny siguió subiendo a duras penas sin detenerse. Avanzaba para llegar hasta Sawyer. Estaba claro que la cojera del chico era más acusada.

—Vamos —le dijo Cam a Erin—. Vamos.

Sawyer y Manny se volvieron. Bacchetti los alcanzó.

—Mirad. Mirad todos. —Sawyer se agachó y desplegó el plano en el suelo—. Estamos desviándonos demasiado hacia el oeste.

«Fuiste tú quien dijo que tenías que ir delante», pensó Cam. Aunque el resentimiento era bastante infantil, podía ser peligroso.

Empujó a Manny para que se acercara al hombro de Sawyer. De todos modos el chico estaba preocupado. Hurgaba en sus botas con los pulgares y se pinchaba en el talón. Tal vez sólo sufriera un calambre, pero los nanos tenían una desgraciada tendencia a agruparse en cicatrices y atacar las partes del cuerpo ya debilitadas. A Cam siempre le afectaba primero en la mano o la oreja.

Una cuadrícula roja cubría el plano mostrando los kilómetros cuadrados, cada recuadro era un caos de líneas marrones de cotas de elevación, pero Cam localizó el camino que buscaban de un solo vistazo. Había grandes «X» en las zonas donde la erosión era menor.

Sawyer colocó el dedo enguantado junto a una curva pronunciada, casi un cuadrado completo fuera de la ruta.

—Dios. —Manny dejó de tocarse el pie—. Dios mío.

—¿Es ésta la cresta en la que estamos? —dijo Cam.

—Exacto.

Habían ido casi medio kilómetro más al oeste de lo necesario, por una ondulación

de barrancos que conducía al océano en vez de hacia el valle, donde podrían orientarse por la forma de las montañas.

Cam cerró la mano que le escocía en un puño.

—Iré contigo al frente, para controlar la brújula mientras tú le echas un vistazo al plano.

—De acuerdo. —Sawyer se puso en pie y Cam se levantó a su lado.

Así que Manny reanudó la marcha, apretando desesperadamente el pie y masajeándose el tobillo.

—¿No podemos sentarnos cinco minutos? —dijo Erin en voz baja.

Cam se inclinó y la agarró del brazo.

Erin se ensimismó. Cam no estaba seguro de cuánto tiempo había transcurrido desde que descendieron de la cresta, tal vez quince minutos, el sol no estaba más alto que a media mañana, pero Erin ya había tropezado con él dos veces, cuando aminoraba el paso para leer la brújula. Estaba agotando sus reservas de energía.

Cam también necesitaba recobrar fuerzas. Llevaban caminando más de cien metros entre hierbas marchitas cuando recordó que era primavera. Aquel campo de orquídeas silvestres daba la sensación de que hubiera llegado el otoño. Sus flores amarillas, normalmente del tamaño de un dólar de plata, eran sólo brotes incompletos, y sus características largas hojas carnosas se veían marrones. Muchas estaban lo bastante secas para desmenuzarse bajo sus botas a pesar que la tormenta había convertido aquel prado en una alfombra irregular de lodo y charcos.

Aquel año no había visto abejas ni mariposas, y se preguntaba si las arañas y los reptiles habían devorado todos los enjambres y las lentas orugas. No estaba seguro de que la falta de insectos polinizadores fuera la condena de aquellas plantas. Tal vez también tenía la culpa un hongo, unos ácaros o los pulgones...

Cam casi había captado la lógica de lo que había ocurrido cuando los mosquitos se reunieron en la parte inferior de sus gafas como una niebla repentina que tratara de entrar.

Dio un manotazo a aquella nube negra alargada y se bajó la bufanda.

—Dios...

Sawyer dio un salto, estuvo a punto de caerse, y se volvió para mirarlo. Tenía treinta pequeñas sombras pegadas a la cara, la tela de la bufanda mostraba una mancha alargada a la altura de la boca.

—¿Qué? —dijo Sawyer, y Cam estiró el brazo. Sawyer lo detuvo, el plano salió despedido de su mano, pero ninguno de aquellos movimientos desplazó a los insectos.

Los mosquitos en sí eran una amenaza menor, poco más que una molestia. Las picaduras eran las que podían ser letales. Cada pinchazo era una puerta para que los nanos se introdujeran en la piel.

Cam se golpeó con los guantes en la barbilla y la frente, y se volvió hacia Erin. En su capucha se veían bultos. Tras ella, Bacchetti ya se estaba rascando frenéticamente. Manny levantó las manos ante sus ojos, incrédulo.

—Mierda —dijo Sawyer.

—Corred. —Era lo único en lo que podía pensar Cam. Sin embargo, se quedaron ahí otro instante, con el agua sonando en algún lugar entre las plantas moribundas. Se inclinó para limpiarse los muslos y vio que aquella oscura masa viviente también estaba pegada a sus botas.

Se quedó absorto, igual que Manny.

Hacía tiempo que debería haberse detenido el ciclo de los huevos de los mosquitos. No vivían más que unas semanas, y las hembras necesitaban sangre para ser fértiles. ¿Podían haberse adaptado en tan poco tiempo a una dieta de ranas y salamandras? Parecía imposible. Toda la especie debería haberse extinguido excepto algunos restos de las variedades cuyos huevos quedaban aletargados en el lodo hasta que se mojaban con las lluvias.

Los residuos líquidos de la primavera. Dios. Y Hollywood probablemente había recibido picaduras suficientes para fertilizar a quinientas hembras, cada una capaz de engendrar a mil más...

Cam mató a veinte con la mano. Pero eso no significaba nada. Se incorporó hacia una bruma de cuerpos y entrecerró los ojos para lanzar un agudo gemido crispado.

—Corred. —Empujó a Erin y ella tropezó y aplastó un buen tramo de florecillas—. ¡Corred!

Manny se fue dando saltos, agitando los brazos, y todos echaron a correr tras él. Los mosquitos eran como nieve negra.

Cam gritó cuando el anorak azul delante de él desapareció, pero luego vio otra silueta y cambió de ruta. Se cayó. Se levantó de un salto y Manny se tambaleó hacia él por la pendiente. Cam empezó a empujarlo, pero Manny se resistía. Fueron en direcciones distintas y Cam corrió durante otros cuarenta metros hasta que se dio cuenta de que Bacchetti, a la izquierda, también se movía de lado por las tierras inundadas. Al oeste, hacia el viento.

Tal vez bastaría para ahuyentar a los bichos.

Vio unos destellos verdes y rojos que desaparecían encima de una pendiente leve, Sawyer y Erin. Debían de haberle gritado. Subió a tientas en busca de Manny hacia lo alto del terraplén.

Se golpearon con la maleza y las ramas bajas. Se protegían las gafas y las bufandas con los antebrazos. Aquellos pinos eran diferentes de los que Cam había visto durante los últimos doce meses, con agujas finas y frágiles piñas anaranjadas que lo rociaban de polen. Cada impacto aplastaba docenas de mosquitos y ahuyentaba a cientos más.

Vio el anorak azul de Bacchetti y luego a Erin delante, una figura roja que avanzaba hacia una colina apenas arbolada. Allí el viento soplaría con más fuerza.

La adrenalina era un pobre sustituto de las fuerzas. Cam se dirigió a la ladera, pero le pesaban los pies. Empezó a gatear. Entonces Manny lo ayudó a volver a ponerse en pie y ascendieron con dificultad.

En la cresta, Erin estaba tendida de costado, tratando de respirar. Sawyer aún se mantenía de pie. Más allá sólo había bosques y rocas. Cam se vio como una gota distorsionada en las lentes de espejo de Sawyer cuando éste se acercó a él, y le dio manotazos en la cara y el pecho para matar los pocos insectos que aún tenía pegados. Bacchetti era más torpe, sus esfuerzos eran como puñetazos.

—Tenemos que seguir adelante —les dijo Sawyer.

—Las crestas —dijo Manny, entre jadeos—. Quedaos en las crestas.

—Cierto. Si podemos. Sobre todo debemos mantenernos alejados del agua.

—¿Crees que estamos cerca de la carretera?

Sawyer meneó la cabeza y alisó el plano. Se puso en cuclillas y sujetó el plano al suelo con las manos.

—Debemos de estar cerca —insistió Manny.

Habían perdido todo lo ganado mientras caminaban hacia el este. Incluso podrían haberse desviado más al oeste que antes. Por lo menos también habían bajado bastante, al norte. Los pinos y la abundante maleza eran la prueba de que habían alcanzado una cota más baja, más evidente para Cam que los números del plano, 2.000 metros. El dedo de Sawyer se detuvo en la cota más cercana.

—Tal vez aquí —dijo Sawyer.

Al principio Cam no advirtió el nuevo sonido del viento. Tenían que ir hacia el noroeste para evitar las tierras inundadas y los peores mosquitos, pero la carretera 14 no estaba a más de kilómetro y medio. Podían encontrar un coche.

Un coche. Cam giró la cabeza.

—¿Es...?

El claxon no paraba de sonar, como en una imitación burlesca de los coyotes que antes aullaban allí. Pero aquel aullido era un quejido.

—Es código morse —dijo Manny—. SOS.

Tres cortos, tres largos, tres cortos. El esquema le pareció evidente cuando el chico se lo explicó.

—De acuerdo. —Sawyer se rió y se frotó la frente—. No sé qué demonios se cree Price que vamos a hacer por él. Mirad. —Deslizó el dedo cuatro kilómetros al oeste, contra el viento—. Se han metido en esta pista maderera.

—Pero la pista no acaba ahí —dijo Cam.

—A menos que esté bloqueada. O puede que hayan tenido un accidente. —Sawyer se tambaleó al levantarse—. Da igual —dijo—. No podemos ayudarlos.

# 11

Para su sorpresa, había pocos huesos en el bosque, la mayoría sólo eran de pájaros, parecían pequeñas esculturas elaboradas. Su teoría era que todas las criaturas habían intentado esconderse. Las ardillas, conejos y zorros se habían metido bajo tierra, mientras que los ciervos y coyotes se habían agazapado entre los matorrales. Los pájaros se habían escondido en las copas de los árboles, pero sólo consiguieron que el viento se los llevara más tarde.

Los humanos habían sentido el mismo instinto de ocultarse.

Cada uno de los seis coches con los que se encontraron era un ataúd colectivo. Se veían las siluetas de las personas, con la ropa apelmazada y sucia, siempre arrugada, pegadas contra las puertas o en el suelo. El olor sería más nauseabundo de no ser porque al inicio de la primavera los insectos se habían colado por los respiraderos y los resquicios de las puertas para devorar la carne podrida y a menudo también la tapicería.

Sawyer sacaba los restos a rastras por las piernas o los cráneos, o los empujaba más adentro del coche, lo que le resultara más fácil. Las llaves colgaban de todos los contactos, pero habían dejado los motores encendidos, con la calefacción, las luces y la radio.

Cuatro de los seis vehículos estaban cerrados. Al principio Cam se había reído de aquel absurdo. Pero le daba vueltas la cabeza cada vez que se inclinaba a buscar una roca, y casi se rasgó el anorak al romper la tercera ventanilla. Estaba demasiado débil para controlar el movimiento de lanzar aquella rudimentaria herramienta contra el cristal. Contempló su imagen en la ventanilla del cuarto coche. Incluso para levantar aquel trozo de unos cinco kilos de asfalto del arcén, su postura era demasiado tensa, con los hombros encorvados y la cabeza baja, como si el hecho de encogerse ayudara en algo.

Entendió por qué cerraban las puertas y las ventanillas.

Todos los vehículos provocaban una amarga frustración. Manny perdía el tiempo probando de nuevo cada contacto cuando Sawyer ya había desistido. Sawyer iba de aquí para allá y probaba cada llave tres veces. Sólo tres veces, luego se iba.

El asfalto les permitía dar zancadas más grandes porque no tenían que luchar contra las rocas y el barro. Además, estaban casi en una planicie, en el fondo del valle, a medio camino. Avanzaban demasiado despacio. Parecían unos viejos con sus inútiles cuerpos encorvados.

En la carretera 14 se veían coches. A 1.900 metros, había estado cubierta por una capa de varios centímetros de nieve, Cam imaginaba que la falta de coches se debía más bien a que la mayoría de la gente se había decantado por la carretera 6, más abajo en el valle... pero si no lograban hacerse con un coche pronto, la única opción

sería seguir a pie hacia la cara norte. De todos modos, Hollywood había dicho que la carretera 47 estaba bloqueada por lo menos en dos puntos, pero si podían ir en coche hasta el primer obstáculo...

Erin chocó con él, como un peso muerto. Se habían encontrado con otro vehículo, una vieja camioneta, en la cuneta. Sawyer se apartó de Erin.

Una mosca chocó contra las gafas oscuras de Cam. Él parpadeó, su estado consciente se encendía y apagaba en su interior como un faro. Sentía dolor. Estaba ardiendo. Lengüetas líquidas le recorrían la mano y la muñeca. El mismo fuego le deformaba la oreja y hacía que se desprendiera el tejido.

Erin intentó sentarse y él se dio un par de golpes. Entonces pasó Manny dando tumbos. Erin se soltó de Cam, que se tambaleó al intentar suavizar su caída, aunque estaba desesperado por mantenerse erguido. Miró a los demás en busca de ayuda.

Sawyer había sacado a rastras un extraño cuerpecito de la camioneta.

Cam observó, se dio cuenta de que era un perro, y Erin consiguió decir una palabra que apenas se diferenciaba de un jadeo.

—Descansar...

Las botas de Bacchetti entraron en el campo de visión de Cam. Aquel hombretón gruñía y animaba a la camioneta. También hablaba con las moscas.

—Rrrrr. Rrrrr... —tosió.

—Ayúdame —suplicó Cam—. Levántala.

Bacchetti ya había adoptado una postura firme y decidida. Tal vez se había vuelto un poco loco, pero Cam se alegraba de su presencia, de su fuerza y lealtad, así que le sorprendió ver que Bacchetti se alejaba. Hasta que oyó otras botas.

Juntos, Cam y Sawyer levantaron a su amante hasta sentarla. Ella abrió los ojos y la franja de su cara enmarcada por las gafas se arrugó en un gesto familiar. Estaba sonriendo.

—No puedo cargar contigo —le dijo Sawyer—. No lo haré.

—Por favor —dijo Cam, tal vez a los dos.

Había estudiado la ciudad tantas veces desde su precipicio favorito que creía saber adónde iba. La central de los guardas forestales y los talleres de la concesionaria de autopistas compartían muchas cosas en la parte del noreste. Ambas eran instalaciones rodeadas de vallas de tela metálica que resguardaban camionetas verdes y camiones y excavadoras naranjas. Ahí seguro que conseguirían arrancar un vehículo, no debería costarles encontrar uno. Aquel lugar sólo tenía ocho calles, una cuadrícula de tres por cinco situada fuera del centro en la carretera 14, y varias vías secundarias serpenteantes, flanqueadas por cabañas viejas y enormes casas modernas.

—¿Sis? —dijo Erin. Seis. Una señal de madera sobre unos pilotes metálicos rezaba: BIENVENIDOS A WOODCREEK, 2273 HAB., ALT. 1869.

Bacchetti siguió ayudando a Cam cada vez que Sawyer probaba otro coche, se

acercaba para mantener erguida a Erin. Pero el hombretón había dejado de imitar los ruidos de un motor. Tosía cada vez que lo intentaba. Tosía sin parar.

Tenía esos malditos bichos en los pulmones.

El arrepentimiento invadió el pequeño núcleo de emociones cálidas que Cam guardaba en su interior a salvo de su desesperación, de la misma manera que habían aprendido a proteger las brasas de las hogueras. Bacchetti había sido la verdadera sorpresa, el héroe inesperado, y Cam esperaba que de algún modo lograra salir adelante.

Woodcreek parecía estar en un excelente estado de conservación. Se habían incendiado dos casas y había un todoterreno empotrado contra una barandilla, pero quienquiera que hubiese fallecido allí había desaparecido.

Los fantasmas aparecieron al llegar al centro. Se oía el eco de sus pies por todas las calles, y unas sombras caminaban junto a ellos en las polvorientas ventanas de las fachadas.

Entonces Sawyer encontró una furgoneta. Encajada entre una tienda de delicatessen y otra de antigüedades, la Ford blanca no funcionaba, se calaba una y otra vez. Le dio al contacto e intentó cambiar a punto muerto o a primera. Le dio más tiempo a la furgoneta que a los últimos tres coches juntos, pero no acababa de arrancar.

Se desviaron a la izquierda, aunque querían seguir recto, para evitar un enorme nido de serpientes de cascabel que tomaban el sol en la calle. Los gruesos cuerpos marrones y blandos defendían su terreno cuando Manny agitó los brazos y gritó con voz suplicante «¡Vamos! ¡Moveos!», y los fantasmas empezaron a hablar.

No estaban solos en Woodcreek.

Los murmullos y susurros se convirtieron en palabras reales mientras Cam instaba a Erin a dirigirse al cruce, al tiempo que Bacchetti la arrastraba del otro brazo. En realidad al principio había mirado al sitio equivocado, engañado por las siluetas reflejadas en el cristal de una agencia inmobiliaria.

La urgencia de McCraney era evidente.

—Le he oído...

—... hacerlo, ya sabes, no... —Hollywood los vio y levantó los dos brazos por encima de la cabeza—. ¡Eh!

Cam respondió con un grito.

—¡Eh!

Estaban a veinte metros de distancia, agrupados en la acera. Reconoció a Silverstein y Jocelyn Colvard. A nadie más. Pero, al parecer, los doce lo habían logrado.

Price tenía razón. Jim Price había elegido la mejor opción. Sí, aquella gente se había quedado más al oeste del grupo de Cam, tenía que ser eso, de lo contrario

habrían llegado en camioneta a la ciudad una hora antes, pero, aunque los dos grupos habían cubierto a pie aproximadamente la misma distancia, Price había recorrido a pie la última parte de la pista maderera, y luego la llana y fácil superficie de la carretera 14.

Mejor aún, Price no había perdido el tiempo intentando arrancar ningún coche. Las puertas abiertas y los huesos esparcidos eran prueba evidente de que ya habían probado todos los vehículos. Cada fracaso y decepción les habían servido de ayuda.

La sensación de contento hizo que Cam avanzara aún llevando a Erin, y ella gimió:

—Para.

Cam era consciente de su dolor, de que quería dormir. Era más sensato seguir adelante. Los demás tenían que subir la calle para llegar a los talleres de la concesionaria de autopistas, pero quería verles los ojos. Eso requería cincuenta pasos.

A Erin se le aflojaron las piernas, y Cam y Bacchetti se inclinaron a la vez y la incorporaron.

—Parad —dijo ella.

—¡Volved! —gritó Sawyer tras ellos.

Cam sentía que le daba vueltas la cabeza, y de pronto se dio cuenta de que Hollywood no había levantado los brazos a modo de bienvenida. Era una advertencia.

El grupo de gente sobre la acera retrocedió, y dejaron tres hombres al frente, tiesos como postes. Price. Nielsen. Silverstein. Había una entrada abierta junto al codo de Nielsen, y por encima sobresalía una turística señal del Viejo Oeste, EL PUESTO DE CACERÍA.

Price mantenía el rifle bajo, como si le costara demasiado levantarlo, y el torso alargado de Silverstein tapaba los perfiles de su arma. Sólo sobresalía la punta de la escopeta por encima de su hombro. Las manos de Nielsen parecían descomunales, con una pistola en cada una, los cañones parecían espantosos dedos rígidos.

—Volved —volvió a gritar Sawyer a Cam.

—¡Volved atrás! ¡Alejaos de nosotros! —chilló Silverstein.

Cam nunca había oído hablar a Doug Silverstein sin ser comedido, ni siquiera durante las peores discusiones, y la histeria le daba un aire falso.

Había más. Silverstein parecía más bajo, encorvado hacia un lado. Price hizo un gesto tajante de los suyos, pero permaneció callado.

No eran la misma gente que Cam había dejado en la montaña.

En la voz de Hollywood no había ni rastro del loco seguro de sí mismo que había cruzado aquel valle.

—Marchaos —dijo. Sonaba perdido, viejo.

Sawyer no le hizo caso.

—Bajad las armas, Price.

—¡Fuera de aquí! —bramó Silverstein.

Entonces Bacchetti tosió y se oyó un ruido áspero como respuesta, desde detrás del otro grupo. Un sonido ronco, débil y húmedo. Podría haber bastado para reconciliarlos. Su sufrimiento era el mismo, siempre había sido así.

Sin embargo, Sawyer volvió a gritar:

—¡Bajad las armas!

Atrapado entre ellos, a Cam le daba miedo moverse o hablar, pero un pánico más urgente le sirvió de motivación. Sawyer y Price estaban ahí. Sólo había una conclusión posible.

Entre Sawyer y Price había demasiado odio.

Cam miró hacia atrás, buscó las palabras en su mente acelerada. Consideró convertirse él mismo en objetivo. Manny los había seguido y estaba a diez metros. Sawyer aún estaba en el cruce, pero se acercó a un buzón azul con su revólver.

—Vamos, eh —dijo Hollywood, esta vez más alto. Debía de tener la misma intención que Cam, pero aquel pobre imbécil nunca entendió cuánto miedo y resentimiento había entre ellos. Intentaban disimularlo, pero Hollywood también había querido obviar miles de indicios.

El chico repitió sus palabras:

—Eh, eh.

Al parecer, su voz animó a Price, que le dijo una tontería a Sawyer:

—Tardaste demasiado, asesino.

La perplejidad de Cam desembocó en un recuerdo fugaz de Chad Loomas, el segundo hombre que asesinaron y se comieron. Sin embargo, todos habían comido, todos habían querido estofado. ¿Qué le había dicho Price a Hollywood para desviar la culpa?

—La mataste —volvió a murmurar Price. Cam lo había malinterpretado, cegado por su propia culpa. Lorraine. Price debía de estar hablando de Lorraine. Con lo de «tardar demasiado» debía referirse a la camioneta.

La buscó, pero las personas detrás de Price eran demasiado parecidas, todo capuchas y gafas. A simple vista faltaba ella.

—Yo la ayudé, Jim, con el brazo, ¿recuerdas?

—Maldito hispano.

Hacía siglos que Cam no oía ese insulto. Durante todo el tiempo que habían pasado juntos, en todos sus enfrentamientos, nunca nadie lo había insultado en voz alta por el color de su piel. Aquel insulto en aquel momento sólo significaba que lo que quedaba de Jim Price se reducía a lo más básico y primitivo.

—Maldito hispano, panda de maricones, vosotros la matasteis. —Price agitó el rifle—. Maricones —dijo.

Algo pasó por detrás de Cam. Vio que Silverstein y Niel— se reaccionaban a la

vez. El primero cogió el rifle que llevaba al hombro y apuntó hacia delante, al tiempo que Nielsen levantaba las dos pistolas.

Cam se movió. Tiró con fuerza del brazo de Erin y Bacchetti fue con ellos, un paso, dos.

Sawyer estaba detrás del buzón, con la pistola bajada.

—¡Apartaos, apartaos! —gritó Silverstein.

—Vamos, eh, dejad que... —dijo Hollywood.

Sawyer disparó primero.

## 12

Bacchetti se quedó con Erin y Cam. De no ser por él, se habrían caído. Erin sólo logró mover torpemente las piernas cuando echaron a correr. Cam colocó el pie junto al tobillo de ella. Entonces Bacchetti tiró de ella hacia delante y Cam recuperó el equilibrio. Aquel primer disparo se quedó en un mero ruido.

Estaban a seis metros del final del bloque, pero parecía una eternidad, un ancho cañón de paredes planas. El revólver de Sawyer volvió a tronar y dejó grabados cientos de detalles en la mente de Cam: los gritos tras él, las sombras cuadradas de los edificios en la calle. El rifle estalló y las pistolas de Nielsen tartamudearon, «pura, pum, pum, pum».,.

Los tres se agacharon por instinto, Bacchetti se apartó a un lado y empujó a Erin hacia Cam. El ruido de los disparos casi era tangible, cada restallido iba acompañado de una desquiciada estela de ecos.

El edificio era de ladrillo. Doblaron agachados la esquina y se desplomaron juntos cuando el ruido se desvaneció. Aún se oían sonidos humanos, de histeria, el alarido desgarrado de algún herido. Pero habían cesado los disparos.

Tembloroso incluso estando a cuatro patas, dándose golpes contra el duro ladrillo, Cam buscó primero a Manny. Vio a Sawyer al otro lado del cruce, agazapado contra la pared de una barbería, ocupado con algo en el regazo. Estaba recargando el arma. A Cam se le había bajado la bufanda hasta la barbilla, se la puso bien y asomó la cabeza por la esquina.

Silverstein los había seguido un trecho, todavía con el rifle a un lado. Se tambaleaba con rigidez, intentaba no agravar el dolor que le provocaba la infección de nanos alojada en sus intestinos.

—¡Marchaos! —gritó—. ¡Marchaos, marchaos!

Price no parecía haberse movido, tenía el rifle bajado. Alguien cerca de él corrió a la armería. Todos los demás estaban agachados, heridos o intentando encogerse lo máximo posible. Las chaquetas relucientes parecían confetis esparcidos por el asfalto.

Uno de ellos se agitó, daba patadas de agonía.

Manny era una figura azul entre Silverstein y Cam, con las gafas rotas en su fina cara ensangrentada. El chico había sido lo bastante listo para no correr hacia la esquina de Sawyer, pese a estar más cerca de aquel lado de la calle. La mayoría de los disparos debían de haber sido una respuesta al revólver de Sawyer, pero aun así, por lo menos, una bala perdida había dado a Manny. O tal vez había sido demasiado lento, un objetivo fácil cojeando con el pie malo. Tal vez Nielsen le había apuntado por frustración al escapar Sawyer. Quizá lo había hecho Price por rencor.

El chico estaba vivo. Tenía el cuerpo doblado, como si lo hubieran dejado caer desde una gran altura, con el pecho hacia abajo y las caderas vueltas, pero estaba

vivo. Parecía que aún intentara correr, o quizá soñaba que estaba corriendo. Sus dos piernas se agitaban patéticamente, y movió despacio un brazo por encima de la mugrienta carretera.

En el fondo de su corazón, Cam se despidió de él.

—¡Marchaos, marchaos! —Aquel grito era más de susto que amedrentador, y privó a Silverstein del factor sorpresa, pues se iba acercando. Había perdido el juicio.

Sawyer sabía exactamente lo que hacía. Siempre lo había sabido. Miró a Cam desde el otro lado del cruce, levantó el revólver y gesticuló con la mano libre. Hizo el gesto de caminar con los dedos, luego como si se abalanzara sobre ellos con el cañón corto del arma.

«Dale un golpe si se te acerca.»

La precisión de la idea, el simple acto de comunicarse, hizo que Cam se concentrara. Se quitó la mochila. La cantimplora del interior no pesaba más de cinco kilos, pero era la única arma de que disponía. Agarró la parte superior de un asa para lograr el máximo alcance posible, luego miró a Erin, sin estar seguro de lo que vería.

Ella y Bacchetti estaban agachados, atentos, y Erin hizo un gesto con la cabeza, como hacía Sawyer, como si con una vez bastara para asentir. Cam le devolvió el gesto. Entonces supo que la quería de verdad.

—¡Marchaos! —El grito de advertencia no sonó más cerca.

Cam se atrevió a inclinarse, miró asomando la cabeza entre los ladrillos. Silverstein aún se tambaleaba por el dolor de estómago, pero cambió de dirección y cruzó la calle en vez de seguir avanzando hacia ellos.

Cam desvió de nuevo la mirada hacia Manny, abandonado como una sangrienta bolsa de basura. Tendría que ser Price, o Sawyer. Aquella idea resonaba en su interior tranquila, clara y firme. Sin ningún atisbo de paranoia.

Tendrían que ser Price y Sawyer.

La mayoría de la gente estirada en el suelo se estaba levantando y se amontonaba alrededor de las dos figuras que seguían tendidas. Una de ellas estaba viva, una mujer llamada Kelly Chemsak. Sollozó cuando Atkins y McCraney la levantaron. La otra víctima era Nielsen, las grandes manchas de sangre en el pecho se habían vuelto violetas en su chaqueta amarilla. Nadie perdió el tiempo con él. Jocelyn agarró una pistola que había quedado atrapada bajo el hombro de Nielsen cuando George Waxman salió de la tienda de caza con dos escopetas.

Hollywood se estaba apartando. Al principio Cam advirtió que se estaba separando del grupo, a una distancia considerable por detrás del resto. Entonces dio media vuelta y echó a correr. Se fue por el camino por donde había llegado el grupo de Price, lejos de Cam, lejos de todos.

Volvieron las cabezas. Silverstein se dio la vuelta.

Era su oportunidad.

—Vamos —dijo Cam, que se levantó y quedó al descubierto. No le quedaban fuerzas para ayudar a Erin.

Le falló la rodilla en el primer paso, estuvo a punto de caerse. Bacchetti y Erin pasaron por su lado enseguida, apoyados el uno en el otro, y lo mejor que pudo hacer Cam fue dar brincos como Manny.

Oyó que Price gritaba. Estaba a medio camino. Otro disparo llegó de delante.

Sawyer se había asomado en su esquina y había disparado dos balas, luego dos más mientras Erin y Bacchetti intentaban ponerse a salvo. Cam estiró el brazo y golpeó el pecho de Sawyer al llegar a la acera. Ambos cayeron enredados.

—¡Cuidado!

—Para... —Pero no le quedaba aliento.

Sawyer volvió a rastras hacia la barbería. Asomarse para disparar suponía exponerse. Cam jamás lo habría hecho. Las voces y escaramuzas en el bloque podían estar a treinta metros o a sólo uno y medio, acercándose o retirándose. ¿Por qué no huir sin más? ¿Por qué forzar un enfrentamiento en aquel lugar mientras los nanos los devoraban?

Vio la respuesta en el contorno de la figura de Sawyer contra el edificio de ladrillo, al otro lado del cruce.

Sawyer había mostrado un extraño interés por la moda durante la semana anterior, les enseñaba a Cam y Erin distintos anoraks de su alijo de ropa. «Es nuevo, hará que estéis más secos», insistía, pero a Erin le encantaba su anorak rojo, suave y acolchado, y Cam no quería renunciar a su viejo anorak de la patrulla de esquí, naranja, diseñado para ser visible.

El anorak verde de Sawyer y los pantalones de esquí marrones lo habían camuflado bien en el bosque. No destacaba menos que los demás, pero se había preparado lo mejor posible. Había previsto que tendrían que correr y esconderse.

Cam se inclinó hacia su amigo.

Sawyer no reaccionó, concentrado por completo en la dirección opuesta. Señaló con la cabeza más allá del límite de la barbería y levantó el revólver...

—No lo hagas —dijo Cam, que le agarró el otro brazo—. Por Dios, no lo hagas.

—¡Suéltame!

—Deja que se vayan.

—Maldito idiota, ¿adónde? ¿Adónde irán, Cam? —Sawyer se acercó y levantó la mano corno para apartar el revólver del 38 de Cam. Aquella posición también le permitiría utilizar el arma a modo de martillo—. ¡Maldita sea, podría haber dado a un par más! A estas alturas probablemente ya se habrán ido.

Cam se quedó muy quieto, mirando las gafas de espejo de Sawyer. Estaba tan concentrado en el arma que apenas había procesado la información de que los demás habían huido. Lo que eran buenas noticias.

—La próxima vez puede que no los veamos venir —dijo Sawyer.

Cam asintió, pero aquel movimiento era sólo un acto reflejo. La costumbre de darle la razón.

—¡Tienes que ayudarme!

—Vamos a los talleres de la concesionaria de autopistas.

—Tienes que ayudarme —repitió Sawyer, que bajó el revólver. Pasado un instante se apartó de Cam y volvió a mirar hacia la esquina. Luego se puso en pie, poco a poco, apoyándose en la pared de la barbería. Cuando estuvo erguido, le tendió la otra mano.

Cam no lo dudó. Era difícil seguir una secuencia lógica con aquella tensión y aquel dolor metido en el cuerpo, pero no veía otra opción más que salir corriendo como Hollywood, ¿y luego qué? Price le dispararía al verlo, antes o después, allí o en la cima de la montaña. Sawyer tenía razón en eso, y tal vez los había salvado al disparar primero. Era mejor pensar así. Sí, Sawyer los había salvado.

Se aferró a aquella decisión igual que agarró la mano de Sawyer, que tiró de él hacia arriba.

Había cuatro cuerpos tendidos en la calle, Manny, Niel— sen y dos más, y Kelly Chemsak estaba herida. Entonces quedaban ocho, tal vez menos si Sawyer había dado a alguien más, y David Keene había sido infectado pronto, así que estaría débil... Puede que unas cuatro o cinco personas no logran derrotarlos...

La transformación de Cam fue rápida y decidida. No quería ser ese tipo de persona. Sería una tragedia muy pequeña en comparación con todo lo ocurrido, pero había una manera de salir de aquel atolladero. Existía una tercera opción.

—Necesito un arma —dijo con la reticencia justa.

«Mata a Sawyer. Mata a Sawyer ahora y grítaselo a los demás. Debería bastar para acabar con esta guerra.»

El gruñido de Erin le hizo girar la cabeza, aunque con el rabillo del ojo seguía a Sawyer, que hizo un gesto sin hacer caso de Erin.

—Los dos necesitamos rifles —dijo Sawyer—, por si nos atacan a distancia.

Hizo un gesto con el revólver para que Cam empezara a andar, pero a éste le fue imposible darse la vuelta. Sawyer dependía de su propia paranoia igual que mucha gente utilizaba el oído o la vista. Necesitaba un aliado, pero tal vez había decidido que Cam no era de fiar. Podía dejarlo ahí en la calle con el resto de muertos y seguir solo.

Cam exageró su cojera y tocó el hombro de Sawyer, que se acercó a él. Olía mucho a sudor, como si hubiera estado follando.

—Podemos hacerlo —le dijo Sawyer—. Vamos a hacerlo.

Manny respiraba con jadeos entrecortados. Cam vio sangre en la parte superior de la espalda del chico, manchas oscuras debajo del anorak, en los pantalones.

—Es ellos o nosotros —dijo Sawyer—. Así de sencillo.

Manny estaba estirado, de cara al otro lado. Cam se sintió aliviado, luego lo invadió la vergüenza y el horror. ¿El chico tenía los ojos abiertos? ¿Los estaba oyendo? Cam esperaba que se diera la vuelta en cualquier momento, ¿y qué harían entonces?

El siguiente cuerpo era de Silverstein, tenía un disparo en la espalda. De hecho, Nielsen parecía el único que no había intentado escapar. Tenía los brazos abiertos, como las alas de un pájaro, parecía que quisiera abrazar el cielo. Silverstein se había desplomado boca abajo, con el rifle a sus pies.

Cam se separó de Sawyer y dio tres pasos antes de recordar que estaba exagerando su cojera. Estuvo a punto de mirar atrás. Se inclinó y agarró el rifle por la culata de madera...

—Tienes que ayudarme —insistió Sawyer.

«Mátalo.»

—Yo formaba parte del equipo de diseño que construyó el nano. ¿Cam? Yo era uno de los que lo construyó.

Se detuvo y se puso tenso para darse la vuelta.

—¿Cam? Escúchame.

Silverstein tampoco estaba muerto. La vida no era como en las películas, pam, un disparo en el vientre y ya está. La capacidad de resistencia del cuerpo humano era increíble. A veces seguía luchando aun cuando todo estaba perdido.

Doug Silverstein se había quedado inconsciente y le borboteaban los pulmones, pero podía durar horas. Podía despertarse allí, solo, mientras la plaga de máquinas lo devoraba.

Cam desvió el rifle hacia la cabeza de aquel hombre. No sabría decir cuándo empezó a llorar.

—¡No! ¡Harás que sepan dónde estamos! —Sawyer lo agarró del hombro—. ¿Me estás escuchando? Íbamos a vencer al cáncer en dos años, estábamos muy cerca. Lo juro. Lo teníamos todo planeado.

—¿Qué...?

—Tú llévame a la radio. Te lo juro. Les puedo enseñar a los de Colorado cómo detenerlo, pero tienes que ayudarme.

—¿De qué hablas?

—Yo construí el nano, Cam. Yo lo construí y probablemente soy la única persona viva que puede detenerlo.

# 13

Sawyer rara vez hablaba de quién había sido, a quién y qué había dejado atrás, pero no resultaba extraño ni era motivo de sospecha. Muchos habían dejado atrás su pasado.

Sawyer siempre había adoptado una postura racional sobre la plaga, parecía informado sobre el funcionamiento de casi cualquier objeto mecánico, motores de gasóleo, recepción de radio, y argumentó como un ingeniero cuando construyeron las cabañas, detectando los problemas de drenaje y de cimentación.

A Cam nunca le había preocupado, ni siquiera en los días cortos del invierno, cuando dejaba vagar la mente fuera de la apestosa cabaña y se dejaba llevar por las fantasías más delirantes como si fueran un recuerdo real. Todo el mundo hablaba de la plaga. Todos tenían teorías. Su compañero Hutch, fallecido tiempo atrás, había leído suficientes artículos sobre nanotecnología para soltar impresionantes peroratas cuando veían los primeros reportajes confusos en televisión. Manny desarrollaba ideas basadas únicamente en los cómics y *Star Trek*.

No cabía duda de que Sawyer parecía saber más del problema que el resto. Pero siempre sabía más de todo.

Arrodillado en la sangre de Doug Silverstein, Cam evitó todas las preguntas obvias. A 1.200 metros, dentro de aquel mar invisible de nanos, aquél no era lugar para un interrogatorio. Colorado. La radio. Ésa había sido su primera pregunta a Hollywood, diecisiete días antes, si tenían un equipo de radio.

Sabía que Sawyer diría y haría cualquier cosa por salvarse, pero aquello sería una mentira tan delirante, un riesgo tan grande...

Aquel astuto hijo de puta sabía cómo manejarlo.

Cam alzó la vista. Sawyer no se había movido de su lado, a la espera de un veredicto.

—Deprisa —dijo Cam.

Sawyer asintió y se fue hacia el cuerpo de Nielsen y la tienda de caza. Cam podría haberle disparado entonces. No obstante, hurgó en los bolsillos de Doug Silverstein en busca de más municiones. El pobre sufría convulsiones cuando lo tocaba. Debía de ser horrible.

Pero eso no era nada.

Cam se había erguido ya antes de que Sawyer volviera con dos pistolas y otro rifle. Luego recorrieron la calle cautelosamente hacia Erin y Bacchetti.

—Te fuiste a las primeras de cambio —dijo Cam. ¿Cómo, si no, podría haber llegado Sawyer a una altura segura? Sin llevar ventaja, se habría quedado atrapado en las ciudades o en las carreteras colapsadas, con millones de personas más—. Te fuiste corriendo en vez de intentar ayudar.

—Yo no tuve nada que ver con que se liberaran.

—Pero te fuiste corriendo.

—Todo eso... toda esa gente... no fue culpa mía.

—Has dicho que puedes pararlo —repuso Cam.

—Te lo juro. He inventado una manera de hacer que el nano se vuelva contra sí mismo. Aquí. —Sawyer se señaló la cabeza con una de las pistolas—. El Arcos es una plantilla muy adaptable, ahí estaba la clave. Podemos cambiar...

—¿Por qué no lo paraste antes?

—Claro. ¿En la maldita montaña? No se construyen claves para nanos con mugre y restos.

—Antes. Por qué no hiciste nada antes.

—¡No había tiempo! ¡No es algo que se pueda derrotar en una tarde! ¡Yo me llevé la misma sorpresa que los demás, te lo juro! No fue culpa mía.

Cam no dijo nada. Casi habían llegado a la esquina, y no quería que los oyera Bacchetti.

Sawyer lo decía en serio. Era la verdad. Era más que capaz de ocultar un secreto de semejante magnitud, ya que de haberlo sabido lo habrían matado, pero nunca había sido un gran actor, jamás disimulaba su desdén ni superioridad aun cuando aquellas cualidades se hubieran convertido en un peligro para la supervivencia de sus tres compañeros.

Cam ya lo había odiado antes. Había desconfiado tanto de Sawyer que, en última instancia, se sintió dispuesto a acallarlo con una bala. Era la rabia de un amor traicionado. En muchos sentidos el vínculo que los unía a los tres era el más íntimo de la vida de Cam, pasada o presente. Eran una verdadera familia para todo lo verdaderamente importante.

Sabía que cargaría con aquel capullo si era necesario.

Cam y Bacchetti cargaron con Erin colocando sus brazos alrededor de sus hombros, tiraron de sus muñecas, y ella caminó con una nueva determinación, sólo para aliviar los tirones y el desgarramiento del vientre. Algo en su interior se había roto.

Cam suponía que la cura no estaba tan cerca como deseaba. Erin no sólo estaba flaqueando a pocos metros de la línea de meta. «No lograremos encontrar la cura en una sola tarde.» Aun así, el sufrimiento sobraba. Él y Sawyer podrían haber cruzado el valle solos, tal vez con Hollywood como guía.

Por supuesto, eso era por lo que Sawyer había luchado. «Deja que se queden.» Lo decía sin cesar.

Cam era el que había convencido a todo el grupo para intentarlo.

«No lo conseguiremos jamás. ¡Apenas consiguió llegar y no está medio muerto de hambre!» ¿De quién era esa voz? Lorraine. Muerta para nada. Ella también se podría haber quedado en la montaña. Todos podían haberse quedado de haberlo sabido.

Dos bloques para llegar a los talleres de la concesionaria de autopistas. Dos bloques y Erin se podrían sentar y descansar.

Sawyer siguió adelante, agachándose un poco, como un hombre que se esfuerza por avanzar en plena ventisca. Cam se preguntó hasta qué punto lo afectaba. No lo suficiente. Era una locura, pero quería que Sawyer la viera. La espalda de aquel anorak verde era un insulto, y Cam intentó meterle prisa a su cuerpo agonizante.

—Espera —dijo—. ¡Eh!

—Oh... —se quejó Erin.

Sawyer debería habérselo dicho a Erin. Ella tendría que haberse quedado en la cima. Ese hijo de puta tenía razón al considerarse más valioso que todos los demás juntos, demasiado para que corriera riesgos, y Cam entendía que lo más sensato era no decírselo a todos. La reacción de Price habría sido histérica, un juicio, una sentencia. Pero Sawyer había decidido no mantener a Erin y a Manny a salvo.

—¡Eh...!

Sawyer se detuvo y se dio la vuelta con un puño alzado, el índice extendido. Cam pensó que era una amenaza, hasta que vio que sólo le estaba amonestando como un maestro de escuela. Lo ambiguo de su gesto se debía a la bufanda que le cubría la cara como una máscara.

Erin se había quitado su bufanda. Sacudió la cabeza cuando él intentó volver a subírsela. Erin sonrió, ladeó la cabeza hacia Cam porque Bacchetti era cinco centímetros más alto que él y la sujetaba más alto por ese lado.

Erin tenía una relación con el dolor que Cam nunca había entendido, y odiaba su siniestra sonrisilla felina.

—Dios... lo siento —le dijo Cam.

Por lo menos la tos de Bacchetti no había empeorado. Cam creía que aquel hombretón aún sobreviviría.

Quedaba una manzana, después de pasar el banco de la esquina. Aquel enorme cubo de cemento había sido una de las referencias más visibles desde el precipicio. Una manzana y luego a la izquierda, pasada la gasolinera.

Sawyer llegó primero y se detuvo ante el banco, toqueteaba el cerrojo de su rifle. Luego su cabeza se fue hacia atrás, a causa de la arrolladora descarga de la escopeta de Waxman.

Parte o todo el grupo de Price había decidido no huir al bosque tras Hollywood. Algunos, tal vez todos, habían rodeado los talleres de la concesionaria de autopistas mientras Sawyer y Cam buscaban armas. Jim Price había colocado vigilantes para poder arrancar un vehículo.

Price había vuelto a tomar la mejor decisión.

La cabeza de Sawyer desapareció con brusquedad de la esquina del edificio en medio de una polvareda de cemento. Su cuerpo se sacudió como una bandera mal

hecha, enmarañada y flácida. Las gafas y un retazo de su capucha salieron volando, y Cam pensó que ya no tenía cara...

«Ya está, todo ha terminado...»

...y Cam se tambaleó hacia atrás, incluso mientras Sawyer caía sobre una boca de alcantarilla, con el brazo izquierdo extendido en la acera.

Erin se colgó de Cam, le estranguló el cuello, y él la soltó y levantó el rifle. Sin embargo, cuando volvió a moverse hacia delante, el impulso que llevaba fue demasiado fuerte. Ella dio un ligero tirón a su mochila al deslizarse hacia abajo.

Sawyer estaba vivo. Apoyándose en el brazo izquierdo, levantó el pecho de la boca de alcantarilla.

Antes de que Cam lograra alcanzarlo, sonó un rifle en algún lugar de la calle y saltó una esquirla negra del asfalto, cerca de la bota de Sawyer. ¡Le veían las piernas! Cam se tiró al suelo, dejó caer el arma y agarró la parte trasera del anorak de Sawyer. Su mano infectada quedó a la vista, pero tiró de Sawyer casi cinco centímetros, para que quien estuviese detrás de la esquina no pudiera verlo.

La sangre serpenteaba en el polvo que cubría un lado del rostro de Sawyer, un polvo salpicado por fibras verdes de la capucha. Pero parecía más desconcertado que gravemente herido. Lo peor eran los dos agujeros de la sien. Cam vio un hueso o tendón en el fondo de aquellos pequeños agujeros. Al parecer la descarga de la escopeta sólo le había rozado. Cam supuso que Sawyer estaba en el límite del alcance del arma. Waxman había disparado seguramente desde el lugar donde se acababa el bloque. La carga de perdigones se había dispersado y debilitado, por eso la nube de polvo era tan grande y la parte superior del cráneo de Sawyer no estaba hecha picadillo.

Cam sacó su pistola y disparó dos veces hacia el otro lado de la calle, enfrente. Debería bastar para impedir que avanzaran hacia ellos.

La escopeta volvió a tronar, luego el rifle, dos veces.

Se oyeron más disparos más allá, Cam giró la cabeza tan rápido como le permitían sus dolores, al tiempo que se preguntaba si Bacchetti intentaba perseguir al otro grupo para que se retiraran. El tiempo se había vuelto elástico. Temía haber perdido muchos minutos, pero Bacchetti estaba justo detrás, encima de Erin, con el revólver en la mano.

Sawyer le había dado el revólver del calibre 38, pero Cam sospechaba que estaba descargado. Sabía que Sawyer no compartía su fe en el hombretón.

El nuevo tiroteo tuvo un ritmo extraño, metódico, controlado, no fue un frenesí de ataque y defensa. Los disparos de pistola que se mezclaban con otros sonidos, metal que resonaba, estallidos leves.

—¡Price! —Sabía lo que estaban haciendo—. ¡Price!

Disparó de nuevo al otro lado de la calle, incapaz de detenerlos. Ni siquiera podía

asomarse a la esquina.

Era obvio que el otro grupo había encontrado un vehículo que funcionaba. Estaban listos para marcharse y estaban inutilizando otros vehículos, agujereando los radiadores y reventando los neumáticos.

—Dime dónde podemos encontrar tu laboratorio —dijo, mientras le limpiaba las heridas a Sawyer.

Ya no tenía miedo de que Waxman o cualquier otro los atacara. Vacío la mayor parte de la cantimplora en la cabeza de Sawyer y se la frotó con los dedos mientras Sawyer se estremecía. Luego se arriesgó a dar tres sorbos rápidos. Cada sorbo era de una dulzura increíble. Y casi seguro empapado en veneno. Los nanos inertes que llevaba en el estómago pronto despertarían, pero el olor de aquella agua sucia era demasiado tentador para negarse.

—Dímelo —dijo, poniendo mucho cuidado en el tono que utilizó.

Si ocurría algo más, si Sawyer no salía adelante, por lo menos les indicaría a los de Colorado qué hacer. En el laboratorio habría ordenadores, archivos, algo. Los programas de radio suplicaban a los supervivientes del Oeste que aportaran pistas.

—Para salvarnos —dijo—. Tienes que hacerlo.

Los ojos castaños de Sawyer seguían tan inexpresivos y vigilantes como los espejos de sus gafas.

—Creo que no.

—¡Por Dios, te ayudaré! ¡Te lo juro por Dios!

El incendio de los talleres de la concesionaria de autopistas se propagó rápido. Un grasiento humo negro ascendió en dos columnas gruesas, y Cam oyó que el fuego crepitaba como entre risas mientras ellos huían cojeando. Los tanques de combustible explotaron en un despliegue de estallidos que se extendieron por las paredes del valle y resonaron en cada centímetro que había entre la tierra y el cielo de la tarde.

Echaron a andar.

Caminaban separados, Sawyer daba grandes zancadas para ir delante, y Cam se martirizaba con la pregunta. «Dime dónde podemos encontrar tu laboratorio.» Si su pensamiento no estuviera tan fragmentado, lo habría preguntado antes. Debería de haber sido lo primero que saliera por su boca tras la confesión de Sawyer.

El hecho de dejar a Erin para echar una mano a Sawyer con el cuerpo de Nielsen y quitarle la capucha amarilla y las gafas baratas, era un ejemplo perfecto de en qué se habían convertido. Él la miró en ese momento. Las gafas de Erin era unas Smiths de buena calidad, luego pensó en ir a ver a Doug Silverstein y ver si su equipo era mejor.

No muy lejos, por detrás, el fuego de los vehículos que se propagaba por los bloques como un gigante que se abriera camino a patadas en la ciudad. Se vieron obligados a ir hacia el oeste y luego cortar hacia el norte de nuevo, por delante del

desastre.

Fuera del centro de Woodcreek, el terreno ascendía en una pendiente y los pinos se cernían sobre la carretera de gravilla. Las casas allí eran pequeñas, antiguas y cómodas. Pasaron al lado de un todoterreno grande metido debajo de un cobertizo, luego ante un 4Runner y un Sedán aparcados junto a unas casas. Luego dejaron la carretera y se abrieron paso por el jardín de alguien, lleno de hierbajos. Podrían haber buscado llaves, arrancado un coche, pero ¿luego qué? ¿Rodear el incendio sólo para dar alcance a Price?

Hollywood había cruzado a pie. Les había dicho que la ruta 47 no era buena. Meterse en un coche era un truco, una trampa. Tarde o temprano Price y los demás se verían obligados a abandonar su vehículo y deshacer el camino a pie.

El rifle pesaba demasiado, Cam se quedó con la pistola.

La parte norte del valle, de cara al sol, tenía más plantas y árboles que la montaña que acababan de descender a pie, y la exuberante vegetación primaveral evitaría que el fuego los persiguiera. Por lo menos estaban a salvo de aquel peligro.

Treparon.

Treparon, y el gigante rugía tras ellos. Cam se animó al oír la explosión de un tanque de propano. A partir de entonces se dejó llevar. Estiró el brazo hacia donde la tierra se recortaba en el cielo infinito. En la cima había otras personas, vigilándolo. Si el grupo de Hollywood no había oído los disparos, algo poco probable, las explosiones hablarían por sí solas. El humo sería visible a ochenta kilómetros.

Subían hacia su sentencia.

Ascendían con los músculos hinchados y los pies rotos. Sus cuerpos procesaban ácido láctico e hidratos de carbono.

Salieron de la arboleda y entraron en un prado marrón. De pronto la tierra se elevó en forma de capas oscuras y onduladas. Miles y miles de saltamontes. Los cuatro retrocedieron, acribillados por cuerpos diminutos que los golpeaban, y Erin se desplomó, encogida y agarrándose las tripas. Eso la había destrozado. Se desangró en un santiamén, fue una sopa terrible que empapó sus pantalones.

En cierto modo fue una bendición, pero, como Silverstein, como Manny, conservaba un suspiro de vida incluso después de aquel golpe devastador. Levantó la mirada hacia Cam mientras le quitaba las gafas, con los ojos azules como gemas, abiertos de par en par, confusos.

Él le quitó los bichos de la cara y el pelo. No se podía hacer nada más. Pensó en besarla, pero entonces le salió espuma sangrienta por la boca.

Ascendían y la montaña era eterna. Subían como borrachos, alejándose de los árboles, chocando entre sí. Pasaron ante una cantimplora vacía y Cam avanzó unos diez metros antes de darse cuenta de que él iba delante. Se tambaleó y casi se cayó al alzar la vista del suelo.

Había alguien delante de ellos.

Cam se llevó la mano al ancho bolsillo del pecho, a la pistola. Se volvió hacia donde se ponía el sol. Sawyer se acercaba dando tumbos por detrás y se rascaba la capucha amarilla con su guante negro. ¿Habían ascendido lo suficiente para volver a encontrarse con Price? Tal vez. Quizás estaban ya casi en la cima, no lo sabían, sólo habían intentado situarse en el mapa dos veces desde que habían huido de Woodcreek... no. Estaba claro que faltaba poco para la cima. Era difícil saber cuánto más, pero Price no se habría cruzado en su camino tan pronto a menos que hubiera cruzado la montaña en línea recta.

Tendrían que haber sido buenas noticias. No iban a sorprender a nadie con los resuellos de Bacchetti y el eco de sus pasos resonando entre las piedras amontonadas, y no podían permitirse buscar una ruta distinta para evitar una emboscada. Un tullido podría dispararles con un arma y dejarlos lisiados también a ellos.

Tenía que ser Hollywood, así que iban por buen camino. Buenas noticias.

Sin embargo, Cam ya no creía en las buenas noticias.

Siguieron subiendo por un revoltijo de rocas del tamaño de un coche, Cam iba delante, probando los pasos. En lo alto de un talud, mantuvo el brazo que le escocía estirado hacia abajo para que Sawyer lo utilizara como una cuerda.

Ascendían demasiado despacio.

Sawyer se dejó caer al suelo y se dio un golpe en la sien. Si se hubiera limpiado y vendado las heridas se podría haber reducido la infección, pero de todos modos los nanos estaban en su interior.

Cam se inclinó y logró hablar.

—Dime dónde.

Sawyer sacudió la cabeza como un perro se sacude las moscas. Cam no estaba seguro de que fuera una respuesta.

—Dímelo, hijo de puta.

Sawyer levantó un guante destrozado. Fue su única respuesta. Se quedaron ahí, jadeando, hasta que Cam lo ayudó a levantarse.

Continuaron el ascenso, y Bacchetti les siguió el paso durante casi trescientos metros a gatas, con convulsiones y asfixiado. Cam miró atrás demasiadas veces. Aquel hombre probablemente no se salvaría ni con su ayuda. Pero jamás lo sabrían. Cam decidió quedarse con Sawyer.

El sol se ponía ya muy por debajo de ellos.

A aquella altura, a las mañanas primaverales les seguían atardeceres repentinos, y la tenue luz se había desplazado hacia el oeste. Pronto todo quedaría oculto tras una cresta.

Ascendían y se les nublaba la vista a medida que se acercaba el anochecer. Treparon por un campo de nieve sucia. Encontraron los primeros hielos. Cam sabía

que aquello significaba algo. Rodeado de estrellas, con la conciencia atravesada por duros puntitos blancos, no se dio cuenta de que volvían a ser tres hasta que tropezó con una silueta y, al intentar levantar a Sawyer, el contorno del cuerpo le pareció desconocido.

Hollywood se había hecho heridas en la cara rascándose antes de perder el conocimiento, tal vez en un intento de permanecer despierto. A la luz de las estrellas la sangre era negra y viscosa, y dejaban entrever los dibujos que había trazado el sarpullido de su rostro.

—Eh —susurró Cam—. Eh, levanta.

Casi habían llegado, estaba seguro. En aquel lado del valle, la nieve se mantenía sólo en las cotas más altas. El sol había derretido el resto, y aquel paisaje lunar era el mismo que en casa. Casi habían llegado.

Hollywood había ganado. Había superado, por dos veces, una extenuante odisea que ellos ni siquiera habrían emprendido sin su ejemplo, y no cabía duda de que todo hubiera ido mejor y más rápido si fueran mejores personas. Si no hubieran discutido, mentido, asesinado.

Aquel joven merecía su ayuda más que nadie.

—Sawyer —dijo Cam, y miró a su alrededor—. Eh.

Sawyer ya estaba a su lado, dando golpecitos en el suelo, de rodillas. Pasó por el lado de Cam dando tumbos y metió una piedra entre los dientes de Hollywood.

El chico abrió los ojos de par en par, que desprendían brillantes destellos en la oscuridad.

—¡Arrrg! ¡Arg!

Cam gritó también y se interpuso.

—Para...

—Se cayó. Se cayó y se dio un golpe en la cabeza, pero cargamos con él en la subida. Cargamos con él durante todo el camino.

—¡Podríamos haberlo hecho! ¡Podríamos haberlo hecho!

Sawyer lanzó un bufido.

—Tenemos que hacerlo. Ser los buenos, por si Price sale vivo de ésta. Es su palabra contra la nuestra, y nosotros somos los buenos. Cargamos con su amigo.

—Podríamos haberlo hecho. Dios, podríamos haberlo hecho.

—Price quería hacerse con el control de la situación. Acuérdate. Eso es lo que tenemos que decirles. Price reunió todas esas armas y planeó tomar el control.

Llegaron a la barrera. Ascendieron con Hollywood en el medio, agonizando o ya muerto, la sangre le empapaba la parte delantera de su anorak. Luego, fue como si chocaran con un muro invisible.

El dolor no se desvanecía como por milagro. Se había desintegrado demasiado tejido, les habían invadido muchos nanos.

Cam lanzó un chillido y dio un golpe en el suelo, sin ser consciente del impacto. Sabía que la transición sería horrible. Pero nunca había sufrido una infección tan profunda.

Se retorció en el suelo como un manojito de nervios obstruido por un grueso músculo inerte. Se le formaban coágulos y manchas por las plantas de los pies, se expandían, se acumulaban en franjas de ampollas. Seguía subiendo, pero Hollywood pesaba mucho, le estorbaba el pie, y la pierna mala parecía tirar de él como una correa. No conocía su situación. No se percató de que se había detenido. Intentaba ascender, siempre lo hacía, y volvió a gritar cuando su propia sangre lo abrasó de la cabeza a los pies.

Sawyer se acercó. Se revolvía con el mismo frenesí animal, aunque no profería más que algún resoplido sofocado.

Las voces que contestaron a Cam procedían de arriba.

Nunca adivinaría cuánto tardaron los pasos y los haces de luz en alcanzarlo. Lo suficiente para que lo invadiera de nuevo aquella agonía de quemaduras y dolores. Lo bastante para preocuparse por si se trataba de Jim Price, por si había llegado antes y ahora los fueran a matar a los dos.

Lo bastante para preguntarse si tenía alguna importancia.

Sawyer aún sufría un fuerte ataque, rechinaba los dientes, y sacudía la cabeza contra el suelo.

Los desconocidos descendieron juntos en una aureola de luz, y los haces cortantes se clavaron en Cam y recorrieron su tembloroso cuerpo. Las figuras altas retrocedieron. Murmuraron entre ellos, rápido, con sonidos guturales, extraños. Luego se separaron y lo rodearon. Vio el mango de un bate de béisbol, el brillo de un hacha...

Al darse cuenta recuperó la lucidez.

El miedo de Sawyer era fundado, como tantas otras cosas. Allí la situación no era menos desesperada que en la otra cima. Aquella gente había enviado a Hollywood al otro lado para que volviera con comida. Su extraño entusiasmo, las ansias y promesas, todo tenía sentido. Buscaban ganado.

Merecían aquel destino, pero Cam habló sin fuerzas a las sombras sin rostro.

—Esperad. Yo...

Entonces la vacía oscuridad del valle lo envolvió y le nubló la mente antes de poder decir que dejaran a Sawyer con vida.

Las vibraciones sónicas de la lanzadera producían un ruido que parecían los retumbos de un gran cañón. La *Endeavour* se movía con suficiente rapidez para empujar el aire con el morro y sus alas, y emitió dos ondas de impacto en el cielo de Colorado.

James Hollister alzó la vista. Había estado observando la multitud.

Aquel valle formaba un amplio anfiteatro natural de tres kilómetros de ancho y casi cinco de largo. Cañones, hondonadas y barrancos hendían las montañas circundantes. James estimaba que la superficie total del paraje excedía los veinticuatro kilómetros cuadrados.

Las laderas del norte y el oeste eran montículos pelados de roca sin hierba. Sin embargo, a lo largo de la cara este se había congregado la gente, codo con codo, de punta a punta, como una gran manada de bisontes de las leyendas de los indios americanos.

James siempre había tenido facilidad para los números, pero aquella masa lo superaba. Era irreal, hipnotizadora. Su voz sonó como un ruido sordo, más fuerte que el estruendo de la *Endeavour*, que había irrumpido en el cielo azul de aquella tarde despejada.

—Aún no los veo...

—¿Crees que estarán bien?

Algunos cámaras apostados cerca de James se habían girado para protegerse los ojos del sol. No era la dirección correcta. Y era demasiado pronto. La *Endeavour* aún estaría girando hacia la ruta de aproximación, oculta para todos los que estaban en el valle.

James miró atrás, a la ingente multitud. Estaba en uno de los extremos del anfiteatro, el del sureste, encima de un montículo bajo. La carretera 24 giraba al sur desde Leadville y dibujaba una última curva justo por debajo de él antes de seguir recta por el este para evitar el pantano. «Tendremos asientos de primera fila», le había dicho a Ruth, y ella se había reído. En realidad habría preferido otra ubicación más al norte. Lo único que vería bien desde allí era la cola de la lanzadera. La *Endeavour* le pasaría por encima de sus cabezas y descendería unos cuatrocientos metros más allá.

No se podía esperar que los personajes VIP caminaran mucho, por supuesto. Había cuatro docenas de vehículos alrededor de James, camiones militares, vehículos privados, y otro equipo de cámaras un poco más abajo, observando aquella multitud que contemplaba la autopista, grabándola. Todo correcto. El problema era que James también había sido considerado un VIP. El comandante Hernández se negaba a dejarle pasar más allá de aquel montículo. De hecho, Hernández había intentado evitar que acudiera, pero el jefe de seguridad accedió, merced a algunas palabras bien

escogidas de James ante los peces gordos. Todos con los que había hablado se morían por ir.

El aterrizaje de la *Endeavour* era un acontecimiento. Era histórico, incluso en el Año de la Plaga.

Muchísimas personas habían acudido a pie para presenciar aquel intento. James se imaginaba que debían de haber salido por la mañana, pese a que a esas horas el frío aún era implacable. La mayor parte del medio millón de refugiados que había en los alrededores de Leadville vivía en los valles y colinas que había al este de la ciudad, en los cientos de antiguas minas y en cobertizos contruidos con materiales de desecho. No podían ir en coche, y era tan cierto que los campamentos más próximos estaban a dos kilómetros como que los pájaros vuelan.

Como que una lanzadera espacial vuela.

James cambió de postura, se apoyó en el otro pie como si intentara compensar su sonrisa fugaz y a la vez mantener el equilibrio. Ruth había estado maldiciendo para sus adentros durante todo el descenso, pero no porque ella le hubiera comentado ninguna dificultad, sino porque empezó a mostrarse locuaz y marisabidilla. Era su truco para soportar la tensión. Un buen truco.

Se habían hecho buenos amigos. James a menudo posaba la mano sobre el equipo de comunicación cuando hablaban, y ahora le daba un poco de vergüenza verla en persona, como si ella lo supiera de alguna manera y malinterpretara su gesto.

Ruth se había vuelto loca, literalmente loca, según ella, cuando él le comunicó el calendario propuesto por el consejo: dos semanas más. Al principio sólo tenían previsto esperar a que pasara una tormenta primaveral procedente de California, pero James había aprovechado la oportunidad para volver a darle vueltas al asunto.

La discusión no había sido especialmente dura. La intrincada jerarquía de oficiales desplazados estaba llena de egos hinchidos que se esforzaban todos los días por seguir siendo importantes, y James no había tenido ningún problema en movilizar a un batallón de congresistas para que pidieran a gritos los recursos suficientes para proteger a los valientes astronautas. A pesar de todo su entusiasmo por comprometerse con aquel aterrizaje inevitable, también estaban nerviosos por si se producía un desastre. Nadie quería que le hicieran responsable, ni ser sustituido.

A James tal actitud ya le iba bien. No hacía falta decirle a Ruth quién había hecho a un lado sus miedos y les había dado una patada. Cuanto menos se enfadara y exigiera, más fácil sería que volviera entera a la Tierra.

James aceptaba que para la mayoría de los supervivientes que quedaban en la Tierra el beneficio real de hacer que la *Endeavour* aterrizara era más bien abstracto. Tal vez ni siquiera creían que hubiera tal beneficio. La población estaba demasiado ocupada luchando por su existencia, y a los dirigentes les inquietaban amenazas más inmediatas y encontrar comida por debajo de la barrera.

James tenía fe en que Ruth se esforzaría al máximo para desarrollar un NAN eficaz.

Sabía que ella podía ser su última oportunidad.

Durante su largo exilio, Ruth había defendido sus propias ideas sobre los tres NAN aún en desarrollo. Se había mantenido ocupada y firme, y nunca había transmitido todos sus archivos porque el tiempo de emisión por radio era limitado. Tal vez lo único que necesitaban eran ideas nuevas para avanzar en su investigación. Sólo su equipo era de un valor incalculable, producía mejores imágenes y daba antes los resultados, superaba cualquier dispositivo del batiburrillo que habían conseguido reunir en Leadville.

La multitud volvió a emitir un rugido. Las luces se acercaban.

James miró al otro lado y admiró su obra. Lo que había sido una autopista secundaria ahora era incluso mejor que lo que le habían pedido.

Era el 27 de abril. Hacía seis días que la autopista estaba preparada. Si los trabajos no hubieran ido tan bien, sin duda alguien de peso habría propuesto esperar al Memorial Day o incluso al 4 de julio. Los tipos de la NASA y los ingenieros del ejército habían superado todas las expectativas, y James se animó al ver que habían hecho tanto con tan pocos recursos. Durante cincuenta y cinco años había sido optimista. Pero aquella nueva vida estaba falta de alegrías y éxitos.

Los operarios habían dado lo mejor del ser humano. Inventiva. Cooperación. Habían aprovechado los sistemas de selección de blanco de tres tanques M-1 y construido un sistema de radar decente en la montaña para acoplarlo a una torre de radio y utilizar las líneas eléctricas y de comunicación existentes. También había un avión AWACS en el aire para garantizar la precisión. El ejército había reforzado el túnel de tren que pasaba por debajo. Se habían levantado muros de contención a lo largo de kilómetro y medio, la mayor parte a mano, como protección, así como acondicionado áreas para camiones de bomberos, médicos, militares y dos equipos de IRAP.

Las luces del Indicador de Ruta de Aproximación de Precisión estaban montadas en dos grupos, una casi arriba de todo del anfiteatro, la otra mucho más cerca de James. Cada juego constaba de faros rojos y blancos, así como generadores que se habían terminado de ensamblar una hora antes. Algún listo no había querido que el tanque de combustible estuviera al lado de la carretera.

Sin embargo, el proceso de ajustar el sistema IRAP había sido complicado. Sólo se necesitaban matemáticas básicas para diseñar y montar el dispositivo, claro, pero las luces que se habían utilizado provenían del campo de fútbol del instituto y de la pequeña pista de aterrizaje que había al sur de la ciudad. Lo último que querían era confundir al piloto de la lanzadera. El IRAP era una ayuda visual que indicaría a la *Endeavour* si estaba en el ángulo de planeo correcto, según si los rojos y los blancos

encajaban.

Habían hecho todo lo posible. El último retraso sólo se debió al tiempo, una vez más. Esperaban vientos suaves de cara y que se instalara un buen frente de alta presión. James había visto helicópteros pasarlo mal a aquella altura, y la lanzadera también tendría una resistencia mínima al aire que facilitaría el descenso. ¿Sería suficiente? Era extraño, sólo había empezado a inquietarse cuando todo estaba preparado...

La *Endeavour* llegó en picado y a gran velocidad.

Una ola de gritos inundó el anfiteatro, como un aullido. James se estremeció pero no apartó la mirada de la reluciente nave. Se dio cuenta de que todos pensaban que se iba a estrellar. La lanzadera descendía en un ángulo de diecinueve grados, más de seis veces el ángulo de planeo que toman los aviones comerciales.

Al reducir la velocidad, con el morro romo hacia arriba, la *Endeavour* se recortó en el horizonte de cimas blancas.

La nave espacial era magnífica. Una cosa del pasado.

James Joseph Hollister, científico de reputación de mediana edad, alzó los puños y soltó un chillido como un niño entusiasmado. Otro de los trucos que había aprendido de Ruth. Gritaba por ella. Gritaba con ella.

La *Endeavour* pasó en un abrir y cerrar de ojos y se colocó por encima de él. Su vientre negro se estaba poniendo de color hueso, como el fuselaje.

—¡Mierda, me lo he perdido! —exclamó uno de los cámaras.

El piloto era excelente. Entró en contacto con la autopista justo en el medio. Las blancas y anchas alas de la *Endeavour* bajaron con un aire como el del vuelo de un vestido, de un traje de baile, mucho más anchas que la autopista.

Al aterrizar, nubes de humo se alzaron por debajo del cuerpo de la lanzadera. Todavía con el morro hacia arriba, la robusta carcasa se balanceó a la izquierda y James se inclinó hacia la derecha, los brazos en tensión.

—Vamos, vamos... —murmuraba.

La *Endeavour* avanzó y siguió girando hacia el extremo izquierdo de la autopista. El paracaídas de deceleración se abrió de repente y se agitó con violencia, parecía una enorme flor gris.

A una velocidad de más de trescientos kilómetros por hora, la lanzadera llegó al puente cuando James aún estaba absorto en su avance. Durante las últimas semanas se había aplicado a estudiar la maniobra de aterrizaje y las características técnicas de la nave, y había tranquilizado a cada uno de los peces gordos con los que tenía contacto sobre los frenos de carbono y la maniobrabilidad del tren delantero. Se había estado repitiendo esos mantras toda la mañana, pero ahora seguía suplicando.

—Vamos...

El piloto hizo que la nave, que iba a toda velocidad, se apartara del margen

izquierdo, de los muros de contención y el desastre.

Fue un excelente acto reflejo que sentenció a la nave.

Había un bache de unos cuatro centímetros entre el asfalto y el bloque de cemento del puente, resultado de la nueva pavimentación que se había hecho tres años antes. Los ingenieros militares se dieron cuenta mientras hacían los arreglos. Para un coche el bache era mínimo, apenas suficiente para sacudir el café de una taza, pero el peso de la lanzadera y su velocidad ampliarían cualquier defecto. Nivelaron la superficie con una nueva capa de alquitrán. Los especialistas de la NASA habían aprobado la obra y avisado a la tripulación de la lanzadera.

Las ruedas del tren delantero de la *Endeavour* golpearon el remiendo del asfalto ligeramente en ángulo. Aun así, había muy pocas probabilidades de que hubiera un accidente. El morro se balanceó y las alas se levantaron por efecto del viento. El tirón del paracaídas de deceleración incrementó la desviación.

En una pista de aterrizaje normal habría habido espacio para corregirlo. La lanzadera, que en aquel momento daba bandazos a la derecha, perdió diez centímetros del ala de estribor al chocar con la cabina de un coche de bomberos amarillo de Colorado Springs. Arrancó el techo y las puertas del vehículo y provocó una brillante lluvia de fragmentos de cristal y plástico. La *Endeavour* sólo perdió algunas piezas de la cerámica térmica que la protegían del calor de la reentrada.

Sin embargo, el impacto hizo que el morro de la nave espacial girara más a la derecha. La *Endeavour* se llevó por delante una ambulancia y otro camión de bomberos antes de volcar en el terraplén.

Ruth fue la única que se dejó llevar por el pánico. Gus le había desabrochado el cinturón de seguridad antes de que ella se diera cuenta de que habían dejado de moverse. El oído interno y todos sus otros órganos le daban vueltas debido a la sensación olvidada de estar en tierra, mientras el terror se apoderaba de su corazón acelerado, que parecía querer saltarle del pecho.

—¡Sal, Gus, tenemos que salir!

La sensación era todavía peor porque la lanzadera estaba inclinada. Ella lo agarró y se dejó caer hacia delante, débil y torpe. Se golpeó con la cara en el traje naranja de presión de Gus. Todos iban debidamente equipados con esos trajes, por si el largo tiempo en el espacio había provocado daños sutiles y la presión se escapaba; por si era necesario cambiar de dirección hacia el aeropuerto internacional de Denver, para evitar el mar invisible de nanos; por si acaso se producía alguna de las muchas contingencias que el equipo de la NASA había previsto.

Las voces eran rápidas, tajantes, demasiada jerga técnica para procesarla: «Evacuar, no responde el control, medio, apagar.»

Gus la arrastró hacia la trampilla lateral, dándose golpes, por detrás de Deb. Por suerte el suelo se inclinaba en esa dirección.

Él movía la boca y Ruth se dio cuenta de que una de las palabras que le resonaban en la cabeza era suya. «Espera», le dijo, pero la apartó.

Deb había accedido a la escalera de la escotilla, y Ruth se agarró a uno de los puntales. Deb seguía trepando hacia la cabina de mando.

Ruth la seguía con la mirada, le impresionaba que se alejara de la salida. Iba a bloquear el paso a Ulinov, Mills y Wallace para que no pudieran bajar.

—¿Qué...? —Cada vez que respiraba le dolía. Sentía los pechos y las costillas como si fueran un tambor baqueteado. La reentrada había sido dura, pero estaba bastante segura de que la lanzadera había dado varias vueltas al final.

«Impacto», había anunciado Mills por radio. Una palabra. Ruth suponía que no había tenido tiempo de más.

No era más que una suposición, ya que se había sujetado a su silla para el arranque inicial, noventa y tantos minutos antes. Había que ser sobrehumano para no asustarse. Mills les había ido comentando el proceso por su bien, pero Ruth, Cus y la doctora Deb habían sido relegados a la cabina de tripulación, ciegos, en una caja, como si estuvieran en un ascensor en medio de un terremoto.

Estaba claro que Ruth no era sobrehumana. En otra época, en el punto álgido de su éxito, habría apostado a que lo hacía sola, sin radio, o incluso sujeta al ala, en el exterior, maldita sea, pero aquella chica decidida y con desparpajo la había abandonado para dar paso a la claustrofobia y el miedo.

Deborah dijo en un jadeo en la radio:

—Dereck, oh...

—Baja ahora mismo de esa escalera. —Ulinov lo dijo como si estuviera pidiendo un té, con la voz tan serena como la de Mills.

Impacto.

Hubo un tiempo en que las operaciones posteriores al aterrizaje implicaban a más de veinte vehículos especialmente diseñados y un centenar de expertos cuya primera acción era comprobar el exterior de la lanzadera por si había gases residuales tóxicos y/o explosivos, como hidrógeno y tetróxido de nitrógeno. Los astronautas se quedaban dentro mientras una unidad de bombeo de helio eliminaba los peligros potenciales inminentes, y poco después otros vehículos cisterna cargados de refrigerantes iniciaban una labor más exhaustiva. Sobre todo la zona de carga útil, donde estaban almacenados los registros y aparatos de nanotecnología de Ruth, tendía a estar llena de gases.

Leadville sólo disponía de una turbina de viento improvisada para refrigerar la nave mediante aire y camiones de bomberos civiles. El equipo de la NASA anhelaba que el aterrizaje fuera un éxito.

Ruth se encontraba en el interior de una bomba.

Una chispa de un cable cortado, o el terrible calor de los motores... era urgente escapar de la lanzadera. No había posibilidad de que la *Endeavour* prendiera en una enorme bola de fuego, ya que la mayor parte del exceso de combustible se había quemado durante la reentrada como medida de seguridad, pero aun así un fuego repentino los abrasaría.

Gus abrió la escotilla y Ruth lo empujó mientras la puerta redonda se caía hacia fuera, en el lateral de la lanzadera. Debían de estar tres metros por encima del suelo, pero parecía que la *Endeavour* se había subido a una colina, de manera que, aunque la nave estaba inclinada, la tierra removida y caída compensaba la inclinación. Debajo había arbustos machacados, el neumático desprendido de un coche y dos hombres con chaquetas negras de bombero que gritaban y agitaban los brazos...

Ruth volvió a empujar, pero Gus se había quedado en la apertura para desplegar la manta térmica, que los protegería de las altísimas temperaturas que sufría la nave durante la reentrada a la Tierra. Y durante aquellos insoportables segundos adicionales, la conversación que había oído en el casco por fin penetró en sus desquiciados miedos.

—Evacuad a la doctora Goldman ya —decía Ulinov.

—La pierna. —Deb de nuevo—. ¿Bill?

—Estoy ocupado.

—Baja ahora mismo de esa escalera.

—Necesito ayuda aquí arriba —dijo Deb.

—No. Evacuad ahora.

—De acuerdo, vamos, vamos, vamos —dijo Gus, y pasó. A los dos bomberos se les había unido un soldado y un médico de emergencias, de blanco. Todos gritaban y hacían señas.

La valentía de aquellos hombres era impresionante. Habían corrido hacia una bomba. Sin estar equipados, sin ningún plan perfecto, se habían acercado al peligro por ella.

La voz de Deb sonaba tranquila:

—Tengo tres heridos en la cabina de mando, uno grave.

Ruth podría haberse salvado. Debería haberlo hecho. Era exactamente lo que les enseñaban en el entrenamiento para aquellos momentos... y aun así dudaba al borde de la salvación.

Como los primeros que habían acudido a su rescate en tierra, la tripulación de la EEI se lo había jugado todo por ella. Habían sacrificado a sus familias y sus casas. Gus y Ulinov habían abandonado sus países sólo para ayudarla. Si los abandonaba en aquel momento, tal vez nunca lo superaría. El impulso de sabotear la estación espacial y forzar su aterrizaje, aunque no lo hubiera hecho, la había afectado de una forma que jamás podría olvidar.

Por un instante Ruth lo sopesó en su interior, pero en realidad nunca hubo elección.

Volvió adentro. Los hombres de abajo no podrían ayudar de inmediato. Ignoraba dónde se había detenido la lanzadera, pero estaba claro que fuera reinaba el caos. Tal vez necesitarían varios minutos sólo para llegar a la escotilla.

Ruth se deslizó y pegó la cara a la escalera de la escotilla. Su cuerpo no le respondía bien. Era increíble que alguna vez hubiera pesado tanto. La escalera se inclinaba por encima, como una ola, y tuvo que asegurar las dos manos y un pie en los travesaños antes de levantar la otra pierna y seguir subiendo.

—¡Ruth! ¡Ruth, salta! —Era Gus, al parecer ya en el suelo, que la buscaba en la escotilla lateral.

Ella se quedó helada con la cabeza erguida en la cabina de mando. Vio cristales y manchas de suciedad estampados por toda la cabina. Era una mugre húmeda y marrón que se desmenuzaba. Se levantó gracias a una nueva dosis de adrenalina.

El copiloto, Bill Wallace, se inclinó sobre lo que parecían dos cuerpos para llegar al panel del piloto. Derek Mills estaba sentado en el asiento, la espalda recta a pesar de la inclinación. Lo sostenía una plancha de hierro retorcida que había entrado por el parabrisas. Era el techo abollado de la ambulancia que la *Endeavour* se había llevado por delante.

Wallace tenía el brazo cubierto de sangre, parte debía de ser suya. La metralla del impacto le había abierto el codo y el hombro de la manga del traje de presión de color

naranja. Le había herido el brazo que había extendido para completar su trabajo. La desconexión de emergencia. El corte total de todo el sistema de a bordo era su mejor opción para evitar un incendio, y el hombre responsable de ello nunca había recibido entrenamiento como piloto.

—¡Deprisa! —Ruth le gritaba a él, a sí misma, a todos.

—Vuelve abajo. Evacúa. —Ulinov todavía estaba en su asiento, justo al lado de Ruth, en la pared trasera de la cabina de mando. También había recibido el impacto de la metralla. Tenía el rostro parcialmente cubierto de trocitos opacos, y Deb le sacudió la rodilla ensangrentada con una mano, al tiempo que con la otra se agarraba a su asiento. El parche adhesivo que le había puesto en la pierna sobresalía como si hubiera otros doblados debajo, prietos contra la piel rasgada, era un vendaje de presión rudimentario pero eficaz a pesar del volumen del traje.

—Sácalo —le dijo Deb a Ruth con un gesto—. Intenta sujetarlo de manera que no se caiga por la escalera.

Ulinov les indicó con un gesto que se fueran.

—Las órdenes son que...

—Hazlo —dijo Deb, más autoritaria que nunca, antes de dejar a Ulinov para atender a Wallace. Aún no había tenido tiempo de ocuparse de Mills, y Ruth se percató de que debía de estar muerto. El bulto de metal que tenía incrustado en el tronco y el cuello lo había golpeado con la fuerza suficiente para doblar su asiento.

—Tengo que hacerlo —le prometió Ruth a Ulinov, y lo agarró del brazo con una mano temblorosa.

Moverse en la cubierta abarrotada era como un rompecabezas. Sacó las piernas de la escotilla de acceso, luego hizo todo lo posible por calmar a Ulinov cuando éste abandonó su silla y pasó muy cerca de ella.

—Tú eres el siguiente —le dijo Deb a Wallace, mientras le examinaba las heridas del hombro, pero Bill Wallace se quedó en su asiento. Dio un golpe a un ordenador, porque no respondía o para apartar los restos, pero ni siquiera volvió la cabeza.

Ruth se hizo daño en la espalda cuando Ulinov perdió pie en la parte superior de la escalera. Ruth apoyó con fuerza los pies contra la pared, con el torso de Ulinov entre las piernas, y se sujetó con el brazo con una fuerza que parecía sólo mental. La sangre de Ulinov le caía por las mangas.

Ulinov se desplomó arriba, en el suelo de la cabina de la tripulación. Ruth se tropezó con él y también se cayó.

Salieron juntos a aquel horrible sol blanco, y Ulinov dio un salto desde la placa redonda de la escotilla. Ruth profirió un grito, pero contuvo la respiración. No se había caído, había saltado y se había girado para protegerse la pierna. Abajo ahora había cuarenta o más personas, uniformadas de negro, caqui, azul o blanco. El enorme cuerpo naranja de Ulinov cayó sobre un muro humano formado por ellos.

Los hombres también tendían los brazos hacia arriba, hacia ella. Casi todas las caras llevaban barba, resultaba extraño, duro, animal. Ruth se arrodilló para reducir al mínimo la distancia, pero resbaló antes de poder impulsarse. Tres hombres se lanzaron para evitar su caída.

Nadie se molestó en ponerla en pie. Media docena de brazos le rodearon las botas, axilas y codos, la alzaron en volandas, y una confusión de siluetas con gorra y casco de bombero se agitaron por encima de su rostro mientras la llevaban.

—Wallace —dijo ella—. ¡Wallace! —Pero la conversación por radio que sonaba en sus oídos volvía a ser sólo una confusión.

Alguien en su hombro izquierdo tropezó y la dejaron caer, dos siluetas chocaron contra su cuerpo. Podría haberse caído. Perdió del todo el débil aliento.

Luego estaba erguida, apoyada en el parachoques de un todoterreno del ejército. Un tipo con barba blanca y larguirucho, vestido con la típica bata blanco sucio de los profesionales de la medicina, la miraba con los ojos entornados y con arrugas oscurecidas por el sol. Tenía las cejas pobladas. Hurgaba en los cierres herméticos del casco. Ruth miró por detrás de él, pero la vista de cielo y las montañas era demasiado amplia para ella, así que bajó la mirada, todo le daba vueltas, aunque la curiosidad la obligaba a volver a alzar la vista de vez en cuando.

Estaban a unos cien metros de la *Endeavour*, y se quedó helada al darse cuenta de que la ladera de la montaña parecía viva por la cantidad de gente que había. Por Dios. Debía de haber miles de personas allí arriba observando...

La lanzadera se había salido de la autopista, estaba entre ella y aquella multitud imposible, su trayecto estaba marcado por los restos de dos o más coches de bomberos. Otros vehículos de emergencia habían acudido a aquel punto, con las luces giratorias, las sirenas bramando, avanzando con lentitud entre el enjambre de bomberos, soldados y especialistas de la NASA.

Luego le quitaron el casco y la charla de la radio, que resonaba en sus oídos, fue sustituida por un alboroto de gritos como lejano, y más caótico. Ruth entornó los ojos ante el sol, y la dulce fragancia del aire le hizo cerrarlos.

Saboreándolo, se acordó de Derek Mills. Impacto. Su última palabra, para avisarlos. Alzó la vista.

—¿Está mareada? —le preguntó el médico, que le puso la palma de la mano en la mejilla y le pasó el pulgar por el párpado inferior—. ¿No está sangrando, verdad?

—La sangre es de él —contestó ella.

Habían sentado a Ulinov a su lado mientras recobraba el aliento. Dos médicos, uno también con bata y otro de uniforme de combate, habían abierto con un cuchillo la pernera del traje de Ulinov para vendarle el muslo. Se había formado otro ajetreado corro de personal médico detrás de una ambulancia, enfrente de ellos, y Ruth atisbo un traje naranja. Gus.

—¿Están fuera? —preguntó ella—. ¿Los astronautas?

—Creo... —soltó el médico, y levantó la cabeza.

Entonces les llegó el disparo de rifle. Ruth no habría notado la detonación distante entre tantos motores y cientos de voces de no haber sido porque el movimiento del médico la puso en alerta y el barullo general enmudeció al instante.

Confusamente, se preguntó cómo había podido oír el médico un sonido antes de que se produjera. Luego él apartó la mano de su mejilla y se hizo a un lado. La sangre se filtraba a través de la mugrienta bata blanca del médico. Su barba se separó para hacer una pregunta.

Se fue apartando de ella mientras las voces rugían. Por todas partes la gente se tiraba al suelo o corría en busca de refugio tras la multitud de vehículos, para esconderse de la gran ladera del este, que pareció ondularse cuando trescientos mil refugiados huyeron formando una masa caótica y desesperada.

—¡Un francotirador! —gritó el soldado arrodillado ante Ulinov, al tiempo que le agarraba del brazo para hacerlo bajar.

Ruth no le encontraba sentido, no se daba cuenta de que su brillante traje naranja era el objetivo, aun después de que una bala diera en el techo del todoterreno, a menos de cinco centímetros. Observó boquiabierto el caos a su alrededor hasta que Nikola Ulinov le dio un golpe en el costado.

La mole de su cuerpo la hizo caer sobre el asfalto y le aplastó dos huesos del antebrazo.

Leadville se había convertido en una fortaleza. La barricada enfrente de la frontera del norte bloqueaba la autopista y provocaba lo que debía de ser el único atasco del mundo.

Metieron a Ruth y Ulinov en la ambulancia después de Gus, y la sirena abrió un camino entre los vehículos de emergencia y militares durante dos kilómetros y medio, no muy lejos de donde las ruedas de la *Endeavour* habían entrado en contacto por primera vez con el suelo. Sin embargo, a la altura del montículo que James había apodado «la primera fila» aparecieron otras sirenas y les bloquearon el paso. Eran tres coches patrulla y dos todoterrenos de la policía militar. Apareció otra ambulancia por detrás mientras esperaban, y Ruth supuso que en ella iban la doctora Deb y Wallace.

—¿Saben a quién tenemos aquí dentro? —balbuceó Gus—. Diles a quién tenemos, vamos, vamos.

Nadie más dijo nada, excepto los médicos de urgencias, que estaban colocando un protector alrededor de la manga de Ruth.

—Túmbese, está muy pálida —dijo la mujer, pero Ruth no podía apartar la vista del parabrisas. El conductor de la ambulancia había apagado la sirena y no hacía ademán de abrirse camino entre el torrente de camiones de color verde y Suburban negros amontonados en la carretera. Los dos todoterrenos de la policía militar tenían ametralladoras montadas en la parte trasera, con soldados preparados, y todos los policías llevaban armas en la mano.

Ruth advirtió varias cosas sobre la «primera fila» que James no había mencionado por radio. Aquella loma quedaba separada del cuerpo principal de la montaña por un barranco poco profundo lleno de alambradas y soldados. Era de suponer que el bloqueo daba toda la vuelta. Además, aquella parte del montículo era paralela a la ladera más grande, de modo que nadie ahí arriba veía bien a los de abajo, ni podían acertar en los disparos. No era tanto una primera fila como unos asientos privilegiados, separados y protegidos.

Esperaban problemas.

Un rastro de aquel pánico salvaje que había sentido volvió a bombear su sangre, pero quedó anulado por la tensión y el agotamiento extremo. Estaba exhausta. No le quedaban fuerzas. Ruth se sentó con el brazo roto en el regazo. Se estaba asfixiando con aquel traje. Y le daba igual. El aire era tan fresco, incluso en el espacio cerrado de la ambulancia, que sentía su propio calor húmedo, que se elevaba del collar redondo de metal. En otra época y lugar, aquel hedor habría sido humillante.

Pasó menos de un minuto hasta que reanudaron la marcha. Otro todoterreno del ejército derrapó detrás de los agentes y la policía militar para bloquear el paso, y un

hombre flaco como un palo salió de un salto del asiento del copiloto. Iba vestido de color caqui, pero llevaba gorra en vez de casco. Estaba desarmado excepto por una pistola en la cadera. Ningún miembro de la policía militar lo saludó. La discusión sólo consistió en diez o doce palabras. La policía militar retiró uno de sus todoterreno de la carretera.

—Vaya, me gusta ese tipo —exclamó Gus.

El hombre flaco hizo una señal al conductor de su ambulancia, luego se dio la vuelta y se dirigió presuroso a su todoterreno. El conductor señaló con agresividad dos de los vehículos que aún bajaban desde la colina y les bloqueaban el paso, y el hombre delgado se asomó en el asiento del copiloto con una mano extendida para que se apartara un camión militar.

No llegaron muy lejos. La carretera trazaba una curva alrededor del montículo y luego descendía hacia el lecho de un río, con colinas escarpadas a ambos lados. Las docenas de vehículos redujeron la velocidad y volvieron a subir por tres carriles, todos orientados al sureste, rozándose los unos a los otros, casi sin dejar un trozo de asfalto libre. Ruth tenía ganas de reír, era una bobada sentir nostalgia de un atasco con todas las luces traseras rojas, pero de nuevo sólo experimentó un amago de emoción por debajo del cansancio. La dura gravedad le había aplanado el trasero y comprimido las entrañas, y le provocaba dolor entre los extremos de los huesos rotos del antebrazo.

—Qué follón —dijo Gus.

El hombre flaco volvió a asomarse de pie desde su asiento. Ruth esperó indiferente a que se pusiera furioso. Ordenaba a gritos a los demás vehículos que se apartaran de la carretera y se retiraran hacia el pantano. Sin embargo, miró atrás, a su ambulancia, levantó las dos manos y se encogió de hombros. Era hispano, de casi cincuenta años, esbelto y duro. El uniforme le quedaba bien y resaltaba su cuerpo. Llevaba una oscura franja de bigote, pero no barba.

Miró a izquierda y derecha, observó las colinas, luego se agachó y tomó un transmisor. Ruth se inclinó hacia delante para mirar. Vio a cientos de personas bajando con dificultad la ladera de la izquierda, una masa sólida bajo el sol reluciente, y había decenas más congregados a lo largo de la orilla del río.

En aquel momento sintió como una punzada. Viviría para siempre con el hecho de no haber oído el disparo del rifle hasta que la bala dio al médico. Siempre la perseguiría no haber oído aquel sonido.

—De acuerdo, ¿y ahora qué? —preguntó Gus, que apartó a Ruth para ver mejor—. Qué desastre. ¿Quién ha planeado...?

—Gus. —dijo Ulinov con los ojos cerrados.

—¿Por qué hay disparos? —preguntó Ruth al conductor, y desenmascaró su miedo como una niña.

—Mucha gente lo perdió todo —contestó la doctora. Tenía la edad de Ruth, y no iba más aseada que el resto. La grasa había convertido sus largos mechones castaños en púas—. Quieren vengarse.

La ambulancia avanzó unos centímetros. Con la cabeza embotada, Ruth le dio vueltas a aquella frase.

—¿Qué ha dicho? —dijo al poco.

—Algunas personas sólo quieren vengarse.

—¡Yo no construí los nanos! Estoy intentando detenerlo.

—Puede que hayan sido rebeldes —intervino el conductor, que aceleraba el motor en vano. Sólo era un niño, con la cara llena de granos, excepto un trozo en la barbilla.

Ulinov volvió a decir una palabra:

—Rebeldes.

—Ahora nos han cerrado el paso pero, maldita sea, podrían acabar con todo el gobierno, si quisieran. —El chico aceleraba una y otra vez, con los nudillos flexionados sobre el volante.

En algún lugar había helicópteros haciendo ruido.

—Estoy intentado detenerlo —repitió Ruth.

—Sólo quería decir... —La doctora se calló, igual que el médico de la barba gris al recibir el impacto de la bala.

Un trueno avanzaba hacia ellos desde la parte baja del río. Se acercaba rápido, las capas de ruido se intensificaron hasta formar una sola vibración grave. La ambulancia se agitó, igual que el corazón de Ruth. Rebeldes. La organización era perfecta. Desatar el pánico, reunir a los dirigentes en una zona letal... Gus gritó y Ulinov intentó agarrar las puertas traseras como para bajar de un salto...

Los helicópteros de combate volaban por encima de sus cabezas, por lo menos dos, luego bajaron en picado y volvieron a emitir aquel ruido sordo. Estaban cubriendo el lento grupo de camiones y Suburban.

Era una reacción desproporcionada para un solo francotirador, aunque fuera para proteger al presidente, si es que había acudido. Sólo el gasto en combustible era impresionante. La respuesta también había sido de una rapidez sospechosa. Debían de tener preparada la flota de helicópteros antes de que la *Endeavour* rozara la atmósfera, y Ruth deseó por un instante, con sinceridad, estar de nuevo en su pequeña celda solitaria a bordo de la EEI.

Esta vez se rió, fue un breve resoplido.

Traición, impotencia, no tenía palabras para su rabia cansada. Hacía tiempo que intuía que la situación abajo no era tan estable como le decían, sentía cierta preocupación por los escasos informes sobre saqueadores y disturbios por la comida, pero si James había insinuado alguna vez que había una guerra civil en curso, ella no había captado las indirectas. ¿Qué más no sabía?

Se acercaron a la siguiente curva y el motivo del atasco se hizo patente. Ruth conocía la existencia de un muro, por las fotografías orbitales, pero no le había dado importancia. Le sorprendieron sus dimensiones, pero reconocía que las necesidades de seguridad de Leadville eran extraordinarias. Lo duro era que no hubiera suficiente comida ni alojamiento para todos los que llegaban a aquella cota, y era imprescindible proteger los laboratorios y a los expertos en nanotecnología, la única esperanza para darle la vuelta a la situación.

Rara vez había pensado en cómo eran las condiciones de los demás. No tenía por qué hacerlo. Era una de las elegidas, siempre lo había sido. Ahora contemplaba el muro y seguía a los helicópteros con los oídos, mientras la ambulancia avanzaba con lentitud unos metros cada vez.

Sería tal desperdicio que la mataran ahí.

El terreno irregular descendía hacia un collado entre la colina de la derecha y, a la izquierda, una pendiente más progresiva que al final ascendía hasta la Prospect Mountain, una de las blancas cimas redondeadas al este de Leadville. En aquella peculiar zona baja, la carretera se unía a otra procedente del noreste siguiendo el río. Era una posición defensiva de manual. Los coches estaban amontonados, tres vehículos de ancho y tres de alto, en el barranco, coches civiles, muchos sin neumáticos ni asientos, y probablemente tampoco tenían los motores ni el cableado.

Aquel montón colorido de hierro superaba lo necesario para desviar a las masas de refugiados que había en lo alto de la ladera del este. Resistiría un ataque de artillería, aunque al parecer no se había producido jamás un asalto de ningún tipo. No era de extrañar. Un tanque estaba apostado en el único hueco que quedaba en el muro, que probablemente servía de puerta, con el grueso cañón levantado y apuntando al río para ayudar a los helicópteros.

Había veinte soldados que paraban a todos los vehículos, aunque sólo fuera un momento. ¿Por qué? ¿Había una contraseña? Ruth suponía que sí. ¿Cómo, si no, se podían evitar infiltrados?

Obstruido por el tanque, el tráfico empujaba para encontrar un sitio. Justo enfrente de Ruth, un Suburban negro embestía al todoterreno del hombre flaco, que daba golpes en la ventana de cristales ahumados de la puerta del conductor con el transmisor. Los cláxones se dejaban oír. En vano. Era absurdo. Pero aun así Ruth oía en parte la voz segura de aquel hombre.

Los soldados de la entrada hicieron una señal al hombre flaco para que pasara, y cuando él hizo un gesto también dejaron pasar a las dos ambulancias.

Leadville era merecedor de postales y cuadros, aun sin tener en cuenta la majestuosidad de la zona montañosa. El orgullo que sentía su oficina de turismo estaba justificado.

La parte principal de la ciudad cubría poco más de kilómetro y medio cuadrado

en una llanura baja y cóncava justo al oeste de una maraña de elevaciones y cañones con nombres como Yankee Hill y Stray Horse Gulch. Al este, la elevación de tierra se alzaba inexorable hasta que al final se rompía a 4.260 metros y caía hacia Kansas.

Nunca se vieron muchos árboles en esas alturas. Ahora no había ni uno. Los quemaron todos para obtener combustible durante el primer invierno, y Leadville era un montón de ladrillos rojos. La aguja blanca de una iglesia se elevaba hacia el cielo. En la calle principal había dos museos, el juzgado y un teatro bien conservado construido en 1870. Los edificios bajos y el amplio bulevar siempre habían sido los típicos de una ciudad fronteriza. No importaba que aquellas estructuras, las tiendas y las cafeterías, se hubieran convertido en centros de mando para personal civil, gubernamental y militar. Daba igual que los sacos de arena de las posiciones de tiro abarrotaran las aceras.

Aquel lugar, que ya tenía un gran peso histórico, sobreviviría para repoblar el continente y convertirlo de nuevo en América. Ruth se lo juró a sí misma. Sus días, sus noches, su vida, todo. Lo conseguiría. Aquella gente había luchado mucho.

Gus le tocó la pierna, ella se apartó y apretó los puños a pesar del terrible dolor del brazo.

—Mira —dijo él—. Mira eso.

Ella ya lo había visto. Banderitas de color rojo, blanco y azul colgaban de las farolas y fachadas, y vio un podio en los escalones del juzgado al pasar deprisa. Un desfile victorioso. Una celebración en medio de la inanición y la locura.

—Lo hemos logrado —dijo Gus.

Ruth asintió, pero no podía hablar, estaba demasiado ocupada, demasiado nerviosa, con todos los sentidos centrados en asimilar aquel entorno.

Nunca había llorado delante de ellos.

El todoterreno condujo su pequeña caravana a la parte trasera de un hotel moderno. A Ruth le pareció extraño, pero vio otra ambulancia ya estacionada en el aparcamiento. Se quedaron mirando el edificio de tres plantas. De forma refleja en su fuero interno se moría por volver a estar conectada con algo. Ese algo significaba limpieza, calma, soledad. Era sinónimo de seguridad.

—Soy el comandante Hernández —le dijo el hombre flaco, mientras el personal médico trajinaba junto a las puertas abiertas de las dos ambulancias—. Vamos a quitarles esos trajes y hacer que los examinen.

Era un momento demasiado confuso para presentaciones. Pero lo supo hacer. Miró a Ruth a los ojos al sentarse en el fondo de la ambulancia, y luego hizo un gesto seco a Ulinov. Ruth tuvo la impresión de que él hacía que todo funcionara, pero no era el típico oficial. No llevaba condecoraciones ni insignias. Lo único eran unas hojas de roble negras en el cuello, y Ruth recordó la actuación de la policía militar, que le dejó paso pero no lo saludó. Por supuesto. Sería una insensatez identificar a un

mando en zona de guerra con francotiradores en las montañas.

Hernández también era más bajo de lo que pensaba, de la altura de Ruth. Pese a su tamaño el comandante no se inquietaba por el ir y venir de batas blancas. El personal médico tenía sillas de ruedas, una camilla, y dos hombres sujetaban bolsas intravenosas por encima de la cabeza, dando gritos. Rodearon al oficial exactamente igual que cuando el atasco había esquivado el tanque.

La camilla y las bolsas de suero, probablemente de plasma sanguíneo, fueron a la otra ambulancia, ¿para Derek Mills o para el médico herido?

Ruth estuvo a punto de decir algo, pero el comandante Hernández prosiguió, en un tono estudiado y tranquilizador:

—Probablemente vean a algunos viejos amigos. Tenemos a los mejores físicos de la NASA esperando.

Levantaron a Ulinov para ponerlo en una silla de ruedas mientras Gus salía por su propio pie. Ruth intentó seguirlo, con ayuda de la doctora de la ambulancia, pero se cayó encima de la mujer. La adrenalina la había hecho subir y bajar la escalera de la escotilla de la *Endeavour*, pero le pasó factura. Ya no le quedaban fuerzas en el cuerpo, era como una bolsa de gelatina llena de palos.

Entonces la camilla pasó rodando de nuevo con varios cuerpos, entre los que se encontraba un traje naranja de presión. ¡Mills se había salvado!

Deborah estaba de pie, en la parte trasera de la otra ambulancia, se resistía a la enfermera que intentaba ponerla en una silla de ruedas al lado de Ulinov.

—Déjenme ir con él... —Deborah tenía su suave mandíbula levantada, en su estilo altanero y agresivo.

—Cálmese. —Hernández le dio un empujoncito—. Tenemos los mejores equipos dentro. Deje que nos ocupemos también de ustedes dos.

Ruth hizo una mueca. Tenía el corazón acelerado por el esfuerzo excesivo que suponía soportar la gravedad de la Tierra, pero no le había reventado el organismo. Las heridas que había sufrido Mills debían de ser veinte veces más peligrosas debido a esa presión.

Agradeció que la sentaran en una silla de ruedas.

—Hay gente que necesita verle —dijo Hernández, Ruth alzó la vista y se sintió confusa al ver que se dirigía a Ulinov—. Les diré que se vayan un rato si lo desea, comandante.

Ulinov negó con la cabeza.

—¿Han salvado la lanzadera?

Hernández se volvió con suavidad hacia Ruth, como si se lo hubiera preguntado ella.

—Sí, su equipo está todo a buen recaudo, doctora Goldman. Lo hemos sacado todo.

Hizo otro gesto sobrio y los llevaron a la entrada de cristal. Ruth miró a Ulinov a la cara, extrañada por aquella conversación con Hernández. ¿Por qué era importante para ellos hablar con él?

Estaban ocurriendo demasiadas cosas.

—¿Se pondrá bien Derek? —preguntó. No quería que nadie pensara que sólo le preocupaba su equipo.

Hernández caminó a su lado sin contestar, y Ruth se dio cuenta de que tal vez no sabía su nombre. Volvió a levantar la mirada para aclarárselo. El gesto tenso era auténtico, afectaba a sus ojos, oscuros y directos.

—Me temo que su piloto está muerto —les dijo.

Ruth meneó la cabeza.

—Pero he visto...

Deb, por detrás, muy cerca, la interrumpió en un tono cortante que Ruth interpretó como acusador. Como si ella pudiera haberlo previsto.

—Bill tiene heridas punzantes en la cadera izquierda, el brazo y el hombro, y un fuerte traumatismo en el abdomen y el muslo. Está sufriendo una hemorragia.

Y aun así Bill Wallace se había quedado ante su panel para completar la desconexión de emergencia.

Ruth volvió a menear la cabeza, sin saber qué estaba negando, si es que negaba algo. Tenía que redescubrir ese tipo de valor y dedicación en sí misma.

Soñó que se caía y se agarró a la estrecha cama de hospital con la mano sana y la incómoda escayola del brazo. Se revolvió en el colchón y presionó con los talones.

El oscuro techo de madera no formaba parte de la EEI. Ruth cogió aire y se tranquilizó.

Era extraño ver cómo la mente se resistía a que hubieran cambiado las cosas, aunque fuera de forma inconsciente. Su cuerpo tardaría mucho en adaptarse de nuevo a la gravedad, y, mientras descansaba, su cerebro no paraba de funcionar, atrapado en irregulares tornados de miedo.

Unas voces resonaban al otro lado de la puerta. Probablemente la habían despertado. Aunque no habían sido exactamente sus palabras, ya que el techo crujía con frecuencia y una mujer tosía sin parar en la habitación de detrás. Incluso dormida, Ruth había estado alerta.

Necesitaba ver una cara amable. Sólo esperaba que James no se presentara acompañado de un comité de bienvenida. También tardaría mucho en adaptarse a estar en presencia de mucha gente.

«¿Por qué habéis tardado tanto?» Ruth miraba a derecha e izquierda para ver si era de noche o de día, pensaba en impresionarle con un comentario educado. Por desgracia habían dividido aquella habitación en dos con rudimentarias planchas de contrachapado, y la ventana estaba en el otro lado. No había reloj, pero sí una bombilla de sesenta vados, en el techo, en un aplique pensado para cuatro. Sabía que era afortunada por tener algo de intimidad, pero un leve ataque de claustrofobia le hizo sentir que aún estaba atrapada en el sueño. Podía haber dormido durante una hora o cien años.

Tenía la vejiga llena, como una roca pesada que presionaba con fuerza. Le habían hecho beber todo lo posible. Pero aquel espacio dividido era la sala de estar de una de las suites del hotel, con las paredes oscuras, de una elegancia discreta, y no había lavabo. Sólo había un orinal, y parecía que los hombres de la puerta iban a entrar.

—... digo.

—Y yo se lo digo, doctor. Ni hablar.

¡El orinal! La enfermera lo había dejado a la vista, en una silla azul de terraza, el único mobiliario de aquel cuchitril, excepto por la cama. Ruth medio empujó el orinal, pero sólo había un sitio donde esconderlo, debajo de las sábanas, donde se vería un bulto evidente. Mejor dejar aquel maldito objeto allí como testigo de la conversación.

Aún estaban en la puerta, tal vez intentaban despertarla. Sería propio de James. Era muy astuto, y muy educado, aunque no creía haberlo oído todavía.

—He dicho que no. Ahora apártate de mi camino.

—También es por su bien.

Tal vez su voz sonaba así cuando no hablaba por la radio. Ruth estuvo a punto de decir «estoy despierta», pero se tocó el pelo y frunció el ceño. Debía de estar horrible, sucia, mareada e hinchada de dormir, con los rizos en forma de espaguetis. Bien sabía que debería estar por encima de algo tan banal como su apariencia, pero al fin y al cabo ella era la chica nueva, y ese factor era importante para su éxito o fracaso. Necesitaba tener buena presencia.

Tenía mucho a su favor, la reputación por sus logros pasados, el halo de misterio por pertenecer a la estación espacial, el hecho de que los equipos científicos de allí se habían encontrado en un callejón sin salida.

Algunas personas se sentirían molestas con ella por esos mismos motivos, claro. Estaba acostumbrada. Habría quien buscaría cualquier excusa para distanciarse de ella, sembrar la duda, mantener o aumentar su estatus, y una primera impresión negativa podía ser lo único que necesitaban para iniciar su campaña. Eran mentes brillantes. Nadie era capaz de dejarte en el ridículo más hiriente.

Maldita sea, estaba prácticamente desnuda, sólo llevaba una camiseta y ropa interior. James debería haberlo pensado mejor antes de llevar a nadie sin que estuviera lista!

Ruth intentó incorporarse y quedarse sentada. Sin embargo, el brazo roto era como un maldito poste, en forma de ele por la gruesa escayola, y un estremecimiento de dolor le recorrió toda la extremidad hasta el hombro.

Habría sido mucho mejor soportar tres o cinco horas de desfiles, discursos, medallas, asfixiada dentro del fotogénico traje naranja de presión en una tribuna, con los otros astronautas y todos los peces gordos de la ciudad. Después debería ser el rey indiscutible... La reina... Lo que fuese.

Mareada, Ruth se pasó la mano sana por las piernas y alisó las mantas como si fueran un vestido.

Había pedido calmantes cuatro veces, pero se los negaban porque temían forzar más su sistema cardiovascular o respiratorio. Ahora se alegraba. Se había desmayado de nuevo cuando le recolocaron los huesos, era como si le arrancaran el brazo, pero aquella reunión era demasiado importante para parecer un ratón maltratado. Por lo menos no estaba aturdida por la morfina.

Ruth levantó la mirada y sonrió a medida que los pasos se acercaban a su cuchitril, pero no era James. No podía ser él. Sólo lo había visto en persona una vez, años atrás, y el hombre de enfrente parecía de la misma edad, cincuenta y tantos... pero James era de Seattle. Aquel hombre iba vestido como un cowboy, sombrero, pantalones vaqueros, una chalina sobre una camisa azul celeste. Iba recién afeitado.

El segundo hombre era demasiado joven para ser James, árabe y, al parecer, médico. Llevaba una máscara quirúrgica y otra en la mano. Habían estado

discutiendo en la puerta sobre si el cowboy también tenía que cubrirse la nariz y la boca o no.

El cowboy le tendió una mano pequeña.

—Señora Goldman. Me alegra ver que está despierta.

Ruth miró primero al médico. No podía permitirse tener miedo. El médico tenía unas ojeras muy marcadas pese a ser de piel morena. Por el agotamiento.

—¿Está preparada para esto? —le preguntó él.

«No.»

—Por supuesto.

—No tengo ni un microbio, señora Goldman —dijo el cowboy con naturalidad—. He venido directamente a su habitación sin tocar nada.

Ella aceptó la mano pequeña y se arrepintió de la cautela que la había hecho dudar. Sin duda, era alguien importante.

—Es que... me gusta respetar las normas —dijo ella, un pequeño dardo para ver cómo reaccionaba.

—Bien. —Él sonrió sin mostrar los dientes—. Eso siempre está bien.

—¿Cinco minutos? —dijo el joven médico.

—Puede que más —contestó el cowboy— No se preocupe.

Ruth procuró mostrarse de acuerdo con él, y de forma inconsciente imitó su manera entrecortada de hablar.

—De verdad, estoy bien. —«Excepto porque voy a mearme encima.» Esperaba que no vieran que tenía los muslos juntos y prietos, pero se sentía expuesta en aquella cama elevada.

—Hasta luego, doctor —dijo el cowboy—. Sabré encontrar la salida.

El médico lanzó una mirada a la máscara que tenía en la mano, luego meneó la cabeza y se fue. A Ruth le habían sacado sangre, orina y mucosidades, para comprobar sus sistema inmunológico entre otros centenares de cosas, la función renal, los niveles de proteínas y calcio... y le preocupaba que hubieran obtenido malos resultados.

Se volvió hacia el cowboy. Él contempló la silla de plástico pero se quedó de pie. Ruth no creía que el orinal lo disuadiera. Simplemente no quería sentarse en un lugar más bajo que ella.

—Soy Larry Kendricks —dijo.

—Encantada de conocerlo. —Ruth era sincera.

El senador Lawrence N. Kendricks, republicano, de Colorado, ocupaba uno de los siete preciados asientos del consejo presidencial. Ruth tenía programado presentarse ante aquella junta de gobierno dos días después, tras las ceremonias públicas, una vez instalada, pero tal vez el accidente de la *Endeavour* había cambiado las cosas. Quizá Kendricks siempre había querido verla en persona, pero prefirió no quedar por radio

para que no lo oyera todo el mundo.

—Siento no poderle ofrecer la suite del ático —dijo Ruth. Lo dijo en broma, para ser amable, pero Kendricks pensó que le estaba tomando el pelo.

Levantó la barbilla y el ancho sombrero blanco en un movimiento lento y solemne.

—Podría hacer algo por usted al respecto —dijo—. Conseguirle una ventana, por lo menos. ¿Algo más?

—No, no, se han portado muy bien. Es perfecto.

—Bien, el Año de la Plaga ha sido bastante duro aquí, entiéndalo. Trabajamos con lo que tenemos, pero la gente adecuada siempre recibe cuidados.

La miró, y ella asintió.

—Quiero que cuiden de usted —insistió—. Cualquier cosa que necesite... Todos tenemos muchas esperanzas.

—Sí.

—Todo depende de ustedes.

Ruth volvió a asentir, al tiempo que intentaba mantener el semblante tranquilo. No podía arriesgarse a que pensara que su rabia y su contrariedad iban dirigidas contra él. Maldita sea. Un comentario inocente y ya estaban inmersos en aquella desalentadora conversación.

Estaba demasiado cansada, muy incómoda. En realidad le dolía más la vejiga que los huesos rotos.

—¿Está segura de que está bien? ¿Cómo tiene el brazo? —dijo él.

Ruth lo miró a los ojos grises. Le intrigaba aquel giro hacia una conversación intrascendente. Él ya se había encargado de que supiera quién estaba al mando, por lo menos en eso no era torpe.

Ruth dijo obviedades.

—Están cuidando bien de mí. De verdad, se lo agradezco.

Por su atuendo, el sombrero, la chalina y todo lo demás, probablemente se hubieran reído de él en Washington, pero aquella era su tierra natal, y un gran porcentaje de los supervivientes eran paisanos suyos, tal vez una gran mayoría si se tenían en cuenta los refugiados de Arizona, Utah y el Medio Oeste. Gran parte de los militares supervivientes también tenían su base en aquel estado.

Ruth no creía que se hubieran celebrado elecciones, ni que se fueran a producir, pero todo político que se preciara quería ser popular, y debía de ser más fácil si uno se caricaturizaba. La gente quería que lo tradicional y lo familiar consolidaran una barrera contra aquella brutal marea de cambios.

—Bueno, debería dejarla descansar —dijo Kendricks—. El doctor tiene razón. Pero tenía que conocerla en persona.

—Gracias por cuidar de mí. —Estuvo a punto de decir «señor».

Kendricks no hizo ademán de marcharse. Volvió a esbozar aquella leve sonrisa.

—Mire, señorita Goldman, un montón de gente me ha estado diciendo que es usted un potro rebelde.

Ruth pensó en mostrarse sorprendida pero reaccionó con una sonrisa.

—Supongo que puedo ser muy testaruda.

Él volvió a levantar la cabeza en un movimiento lento.

—Aquí no va a haber mucho tiempo para eso. Necesitamos jugar en equipo, que todo el mundo vaya en el mismo barco.

Por eso había ido a verla.

—Lo comprendo, señor, no será...

—Necesitamos que colabore todo el mundo. Cada uno hace su parte, es la única manera de conseguir que las cosas se mantengan. —Se detuvo, tal vez esperaba interrumpirla de nuevo—. Ya ha tenido una muestra hoy de lo que ocurre cuando algunas personas van a su aire, trabajando unas contra otras.

Un recuerdo de los sonidos amenazantes en la radio que Gus había identificado como un equipo de grabación se removió en su interior. Eso hizo que se le pusieran los pelos de punta.

Era la misma sensación que tuvo en el instante de silencio antes de que el disparo del rifle estallara en sus oídos.

Ruth movió la cabeza arriba y abajo, asintió.

—Sí.

Kendricks lo repitió.

—Sí. —Era como sellar un acuerdo. Él dio una palmadita en la barandilla de la cama para recalcar la palabra, luego volvió a arrugar los labios con una sonrisa carente de sentido—. Descanse un poco. Coma algo. Mañana o pasado haremos que vuelva a trabajar y nos podrá enseñar su magia.

Siguió con aquella sensación una vez que se hubo ido, después de orinar, de acurrucarse de lado y cerrar los ojos con aquellas mantas sucias arrebujadas contra el pecho como un oso de peluche harapiento. Una presión fantasmal la envolvía, y sólo se le ocurría una solución: alguien que había flirteado con ella con prudencia durante meses.

Sabía dónde encontrar a Ulinov porque el comandante Hernández seguía haciendo un trabajo ejemplar para hacerles sentir como en casa. Y porque su enfermera estaba exaltada y muy habladora al tener a semejantes celebridades a su cargo.

Ruth había preguntado por qué estaban en un hotel en el centro de la ciudad y se enteró de que aquel edificio era para cuidar a personajes VIP. El único hospital de la zona era más bien una clínica, sólo tenía cuarenta camas.

—Sus amigos están muy bien —le informó la enfermera—. Tenemos un gran

personal y buenos equipos.

Tenían unos medios excesivos. Habían llevado a la zona aparatos y médicos, tanto civiles como militares, en avión o coche durante los primeros días de la plaga y más tarde, tras las operaciones de rescate. Con ellos, proporcionaron un lugar seguro dentro de Leadville a toda persona con experiencia o formación médica.

Wallace estaba en lo que había sido el restaurante del hotel, en cuidados intensivos, y Deb y Gus, en observación, se encontraban justo detrás de Ruth, con la mujer que tosía sin parar.

Habían instalado a Nikola Ulinov en un cuchitril como el suyo al otro lado del amplio salón. Ruth consiguió llegar tan lejos sólo porque había descansado y porque se apoyaba en las paredes como una anciana. Menos de una de cada cinco lámparas decorativas estaban encendidas, y la alfombra estaba recogida para que las sillas de ruedas y las camillas pasaran sin dificultades. Ruth podría haberse sentado en el suelo de madera sin barnizar para recuperarse antes de entrar, pero no quería que la sorprendieran y la enviaran de vuelta a la cama.

Necesitaba sin falta un amigo.

Él estaba allí, apoyado en lo que parecían unos cojines de sofá, leyendo un fajo de papeles. Estaba solo. Ruth esperaba encontrar a Kendricks de visita, o a otro miembro del consejo, pero no le importaba lo que quisieran de Ulinov. En aquel momento no.

Él bajó la mirada hasta las piernas desnudas de Ruth y se detuvo en la parte delantera de la camiseta. Ella se alegró. Ruth era demasiado consciente de la rigidez de su brazo izquierdo, que le colgaba del hombro, como si fuera una estatua de mármol. Ulinov tenía la pierna levantada, sujeta por la rodilla y el pie. Vaya par.

—Camarada —dijo ella. Era una vieja broma entre ellos.

—Siéntate... La cara... Estás blanca.

Maravilloso.

—Camarada, ¿puedo acurrucarme contigo?

—No hay espacio... —Su pecho viril, con una fea camiseta interior de color caqui, ocupaba casi toda la estrecha cama.

—Tengo mucho frío.

Un hombre gruñó en la otra mitad de la habitación, apenas separado de ellos por la pared divisoria de contrachapado. A Ruth no le importaba, podía estar callada. En realidad lo único que quería era acostarse a su lado, que la abrazaran. Ninguno de ellos tenía fuerzas para mucho más. Una palabra tierna. Una caricia.

Ella se apartó de la pared impulsándose y fue a su lado.

Ulinov miró su montón de papeles y lo dejó al lado de su pierna. Se volvió hacia ella de nuevo para decir algo y Ruth se inclinó, con la mirada fija en la boca de Ulinov, sintiendo la primera auténtica chispa de excitación ante su propio descaro.

Él apartó la cabeza.

Ella no suplicó exactamente.

—No quieres... Uli...

—No es el momento —dijo él, con su acento ruso más pronunciado, como siempre que estaba contrariado.

—No quiero estar sola... nada más.

—Lo siento.

Fue una sorpresa. Y le dolió. Era una sorpresa demasiado enorme para asumirla. Hacía tanto tiempo que se producía aquel coqueteo vacilante entre ellos, las miradas... y por fin eran libres, ya no eran oficial y subordinado. Eran libres de hacer lo que quisieran y él no la deseaba.

¿Cómo podía haberse equivocado tanto? No era una romántica. Cuando se le dispersaba la mente, se concentraba en su trabajo. ¿Podía ser sólo imaginación suya que aquella tensión prolongada fuera mutua? Sí, habían discutido, y sí, Ulinov siempre había tenido una doble cara, o tres o cuatro, según el estado de ánimo que más le conviniera. Tal vez lo que ella consideraba un interés contenido por su parte sólo era otro truco para ganarse su obediencia.

No. Ruth le rozó el brazo, se acercó de nuevo para que el dobladillo de la camiseta se levantara y dejara al descubierto sus muslos y su ropa interior.

—Lo siento —repitió él, pero miró.

Había algo más, un motivo para rechazarla. ¿Porque la habían etiquetado de «potro rebelde» y no quería que lo relacionaran con ella? «Cobarde, estúpido cobarde, podríamos haberlo pasado genial juntos.» Pero no lo dijo. Aquel campamento armado que era Leadville, aquel laberinto de intimidaciones y engaños, era demasiado complejo para que uno quemara sus naves.

Tal vez lo necesitara más adelante, así que reprimió su rabia y su vergüenza. Forzó una sonrisa.

—De acuerdo —dijo.

Nada más en la Tierra era como Ruth lo había imaginado, ni siquiera James. Cuando se conocieron, al día siguiente, al principio lo confundió con otro político. Tenía el recuerdo de unas gafas gruesas de fanático de la tecnología y una barriga, pero se había sometido a cirugía láser dos años antes y ya no estaba gordo.

Tenía buen aspecto, con las mejillas altas y compactas y la barba bien recortada. Al parecer utilizaba el mismo mecanismo para cortarse el pelo castaño en punta. Como mínimo era un indicador de la mentalidad de rata de laboratorio, la eficiencia está por encima de las apariencias. Los dos centímetros y medio de barba y aquel pelo le daban un aire de sensatez, reforzado por un sencillo jersey de color beige. Él había cultivado esa imagen, modesta, inofensiva.

James Hollister se había convertido en un político en todos los sentidos de la palabra. Era el director general de los equipos de nanotecnología y el contacto con el consejo presidencial. Controlaba a treinta y ocho genios de trato difícil, acallaba sus polémicas, hacía respetar la rotación de los equipos, y entre tanto defendía sus intereses por encima de cualquier otro problema al que se enfrentara Leadville sin irritar en exceso a los gerifaltes.

Caminaba por todas aquellas cuerdas flojas con seguridad.

A Ruth le atrajo su porte antes de saber la mayoría de esas cosas. También ella era muy diferente de como se había imaginado a sí misma, más sola, más necesitada; pero la relación padre-hija estaba demasiado presente en su cabeza. Hacía muchos meses que se apoyaba en James, acudía a la radio en busca de su orientación y sus elogios.

El mero hecho de recibir un abrazo fue maravilloso. Olía a limpio. Ella debió de quedarse así lo bastante para incomodarlo, luego balbuceó las palabras que había reprimido ante Kendricks.

—¡Ahí fuera hay una guerra! ¿Cómo... qué está pasando?

Sin embargo, James no quería hablar en serio. Otro cambio. Hasta aquel momento toda su relación no habían sido más que hipótesis y grandes ideas. Murmuró frases agradables:

—Vuestro piloto ha estado increíble, hablan de hacerle una placa o algo así. —Se tiró de la oreja, le hizo un gesto para que no dijera nada y se encogió de hombros. Ruth se tragó sus preguntas.

Tal vez los escuchaban.

La soltaron al día siguiente por la mañana con un cuarto de botella lleno de suplementos de calcio y un puñado de aspirinas. La había explorado un ginecólogo, había sido atacada por un dentista que hizo que le sangraran las encías, y un optometrista le había examinado brevemente la vista. Y necesitaban su cama.

Acababa de llegar un grupo de soldados con heridas de bala y el peculiar sarpullido subcutáneo causado por las infecciones de los nanos.

El comandante Hernández en persona escoltó a Ruth al salir a la vasta luz nítida del aire libre, junto con James y por lo menos nueve soldados en tres todoterrenos. James parecía conocer bien a Hernández. Le preguntó por alguien llamado Liz, y Ruth se alegró. Pensó que los dos se parecían mucho. Seguros, metódicos.

Era bueno saber que todavía quedaba buena gente.

Sin embargo, resultaba extravagante oírles hablar de trivialidades mientras los todoterrenos traqueteaban hacia el sur por calles de barrios residenciales.

—Ven esta noche a tomar algo —le dijo James—. Y trae a tu mujer. Seguro que puedo ofreceros un poco más de ese zumo si tienes una o dos latas más de sardinas.

—Sabes que si lo encuentro, tendré que confiscarlo —dijo Hernández, y miró atrás, a su guardaespaldas.

—No sea tan duro, comandante.

El optometrista le había dado unas gafas de sol, unas gigantes de aviador que se puso enseguida cuando James la sacó en la silla de ruedas. La luz del sol hacía que le escocieran los ojos, apagaba los colores, quemaba el contorno de las altas cimas blancas de la montaña.

Ruth lo miraba todo.

Los residentes originales habían hecho todo lo posible por ayudar a la masa de refugiados, los habían alojado en salones, cobertizos y garajes, en campamentos, tiendas y remolques de caballos. Estaba claro que los lugareños no eran gente de ciudad. Todo el mundo tenía ropa de abrigo y equipo de acampada y, durante un tiempo, había sido suficiente. La mayoría de la población desplazada acabó en las montañas al este de Leadville, pero Ruth aún veía los resultados de la determinación y generosidad de aquella gente. Terrenos abiertos y jardines seguían llenos de cobertizos improvisados. Sin embargo, vio a muy poca gente. ¿Por qué? Apenas podía haber trabajos, algún lugar adonde ir...

Llegaron a un punto de control, un muro bajo de coches amontonados en la calle, dos ametralladoras y un destacamento de soldados. Luego salieron a una pequeña carretera que constituía la frontera en el sur de Leadville.

James y Hernández enmudecieron. Ruth se encorvó. Ya le habían disparado una vez, y Hernández no había llevado dos todoterrenos adicionales sólo para impresionarla.

Miles de personas trabajaban en la larga ladera que se elevaba fuera de la ciudad, estaban haciendo terrazas. ¿Para construir casas? Ruth no le encontraba sentido. Otros cientos de personas obstruían la carretera, caminaban en ambas direcciones, como un estrambótico peregrinaje, transportaban carretillas y carros a pulso. Ya no quedaban caballos. De hecho no había visto ningún animal, excepto un pájaro, tal vez

un halcón, que planeaba muy por encima de sus cabezas.

El todoterreno de delante no paraba de hacer sonar el claxon. Sin embargo, algunas de las cargas pesaban mucho, sus portadores tardaban en retirarlas y los tres vehículos sólo conseguían recorrer quince o veinte kilómetros por hora, en zigzag y frenando. Ruth vio gente con cajas y mochilas, con carros de la compra.

Transportaban heces.

Entonces lo entendió, pero era más fácil girar la cabeza hacia James que enfrentarse a la envidia y la esperanza entumecida de aquellos desconocidos mugrientos.

—¿Qué hacen?

—Aquí el suelo es horrible, sobre todo arriba, fuera del valle. Tierra dura y rocas.

—Pero el lecho del río está... ¿a un kilómetro, kilómetro y medio de aquí?

Él se limitó a asentir. Pasados cien metros salieron de la carretera. Otro punto de control. Luego siguieron una carretera que subía la montaña. Ruth contempló los trabajos en la ladera y se preguntó cómo iban a regar esas terrazas para cultivos que estaban construyendo. Seguro que no iba a ser a mano, cubo a cubo.

El espacio y los recursos dedicados a los laboratorios de nanotecnología eran mejores de lo que se temía. El Instituto Timberline, una pequeña escuela de estudios medioambientales que a menudo utilizaba el campo como aula, era igual de grande que el hotel y parecía un chalet suizo. Sólidas paredes blancas, ventanas altas con marco de madera oscura, vigas pesadas que sobresalían por debajo de un techo lo bastante inclinado para evitar que se acumulara la nieve.

El patio era un revoltijo de caravanas, remolques y cobertizos de aluminio, pero aquel caos parecía innecesario, ya que el edificio de varias plantas podía alojar sin problema a treinta y ocho científicos, sus cincuenta y cuatro familiares, y por lo menos a la mayor parte del destacamento de seguridad, pero los soldados vivían fuera, incluso Hernández. Era una decisión táctica: interponerse entre los científicos y cualquier amenaza potencial. Por toda la ladera había bobinas de cable y trincheras.

Cuando el todoterreno se detuvo, el comandante Hernández le ofreció la mano a Ruth y la ayudó a salir. Había llevado una silla de ruedas plegable que parecía más nueva y mejor acolchada que el armazón pesado y rígido que había estado usando.

—Gracias —dijo ella.

Él sonrió por primera vez antes de volverse hacia sus hombres.

James llevó a Ruth adentro, donde le había conseguido una habitación en la planta baja. Era casi del mismo blanco que su laboratorio a bordo de la EEI. Las vistas daban al caótico patio. Desvió la mirada hacia un rectángulo oscuro que había en la pared adyacente a la ventana, donde había estado colgada durante años una pizarra o un cuadro. El mobiliario era prácticamente inexistente, un colchón en el suelo con dos estanterías de metal a modo de armario. Todo lo demás se había

utilizado para hacer leña.

—¿Tienes ganas de hacer una visita? —le dijo James.

—Estoy hecha polvo. Sé que es una tontería. —El aire fresco le había sentado bien, pero su aprensión le había mermado las fuerzas. Ruth lo miró a los ojos y le hizo un gesto para que no dijera nada.

James asintió. Sí.

—Deberías tomar un poco el sol —le dijo—. Tu cuerpo necesita vitamina D.

Ella sólo quería echar un sueñecito, que escucharan su respiración si querían. Pero estaba desesperada por obtener respuestas y no sabía cuándo volvería a tener la oportunidad de estar a solas con él.

—De acuerdo. Sí.

James se fue. ¿A pedir permiso? ¿No se trataba de escabullirse juntos y encontrar un rincón tranquilo? Ruth dio una palmadita en el petate que llevaba en el regazo, con los pocos efectos personales que había recuperado de la *Endeavour* y la ropa razonablemente limpia de otra persona. Allí no tenía la comodidad que necesitaba.

James volvió con otra silla de ruedas, no tan acolchada como la nueva. No sólo sospechaba que hubiera micrófonos ocultos en la habitación. También sospechaba de la silla. Ella estuvo a punto de gritar. Casi les echa un rapapolvo. Pero James lo vio en su rostro. Abrió los ojos de par en par y extendió las manos como si fuera a atraparla.

Ruth se quedó callada, justo como había hecho con Ulinov.

El patio parecía un lugar peligroso para hablar, repleto de soldados ociosos. Demasiadas cabezas se volvieron para mirar cuando James la llevó por el camino de cemento, inclinado cerca de su oído.

—No sé si un micrófono direccional podría captar nuestras voces aquí —dijo—, ni siquiera si disponen de algo así, pero vamos a hacerlo rápido.

—No te fías de Hernández.

—Creo que daría su vida por protegernos.

—Pero entonces... has cambiado las sillas.

—No sabemos dónde la consiguió ni quién la tuvo antes que él. Además, hay demasiada gente del servicio de inteligencia sin trabajo intentando ser útil.

Pasaron por una caravana Winnebago, un soldado con el torso desnudo se arreglaba una manga, un joven lugarteniente fruncía el ceño ante un tablón de anuncios.

—Confío en él —dijo James—. De verdad. Pero no es realista esperar que oculte información a sus superiores o que no colabore con ellos.

«Según esa lógica yo ni siquiera debería confiar en ti.»

—Debes tener cuidado con cómo actúas y lo que dices. Sé que te gusta provocar. No lo hagas aquí.

Ruth fue cortante.

—Hablas como Kendricks.

—¿Te ha ido a ver? Lo iba diciendo. Pensaba que tal vez lo había convencido de que yo te tenía a raya, pero mierda, Ruth, allí arriba no causaste más que problemas, protestabas, siempre discutías. Y durante el último mes cada vez eras peor.

—Mantenerme ahí arriba era una pérdida de tiempo.

—No eres lo único importante.

Cuatro soldados salieron corriendo hacia ellos. James paró la silla y una amarga frustración recorrió los pensamientos de Ruth como un calambre. Se sentía impotente en tantos sentidos, física y mentalmente...

Los hombres esquivaron su silla de ruedas y continuaron su camino.

James volvió a empujar la silla. Ruth deseaba poder verle la cara, pero era como en los viejos tiempos, sólo una voz en el oído. Dijo:

—Mejor no te enfrentes con Kendricks.

—No, no lo haré. Apenas sabía quién era hasta que vino a soltarme el rollo.

—Este invierno hubo casos de canibalismo en algunas de las minas.

Lo dijo sin cambiar el tono suave de reprimenda, y Ruth agarró la rueda con la mano. Sintió una punzada de dolor como un latigazo. James tropezó. Ruth estiró el cuello y se volvió.

—Sí —dijo él—. No son sólo rumores. Hay pruebas de que ocurrió a gran escala.

Ruth intentó prever adónde se dirigía él. El hábito de analizar era, como siempre, más reconfortante que enfrentarse a sus propias reacciones emocionales.

Los militares y las reservas de la FEMA —la agencia federal que se ocupaba de las emergencias—, las miles de reses arreadas hasta las alturas, los esfuerzos por hurgar en la basura en busca de comida por debajo de la barrera, todo eso debería haber sido suficiente para alimentar a unas setecientas mil personas.

—Guardaron la mayoría de la comida desde el principio —dijo ella.

James empezó a empujarla de nuevo.

—La decisión es comprensible. El consejo quería asegurarse de que quedaran personas vivas en la fase final.

Ruth meneó la cabeza. Era un fenómeno muy humano convertir un miedo en una realidad con acciones que pretendían ser preventivas. Habían creado un problema que podría no haber surgido durante años, si es que surgía. Nunca había existido mucha vida allí arriba, hierbas, arbustos, roedores, pájaros, algunos alces, y al cortar los suministros habían provocado una rebelión. Sin duda había empezado poco a poco, con ladrones y acaparadores.

—¿Cuándo se organizó la oposición? —preguntó ella.

—Ruth, escucha.

El tono de amonestación, de paciencia cansada y paternal, la hizo reflexionar sobre sí misma. No tenía que demostrarle nada a James.

—El consejo estuvo repartiendo algo de comida —explicó—. Era una dieta ínfima, pero suficiente para mantener a la gente a la espera, dependientes, aunque casi nada llegaba a la parte más alta de los cañones.

Ella sabía que algunas de las minas más grandes estaban a más de siete kilómetros al este de Leadville, encajadas entre barrancos y cimas.

James suspiró y emitió un sonido que ella interpretó como el equivalente verbal a encogerse de hombros.

—En realidad, no sé si podrían haber hecho otra cosa, aparte de utilizar helicópteros para llevar suministros tan lejos. Es una situación terrible.

Era criminal, un asesinato, pero Ruth no dijo nada. Tenía razón, y en parte lo habían hecho para proteger los laboratorios.

El camino se bifurcó, y James decidió retroceder hacia el edificio principal y evitar una camioneta con una cubierta de lona.

—Siempre ha habido asaltantes —continuó—, chicos con rifles de caza, nada que pudiera hacer frente a las tropas militares, sobre todo porque el ejército recibía alimento todos los días.

A Ruth le salieron las palabras en un susurro:

—¿Qué hicieron?

—Estamos bajo la ley marcial. Ha sido así desde el principio. No en todas partes había una presencia militar sólida. —Profirió aquel sonido de resignación de nuevo—. El otoño pasado eso cambió. Enviaron un tercio de las tropas aquí, y establecieron guarniciones en puntos clave.

Querían control, orden, y calmaron la situación local deshaciéndose de miles de estómagos hambrientos.

—Salió mal —dijo James—. Las primeras nevadas cayeron pronto, y muchas de aquellas unidades quedaron atrapadas. Se pararon los esfuerzos por buscar comida. La cadena de mando ya era un caos, con diferentes grupos por todo el país, distintas ramas militares... El primer disidente fue la meseta del río White, en diciembre, y el paso Loveland se desentendió en febrero. Declararon la independencia y luego se hicieron con los pueblos y ciudades más próximos por debajo de la barrera.

Ruth cerró los ojos, pero era inútil negarlo, y los abrió enseguida. Las emociones que sentía ahora en su interior eran como aquel sueño de los tornados y su caída.

Él paró la silla junto a dos cobertizos de aluminio, el más cercano camuflado con falsa hiedra. Enfrente había una tienda amplia. Fuera había sentados media docena de soldados, sin hacer nada, sin jugar a las cartas ni lanzarse una pelota, simplemente descansaban allí en el suelo. Un hombre murmuró algo y los demás se volvieron para mirar.

James se arrodilló y señaló la planta superior del instituto, como si estuvieran comentando los laboratorios del interior. Así era su vida ahora, la de los dos. Ella

siempre estaría fingiendo.

—No es una guerra —dijo él—. Nadie tiene recursos, y estamos demasiado lejos.

La región que Ruth llamaba Colorado en realidad se extendía por lo que habían sido varios estados del Oeste, a lo largo de la columna vertebral que formaba la línea continental. La separaban de las Montañas Rocosas de Canadá los amplios espacios de Montana, que ascendían hacia el sur, hasta Arizona y Nuevo México antes de caer al desierto. Gran parte de aquella remota línea de islas estaba separada por valles poco profundos que descendían durante decenas de kilómetros, pero Leadville se hallaba en el centro de la mayor masa de zona habitable.

La meseta del río White era una entidad independiente entre Leadville y las alturas de Utah. Ruth no entendía en qué podían cambiar las cosas si habían decidido convertirse en un pequeño reino. Por otra parte, el paso de Loveland se encontraba a sólo sesenta kilómetros al norte.

Por eso habían construido aquel muro en el extremo de la ciudad.

—De momento se dedican sobre todo al hostigamiento —dijo James—, patrullas y grupos de búsqueda de comida que se persiguen unos a otros. Pero en este estado había antes algunas enormes bases militares... a nadie le faltan armas. Los disidentes han armado a los refugiados y les han animado a derrocar al gobierno.

Gus debía de saberlo. Tenía que haberlo oído, vivía para sus transmisiones de radio, pero le había ocultado la verdad. ¿Por qué? ¿Por orden de quién? Ella siempre compartía todo lo que sabía de los laboratorios... y casi seguro que Gus había informado de la indiscreción de Ruth a Leadville...

También le dolía que James asumiera semejantes riesgos por ella.

La voz de James era baja e implacable.

—Por desgracia no se puede amurallar sin más una zona de estas dimensiones, sobre todo porque la gente necesita salir y entrar de las granjas. Las minas más próximas ahora son barracones militares, y han ido acumulando coches, tendiendo cables y apostando armas. Y colgando a gente.

—¡Doctora Hollister! —Un soldado de pelo negro salió agachado de la gran tienda. Uno de los hombres sentados enfrente debía de haber informado a los de dentro. Ruth creyó reconocerlo como parte de su escolta—. Señor, no debería estar tan cerca del perímetro.

James le dedicó una sonrisa.

—La doctora Goldman aún se está adaptando a la altura, necesitaba un poco de aire fresco.

El soldado la miró, luego a uno y otro lado. Era obvio que buscaba a un oficial. Había movido la mano hacia la clavícula como para agarrar la correa de un rifle que colgara de su hombro, aunque sólo iba armado con una pistola en la cadera.

—Volvamos —dijo James.

—¡El sol me hace daño en los ojos! —soltó Ruth demasiado alto, la sangre le hervía.

El hombre los vio irse, con la mano aún en el hombro.

James no se dio prisa.

—Mira, creo que, en parte, Kendricks votó por bajarte porque le vendí la idea de que, al tenerte bajo la autoridad directa del consejo, en vez de escondida bajo el paraguas de la NASA, mejoraría su posición. Por eso es tan importante que no fuerces las cosas. Si la heroína espacial va diciendo por ahí el pésimo trabajo que ha hecho todo el mundo, él sufrirá las consecuencias.

De nuevo, sintió un regusto de amargura en la garganta.

—¿Entonces por qué no me dejaron ahí arriba para siempre?

—No se trataba de ti, Ruth. Nunca se trató de ti.

¿De verdad podía ser que sólo quisieran sus aparatos? Sabía que habían perdido la mayor parte de sus equipos cuando la plaga se disparó dentro del NORAD, fue el caos absoluto...

—Evacuaron la estación espacial por Ulinov —dijo James.

«Basta.» Ya había oído suficiente. Ruth cerró los ojos.

—Eso no tiene sentido.

—Mierda. Esperaba que supieras por qué.

—¿Saber qué?

—Tengo contactos, pero no estoy dentro. Sólo oigo cosas. —James detuvo la silla, se inclinó y volvió a hacer la farsa de señalar el edificio—. Se rumorea que le necesitan para negociaciones en el más alto nivel con los rusos, porque los chinos se están movilizand.

Antes de que la plaga afectara a Asia, China había invadido y ocupado gran parte de la zona del Himalaya. Ya tenían un punto de apoyo en el Tibet, por supuesto, y ascendieron por aquella zona como una plaga humana. Entonces dejaron de comunicarse con el mundo.

James se volvió para verla, luego lanzó una mirada hacia atrás.

—La India ha hecho demasiado trabajo para encontrar cómo detener a los nanos para olvidarse de ellos sin más, pero no hay manera de que puedan contener a los chinos solos. A menos que utilicen armas nucleares.

Incluso entonces, en una situación extrema, nadie quería dar ese paso. Nadie podía permitirse contaminar los escasos fragmentos de tierra que quedaban por encima del mar invisible de nanos.

—Dicen que la India ha accedido a un trato de compra a cambio de protección, y los rusos están en apuros. Han sido prácticamente expulsados de las montañas del Cáucaso y Afganistán. —James se levantó y se colocó detrás de la silla. El comandante Hernández se dirigía hacia ellos, sin duda tras el aviso del soldado de

pelo negro.

Ruth saludó y sonrió.

—Dicen que aviones norteamericanos van a transportar a los rusos para que puedan frenar a los chinos.

—Van a enviar otro equipo de búsqueda a California —anunció Aiko, al tiempo que apoyaba la cadera y ambas manos en el escritorio, demasiado cerca de Ruth.

Ruth se reclinó en la silla.

—¿Dónde has oído eso?

—En todas partes. Va en serio. Y esta vez algunos de nosotros tenemos que ir con los soldados, ahora mismo están decidiendo quién.

Aiko Maekawa era una chismosa, hablaba en voz baja pero no paraba. Timberline era una fuente de rumores incomparable, Ruth suponía que había demasiadas mentes privilegiadas, todas entrenadas para lanzar hipótesis, y Aiko parecía enorgullecerse de ser uno de los principales vectores de información. Eso le permitía ser la primera, la que revelaba los secretos a todos los que se le acercaban. Era bien sabido que no estaba aportando mucho al desarrollo del NAN.

Aquella chica era muy brillante, incansable y hábil, y había perdido la cabeza cuando meses atrás sus padres y dos hermanas no lograron salir de Manhattan.

Ésos eran los trapos sucios de Aiko.

Era la mañana del octavo día de Ruth en los laboratorios. Por lo general se limitaba a asentir y dejaba que Aiko le hablara. Cualquier comentario sólo prolongaba el asedio, porque Aiko confundía el estar atento con el consentimiento, disfrutaba repitiendo lo más destacado de cada historia... y a Ruth no le parecía una actitud inteligente ir hablando más de la cuenta por ahí.

Los laboratorios estaban repletos de aparatos de escucha.

La mayor parte de lo que Aiko tenía que decir era inofensivo: Ted sentía algo por Trish, que estaba casada; las cebollas que llevaba la pasta del día anterior eran frescas, de debajo de la barrera, etc. Aun así a Ruth le molestaba la distracción.

Los laboratorios provisionales ya eran un caos, estaban saturados, todas las superficies atestadas de equipo, ordenadores PC y Mac, amontonados, todo de acero, cromo y plástico.

En el espacio despejado ante Ruth destacaba un instrumento óptico multifuncional con una campana de atmósfera. Aquellas fundas de cristal estaban diseñadas para experimentos en entornos gaseosos, pero ahora estaban conectadas a un sencillo compresor de aire. También contenía una unidad de calentamiento de fluidos.

Estaba sentada a pocos centímetros de unos nanos vivos y activos.

—Sabes lo que le ocurrió a la última misión, ¿verdad? —Aiko miró al otro lado del laboratorio, a Vernon Cruise, para asegurarse de que no estaba escuchando con disimulo. Aquel día Aiko iba a seguir con su chisme todo lo que pudiera.

—Se quedaron sin aire y apenas pisaron el suelo —dijo Ruth, con la esperanza de

evitar un relato morboso.

La idea era dura, pero sospechaba que el amor de Aiko por las noticias exclusivas procedía en parte de su belleza. Las chicas guapas crecían de forma distinta a los demás. La adoración que despertaban tenía un efecto diferente en su formación, convertía a muchas de ellas en engreídas. Aiko era bastante desagradable en eso, siempre intentaba ponerse por encima de su víctima, fuera hombre o mujer.

Ruth parecía una almohada blanca con el traje de laboratorio arrugado, no se le distinguían los pechos y sólo se le insinuaba la cadera. Aiko era demasiado delgada para enseñar nada tampoco, pero tenía el cuello largo y esculpido, la piel del color de la almendra y los ojos oscuros y exóticos. La doctora Deb no podía competir con ella.

—Por lo menos tienen que ir dos de nosotros —dijo Aiko—. Esta semana sin falta, lo antes posible.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ruth, muy a su pesar—. Quiero decir, ¿por qué ahora? —Tal vez los equipos del FBI habían revisado los registros y localizado una nueva ubicación.

—Algo huele mal ya en el equipo de parásitos —continuó Aiko, que dosificaba la información—. Tienen la certeza de que algunos de sus miembros serán elegidos porque son los que van más retrasados.

Ruth frunció el ceño. La situación en Timberline era muy parecida a cómo funcionaban las cosas a bordo de la estación espacial, de manera fría y provocando escisiones. Durante la semana anterior había visto actuar a muchos de los científicos de allí con la misma crueldad, como sólo puede suceder en el seno de una familia. Se burlaban de los conceptos de sus rivales, intercambiaban insultos sobre quien tuviera la responsabilidad del desorden o la contaminación que había en los laboratorios compartidos.

Ruth intentaba que eso no la afectara. Había hecho lo posible por cerrarse a todo eso. Utilizaba una sonrisa y un carácter de trato fácil como si fuera un traje de laboratorio contra ello.

Tal vez si las cosas hubieran ido mejor con Ulinov se habría sentido diferente. Quizás si...

Sin embargo, era más fácil limitar su visión al microscopio y mantenerse al margen. Era mejor estar sola, por lo menos estaba acostumbrada.

Ni siquiera hizo caso a un evidente revés.

Cuando aún estaba en el hospital, Gary LaSalle y su equipo habían descargado sus archivos y empezado a examinar todo lo que creían útil. Antes de que le enseñaran Timberline, habían realizado la primera de varias pruebas de perfeccionamiento en su microscopio atómico.

Ruth tampoco habría esperado. Pero ésa no era la cuestión. Esperaba consolidar su nombre y reputación con una presentación formal de su investigación y una

muestra del MMFA y los módulos de aplicación personalizada, pero se dio cuenta de que no la beneficiaría quejarse. De todos modos, siempre había tenido la intención de compartir su trabajo.

LaSalle no compartía nada. El consejo le había concedido derechos exclusivos las 24 horas del día sobre los aparatos de Ruth, por lo menos al principio, así como el primer acceso a sus archivos.

Era invalidar todo lo que Ruth había hecho.

Desde los primeros días de la plaga, ella se había alineado con el grupo del «cazador asesino». Conceptualmente, el NAN asesino era una auténtica arma, específica y controlada. Aún tenían que perfeccionar el método de discriminación, pero funcionaba, pese a no ser del todo eficaz.

El NAN «copo de nieve» de LaSalle era en igual medida una reacción química y una máquina, y funcionaba con un vínculo atómico natural. Inhabilitaba a los nanos haciéndoles formar grupos no funcionales. Cada grupo así formado se volvía a combinar después alrededor del nano original y así se creaban otros grupos de nanos mayores que atacaban a más nanos haciéndolos inviables. Desde principios de abril, LaSalle había realizado con éxito tres pruebas en condiciones de laboratorio.

El NAN asesino también funcionaba en entornos previstos, pero con una tasa de acierto máxima del 58,8 por ciento. LaSalle simplemente los destruía todos dentro de la cámara de prueba.

Ruth no había sido la única en apuntar el peligro evidente. Otros científicos destacados de Timberline habían presentado las mismas objeciones, pero LaSalle insistía en que su copo de nieve sólo afectaría a los nanos porque era, en esencia, incapaz de ejercer su fuerza en estructuras moleculares mayores y más complejas. Ruth no entendía cómo podía asegurarlo, aunque no había visto esquemas del copo de nieve desde principios de marzo.

Tampoco nadie fuera de su grupo había visto nada reciente.

Por lo general, los equipos de investigación mantenían una política de máxima transparencia porque el control de sus colegas era su única garantía. Sin embargo, eso cambió cuando el consejo dio prioridad a LaSalle dos meses antes. La reorganización de los laboratorios había aislado al grupo de LaSalle en un ala de la tercera planta, que ahora reclamaban entera. Su gente no podía evitar que otros científicos accedieran al salón de la residencia, aunque ellos no desvelaran sus avances.

Ruth no creía que el consejo fuera demasiado confiado, después de todo lo ocurrido. Su decisión implicaba que LaSalle había realizado pruebas favorables con ratas o hierbajos y otros entes expuestos al copo de nieve.

Aun así, ella confiaba en su instinto. El bicho de LaSalle no podía funcionar como él decía. Podría afectar a la integridad molecular de todos los seres orgánicos: mamíferos, insectos, plantas, incluso bacterias. No volvería a haber vida en este

mundo nunca jamás.

En aquel momento necesitaba un respiro más que nunca.

No tenía alternativa. Para la gente sin conocimientos técnicos era demasiado fácil oír sólo lo que querían, y sin nada nuevo con lo que deslumbrar al consejo presidencial, sin un mínimo progreso, tal vez nunca consiguiera que la escucharan.

Miró deliberadamente su instrumento óptico, pero Aiko seguía con su recital de quejas.

—No es justo. Todos estamos ocupados. Si alguien tiene que ir, no debería ser...

Ruth bajó la cabeza para impedir el contacto visual y se concentró en meter el dedo índice dentro de la escayola. El picor de su piel sin lavar era real, pero era más importante la reacción de Aiko.

Aiko alzó la voz, en un intento de recuperar la atención de Ruth.

—Están hablando con alguien ahí fuera por radio.

Ruth levantó la mirada.

—Es verdad. Te lo juro. —Aiko tenía los ojos oscuros clavados en la cara de Ruth—. Un tío que ayudó a montar el nano de la plaga ha conseguido llegar a una montaña con una radio. Está vivo, a duras penas, pero su historia está comprobada del todo, y jura que nos puede llevar hasta sus archivos, los aparatos, todo.

—¡No me digas!

Aiko se echó a reír.

—Sabía que...

—Vernon —gritó Ruth—, eh, Vernon, ¿has oído eso?

Aiko parpadeó y se quedó boquiabierta por la sorpresa. Aquello le había dolido. Entonces retrocedió un paso como para proteger a Ruth de su colega mientras éste apartaba la cabeza de un sistema de aislamiento a presión.

Vernon Cruise era un hombre más bien menudo, uno sesenta, con una densa mata de pelo de color rubio rojizo y gafas. Ejercía de abuelo de mucha gente de allí. Era lo bastante viejo para haberse jubilado, y estaba orgulloso, con razón, de sus contribuciones en el trazado del esquema de la estructura de los nanos. Lo malo es que intentó explicárselo todo a Ruth en su tercer día, y de nuevo el cuarto. Le colocaba su portátil y sus informes ante la cara cuando ella estaba ansiosa por familiarizarse con el bicho por ella misma.

Podrían haber sido amigos, pero Ruth seguía recelosa. No eran sólo las escuchas, cualquiera de sus compañeros de laboratorio podría ser un espía del consejo presidencial, para seguir recibiendo buen trato, o ganar comida o tabaco extra.

Ulinov le había hecho un favor. Había dejado muy claro cuál era su lugar allí.

—¡El ejército va a enviar otro avión a California! —soltó Aiko, antes de que Ruth pudiera decir nada más—. El tío que construyó el nano aún está vivo.

Vernon levantó las cejas, pero Ruth no se molestó en reprimir una exclamación.

—¡Ah!

Aquel hombre misterioso había pasado de ser un miembro del equipo de investigación al diseñador jefe, así que el rumor se extendería.

—Espero que sea cierto —dijo Ruth.

Se quedó casi sin fuerzas al dirigirse a toda prisa al despacho de James. Si hubiera estado en otra planta, Ruth habría tenido que sentarse a descansar. Llevaba seis días con la rehabilitación, al principio sólo estiramientos, luego pesas ligeras y una cinta andadora. Odiaba interrumpir su trabajo por las tardes, pero reconocía que era mejor que recuperara la forma física si quería ser eficaz mentalmente toda la jornada.

—Ahora no... —dijo James cuando ella abrió su puerta de un empujón.

Estaba en su escritorio, con la espalda recta, las manos sobre unos pocos papeles que tenía enfrente.

El senador Kendricks estaba sentado en la otra silla, también rígido.

—Hablando del rey de Roma... —dijo, y giró la cabeza y su sombrero blanco de cowboy.

Tras ellos se veía un día precioso, el cielo limpio y azul, y el horizonte cercano de cimas nevadas. Las ventanas del laboratorio estaban todas cegadas con tablas, y Ruth aún se sentía confusa cuando entraba allí de día y encontraba un agujero rectangular en la pared lleno de luz solar y montañas.

—Doctora Goldman —dijo James. Su tono formal era una advertencia— Mi despacho tiene una puerta por algo.

—No, no. —Kendricks la hizo entrar con un gesto—. También puede dar su opinión. —Se puso en pie y señaló su silla—. Por favor. Sé que todavía se está recuperando de las piernas.

Ella no se opuso, le permitió que le hiciera aquel pequeño favor. ¿Estaban hablando de California?

—La eché de menos el otro día —dijo Kendricks.

Ruth sonrió, un nuevo acto reflejo detestable. Cada vez se veía más falsa.

—Me han dicho que fue muy bien.

Al final había habido un desfile, dos días antes, pero el comandante Hernández sugirió que no valía la pena correr el riesgo de llevarla en coche a la ciudad, y Ruth se alegró de no tener que perder el tiempo. También estaba contenta por poder evitar a Ulinov, Gus y Deb. Le habría gustado dar las gracias en persona a Bill Wallace, pero aún tenían que darle el alta del hospital.

—Fue mejor que bien —dijo Kendricks—. Fue... fue algo increíble. Todo el mundo los aclamaba. Todos unidos.

Ella asintió y forzó otra sonrisa.

—Debería haber estado allí. Todos ustedes. Tal vez les habría animado ver por qué están trabajando.

Jornadas de convivencia en pleno apocalipsis. Basura. Sin embargo, era posible, incluso probable, que Kendricks entendiera a la gente mejor que Ruth. Los ánimos dentro de los laboratorios eran imprevisibles en el mejor de los casos, y tenían suficiente para comer, duchas, luces y la opción de hacer caso omiso del mundo que había al otro lado de aquellas paredes vigiladas. ¿Hasta qué punto se vivía peor en la ciudad, en tiendas y camiones, en las minas? Era de un cinismo asqueroso presuponer que el consejo hubiera organizado una celebración con el único objetivo de reforzar su autoridad.

Aun así, Ruth había reconsiderado la decisión de las autoridades de cambiar el calendario y declarar que aquel era el Año Uno. El Año de la Plaga. La expresión era a la vez acertada, correcta y muy fácil de manipular, si se analizaba con cierta perspectiva... y en aquellos momentos Ruth dudaba de todo.

Era un lema de propaganda de primera, engañoso e inteligente. Jugaba con las expectativas, el miedo y la esperanza. Era una manera de dar al gobierno de Leadville aún más legitimidad, hacerse más necesarios e importantes.

—Creo que todo el mundo en el laboratorio está aproximándose a un éxito real —dijo ella, con la intención de conducir la charla hacia el rumor de Aiko—. Lo digo con toda sinceridad. Sólo necesitamos encajar algunas piezas más.

—Bueno, de eso estábamos hablando. De poner las cosas en su lugar. —Kendricks se volvió hacia James y dijo—: Gary LaSalle la tiene en muy alta estima, señorita Goldman, y James lleva mucho tiempo diciéndome lo mismo.

«Dios mío.» Ruth apartó la mirada de Kendricks por un instante, pero James no reaccionó. Tenía sus oscuros ojos vigilantes enmarcados entre su pelo corto y su barba.

—Nos gustaría que se uniera al equipo de LaSalle —dijo Kendricks.

—De ninguna manera.

James hizo una mueca, un cambio de postura apenas perceptible. Kendricks se limitó a encogerse de hombros.

—Sé que no es de su agrado, señorita Goldman, pero me gustaría apelar a su patriotismo.

—Señor, eso... —Meneó la cabeza—. Trabajé para el departamento de Defensa con una autorización sin restricciones. No es justo que... —No importaba lo que fuera justo. Volvió a intentarlo—. Mi compromiso con el trabajo que estamos haciendo aquí es total.

—Eso es lo que necesitamos. Un compromiso total.

—El nano de LaSalle es muy peligroso, señor. No soy la única que lo dice.

James intervino, se apoyó en el escritorio y habló en un tono que seguía siendo de una formalidad inusitada:

—Usted no conoce algunos aspectos de la situación, doctora Goldman.

Kendricks se volvió hacia él.

—Ni una palabra más.

—Si es sobre el tipo de California —dijo Ruth—, el rumor ya está corriendo por ahí.

James meneó la cabeza. «No.»

Kendricks siguió observándolo un momento antes de mirar a Ruth.

—Ya veremos cómo termina lo de California, si ese hombre puede hacer lo que dice. Tenemos problemas más graves.

—¿Cómo puede ser... más graves? ¿Más que vencer a la plaga?

—Los chinos han desarrollado una nanotecnología bélica —dijo Kendricks—. No está autorizada para saber nada de esto... pero, por el amor de Dios, me pregunto qué le pasa por la cabeza para no colaborar con nosotros después de todo lo que ha ocurrido. ¿Se da cuenta de que casi no sobrevivimos a El Año de la Plaga?

De nuevo aquella expresión. La utilizaba a propósito, como un arma, para amenazarla y hostigarla.

Ruth tenía razón. Siempre la había tenido. El copo de nieve no sólo afectaría a la plaga, y el consejo ya no tenía intención de utilizarlo para ese único fin.

Sería un arma incomparable con un regulador para evitar que proliferara sin fin, y en los archivos de Ruth, entre los estudios realizados durante la eterna espera a bordo de la estación espacial, estaban las bases de tal regulador.

Ruth trató de confundirlo.

—No podría ayudar a LaSalle aunque quisiera. Mi especialidad es un campo completamente distinto, no tiene nada que ver.

—No es verdad —replicó Kendricks, y volvió a inclinar la cabeza—. Él dice que sus ideas han sido de gran ayuda.

Entonces tendría parte de responsabilidad si ocurría algo. Por Dios. Un arma de destrucción masiva perfecta, con más poder letal que un arma nuclear, sin secuelas ni contaminación.

Sería fácil soltar el copo de nieve de forma segura, en cápsulas lanzadas desde un helicóptero, desde un avión por encima del Himalaya, ocupado por cien mil personas, que quedarían hechas papillas tras cada descarga...

El corazón le latía con tal fuerza que le dolía, y la paralizaban la vergüenza y la rabia.

—Sé que ustedes dos no son amigos —dijo Kendricks—. Digamos que no la ponemos directamente bajo las órdenes de LaSalle. Trabajarán juntos, pero cada uno será su propio jefe.

Como si el problema fuera su ego.

—Es una locura. Están locos. —No se arrepintió de sus palabras—. Cuando vencamos a la plaga se habrá acabado... con todos los conflictos. Salvamos a todo el

mundo y las batallas cesan en todas partes. ¡No necesitamos nanos bélicos! Todos podremos volver abajo.

Kendricks la miró sin más, sus arrugas alrededor de los ojos se acentuaron ligeramente.

Ruth alzó la voz.

—Todos podremos volver abajo.

—Creo que ha sido un error sobreprotegerlos —dijo Ken dricks, despacio—. Estoy seguro de que los chinos no miman a sus técnicos. —Se volvió hacia James, con la barbilla y el ala ancha del sombrero hacia abajo, en una postura agresiva—. Ábrele los ojos. Cuéntaselo todo, lo que necesite oír. Esto tenía que pasar.

James fue respetuoso.

—Tiene toda la razón, senador. Cambiar los equipos así, de repente... nadie está preparado para eso. Desde el principio todo nuestro empeño ha sido defensivo. —Miró a Ruth—. Hay mucho que asimilar.

Ella intentó seguirle el juego.

—Es que no lo entiendo. Estamos tan cerca, es una locura... me parece una locura dejar ahora de intentar vencer a la plaga.

—Puede que le sorprenda oír —dijo James— que el consejo no evacuó la estación espacial antes de lo necesario por usted, sino por el comandante Ulinov. —Su expresión seguía inmutable, y a Ruth le maravillaba su osadía. Asintió enseguida. No se fiaba de sí misma, de parecer convincente. James añadió—: Vamos a participar en la guerra de Asia, a ayudar a los rusos para que ataquen a los chinos antes de que ultimen su tecnología bélica. Los rusos insistieron en tener a Ulinov aquí como representante.

—¿Y qué? ¿Qué importa todo eso si podemos volver a vivir todos por debajo de los tres mil metros?

James emitió su ruido de resignación, «mmmm», para indicarle que, en realidad, no creía lo que estaba a punto de decir.

—En primer lugar, no hay garantía de que vencamos jamás a la plaga. Además, el consejo tiene buenos motivos para creer que los conflictos no cesarán aunque vencamos a los nanos.

Kendricks asintió, con solemnidad y satisfecho de la actuación de James.

—Las cosas han llegado demasiado lejos. Hace mucho tiempo que vivimos en la guerra total.

—Siempre han existido las guerras —dijo Ruth.

—No como ésta. No con naciones enteras que se abalanzan las unas sobre las otras. —Dobló sus pequeñas manos y miró por encima de ella, hacia la ventana—. No con ejércitos que se comen a los muertos y encierran a los prisioneros como si fueran ganado.

—¿...qué?

Él la miró de nuevo.

—No son los únicos que han estado estudiando la plaga, Goldman. —Kendricks nunca la había llamado doctora, y ahora olvidaba incluso el «señorita», dudosa muestra de respeto—. Aquí también se ha estado analizando. Los hemos estado observando con atención.

Los satélites espías, las cámaras de Ulinov.

—Será ellos o nosotros —dijo Kendricks—. El bando que pueda dar el primer golpe eliminará a todos los demás. Y me refiero a «todos».

Un mundo. Un pueblo. Ruth comprendía que la sencillez de aquel concepto era atractiva para una determinada mentalidad, sobre todo después de tantos conflictos y atrocidades, y nunca habían tenido la oportunidad tan al alcance, con todos los enemigos reducidos a una mínima parte de su población y apretujados en enclaves de seguridad.

El vencedor jamás olvidaría la plaga con tantas especies animales extinguidas y el medio ambiente colapsado, en busca de un nuevo equilibrio, pero podían olvidar la Historia.

Sería empezar de cero de verdad. Una cultura. Una paz.

El año uno.

Aun así, James había dejado claro que no estaba de acuerdo con Kendricks al insinuar más complicaciones. Mierda, mierda, mierda. Tal vez quería que el consejo confiara en ella, que la metieran en los laboratorios de armas, sólo para desviar y retrasar los progresos de LaSalle. Ella podría evitar la nanoguerra durante el tiempo suficiente para que los demás científicos derrotaran a la plaga. Era una espiral. ¿Cuándo terminaría?

Ruth se volvió hacia su amigo. James asintió. Así que miró a Kendricks a los ojos y dijo:

—De acuerdo, lo haré.

El descenso desde la órbita alrededor de la Tierra no podía ni compararse con las distancias que Ruth había recorrido en su interior. Jamás ayudaría a Kendricks a dar el primer golpe. Había dedicado su vida a salvar a gente, aunque fuera por motivos egoístas, por beneficios en su carrera, y por su propia satisfacción, y las tragedias del año anterior habían acentuado aquel impreciso altruismo hasta convertirlo en una fiebre.

Volvió a pensar en Bill Wallace, con el cuerpo desgarrado, en los controles de la *Endeavour*.

Si había interpretado bien a James y previsto correctamente que ella debía convertirse en un topo dentro de los laboratorios de armas, habría sido más sensato no decir nada más después de mentir a Kendricks, pero necesitaba saberlo.

—¿Y qué pasa con el rumor de California? —preguntó.

—Bueno, todos tenemos grandes esperanzas. —Se notaba que la tensión iba abandonando a Kendricks, que inclinó la cabeza en uno de sus afectados gestos amables.

Ruth insistió:

—¿Es seguro que ese tipo es quien dice ser? Quiero decir, ¿dónde ha estado todo este tiempo?

James miró a Kendricks para pedirle permiso, luego se dio la vuelta y sonrió, un extraño destello de dientes dividió su cuidada barba.

—Yo hablaré con él. Se llama Sawyer.

Ruth no necesitó preguntar si James pensaba que era cierto lo que decía.

Se la quitaron de encima. Kendricks dijo que quería estar de vuelta en la ciudad en una hora y que tenía más asuntos que comentar con James.

Kendricks le ofreció la mano al salir. Murmuraron tonterías por educación, «encantado de tenerla a bordo» y «sí, señor», y Ruth decidió que ya bastaba de farsas.

Volvió al laboratorio 4 por instinto, pero casi pasó de largo. Estuvo a punto de bajar a su habitación, a la cama, para cerrar los ojos y aclararse las ideas. Sin embargo, aquella podía ser la última oportunidad de hacer algo productivo.

Vernon Cruise la volvió a acorralar media hora después, entró de nuevo en el laboratorio con un portátil y varias carpetas. ¿Qué demonios le pasaba a aquel tipo?

Ruth supuso que se había corrido la voz. Vernon debía de imaginar que era la última ocasión de alardear antes de que ella se trasladara a la planta de arriba, con el equipo de LaSalle. Por una parte resultaba halagador, y la sonrisa que dedicó al anciano era sincera. Quería que él disfrutara de su momento.

—Hola —lo saludó ella.

Vernon desvió la mirada hacia las otras dos personas del laboratorio, como había

hecho Aiko para asegurarse de que no la oían. No mucho antes Ruth podría haberle encontrado el lado divertido. Sin embargo, la irritación se fue filtrando en sus sentimientos de buena voluntad.

—Sé que querías tener una visión objetiva del nano —dijo Vernon—, pero echa un vistazo a esto.

—He oído que es fantástico.

Vernon se enfurruñó, impaciente, y Ruth consiguió evitar no hacer un gesto de aburrimiento al aceptar tres carpetas gruesas.

Vernon había dejado el informe donde ella no pudiera pasarlo por alto, arriba de todo, en el interior de la primera carpeta. Era una sola página, idéntica al resto, con la misma tipografía, pero la primera frase le puso el corazón en un puño.

«Si la sorprenden con esto estamos todos muertos.»

Ruth lo miró. Vernon tenía una expresión... ¿de desprecio? Había intentado encontrar un conducto de comunicación casi desde el principio, aunque hasta entonces no había sido tan osado. No estaba tan desesperado. Era un truco infantil... No. Aquello tenía la sofisticación propia de las escuelas de primaria, el pasar notas, pero los aparatos de escucha de todo Timberline no podían oír un papel. Qué lástima haber estado tan ocupada. Era casi divertido, además de triste y horrible, cuántas veces había estado demasiado ocupada en su vida.

El informe era de James. Ruth estaba segura. Reconoció el mismo tono confidencial, que retomaba su conversación anterior sobre el hombre de California.

Sentía el pulso en el cuello y en el brazo roto.

—Por supuesto.

Ruth se quedó en el laboratorio 4 cuando Vernon se fue con su «sí», fingiendo leer las demás carpetas. Ruth se preguntaba si quemaría la nota. Las llamas eran demasiado llamativo. No podían ir por ahí quemando papeles, alguien se daría cuenta. Tal vez iría directamente al lavabo y lo tiraría al váter. Todas las semanas los soldados se llevaban doscientos cincuenta kilos de heces de científico para las granjas. Eso era seguro. Vernon siempre rezongaba sobre ello y su vejiga.

Ruth necesitaba creer que se habían tomado precauciones. Sus vidas estaban en peligro. No había nada concreto en el papel que la delatara si descubrían a Vernon, pero Kendricks lo sabría. ¿Qué harían? ¿Hacerla ir al patio y pegarle un tiro?

Una hora después no importaría.

En una hora estaría en un avión rumbo a California.

James sabía más de lo que Kendricks quería que supiera. Lo menos importante era que Gary LaSalle ya había desarrollado un regulador rudimentario para su copo de nieve utilizando las ideas de Ruth y aparatos mecánicos para pulir su estructura.

Como ese NAN no tenía una programación completa de origen, la única manera de retrasar su proceso de reproducción era cargarlo con comandos adicionales. Los

nuevos copo de nieve, más grandes, eran más estables que el original. Tenían tendencia a aglomerarse entre sí, así como en las masas ajenas. Después, la reacción en cadena se rompía al quedar revestidos de carbono producido por ellos mismos...

El ataque se había producido en gran parte tal y como Ruth se lo había imaginado. Los cazas norteamericanos lanzaron botes que se abrían al impactar en el suelo, liberando un reguero de muerte que enseguida se extinguía. Casi demasiado rápido. Con el tiempo, una versión mejorada sería todavía más potente, pero no habían atacado a los chinos. China llevaba años de retraso respecto de los equipos de Timberline, y representaba la clásica amenaza para sus vecinos, pero nada más.

El día anterior el consejo había dado órdenes de atacar la meseta del río White, a los disidentes del oeste de Utah.

Aquel día su guerra silenciosa se había convertido en otra cosa.

La mayoría de los satélites espía de Estados Unidos se controlaban desde Leadville, y la cobertura allí arriba era regular, cuando no constante. Los del río White debían de saber que estaban provocando que los atacaran al prepararse para ir hacia la costa. No tenían equipos de nanotecnología y de hecho sufrían carencias básicas en vivienda y suministro eléctrico, pero el hombre de California sería un rehén inestimable y moneda de negociaciones. Era obvio que habían decidido que valía la pena jugársela, aunque no podían haber previsto semejante arma.

El número de víctimas estimado era de mil seiscientas, y docenas de personas menos afortunadas que sobrevivirían a las heridas. El copo de nieve tendía a devorar primero la cavidad sinusal o los pulmones.

Tras el primer golpe, después de poner fin a la expedición a California, Leadville lanzó una advertencia a los dirigentes rebeldes que quedaran. La intención era dar un aviso a todo el mundo. Aquel hombre, Sawyer, pertenecía a la capital.

Lo del río White sirvió de castigo ejemplar.

Ruth dejó de hojear la segunda carpeta y examinó los diagramas que contenía. Vernon no le había dado aquellos papeles para hacerse el importante. Era un informe de los trabajos realizados. El portátil que había dejado debía de contener una cantidad parecida de datos. Probablemente ella tenía una copia de todo lo que habían descubierto sobre la plaga.

Era demasiada información para haberla compilado solo, a menos que él y James la hubieran estado acumulando durante todo este tiempo, algo poco probable. ¿Cuántos más estaban implicados en el complot? Como sólo eran treinta y nueve científicos, incluida ella, la mayoría debían de ser espías del consejo o aliados de James y la conspiración.

Aquella idea le daba fuerzas. No estaba sola.

No llevaba allí el tiempo suficiente para imaginar hasta dónde habían llegado las cosas, pero pensaba que la mayoría estaba de parte de James. Aquella gente tenía un

pensamiento demasiado analítico, independiente, y todos sus mentores habían intentado inculcarles un fuerte sentido de la responsabilidad.

Ruth lanzó una mirada a sus compañeros de laboratorio al dirigirse al ordenador, pero no había forma de saber si alguno de ellos estaba en su bando. Ni una palabra, ni una señal.

Los discos compactos estaban estrictamente racionados. Ruth sólo tenía tres para ella, pero había más en una estantería, con una etiqueta que decía «Iso» y «Plas286» en una cursiva serpenteante. Borró los dos. Luego descargó su análisis actualizado y todo lo que había hecho durante la semana anterior.

Podría haberle dicho que sí a Vernon aunque la nota terminara con lo ocurrido en el río White, pero había más. Algo peor.

El hombre de California juraba poder derrotar a la plaga si le proporcionaban sus aparatos y algunos ayudantes hábiles, pero no tenía interés alguno en mejorar su NAN. No tenía intención de atacar el mar invisible. Decía que el proceso de limpieza del planeta podría tardar años, una idea que Ruth no podía rebatir. Y que no tenían garantía de que fuera total. La repoblación de un entorno así implicaría el riesgo de encontrar bolsas de nanos que el NAN hubiera pasado por alto, además de nuevos brotes.

El hombre pretendía aprovechar la versatilidad de los nanos.

La naturaleza de los nanos era biotécnica, como sospechaba Ruth. Sus diseñadores tenían la esperanza de enseñarle a detectar y aislar los tejidos malignos administrando a cada paciente una cantidad con una clave individual. Una vez hecho esto, mediante un dispositivo interno bajaban la presión, y así el paciente quedaba libre del cáncer y de los nanos.

Decía que podía aplicar la ingeniería inversa para crear una nueva versión de los nanos, sin la mayor parte de esos dispositivos, y por lo tanto los nuevos serían más rápidos y sensibles. Con el trabajo que ya habían realizado ellos sobre el método de discriminación, diseñaría un modelo que viviera dentro de un anfitrión humano, alimentado por el calor corporal, y deshabilitara a los nanos originales al ser absorbido.

Al dirigirse sólo al tipo de nano original y utilizar únicamente esos materiales concretos para reproducirse, sería como un NAN vacuna, a prueba de la plaga.

Habría que vacunar a la gente mediante una inyección. Hacerlo de otro modo sería difícil. El consejo podría usar ese nuevo nano para controlar el mundo dándoselo sólo a una población selecta, asegurarse su lealtad, repartir el territorio y establecer colonias por debajo de la barrera donde les conviniera. Por toda la Tierra. El premio era demasiado tentador, después de tantas dificultades, y asegurárselo era tan fácil como darse la vuelta, no tenían que esforzarse sino dejar que las cosas ocurrieran solas. Todos los disidentes, los rebeldes, todas las restantes naciones... en

menos de una generación los millones de personas famélicas en disputa y atrapadas en las cotas altas quedarían reducidas a unas pocas tribus mugrientas, a menos que accedieran a bajar como siervos y esclavos.

Kendricks tendría su mundo, la paz, un pueblo.

Aiko estuvo a punto de echarlo todo a perder, dando un grito en el patio.

—¡Ruth! Eh, Ruth, no te han seleccionado, ¿verdad?

Debería haber sabido que habría una multitud. No había mucho que ver, dos todoterrenos y un camión, algunos uniformes distintos, pero allí los días eran especialmente monótonos para las familias de los científicos. Aquella gente eran los afortunados, bien alimentados, protegidos, y se peleaban por las pocas tareas disponibles: arreglar el jardín, hacer la colada, buscar agua.

El confinamiento había sido más duro para los siete niños. A los cincuenta y cuatro civiles sólo les estaba permitido entrar en sus habitaciones, el gimnasio, la cafetería y estar al aire libre sobre metro y medio de acera y suciedad. Ruth suponía que más de la mitad se había reunido junto al edificio, así como una docena de técnicos. Mierda.

—¡Espera! —gritó Aiko—. ¡Eh, Ruth, espera!

Dejó de avanzar entre la multitud sólo para que Aiko cerrara la boca. Era mediodía, el sol caía sobre los camiones militares y los hombres de caqui. Los espectadores se amontonaban en una franja de sombra bajo las alas del edificio.

Aiko la alcanzó, pero dio un paso demasiado cerca.

—Te lo dije, ¿verdad? Te lo dije. —Parecía haber olvidado su enfado, le brillaban los ojos de la emoción—. ¿Vas a ir?

—¿Con este brazo? ¿Cómo iba a entrar en un traje de contención? —Ruth movió su brazo escayolado en el cabestrillo.

—Entonces ¿qué llevas en esa bolsa?

—Archivos y un portátil. —Eso era cierto. «Dale algo jugoso»—. D. J. se puso neurótico y se dejó los diagnósticos arriba, así que tengo que hacer de correo. James quiere asegurarse de que de verdad lo tiene todo antes de partir.

Aquello casi tenía sentido, y a Aiko le encantó.

—Vaya mierda de misión. ¿Sabes quiénes son los demás perdedores?

—Te lo diré más tarde —dijo Ruth, y se apartó de la zona en sombra. No miró atrás.

Deberían haber esperado a la comida. Con todo el mundo en la cafetería, habría habido pocos testigos, y Ruth volvía a tener hambre, siempre le pasaba después de picar algo. Debería haber sido una preocupación sin importancia, pero no podía evitarlo. ¿Iba a tener que perderse una comida?

Por desgracia, James no controlaba el horario.

Él sólo podía controlar la situación hasta donde llegaba su autoridad. La

expedición incluiría a tres técnicos, y Kendricks había ido de visita por la mañana en parte para confirmar los nombres. El consejo no tenía motivos para fiarse sin más de aquel tal Sawyer. Era un desconocido, se negaba a decirles la ubicación de su laboratorio hasta que hubieran ido a buscarlo, y no podían esperar que los soldados supieran ver todo lo que era importante en sus ordenadores y demás aparatos. El dilema era a quién enviar. Era impensable arriesgar a los mejores y más brillantes, pero enviar a un ayudante de bajo nivel o a unos inútiles implicaba un riesgo de otro tipo. Podrían dejarse algo.

James había regateado con Kendricks quién era prescindible y quién podía hacer el trabajo. Llegó a un acuerdo con el senador, y luego preparó unas instrucciones totalmente distintas.

—Goldman, compruébelo. —Las órdenes del capitán ya estaban bien dobladas, perfectamente dobladas, y se guardó la hoja en el bolsillo de la camisa—. ¿Dónde estaba, señora? Vamos a llegar tarde.

—Lo siento. —Esperaba salir rápido y evitar al comandante Hernández. El jefe de seguridad podría preguntarse por qué habían incluido a uno de los principales cerebros de Timberline e insistir en hacer una llamada aunque ella estuviera en la lista—. ¿Puede ayudarme a subir?

La caja del camión le llegaba a la altura del pecho. Tres hombres que estaban en la trasera enseguida se adelantaron, agarraron su maleta y le tendieron la mano, pero Ruth sólo tenía un brazo.

Sus uniformes estaban más nuevos y limpios que los que había visto hasta entonces, y eran de camuflaje, en vez del verde militar del destacamento de seguridad de Timberline. Se había enterado de que Hernández y los demás eran marines. Aquellos hombres formaban parte de las fuerzas especiales del ejército.

El capitán se agachó y juntó las manos a la altura de la rodilla, con las palmas hacia arriba para ofrecer un escalón a Ruth. Al erguirse, Ruth movió la escayola con la gracia de un pelele. No esperaba que la levantara, pero el oficial lo hizo sin problemas. Se habría caído si los soldados del camión no la hubieran agarrado por el brazo sano.

—Bueno, lo hemos conseguido. —El más cercano esbozó una leve sonrisa sincera, como cuando un hombre conoce a una chica.

No importaba probablemente que aquel príncipe azul lanzara la misma mirada a toda mujer mayor de diecisiete años. Ruth vio una oportunidad. No se le ocurrió nada inteligente que decir, pero daba igual. Un «sois realmente fuertes» o «gracias, chicos» serviría para iniciar una amistad. Calculadora, le devolvió la sonrisa, pero oyó una voz conocida por detrás...

El comandante Hernández.

—¿Lo tenemos todo, capitán?

—Señor.

Ella le dio un empujón al príncipe azul, movida por una punzada de pánico, pero las zapatillas de deporte y los pantalones vaqueros llamaban la atención entre las botas y la tela de camuflaje.

—Doctora Goldman —dijo Hernández.

Ella pensó en la historia que le había contado a Aiko, que sólo iba al aeropuerto y volvía. Sin embargo, el capitán acababa de comprobar su nombre en las instrucciones. Era difícil utilizar esa mentira con él, y además tenía la mente en blanco.

—Tenemos que llegar a California antes del atardecer —dijo Hernández, que alzó la vista hacia ella—, y nadie quiere esperar un día más. Espero que sepa trabajar en equipo a partir de ahora, ¿entendido?

Ruth asintió sin decir palabra y resopló.

Tenían pensado hacer lo que los del río White no habían hecho: evitar que Sawyer y su trabajo llegara hasta el consejo. Pretendían desviarse al norte, hacia Canadá, desarrollar el nano vacuna y luego extenderlo por todas partes.

Habría sido imposible que James realizara aquel juego de engaños solo. No tenía influencia alguna en el mando militar, y tres científicos no podrían vencer o escapar a una escolta de tropas de elite.

Parte o la mayoría de la escolta estaba de su lado.

James no estaba solo. Tampoco era el jefe de la conspiración. James sólo lo había insinuado y no había osado escribir ni un nombre en un papel, no había habido ningún nombre, aunque Ruth creía que debía de ser uno de los generales de más alto rango si esa persona podía cambiar las unidades a su conveniencia. A primera vista era raro que un militar se opusiera a las acciones del consejo, pero Ruth sospechaba que los militares de carrera tenían una ética muy parecida a la de los expertos en nanotecnología.

Cuando se ostenta mucho poder se tiene también una gran responsabilidad, y las mil seiscientas personas asesinadas en el río White eran compatriotas, norteamericanos, o podrían haber vuelto a serlo algún día. Pronto.

## 21

Ruth estuvo sentada en silencio durante el breve trayecto, cabizbaja, con la boca cerrada. Por suerte, sólo se podía mantener una conversación a gritos. El enorme camión no tenía amortiguadores y todo traqueteaba. Los bancos de tablillas de madera en la trasera se clavaban o te daban golpetazos cada vez que las ruedas topaban con el más mínimo bache, así que dejó que el rugido grave del motor le llenara la cabeza.

El aeropuerto regional era un escenario denso y complejo, la breve pista de aterrizaje estaba rodeada de enormes aviones comerciales y otros más pequeños. Esperando en el asfalto había una avioneta Cessna monomotor, de blanco y beige civil, y un C-130, un avión de carga mucho más grande, pintado de caqui.

Aparcaron debajo de la cola de casto del *Hércules*, pero podrían haber llegado hasta las compuertas. La parte trasera del avión estaba abierta. Salió una rampa de carga. Había un todoterreno, un camión de plataforma y una excavadora en fila dentro de la bodega.

Ruth no vio más soldados a la espera de unirse a ellos, así que en total la expedición sería de menos de veinte personas. Era la única mujer.

Hernández, el oficial de rango superior, envió a cinco miembros de las fuerzas especiales y un piloto de las fuerzas aéreas a la avioneta, luego apremió a los demás a entrar en el C-130. ¿Estaba intentando respetar el horario o, como a Ruth, le daba miedo que una voz por radio cancelara su misión antes de estar en el aire?

Sus compañeros técnicos eran Dhanumjaya Julakanti, más conocido como D. J., y Todd Brayton, ambos del equipo de desarrollo del cazador asesino. Los dos habían colaborado en el diseño del método de discriminación.

Recibió la confirmación que necesitaba de sus ojos y de un gesto de D. J., pero no se podía hablar. Hernández insistió en que se sentaran todos juntos cerca de la cabina. La excavadora, el camión y el todoterreno estaban sujetos a la cubierta, pero si algo se soltaba durante el despegue, descendería hacia la cola. Era más prudente ir delante.

Ella sintió otra punzada de pánico cuando el avión se elevó hacia el cielo. El interior era un largo bidón de luz tenue. No había ventanillas. Se parecía demasiado a la *Endeavour*. Incluso era peor, los asientos estaban situados a lo largo de los márgenes de la cubierta, de cara a la pared de enfrente en vez de hacia la parte delantera, de manera que la fuerza de la gravedad empujaba sus estómagos.

Por fin recuperaron el equilibrio. Siempre educado, el comandante Hernández se desabrochó el cinturón y se arrodilló ante los tres técnicos. Ruth examinó su rostro con detenimiento, atenta a un guiño, un indicio de algún tipo.

—Sé que todo esto parece improvisado —dijo—, pero están en buenas manos. No quiero que se preocupen por nada más que su trabajo, ¿de acuerdo?

Hernández y cuatro marines habían sido asignados para la expedición como guardaespaldas personales, además de los siete hombres del equipo de las fuerzas especiales y tres pilotos de las fuerzas aéreas. Hernández soltó una sarta de presentaciones, tuvo el cuidado de incluir a los soldados del otro avión. Ruth advirtió que en el grupo elegido a dedo todos eran suboficiales, sargentos y cabos, aparte del comandante Hernández y el capitán de las fuerzas especiales. Un teniente coronel dirigía el trío de pilotos.

—Me parece que le falta algo de personal —comentó D. J.

—No tiene sentido desperdiciar trajes —le dijo Hernández—, ni aire, ni combustible de aviación. Y allí no habrá nadie más, si eso es lo que le preocupa.

«No —pensó Ruth—. Seguro que no después de arrasar el río White.» Ninguna de las pocas regiones que aún podían conseguir hacer despegar un avión se atrevería.

La avioneta volaba por delante del C-130 porque necesitaba menos espacio para aterrizar que un avión de carga. Si era necesario, los hombres a bordo de la avioneta podían hacer todo lo posible por marcar mejor la zona de aterrizaje.

Tras un vuelo de dos horas y cuarto, el C-130 aún tendría combustible para volar en círculos o incluso volver a Leadville en el peor de los casos, pero les esperaba un tramo de carretera suficiente para aterrizar. Las fotografías por satélite, y las conversaciones con los californianos, confirmaban que había un tramo casi recto de setecientos metros a lo largo de la planicie en la cima de la montaña.

—Será complicado aterrizar si el laboratorio de ese tipo estaba en una ciudad —dijo Hernández—, pero el C-130 es uno de los aviones más resistentes que se han construido jamás. Podemos meternos en un campo de patatas si hace falta y luego despegar.

D. J. frunció el ceño, mirando la excavadora e hizo el amago de decir algo.

—Lo tenemos todo cubierto —les garantizó Hernández—. Estemos aquí o allá, estamos en casa.

«Casa». Mierda. Ahí estaba la clave que quería.

El comandante Hernández seguía siendo leal al consejo.

—Son las fuerzas especiales —dijo Ruth—. Piénsalo.

D. J. meneó la cabeza.

—James y Hernández son amigos.

Ella sacudió la cabeza.

—Eso no significa nada. James intenta llevarse bien con todo el mundo.

La discreción no era un problema. El C-130 podía acoger a casi cien soldados, y los vehículos formaban una pared baja e irregular en medio de la cubierta. Ruth había encendido el portátil y empezado a discutir los esquemas con D. J., que lo comprendió e hizo algunos comentarios en voz alta. Pasado un minuto, ella se disculpó con Hernández y se fue con D. J. y Todd. Aún estaban a la vista de los

soldados, pero envueltos por el ruido del motor, que era atronador en la zona de las alas.

—Yo te diré lo que no significa «nada». Una palabra. —D. J. no tenía un aire despectivo, pero sus labios gruesos dibujaban una perfecta sonrisa condescendiente—. Ha dicho «casa» como podía haber dicho cualquier cosa.

—Lo habría dicho de otro modo si estuviera de nuestra parte.

—No creo que significara nada.

Dhanumjaya Julakanti tenía las cejas saltonas, un hoyuelo en la barbilla y una tendencia a vocalizar en exceso, sobre todo las palabras «yo, mí, me». Algunas personas no veían que su fuerte personalidad o su coeficiente intelectual, una clásica combinación, y confundían el engreimiento con la capacidad de liderazgo... aunque bien sabía que ella tampoco era la personificación de la Humildad. Ruth reconocía su terca obsesión por tener razón cuando veía algo con claridad.

Todd Brayton no era de gran ayuda. Joven, tal vez veinticinco años, rubio de ojos castaños. Era inquieto, demasiado callado, más nervioso que Ruth y D. J. juntos. Al conocerse una semana antes, ella intentó no mirarle las cicatrices de las ampollas. Todd lo ponía difícil. Se tocaba la mancha de la nariz con frecuencia, y no paraba de jugar con sus dedos quemados. Había sido uno de los últimos técnicos en salir del NORAD, y Ruth admiraba su voluntad de enfrentarse a la plaga de nuevo. Sí, llevaban trajes, pero la exposición a los nanos para él era una pesadilla más real.

Todd era el más valiente.

Sin embargo, parecía haber llegado ya al límite, que ya no tenía nada que ofrecer al exterior.

—Mira. —Ruth se esforzaba por mantener un tono amable, algo imposible, al hablar a gritos por encima del ruido del motor—. Hernández habría preferido tener toda una sección de sus hombres. No hay motivo para enviar un grupo mixto a no ser que nuestro hombre viniera de otra unidad. Y Hernández se ha asegurado de dominar la bodega mientras él esté dentro, siete contra cinco.

D. J. hizo un gesto con la barbilla.

—No son más que elucubraciones de nuevo. Tal vez tenían planeado desde el principio enviar a todas las fuerzas especiales, y Hernández es el que está en el complot.

—Da igual —dijo Todd—. No podemos estar especulando, podríamos decantarnos por la opción equivocada.

D. J. seguía meneando la cabeza.

—De todas formas no nos lo dirían.

—Entonces ¿crees que esperarán a ver cómo salen las cosas? —dijo Ruth. Seguro. Ya estuvieran en la conspiración el equipo de las fuerzas especiales o Hernández y sus marines, no les importaba que Ruth tuviera la conciencia tranquila.

Querían mantener sus opciones abiertas hasta el último minuto, y no podían confiar en ella ni cometer un error.

En cualquier caso, sabía que James tendría problemas. ¿Cárcel? ¿Exilio? Ruth sólo empezaba a entender su sacrificio. Sin embargo, si aquella misión era un fracaso, todos los soldados podrían volver a Leadville, limpios de polvo y paja.

Ella, D. J. y Todd lo pasarían peor tratando de demostrar su inocencia. De hecho, sería mejor provocar un enfrenta— miento entre las dos mitades de su escolta, y quedarse en el Oeste.

Era una idea peligrosa. Aunque ganaran los soldados que estaban de su lado, podrían matarlos luego por convertirlos en marginados.

Ruth volvió a la parte delantera del avión y escogió un asiento desde donde se veía una cuña de cielo por la puerta abierta de la cabina de los pilotos. Forzó una sonrisa, al tiempo que pensaba que el accidente de la *Endeavour* era preferible a aquel vuelo. Por lo menos había sido rápido. Su ansiedad se reflejaba en el constante baile de sus dedos y su mente.

Abajo, fuera de aquella estructura de metal, reinaba un ambiente sólo ligeramente menos peligroso que el vacío del espacio. La zona letal se extendía sin interrupción desde Utah hasta las montañas de California, seguía al oeste y cubría un tercio del planeta, perfecto y absoluto, excepto por los picos volcánicos de Hawai, y acababa en las alturas de Nueva Guinea y Taiwan, que se elevaban al otro lado del Pacífico.

El avión tembló y giró a la izquierda. Ruth soltó un grito cuando el avión inclinó el morro. Sólo eran turbulencias. Volvieron a estabilizarse, y casi todos los hombres le dijeron algo amable, le sonrieron o le hicieron un gesto. Ruth ni siquiera podía mirarlos a los ojos, se maldecía en silencio.

No era una buena candidata para salvar el mundo, maldita sea.

El aterrizaje transcurrió sin incidentes. El avión rebotó una vez, un impacto estremecedor seguido de un arco rápido que hacía palpar el estómago, pero Ruth consiguió no volver a quedar en ridículo.

Luego rodaron por la pista durante quince minutos. Fue exasperante. ¿Adónde podían ir allí? El avión se movía muy despacio y se paró tres veces. Hernández la obligó a permanecer en el sitio. Dijo que iban a retroceder y girar para ponerse en posición de despegue. Ruth movía las piernas. Por fin los pilotos se sintieron satisfechos, y los dos soldados de las fuerzas especiales fueron a bajar las compuertas traseras. De nuevo Hernández le indicó que se quedara quieta. Ella olió los pinos y la tierra en cuanto abrieron el avión.

Hernández ya había consultado por radio con el piloto de las fuerzas aéreas y los cinco miembros de las fuerzas especiales de la avioneta, que habían aterrizado cuarenta minutos antes. Informaron de que todo había ido como esperaban, sin trucos, ni trampas, sólo un puñado de supervivientes malnutridos. Aun así, a Ruth le

ordenaron que no se alejara de los marines.

Algún instinto se disparó en Ruth cuando salió a la luz del sol. Al principio culpó a Hernández de aquella paranoia, pero entonces D. J. dijo:

—La cima del mundo, ¿eh?

Era eso. En Leadville el horizonte próximo de cimas gigantes creaba la ilusión de estar protegido. Allí sólo estaba el cielo pálido. Se encontraban en el punto más alto, y las vistas parecían infinitas. Al oeste, bajo el sol de la tarde, la tierra descendía en un laberinto serpenteante de crestas, precipicios y laderas curvas.

Las zonas habitables de California eran poco más que una cadena de motitas. El Parque de Yosemite ofrecía varias parcelas grandes no muy lejos de allí, pero aquella cima parecía estar sola por encima de la barrera. Ruth paseó la mirada de un lado a otro de la maraña de barrancos y oscuros bosques de debajo mientras se dirigía con Hernández hacia los marines.

Nadie sabía de dónde había salido Sawyer. Aunque aquella elevación de roca del sur, al otro lado del valle, asomaba por encima de los tres mil metros, su superficie no parecía mayor que dos o tres campos de fútbol.

Los neumáticos del C-130 habían dejado líneas oscuras del frenazo en el asfalto de la carretera, muy cerca de la única estructura a la vista. Era un error mirar con anhelo atrás, al avión. En aquella montaña no había árboles, pero vio un cúmulo de rocas que no había rozado el ala de estribor por cuestión de centímetros, y tenían que volver a pasar por ahí para despegar.

En sus orígenes el edificio era una cabaña de dos habitaciones con una chimenea baja. Era antigua, tal vez de los años cincuenta. Habían agregado otra habitación unos años antes, y una moderna antena se erguía a un lado de la chimenea. Otras incorporaciones recientes consistían en un armazón de dos por cuatro cubierto con lonas. Ruth también vio tres entoldados bajos de plástico claro. Invernaderos.

Cinco adultos y un chico estaban juntos, alejados de la cabaña, en la carretera, con el mismo número de miembros de las fuerzas especiales vestidos de camuflaje y un hombre de las fuerzas aéreas vestido de gris azulado. Los dos grupos no se mezclaron. Los soldados sostenían rifles de asalto, los cañones apuntaban al suelo.

Ruth frunció el ceño. ¿De verdad era así como pensaban tratar a aquella gente, como ganado?

—Flanqueadla —dijo el marine que estaba a su lado. La orden funcionó como un conjuro. El movimiento hizo que ella desviara la vista de nuevo hacia los invernaderos. Vio dos siluetas que se escondían, una de ellas sacó el brazo, y los soldados levantaron las armas...

Una mujer en la carretera gritó:

—¡Lindsey, por Dios, no!

Su pánico estridente se perdió enseguida entre voces masculinas.

—¡Sólo son niños!

—Niños...

—Bajad las armas —ordenó Hernández—. Por el amor de Dios.

Los marines que rodeaban a Ruth bajaron los rifles al oír la risa de una niña, clara y entrecortada.

—¡Lindsey! —chilló la mujer. La niña salió al aire libre, les apuntó con su palo y dijo «pam, pam, pam» antes de agacharse detrás de los bloques de hormigón de un invernadero.

Ruth la contempló, incluso después de que Todd le diera un suave codazo y hubieran reanudado la marcha. Al parecer la niña tenía nueve o diez años, llevaba un chubasquero amarillo que le colgaba como una bolsa de basura de cien litros. Era obvio que estaba encantada con los soldados.

Ruth meneó la cabeza y sonrió. Sentía una emoción demasiado compleja en su interior para expresarla con palabras, pero aquella niña era una esperanza. Era el futuro. Llegado el caso, la humanidad se recuperaba de cualquier cosa. Los seres humanos tenían una enorme capacidad de adaptación.

Los soldados la separaban de los seis californianos mientras Hernández se presentaba. Ruth se quedó tras los dos miembros de las fuerzas especiales. Cinco de los seis, dos mujeres, dos hombres y un chico, estaban demacrados y sucios. Normal. El último hombre la dejó helada.

Tenía la cara y el cuello acribillados por un sarpullido de ampollas y picotazos que le deformaban la barba negra, viejas cicatrices mezcladas con fragmentos grandes en curación y marcas que sangraban. Tenía el sufrimiento reflejado en sus ojos oscuros, y Ruth creyó ver culpa. Era alguien que había ayudado a diezmar un planeta entero, fuera por accidente o no. La expiación no estaba a su alcance. Había pagado un precio terrible, intentaría hacer más, siempre quedaría sumido en su dolor... y aun así el sentimiento de Ruth no era de odio, ni siquiera una repugnancia primitiva. Era de respeto. De intimidación.

—Señor Sawyer —dijo, y le tendió la mano.

Tenía los dedos ásperos y nudosos, pero su sonrisa era frágil.

—No —contestó—. Me llamo Cam.

—Me llamo Ruth —le dijo la mujer, que le sostuvo la mano durante un instante más. Aunque fuera por demostrarle algo a él o a sí misma, Cam agradecía el esfuerzo.

Sabía que era un monstruo y que sus manos eran lo peor. Tenía el meñique derecho corroído hasta el hueso en la primera articulación, y la piel del tejido cicatrizado casi le impedían doblar ese dedo. Los daños nerviosos le habían arrebatado el sentido del tacto también en el anular, de manera que no podía agarrar bien.

—Viniste con Sawyer... —dijo Ruth, en voz baja, con cuidado, pero su mirada de inteligencia era implacable.

Uno de los otros civiles protestó, un chico moreno con la barbilla ancha y un hoyuelo. El hombre levantó las cejas en señal de impaciencia.

—¿Dónde está el señor Sawyer? ¿Está bien?

—Está durmiendo —dijo Cam—. Por lo menos estaba durmiendo.

—¡Durmiendo!

El oficial, Hernández, tuvo más tacto.

—Tenemos que verlo, hermano. —«Hermano.»

Cam sintió que volvía a esbozar una sonrisa. Aquellas tres sílabas evocaban tanto de lo que había perdido...

—Vamos a esperar unas horas, ¿de acuerdo? Está mejor cuando ha descansado.

Hernández miró el sol y luego la cabaña.

—De verdad —dijo Cam—. No tiene un buen día.

—De acuerdo. —Hernández se volvió hacia uno de los soldados vestidos con uniforme de camuflaje—. Capitán, ¿por qué no les preparamos a esta gente una buena comida y vemos si podemos ofrecerles atención médica?

Hollywood se llamaba Eddie Kokubo. Edward. Ésa fue su única mentira. La cima podría haberlos abastecido a todos sin problemas, y la gente de allí tenía ganas de ayudar, estaban ansiosos por ver caras nuevas, reconstruir algo parecido a una comunidad.

Cam recobró la conciencia en su casa, bajo la luz amarilla y brillante de una linterna. Oía el desdichado sollozo de una mujer entre su propia agonía. Cam sólo tenía espacio en su mente para una pizca de comprensión y el terror confuso y recurrente a que se lo comieran.

Estuvo a la deriva en aquel lugar durante días, salía a la superficie con irregularidad, pero tenía ganas de escapar de sí mismo.

Ochenta y una horas después de alcanzar la altura deseada, se despertó cuando le estaban cambiando los vendajes, solo en una cama de verdad. El doctor Anderson se parecía tanto a como se lo había imaginado por las descripciones de Hollywood que

se olvidó de que no se conocían. A sus cuarenta y tantos años, canoso, Anderson no tenía sobrepeso, pero sus mejillas ovaladas y los dedos regordetes le daban un aire de satisfacción, reforzado por sus lentos movimientos. Su esposa, Maureen, era menos amable, una pelirroja con arrugas en la frente y junto a la nariz puntiaguda.

—Doctor An... —dijo Cam.

Maureen dio un respingo al oírle hablar con aquella voz ronca. Anderson se limitó a detenerse y luego levantó la mirada desde el pie izquierdo de Cam.

—Estás despierto —le contestó, para darle ánimos.

Así transcurrieron otras dos semanas, Anderson lo cuidaba con frases pausadas y caldo, luchaba contra la llegada de la fiebre con cantidades sensatas de aspirinas y compresas frías de usar y tirar irremplazables. Casi medio metro cuadrado de la piel de Cam estaba lacerada, tenía heridas que supuraban, y Anderson lo mantenía aislado por miedo a infecciones.

También querían ver si él y Sawyer contaban la misma historia. Le preguntaban un poco cada vez. La mayoría de las veces Anderson aceptaba su versión, pero Maureen probaba para encontrar incoherencias, con los ojos verdes como el jade, y su estado resultó ser una perfecta excusa para evitar responder demasiado rápido. Desviaba la mirada o respiraba hondo, sin necesidad de fingir dolor o cansancio lo pensaba todo lo mejor que podía hasta que estaba seguro de tener claras sus medias verdades.

Él y Sawyer eran los únicos que podían hablar.

Hollywood se había desangrado en una hora, y a su lado ahora había dos tumbas más. Jocelyn Colvard y Alex Atkins también habían llegado a rastras aquella noche, demasiado tiempo después de que Cam y Sawyer arrastraran a Hollywood hasta la barrera. Jocelyn había muerto al instante de un derrame cerebral, pero Atkins duró casi siete días, murmuraba, tosía, en un estado de coma inquieto que dio paso a una muerte agónica.

Cam nunca sabría cómo había caído Jim Price. La vida no era como la televisión, donde se libraba un duelo cara a cara, perfecto e inevitable, entre el bueno y el malo. En su situación, ni siquiera se distinguía cuál de ellos era el bueno.

Price debió de quedarse clavado en algún lugar demasiado al este en lo alto del valle. Después de todo, salir en coche de Woodcreek había sido una elección equivocada, y Price y el resto habían muerto por tomarla.

Sawyer, como siempre, tenía razón incluso en los casos extremos. La poca gente que quedaba en aquella montaña había oído el tiroteo del valle. Supuso que había buenos y malos, y, al cargar a Hollywood con ellos, Cam y Sawyer se habían ganado su amistad y su confianza.

Dijeron que se habían peleado porque Price tenía planeado convertirse en una especie de rey. Él y sus partidarios habían asaltado una armería de Woodcreek, ellos

les hicieron frente pese a ser menos, y sus amigos murieron por su culpa. Erin, Manny, Bacchetti.

Maureen se ablandó cuando Cam describió los días que Hollywood había pasado con ellos.

—Así que Eddie al final consiguió que alguien lo llamara así —dijo ella. Bajó la mirada al suelo y ofreció a Cam sus historias para ayudarle en su curación.

En la habitación contigua, Sawyer gemía y gritaba, despertaba a Cam con su alboroto constante, pero la empatía de Cam estaba reservada a los fallecidos y a aquella gente buena y generosa.

Sawyer merecía sufrir.

Eddie Kobuko había inventado buenas razones para meterse en el mar invisible, pero Maureen creía que su primera y principal motivación había sido un desengaño. Eddie simplemente no había encajado allí. Los cuatro adultos eran parejas casadas, el más joven tenía treinta y tres años, y el mayor de los niños, sólo once. Había otro hombre, pero durante la primera primavera había sucumbido a un problema hepático, y ninguno de los otros que habían llegado tambaleándose a aquella montaña al principio de la plaga había durado más de una semana, destrozados por las heridas internas.

Desde el principio, Eddie, de dieciocho años, nunca fue excluido de forma intencionada, excepto cuando los niños estaban enfrascados en juegos demasiado infantiles para él, o cuando los adultos hacían sus planes, o cada noche, cuando todo el mundo se iba a la cama.

No estaban solos del todo. Veían humo de hogueras en un bulto al noreste, y observaban al grupo de Cam con los prismáticos.

A Cam aquello lo inquietó, pero no preguntó. «¿Nos visteis comiéndonos los unos a los otros?» Cuando salió echó un vistazo al sur. Se veía su precipicio favorito, junto con varias crestas y peñascos, aunque la mayor parte de aquel pequeño pico se inclinaba hacia el oeste y el sur, lejos de la montaña. No vio rastro de los que habían quedado atrás, ni humo, ni movimiento, pero estarían ahorrando combustible para el invierno, y en cualquier caso se reservó algunas miradas a su antiguo hogar tras estar seguro de que no sólo sus mentiras estaban a salvo. El valle le provocaba demasiado dolor.

Un mes tras otro Eddie había malgastado pilas intentando contactar con ellos por radio, había derrochado madera y escrito palabras gigantes en rocas, y una mañana se fue y dejó sólo una nota firmada con el audaz nombre que había elegido: Hollywood.

Aquella noche encendieron varias hogueras para alertar a la gente del otro valle o para que ayudaran al pobre Eddie a encontrar el camino de regreso. El viaje era absurdo y casi irrealizable. Era un adolescente, y aun así se había reivindicado incluso ante sus más elevados sueños.

Sin Eddie, tal vez Sawyer jamás hubiera conseguido una radio.

Los dos médicos de las fuerzas especiales examinaron primero a Cam en la relativa intimidad del avión de carga, y los demás soldados dejaron que los niños se entretuvieran mientras levantaban tiendas y cavaban un hoyo para el fuego. Pese a que los enfermeros tenían menos formación que el doctor Anderson, sus suministros lo compensaban. A Cam le volvieron a vendar el persistente sarpullido bajo el brazo derecho y le dieron antibióticos de amplio espectro, aunque le advirtieron que le podían provocar diarrea. Anderson coincidió en que el riesgo de deshidratación era mejor que confiar en que su desgastado sistema inmunológico superara la infección.

Los médicos ni siquiera intentaron tratarle los problemas dentales. Se habían comido toda la pasta de dientes que habían encontrado en sus expediciones de saqueo por el valle, y Cam llevaba meses toqueteándose una cavidad. Los pedazos de hilo dental que había compartido con Erin y Sawyer, los pocos cepillos que habían gastado hasta desmocharlos, probablemente habían evitado que desarrollara problemas peores, pero hacia el final de su ascenso la plaga de nanos le destrozó la encía superior izquierda. El colmillo y la muela estaban sueltos, agonizantes. Los dos tendrían que caerse pronto, y el hueco seguiría deformándole el contorno de la cara.

Al salir del avión, Ruth y los otros dos científicos interrogaron a Maureen. Luego se dieron la vuelta y el bocas de D. J. enseguida le soltó:

—¿Dónde está el laboratorio de Sawyer? ¿Sabes la dirección?

Cam esperaba impaciencia, pero aquel tipo estaba nervioso. Todos lo estaban. ¿Por qué? No era por falta de armas.

No deberían haber hecho esa pregunta.

Ruth intervino enseguida y miró a D. J.

—Necesito sentarme —dijo—. Estoy cansada. ¿Podemos sentarnos y hablar?

Cam asintió, y se dirigieron con D. J. y Todd al lado descendiente de la carretera, no muy lejos de los aviones, ni de los dos marines que velaban por la seguridad de los científicos. Aquel arcén de asfalto y gravilla suelta se había convertido en el lugar favorito de Cam porque los niños iban allí con frecuencia y arrancaban trozos entre gritos, y porque las vistas daban al oeste, lejos de Bear Summit.

No obstante, ni D. J. ni Todd eran buenos conversadores.

D. J. no sabía escuchar, y Todd no abría la boca, no paraba de rascarse una vieja cicatriz que tenía en la nariz y miraba en cualquier dirección menos el perfil destrozado de Cam.

—Vamos a vencer a la plaga —dijo Ruth—, lo juro. —Cam apenas alzó la vista de la piedra que había cogido, un fragmento de cuarzo lechoso atravesado por vetas naranjas y negras.

Aquel día la puesta de sol no iba a ser espectacular, sin nubes, el sol amarillo caería hacia el margen del mundo sin cambiar de tono ni intensidad. Los saltamontes

no paraban de cantar.

—Ya estuvimos cerca —insistió Ruth—. Lo suficiente para hacer pruebas en condiciones de laboratorio.

Él asintió. Era lo único que quería oír. No obstante, no había reaccionado ante su llegada como él mismo esperaba. Volvió a hacer girar la reluciente roca blanca en sus nudosas manos.

Pensaba que había superado la autocompasión, y aun así se sorprendía evitando los ojos de Ruth. Lo miraba con el mismo asombro sincero que los niños, hablaba con compasión y con una deferencia pasmosa, y le afectaba de una manera distinta que la repugnancia de D. J. Porque no se lo merecía. Porque lo único que sentía era repugnancia, hacia sí mismo, su aspecto, su pasado.

Aquella mujer inteligente y valiente jamás habría sido tan respetuosa de haber sabido la verdad.

Pocos hombres habrían encontrado guapa a Ruth, pero estaba sana, era esbelta y delicada. Cam quería gustarle, por eso precisamente no podía confiar en ella. Aún no.

—Estáis con los rebeldes —dijo él con toda naturalidad, sólo para ver su reacción. No importaba. Sawyer era suyo, a menos que alguien llegara en avión y disparara a todos esos soldados. Dios. No era de extrañar que tuvieran tanta prisa.

Ruth parecía asustada, pero no se amedrentó cuando él levantó la mirada.

—¿Qué? No, somos de Leadville.

—Entonces deberíais saberlo.

D. J. lo interrumpió:

—Eso son sandeces. Dinos dónde está el laboratorio.

—Deberíais saberlo. —Cam no tenía ni idea de dónde estaba el laboratorio de Sawyer. Había sido tajante en ese asunto en sus comunicaciones por radio. Se negaba a revelar la ubicación hasta que fueran a buscarlo, lo trataran y lo llevaran a un lugar donde estuviera bien alimentado, protegido y limpio.

Cam suplicó al doctor Anderson que llamara a Colorado antes siquiera de decirles cómo se llamaba, tras haber identificado a Sawyer. Por desgracia, la radio de aficionado no era como coger el teléfono. La familia que vivió allí guardaba un equipo de radio como pasatiempo y para urgencias, tenía voltaje más que suficiente para cubrir la distancia, pero a menos que hubiera alguien a la espera, en el momento justo, en la frecuencia adecuada, la emisión era igual de eficaz que una oración. Además, durante esa época, casi todo el tráfico de radio se producía en las frecuencias militares o federales. Nadie seguía los canales de aficionados.

La Estación Espacial Internacional habría sido un repetidor ideal, los supervivientes habían contactado con ella varias veces durante el año pasado, de manera que empezaron a transmitir en un horario preciso y rotativo, convencidos de que interceptarían una de las órbitas. Pero la EEI nunca contestó.

También habían entablado muchos contactos en tierra, tanto próximos como remotos. En diez días habían establecido unos cuantos. Nadie podía ayudar. La mayoría se sentía igual de impotente, enclavados en puntos altos repartidos por la costa, y los de las Montañas Rocosas se habían esforzado durante todo ese tiempo en mantenerse neutrales entre Leadville y sus enemigos.

Cam era consciente de la guerra civil que se desarrollaba poco a poco a lo largo de la Divisoria Continental. Hollywood los había informado de lo poco que sabía de ello, con una curiosidad distante. Esas hostilidades complicaban los intentos de los supervivientes por avanzar mil kilómetros.

El silencio se convirtió en un mar invisible en su mente, un mar ancho y desolado, en el que se aventuraban todas las noches, cuando la recepción era mejor, pero los días pasaban y la actividad atmosférica les impedía enviar una señal clara. Algunas noches persiguieron contactos intermitentes sólo para luego descartarlos por ser bromas o simplemente porque estaban demasiado lejos.

Al final, pasadas tres semanas de su llegada a aquella montaña, Cam y Sawyer hablaron con un experto en nanotecnología de Leadville llamado James Hollister. Sin embargo, las emisiones abiertas podían ser interceptadas por cualquiera que estuviera en la misma longitud de onda. Cam estaba preparado para ver llegar en avión a personas que no fueran de Leadville porque otros habían oído fragmentos de sus conversaciones.

—Me parece que Hollister les habrá contado todo lo que les explicamos por radio —dijo Cam, y D. J. levantó las cejas de rabia.

—Tendrás tu premio —dijo D. J.—. Lo que quieras.

—Quiero saber de dónde sois.

—Eh, vamos. —Ruth intentó darle un codazo a D. J. con la escayola, al tiempo que le hacía un gesto de resignación a Cam—. Aquí todos estamos en el mismo barco.

Cam recordó cuando él ejercía de pacificador.

—James nos ha dicho que sólo Sawyer sabe la ciudad —le explicó ella—. Creímos que estabas ocultando información... aunque no hemos empleado precisamente nuestros mejores modales.

¿Era broma? Cam alzó la mirada, pero ella estaba ya encarada con D. J. y lo castigaba con su sarcasmo. Entonces Ruth y D. J. giraron la cabeza al oír pasos que el mal oído de Cam percibió un instante después.

Maureen se movía con suavidad por detrás de ellos, en un ángulo extraño, para evitar a los dos soldados que la rondaban.

—Está despierto —dijo Maureen.

Ruth se sentía incómoda con la sensación de que iba a encontrarse con el destino, y esa idea cobró fuerza mientras caminaban hacia la cabaña. Aquel extraño estado de ánimo era una mezcla de anticipación, alivio y preocupación al ver que, por fin, había llegado el momento. Pero había algo más. Se sentía identificada con Cam, tan desgraciado, tan afortunado, hasta un punto que sólo empezaba a intuir.

Tal vez habría sentido la misma serena simpatía hacia cualquiera en su situación, pero una cadena de acontecimientos los había unido. Su padrastro lo habría llamado «divina providencia». Demasiadas circunstancias, muchas decisiones y accidentes ajenos a sus vidas individuales.

—Va a tener que tomárselo con calma —advirtió Cam a D. J.

—Eso no es problema, como usted diga —dijo Ruth enseguida.

—Ustedes sigan mi ejemplo.

Aun así, pensó ella, el principal factor para que ella estuviera allí entonces, aquella noche, en realidad era sólo la fuerza de la naturaleza. Hasta el Año de la Plaga la humanidad había olvidado, en sus ciudades, rodeadas de comodidades, la mano divina de las estaciones.

El fin del invierno había dictado aquel encuentro.

El deshielo primaveral había permitido que Cam y Sawyer cruzaran el valle, y también había permitido que la lanzadera aterrizara. Gracias a la primavera se habían reanudado las guerras entre rusos y musulmanes, y entre chinos e indios.

Cam renqueaba para no forzar la pierna derecha. En los escalones delanteros de la cabaña se detuvo y se volvió, les bloqueó el paso sin ni siquiera mirar a D. J., aunque sacó un brazo para impedirle el paso cuando intentó rodearlo.

—Espere —dijo Cam. Observaba a Hernández y los dos médicos, que acudían presurosos desde el avión de carga, seguidos por el doctor Anderson, los cuatro niños y muchos más soldados.

D. J. se sintió ofendido.

—No tenemos por qué...

—He dicho que espere. —El rostro quemado de Cam permanecía impasible, y, aunque usaba un tono de voz neutro, tenía el cuerpo echado hacia delante, así que D. J. se calló y retrocedió.

Se acercaron los dos marines, el más próximo le dio un golpe a Todd con las prisas. Ruth vio que la mirada de Cam se paseaba entre los soldados una vez, dos. Luego apartó el brazo del camino de D. J.

Los saltamontes rompían el silencio, cric, cric, cric, tan ocupados e insistentes como los pensamientos de Ruth.

Cam era todo un misterio con sus incoherencias. Había sido firme con Hernández,

sin hacer caso de la petición inicial del comandante de ver a Sawyer, había mostrado la misma dureza con D. J., y estaba claro que era peligroso. Pero con ella era amable. ¿Porque había sido educada o sólo porque era una mujer?

Supuso que Cam actuaba en todo momento de manera muy consciente y deliberada.

D. J. actuaba como si no viera más allá de las cicatrices, pero Cam era lo bastante listo y lúcido para inquietar a Ruth. Pasados sólo treinta minutos había deducido que algo iba mal entre ellos y Leadville. ¿Cómo podía ser tan intuitivo?

Era joven, de la edad de Todd, pero había sobrevivido cuando muchos otros habían muerto. Ruth suponía que se debía a la educación que había recibido en casa, una educación a la que pocos tenían acceso.

El Año de la Plaga. En aquel lugar ese nombre encajaba, y Ruth se sintió de nuevo ajena y distante. Había tenido suerte. Era una idea extraña después de tantas dificultades y muertes, pero durante todo ese tiempo ella había sido muy afortunada.

—Comandante —dijo Cam cuando Hernández llegó con su pequeño grupo—. No puede entrar toda esa gente.

Hernández era amable.

—Los niños no entran, hermano.

Ya había usado antes esa palabra en español. ¿Qué significaba, «señor», el equivalente a «caballero»? Ruth conocía la palabra «amigo», pero pensó que sería más propio que Hernández tratara a Cam con formalidad aunque intentara manipularlo.

Hernández había hecho lo mismo con ella.

Cam meneó la cabeza una vez para negarse en redondo.

—Dos o tres personas además de mí. Nadie más. Tiene que ser así. Y las cámaras se quedan aquí fuera.

Un soldado había llevado un equipo de grabación, una minicámara, una cámara de video más grande, un trípode, unos pinganillos y cintas y pilas.

Hernández se quedó mirando un instante a Cam. Luego meneó la cabeza.

—Me temo que son órdenes —dijo.

Llegaron a un acuerdo. Hernández se mantuvo inflexible en cuanto a que entraran los tres científicos, pero aceptó entrar con sólo una cámara que llevaría él mismo.

Ruth siguió a Cam hacia las sombras de la habitación delantera, el salón, que se veía despejado y como en orden. Entonces Cam alzó la mano para que se detuvieran y se agachó para entrar él solo en un dormitorio adyacente.

Por debajo del hedor no muy desagradable del humo de la leña, Ruth olió a sudor y mugre antiguos. Hernández levantó su minicámara y apretó el botón de grabar, que emitió un pequeño sonido, al parecer como prueba. La bajó cinco segundos después. D. J. miraba a su alrededor con una ceja levantada, y Todd se balanceaba sobre los

talones.

Muy parecida al cuarto de Ruth en Timberline, aquella cabaña carecía de mobiliario. No había sofá, ni sillas, todo se había utilizado como leña. Había un par de sacos de dormir doblados en el suelo de madera, cerca de la chimenea, sin duda para dos de los niños. Encima de unos estantes estaba el equipo de radio.

Aquella imagen la hizo apenarse de una manera vaga y difusa. Gus podría haber oído a aquella gente si hubiera seguido las frecuencias de radioaficionados durante la primera semana. Era evidente que la voz de Gus había resonado en aquella habitación más de una vez. Sin embargo, a mediados de abril Gus había estado ocupado con las transmisiones militares y la preparación del aterrizaje, y luego la EEI se había quedado vacía.

¿Y si hubieran hablado? Ella no estaría allí, tal vez ninguno de ellos, ni siquiera la unidad de las fuerzas especiales. El consejo ya tendría a Sawyer y su equipo.

Aún podía pasar. James les iba a cubrir, le diría a Kendricks que estaba ocupada si el senador preguntaba por ella, pero era inevitable que los aparatos de escucha en todos los laboratorios captaran conversaciones sobre quién estaba ausente, y Ruth daba por sentado que las cintas se repasaban a diario.

En cualquier momento podían llegar nuevas órdenes que alertaran a Hernández de que estaba rodeado de traidores.

O podría estar aterrizando otro avión en ese mismo instante.

—Está bien —dijo Cam, y se volvió hacia Ruth. Hizo un gesto con una garra llena de costras—. Se encuentra bien.

Albert Sawyer era un hombre que parecía una vela de cera deformada, encogido y contrahecho. Se había sentado, o había pedido que lo incorporaran, contra la pared de un lado de la cama.

Debía de querer aparentar la mayor entereza posible, pero los daños cerebrales habían arrebatado a Sawyer el control muscular en la mayor parte del lado derecho, tenía un ojo caído, la mejilla flácida y la cabeza inclinada hacia el hombro. También había perdido demasiado peso, de manera que la carne se le pegaba tensa al cuerpo. Si la cara morena de Cam parecía escoriada o quemada, la piel más blanca de Sawyer se había convertido en un pellejo de color violeta cubierto de bultitos. Su cabeza larga, en forma de bala, sólo tenía mechones de pelo.

Cam y Maureen los habían avisado, pero Ruth contuvo la respiración y Todd se quedó petrificado en la puerta, le daba codazos a Hernández al tiempo que se tapaba la nariz.

Ella vio la reacción de sus compañeros reflejada en la mitad viva del rostro de Sawyer. El ojo izquierdo se abrió de par en par. Le brillaba de la emoción.

—Han venido a verte unos figurines —dijo Cam, en un tono demasiado alto y desenvuelto que ella no había oído antes. Sawyer desvió la mirada con rabia y Cam

volvió a hablar y atrajo hacia sí su único y siniestro ojo—. ¿Habías visto alguna vez alguien con la manicura tan bien hecha?

Sawyer abrió la boca.

—Güena gopa.

—Muy buena. Un poco más y vienen vestidos de etiqueta.

Estaban jugando, jugando a que eran sus rivales, pero Cam conocía mejor a Sawyer y sabía lo que se hacía, y ellos no le habían dejado mucha opción al humillarlo nada más verlo.

Si aquel hombre destrozado se reía de ellos, tal vez al final revelaría sus secretos.

Hernández hizo un amago de saludo y bajó la minicámara a la altura de la cadera.

—Soy el comandante Frank Hernández —dijo—, segunda división del Cuerpo de Marines y jefe militar de la expedición.

Había sido amable. Rimbombante, pero amable. Tenían que lograr que Sawyer se sintiera importante, dejarle claro que habían llevado a los mejores.

Incluso D. J. fue educado.

—Soy el doctor Dhanum...

—¡Arg! —Sawyer dio una sacudida y cerró los ojos. Por un momento Ruth pensó que era una palabra que no había entendido, pero a Sawyer no le interesaban las presentaciones. Ruth suponía que Cam le había explicado quiénes eran, y eso le bastaba.

Ella observó la boca contrahecha de Sawyer y analizó los sonidos.

—Peo sarrollar un nticuepo, Acos señado así.

—Puedo desarrollar un anticuerpo —tradujo Cam—. Arcos fue diseñado así, como una plantilla adaptable...

—¡Eh! —volvió a gruñir Sawyer ante la explicación de Cam—. Pantilla daptable —dijo, con todo el mal genio de un niño de tres años que quiere que se siga el ritual de su historia favorita.

Cam lo repitió con cuidado.

—Una plantilla adaptable.

Ruth apartó la mirada, sintió un fugaz estremecimiento, el horror en su interior iba en aumento. Los demás también guardaban silencio.

El cerebro de Sawyer había sufrido daños tan graves como los de la piel.

Él los miró, desafiante, provocador. Cam le dio unas palmaditas y Ruth se arrodilló en el suelo de madera desgastado, por debajo de Sawyer en vez de seguir de pie, por encima de él. Psicología básica. Podían reducir su inquietud demostrándole que eran un público atento. Hernández y Todd siguieron el ejemplo, pero D. J. miró a Cam, que se quedó de pie. D. J. se agachó, reticente.

Sawyer volvió a mascullar algo y Cam dijo:

—Íbamos a curar el cáncer en dos años, tal vez menos.

D. J. arrugó la frente.

—Estaba todo en nuestro...

Ruth le dio un golpe, le clavó los nudillos en la pierna. Sí, ya sabían los hechos básicos, pero iban a dejar que Sawyer alardeara. El nombre «Arcos» era nuevo, probablemente útil, otra pista que podía seguir el FBI, registros de patentes, archivos de empresas. Tal vez podrían ser más listos que Sawyer si éste les daba pistas suficientes pero se negara a cooperar.

O si era incapaz de colaborar. Nadie sabía lo que ocurría en su cabeza.

Los aleccionó sobre la mecánica del nano. Arrastraba las palabras, miraba las sábanas o dejaba vagar su ojo por sus rostros. Sin embargo, o aún no estaba acostumbrado o se negaba a aceptar sus condiciones físicas, y no cesaba de toser para tomar aire a media sílaba. Una vez le dieron arcadas. Después de cada ataque se pasaba el brazo sano por la boca para limpiarse la baba, y se ponía a darse golpecitos con el dorso de la mano contra los labios.

Cam traducía con seguridad y paciencia, aunque pasado un rato se sentó en el borde de la cama y estiró una pierna. A veces su entonación era vacilante, pero no dudaba en las frases técnicas. Ruth pensó que debía de haber sido él quien había hablado con James, aunque probablemente Sawyer se había puesto alguna vez al micrófono.

Ruth quería sentir la misma simpatía por él que experimentaba por Cam, pero en aquel momento sería una emoción muy distinta en su interior. Sawyer debía de haber sido un gran hombre, capaz de grandes cosas, de participar en el desarrollo del prototipo Arcos, pero que no quisiera darles la ubicación de su laboratorio era imperdonable. Era una amenaza para ella. No importaba que tal vez no fuera una elección del todo consciente.

Sawyer no había dejado que su culpa se convirtiera en la carga que era tan evidente en Cam. Lo que quedaba de él parecía poseído por la rabia amarga de un inválido, y sus heridas eran más profundas al ser consciente de todo lo que había perdido.

Protestaba articulando sonidos roncós una y otra vez. Protestaba porque su cuerpo le fallaba, o porque Cam interpretaba mal las palabras o incluso por anticiparse correctamente a lo que tenía pensado decir a continuación.

Hernández grababa a los dos hombres, manteniendo la cámara pegada a su cuerpo. El ángulo era malo, y el cuarto iba oscureciéndose a medida que caía el atardecer al otro lado de la ventana, pero lo más importante era la grabación de audio.

Sawyer estaba representando un papel.

¿Pensaba que tenía que convencerlos de su identidad, o sólo trataba de defender lo que había hecho ante sí mismo? Ruth suponía que no les había dejado que se presentaran para no tener que usar sus nombres. Era consciente de sus limitaciones.

Su memoria a corto plazo no era de fiar, aunque seguía siendo lo bastante astuto para disimular su debilidad.

Se estaba justificando.

Laboriosamente, explicó dos veces más que el Arcos había sido diseñado para salvar vidas. Cuatro veces insistió en que no había tenido nada que ver con que se extendiera la plaga.

A Ruth le recordó de nuevo a un niño pequeño que intenta hacer que algo sea real repitiéndolo una y otra vez.

—¿Cuál era su especialidad? —preguntó ella, pasados unos veinte minutos. No sabía cómo reaccionaría Sawyer ante su interrupción, pero ya se estaba poniendo cansino y temía que los tuviera allí cautivos toda la noche aunque cada vez fuera más incoherente. Tal vez habría sido mejor que D. J. lo interrogara desde un principio.

—La eficacia de la reproducción es mía —les dijo Sawyer, a través de Cam, y su orgullo era lo bastante fuerte para que su rostro flácido y erosionado esbozara lo que a Ruth le pareció una sonrisa.

Era así de sencillo. Los restos de su autoestima se apoyaban en quién había sido, y sólo en eso, y le daba pánico que lo excluyeran una vez recuperados sus archivos y su equipo.

No le quedaba nada más.

—La velocidad de reproducción será nuestro mayor obstáculo —dijo Ruth, y no era mentira—. James le dijo que tenemos un método de discriminación que funciona, ¿verdad?

Tendrá que revisarlo, pero el nano vacuna no servirá si no logramos controlar el proceso de reproducción.

Él la miró en silencio. Tal vez sopesaba si era sincera. Ruth se preguntó hasta qué punto veía Sawyer en aquellas sombras.

D. J. se movió, dio un manotazo en el suelo y atrajo la atención de todos.

—Yo diría que vale la pena rediseñar el motor —dijo—. No necesitamos el fusible, y es otra manera de recortar un poco de masa adicional.

De nuevo la sonrisa de Sawyer. Debía de ser la primera oportunidad de hablar de su trabajo que tenía en quince meses. Farfulló algo y Cam dijo:

—De acuerdo, pero el trabajo de diseño ya está hecho. Freedman añadió el fusible más tarde. Podemos construirlo directamente a partir del esquema original.

—Estupendo —dijo Ruth. Eso les ahorraría días, incluso semanas, y les había dado otra pista. Freedman.

Cam volvió a hablar por Sawyer.

—¿Nos vamos mañana?

Ruth se enderezó, apenas podía contener la emoción.

—Sí, mañana por la mañana —dijo Hernández.

Sawyer asintió, satisfecho.

Sin embargo, el silencio se prolongó. Sawyer se daba golpecitos en la boca y D. J. cambió de postura una vez más.

—Sería mejor que nos dijeran ahora dónde está su laboratorio —dijo Hernández.

—¿Qué?

—Hay que hacer muchos preparativos.

—¡Colorado! —El ojo de Sawyer mostró confusión y furia, y Ruth cerró el puño.

Quería que lo llevaran al este. ¿Por qué? ¿Qué esperaba encontrar allí? Seguridad, comida, atención médica de primera... pero ningún médico podría curarlo jamás.

Quizás ése era el problema. Tal vez no le interesaba salvarlos si ellos no podían salvarlo a él.

Hernández mantuvo la calma.

—Imposible —dijo—. Ése nunca fue el trato. No podemos desperdiciar el combustible yendo y viniendo, y necesitamos garantías de que podemos recuperar todo lo importante.

—Que tjodan. Colorado.

—Nos lo dijeron —dijo Cam, pero Sawyer movió la cabeza adelante y atrás, en un gesto brusco. La pierna que tenía levantada por debajo de las mantas se cayó a un lado y Sawyer perdió el equilibrio. Cam lo agarró del brazo—. Nos dijeron que primero tenías que decirles dónde estaba el laboratorio.

—¡Suétame! —Su voz era como un alarido—. ¡Suétame!

Cam obedeció. Apartó su mano de retorcidos dedos de la camisa de Sawyer, pero entonces empujó las costillas de Sawyer con la palma de la mano, haciendo fuerza. Pareció espontáneo, un acto debido al sufrimiento reprimido durante mucho tiempo. El arrepentimiento de Cam fue obvio e inmediato. Volvió a agarrar a Sawyer cuando éste se desplomaba sobre la cama, lloriqueando de dolor.

—¡Aaaah! ¡Aaaah!

Hernández se puso en pie de un salto, dejó la cámara en el suelo, pero se quedó atrás mientras Cam se inclinaba sobre Sawyer. Le dio palmaditas en la espalda mientras le decía en voz baja:

—Lo siento... eh, lo siento...

La respuesta de Sawyer sorprendió a Ruth. Fue sin rencor, ya no había aquel regocijo cruel en el poder que tenía. Contestó a Cam en el mismo tono de disculpa.

—Ora no, ¿ale? Ora no.

—Ahora no, de acuerdo, claro. —Cam se volvió hacia ellos, pero evitó su mirada—. Por el momento ya basta.

La comida les trajo al principio recuerdos dolorosos. Leadville había incluido carne fresca en sus provisiones, un costillar lo bastante grande para reconocer que era de vaca. También habían llevado dos bolsas de carbón vegetal y los soldados hicieron

fuego en el hoyo que habían cavado. Aquel aroma era una tortura en sí mismo, traía el fantasma de las reuniones familiares en verano. El olor se volvió insoportable cuando colocaron la carne en una parrilla, sobre las brasas.

Todos se concentraron alrededor del fuego, excepto Sawyer, los dos médicos y el doctor Anderson. Cam también se quedó dentro, por si Sawyer se negaba a cooperar, y Hernández comprobó dos veces que se le guardaba su ración para más tarde.

El cielo oscureció lo suficiente para que salieran las primeras estrellas. Todd dijo que el punto más brillante era Júpiter, y uno de los soldados afirmó que era Venus. Los niños se abrían paso a empujones entre la gente, a gritos. Ruth se sentó delante, aplacada por el cansancio y la decepción, pero con mucha hambre. Tenía la espalda fría y la cara demasiado caliente. Le dolía el brazo dentro de la escayola.

La voz estridente de Maureen le hizo alzar la vista de la carne.

—¡Tiene que llevarnos con usted!

Al otro lado del fuego, Hernández había estado hablando en voz baja con el capitán de las fuerzas especiales y dos de los pilotos. Maureen estaba ahora detrás de ellos, tras acercarse lo suficiente para escucharlos a escondidas.

Hernández se dio la vuelta y meneó la cabeza.

—No tenemos trajes de contención suficientes, y puede que estemos horas allí abajo.

—Pero vuelvan a buscarnos, llévennos de regreso con ustedes.

—No queremos arriesgarnos a hacer un aterrizaje adicional o malgastar el combustible.

—¡Aterrizaron bien!

Los cuatro niños, que desfilaban entre los soldados con armas hechas con palos, se habían quedado quietos y en silencio ante el arrebató de Maureen. Entonces todos huyeron y se refugiaron tras los adultos más altos.

—¡No pueden dejarnos aquí sin más!

—Lo siento. Les daremos todos los suministros...

—¡No pueden! ¡No pueden!

Ruth volvió a posar la mirada en el fuego mientras Maureen suplicaba en un tono más suave y la otra mujer californiana se echaba a llorar. No se daban cuenta de que estaban mucho mejor allí.

Lo interesante era que Maureen parecía tener la misma falsa idea utópica de Colorado que Sawyer. Ruth también se había creado expectativas poco realistas a bordo de la EEI. Tal vez todo el mundo necesitaba la posibilidad de un refugio seguro, en algún lugar, para salir adelante. Ruth no sabía cómo sentirse al respecto. La entristecía y le daba miedo.

Se restregó los ojos para no mirar y deseó que hubiera otra manera de hacerlo.

La carne era fantástica, la grasa crujiente, casi cruda en el hueso. Ruth comió

demasiado rápido, intentaba no engullir pero no podía controlarse.

Hernández se aseguró de que Ruth tuviera su propia tienda, una de acampada tipo iglú, para dos personas. Los soldados la plantaron entre el fuselaje del C-130 y sus tiendas, más grandes.

Ella se lavó la cara y las manos en un barreño de plástico. Le hubiera gustado, al menos, quitarse la camiseta y limpiarse el cuello y las axilas. Un baño estaría mejor, pero no tenía intimidad, rodeada de soldados, y allí el agua era un recurso muy preciado. A diferencia de Leadville, rodeado de cordilleras y nieve, en aquel pequeño islote sólo había dos débiles saltos de agua, y uno se secaba todos los veranos. Ruth había oído que Maureen le comentaba a Hernández dos veces que había que racionar el agua.

Ruth se quedó mirando el barreño, goteando, reacia a prepararse para la noche pese a sentir un cansancio absoluto. No estaba segura de poder dormir. Allí los insectos eran repugnantes, omnipresentes y ruidosos. Y el miedo de Ruth era como unas descargas incesantes de adrenalina, semejantes a las picaduras de esos mismos insectos. Hernández había informado de las pistas por radio, los nombres «Arcos» y «Freedman», pero podrían pasar días hasta que el FBI encontrara algo útil.

La conspiración ya se habría descubierto mucho antes.

Si Hernández había incluido el nombre de Ruth en su informe, aunque sólo fuera para elogiar sus esfuerzos, sería pronto. Esa misma noche. ¿Qué ocurriría? El combustible era un bien muy preciado, ¿la enviarían de vuelta? ¿Se produciría un tiroteo cuando un grupo de soldados se volviera contra el otro?

Se alegró cuando Cam dio un golpe en una caja de suministros y gritó:

—¡Tengo que verla!

Desde la perspectiva de Ruth, el grupo de hombres era una sombra intrincada, con las linternas enfocadas hacia el cuerpo de Cam. Los soldados parecían dispuestos a impedirle el paso. Ruth salió presurosa y dijo:

—Esperen.

—Quiero intentarlo de nuevo con Sawyer —le dijo Cam—, sólo usted y yo para que no se sienta tan acorralado.

—Yo iré —dijo D. J., que llegó a zancadas al lado de Ruth.

Cam negó con la cabeza.

—No se lo he pedido.

Se movía en la oscuridad como si hubiera nacido para ello, en absoluto entorpecido por su cojera. Ruth y los marines de su escolta no se separaban del incesante cono blanco de sus linternas, miraban abajo, observaban la suave carretera de asfalto en busca de peligros inexistentes. Los cincuenta metros entre su campamento y la cabaña eran distancia suficiente para que Cam los dejara atrás.

Se veía la luz de unas linternas en dos ventanas, en la parte delantera de la cabaña

y en un lateral. En la habitación de Sawyer. La noche, tan cerrada, podría haber incomodado a Ruth, pero intensificaba su sensación de inclusión. La fría oscuridad parecía mucho más abarcable que la luz del día, ocultaba los kilómetros de tierra inhóspita que descendía a sus pies.

Oyó a los niños dentro, débilmente, luego la voz más profunda de un hombre. Las linternas de los soldados se alzaron y captaron a Cam y al doctor Anderson, juntos, en la puerta principal. Levantaron las manos para protegerse la cara.

—Gracias —dijo Ruth a los dos soldados—. Esperen aquí.

—Ah, no, señora. —El sargento Gilbride meneó la cabeza.

—Se trata de no atosigarlo...

—Nos quedaremos fuera de su habitación. No sabrá que estamos ahí. —Gilbride empezó a avanzar, gesticulaba hacia Cam, y la potente luz de la linterna se posó en ellos cuando se abrió la puerta. Entraron, Ruth estaba atrapada entre Gilbride y el otro soldado.

¿Qué les había dicho Hernández a esos hombres, que tuvieran cuidado de que aquella gente no la tomara como rehén para que los llevaran a Colorado? Sawyer era más valioso que ella, y habían hecho todo lo que estaba en su mano para que pudieran contar con él...

Los tres niños tenían varias filas de naipes en el suelo, junto a la linterna, un juego que ella no conocía. El doctor Anderson se arrodilló entre ellos. Cam llevó a los dos marines y a Ruth hacia la habitación de Sawyer y se detuvo allí.

—Usted parece tener sentido común —le dijo Cam, mirándola a los ojos. Ruth se encogió de hombros ante el cumplido. Luego bajó el tono de voz—: Flirtee con él.

—¿Qué? Sí, de acuerdo. —Llevaba el ordenador portátil en un costado, en la mano sana. Se puso el fino maletín contra el pecho, sonriente, además de irritada, porque el verdadero motivo por el que la había escogido a ella eran sus tetas. Era la mujer equivocada.

Él no le devolvió la sonrisa.

—Lo digo en serio. Sin pasarse, sólo para ver qué pasa.

—Ningún problema.

En la habitación de Sawyer reinaba un hedor rancio. Tenía los intestinos hechos un desastre, y su función digestiva estaba muy alterada. El doctor Anderson había dicho que lo que Sawyer ganaba comiendo le provocaba tal desgaste al digerirlo que casi se consumía aún más. Describió heces grumosas, hinchazones y ataques de gritos. Ruth se preguntaba si aquellas flatulencias eran el resultado de haberle dado a comer las costillas. También se preguntó si Cam lo había hecho a propósito, para hacerle daño y que bajara la guardia.

Ella nunca llegaría a comprender del todo la relación entre aquellos hombres, de hermanos, enemigos, cada uno dependiente y al mismo tiempo dominante respecto

del otro.

—Eh, tío —dijo Cam—, ¿te encuentras mejor?

—No. —Sawyer estaba tumbado sobre el costado derecho, su lado más débil, con las rodillas levantadas por debajo de las mantas. La otra mano se movía por el borde del colchón, como un cangrejo. Buscaba a tientas, se paraba y volvía a buscar. Tenía los párpados bajos y la mirada desviada.

Una parte de ella deseaba no estar allí. No tenía ni idea de qué hacer. Su impulso era gritar y suplicar, podían ofrecer muy poco a alguien en el estado de Sawyer. Pensó compungida en Ulinov, el pobre Ulinov, que había intentado durante días y semanas que ella volviera a su trabajo cuando se quedaba absorta mirando por la ventana del módulo de laboratorio.

Sawyer la sorprendió de nuevo.

—Ha vuelto —dijo con bastante claridad, en un tono de arrepentimiento, casi infantil.

Ruth se caía de cansancio, pero Sawyer, mucho más débil, había quedado reducido a un estado muy vulnerable... Era lo que Cam esperaba, lo tenía planeado.

—Quiere saber más de tus ideas —dijo Cam.

—Mucho más. —Ruth levantó el portátil—. Le enseñaré las mías si usted me enseña las suyas.

—Ah. —El gruñido de Sawyer le sonó ambiguo, pero intentó levantar la cabeza, con un temblor en los músculos del cuello que enseguida se convirtió en un estremecimiento. Se desplomó en el colchón con un suspiro.

Cam lo incorporó y le desenredó las piernas. Sawyer soltó un alarido. Ruth se apartó de ellos y se puso a toquetear el portátil mientras los miraba de reojo. Por fin estuvo acomodado. Lástima que Cam se colocara a la izquierda de Sawyer, su lado más fuerte, probablemente por costumbre, porque era más fácil hablar con la parte viva de su cara.

Ruth se sentó cerca, con la voluminosa escayola como un arma o un muro entre ellos. El ojo caído y la mejilla de Sawyer eran una barrera de otro tipo.

—Esto es lo mejor que hemos podido reunir —anunció, y se colocó el portátil abierto sobre las piernas.

El primer gráfico era de Vernon, una progresión simplificada para impresionar a los peces gordos sin conocimientos técnicos. Tenía cuatro cuadrados arriba y cuatro abajo, como una tira de cómic. Mostraba una estrella descomunal en dos dimensiones que representaba a un NAN cazador que atacaba y luego desmontaba una especie de anzuelo que tenía un nano Arcos. La descripción por escrito de cada gráfico era de diez palabras como máximo.

—¿Sáis so hora? —preguntó Sawyer, que soltaba los sonidos a trompicones.

—¿Usáis eso ahora? —dijo Cam.

—No, aún estamos haciendo pruebas. Es una maqueta, pero el trabajo preliminar es sólido, hemos logrado el cincuenta y ocho por ciento de eficacia. No cabe duda de que el método de discriminación funciona.

—Cincuenta cho esmal. —Sus palabras arrastradas seguían siendo incoherentes, pero el tono despectivo era inconfundible.

—Cincuenta y ocho es muy poco —admitió ella—, pero si podemos funcionar más rápido que el Arcos, tal vez no importe que la tasa de error sea alta.

Sawyer se movió inquieto, volvió a gruñir, y Ruth lamentó sus dificultades para hablar. ¿Eso quería decir que sí, que no, o algo completamente distinto? ¿Cuántas cosas se callaba porque le costaba decirlas? Miró, más allá de su rostro deforme, a Cam, en busca de ayuda.

Estaría bien advertirlo, reclutarlo para la conspiración. Cam sería decisivo para seguir controlando a Sawyer, y quizá necesitaran otro par de manos durante la toma del poder, pero había demasiado en juego. Apenas lo conocía, y cabía la posibilidad de que fuera directo a Hernández a contarle la confesión de Ruth.

Siempre alerta, Cam advirtió su mirada y al parecer la interpretó como una provocación.

—A lo mejor tú puedes mejorarlo —le dijo a Sawyer—, hacer que llegue al cien por cien.

—Sí. —Sawyer inclinó la cabeza.

—Tengo pruebas y esquemas —dijo Ruth.

—Déjae ver. —Sawyer trasteó con una mano en el ordenador, Ruth intentó ayudar, aunque, la escayola la estorbaba. Cam intervino y entre los tres consiguieron poner el portátil sobre los muslos de Sawyer.

Avanzó y retrocedió por los datos que Vernon había recopilado, diagramas modulares y análisis de pruebas. Masculló algo entre dientes. Dio un golpe con la mano sana en la cama. Cam observaba la pantalla mientras traducía el gruñido de Sawyer, tal vez con la esperanza de comprender mejor aquellos términos y conceptos:

—Sólo el hecho de introducir esta tecnología NAN en el cuerpo debería mejorar su capacidad para seleccionar el objetivo. Se concentrará en los mismos lugares que el Arcos, en las extremidades y los tejidos de las cicatrices.

Ruth asintió con la precaución de alguien que está en un campo de minas.

—Seguro.

No quería discutir. ¿Y si se callaba durante una semana sólo para castigarlos? Sin embargo, los seres humanos no eran contenedores vacíos. Los organismos de los seres humanos y los animales eran mil veces más complejos que el resto de los integrantes del ecosistema de la Tierra. Esos organismos estaban repletos de venas y tejidos. El sistema sanguíneo podía hacer que la mayoría de los nanos de la vacuna se acercaran a la mayoría de nanos Arcos, pero cada Arcos extraviado allí podría

reproducirse...

Sawyer se le había adelantado.

—El problema es lo que nos dejamos —dijo, a través de Cam—, y este método de discriminación parece bueno. Probablemente se tardaría un año más con todos los que se han dejado la piel en esto para incrementar ese porcentaje. Así que hay que añadir un nuevo componente.

—Más masa nos hará más lentos. —La crítica le salió antes de poder contenerla, aunque Ruth acabara de recordarse que no debía hacerle enfadar.

Sin embargo, Sawyer parecía disfrutar con el reto. Soltó una carcajada ronca y dijo:

—Si ona, ciona.

Cam sacudió la cabeza.

—Perdona, ¿qué?

—Si... —repitió Sawyer, fuerte, con rabia.

—Si funciona, funciona. Por supuesto —dijo Ruth.

El nano Arcos generaba cantidades ínfimas de calor residual, una fracción de caloría cuando despertaba por primera vez dentro de un cuerpo anfitrión y luego setenta y una veces más durante su reproducción. Al modificar el nano vacuna para detectar ese calor como ayuda para la discriminación, Sawyer pensaba que podían garantizar que localizara a todos los Arcos que no hubieran sido destruidos mientras aún estaban inactivos. La persona en cuestión, el campo de batalla, podría experimentar cierto dolor y una acumulación de heridas a largo plazo, pero la mejor manera de mejorar el nano vacuna sería tener un prototipo que funcionara y poder probarlo y perfeccionarlo.

Era una posibilidad. Sería innovador. Y rápido. Sawyer insistió en que no habría que hacer ningún nuevo diseño. Él podía fabricar un sensor térmico programado, y su equipo había utilizado aparatos de fabricación LUVE, láser ultravioleta extremo, con una capacidad mecánica superior al MMFA o la sonda de electrones de Leadville.

—Pero la mayor parte de Stockton se quemó —dijo Ruth. Era el inicio perfecto, suponiendo que el informe del FBI que apuntaba a esa ciudad fuera correcto—. ¿Y si su laboratorio quedó arrasado?

Sawyer se dio la vuelta con rigidez y dirigió la parte animada de su rostro hacia ella. Sus labios agrietados se contrajeron para esbozar una fina sonrisa rígida. Luego meneó la cabeza y pronunció con cuidado cuatro sílabas, encantado como siempre de corregirla.

—Sacramento —dijo—. No vamo a Sacramento, al carent catro de alie sesnta cho.

El cuarenta y cuatro de la calle 68.

Ruth contuvo la respiración, incapaz de disimular su euforia. Sin embargo, el ojo

sano de Sawyer no se separaba del rostro de Ruth, consciente y muy cansado. Ella no lo había engañado. Sawyer había decidido revelar su secreto, tras impresionarla de nuevo con sus habilidades.

No era una rendición, sino un cambio de estrategia. Farfulló durante unos diez minutos más, aceleró su discurso, desesperado por explicarse mientras su cuerpo le fallaba. La fatiga redujo sus farfullos a una sarta de sonidos y pronto fue incapaz de seguir su propio razonamiento. Se repetía, se daba golpes con la mano en la pierna, cerraba los ojos o la miraba con una intensidad irregular y debilitada.

Sawyer les tenía preparada una sorpresa más.

Kendra Freedman esperaba vivir para siempre, doscientos o trescientos años como mínimo. La destrucción de las células cancerígenas era sólo el principio. La nanotecnología Arcos tenía la capacidad de eliminar del cuerpo todas las enfermedades y toxinas. Existía la posibilidad de vencer a la vejez, acabar con las placas o depósitos grasos, reconstruir huesos minados por la osteoporosis, regenerar los tejidos del corazón, el hígado o el estómago.

Tal vez la generación de sus padres fuera la última en morir.

Si podían llegar a los doscientos años con buena salud para continuar con su trabajo, y permitir el avance de otras tecnologías médicas, podían convertirse en auténticos inmortales.

Cuatro años antes de la plaga, a Al Sawyer le surgió la oportunidad de trabajar con Freedman. No buscaba como ella alcanzar la inmortalidad. Ese ámbito estaba lleno de chiflados entusiastas que proponían de todo, desde ordenadores inteligentes insertados en el nervio óptico hasta la fusión fría en una botella de coca cola. Se unió a Freedman porque era una investigadora independiente, le ofrecía la libertad que quería y contaba con dinero.

Casi dos décadas de promesas desorbitadas seguidas de avances más realistas en nanotecnología habían agotado los fondos a medida que los inversores se desilusionaban, pero Freedman tenía un amante adinerado, un hombre rico que no quería darse por vencido.

Ofreció a Sawyer un sueldo de seis cifras y comprar o alquilar el equipo que quisiera. Era un trato atractivo, tal vez demasiado para un recién doctorado, y Sawyer pronto descubrió por qué. Su contrato era muy estricto en cuanto a los derechos de propiedad intelectual. No iba a ser dueño de nada de lo que diseñara, Freedman siempre iba a tener acceso libre, y entre tanto tenía prohibido publicar nada. A Sawyer no le importaba. Si hubiera querido ser famoso habría aprendido a tocar la guitarra.

Freedman era una ingeniera genial y no necesitaba ayuda para construir su aparato. Contrató a Sawyer para que le enseñara a su criatura a multiplicarse. Había hecho la tesis sobre algoritmos de reproducción, como tantos de sus coetáneos. Un automontaje impecable era el último gran obstáculo en nanotecnología, y había cientos de científicos famosos en todo el mundo que registraban patentes por cada mínima mejora y nueva teoría. Pronto alguien daría el paso decisivo y obligaría a todos los demás a comprar los derechos, menear la cabeza durante el resto de su vida y murmurar lo cerca que habían estado. Él no quería ser uno de los perdedores.

Kendra Freedman, una mujer negra en un mundo de hombres blancos, tenía más reproches que hacer al mundo que Sawyer. Eso era un punto de partida, algo en

común, y fomentó una actitud de «nosotros contra ellos» que se convirtió en su motivación. Ella ya trabajaba sesenta horas a la semana antes de que apareciera Sawyer, y una competición tácita los mantenía a ambos en el laboratorio durante setenta, ochenta o más horas. Y proseguían por la noche o durante el fin de semana. El tema del sexo tenía poca importancia en su relación. Ambos estaban demasiado exhaustos, y de todos modos Freedman medía metro y medio y pesaba ochenta y cinco kilos. Tenía forma de pera. Seguramente ésa era una de sus motivaciones para crear nanos que arreglaran el cuerpo.

En aquella época tenían su laboratorio en las afueras de Stockton porque ella tenía familia cerca y se ahorraba bastante dinero en el alquiler. Freedman había visto que a demasiados rivales se les agotaban los fondos y que todas sus instalaciones acababan en una subasta judicial.

Todo cambió cuando Sawyer hizo su primer simulacro informático con éxito, apenas tres años después de firmar. El patrocinador de Freedman se estaba impacientando, tenía sesenta y dos años, y, pese a que ella no había dejado de mejorar los componentes de su aparato, no se habían producido avances suficientes en la programación, en parte porque tenían un número limitado de prototipos disponibles para pruebas. Tras ese éxito, Freedman apartó a todo el mundo de sus responsabilidades para que ayudaran a Sawyer, incluida ella misma.

Al principio el prototipo de Sawyer era propenso al error, pero siempre rápido. Y fue el impulso que necesitaba Freedman para recuperar el interés de su patrocinador. Aportó viejos amigos, nuevos fondos, y Freedman gastó decenas de millones mejorando los ordenadores y los aparatos de fabricación. Sin embargo, incluso cuando recibieron este equipo, su patrocinador insistió en que se mudaran. Su nuevo socio les ofrecía un laboratorio más espacioso en Sacramento, no muy lejos de la universidad, así como una colaboración flexible con dicha institución que permitiría a Freedman emplear a estudiantes de postgrado de ciencias computacionales. El traslado a una ciudad importante también facilitaría la atracción de otros inversores.

El nuevo laboratorio incluía un nuevo sistema de aislamiento, una cámara hermética lo bastante grande para albergar una zona de trabajo. El mecanismo de reproducción del prototipo de Sawyer tenía un «inicio» pero no un «final», y de hecho esperaban no obstruir su programa con un comando de finalización. Lo ideal sería que un Arcos bien integrado devorara todas las células cancerígenas, y sólo ésas, y que dejara de reproducirse cuando el tejido enfermo hubiera desaparecido. Sin embargo, de momento su nano a medio terminar parecía capaz de multiplicarse sin cesar, algo que resultaba al mismo tiempo maravilloso y aterrador.

Freedman era prudente. Había insertado el fusible hipobárico en el núcleo de su dispositivo al principio, y como medida preventiva era infalible. Las series de pruebas se iban a llevar a cabo dentro de campanas de atmósfera en la sala grande,

para tener doble garantía. Era poco probable que el Arcos pudiera escapar de esas campanas, pero la presión en el interior de la cámara hermética se mantenía por debajo de la autodestrucción y la única manera de entrar y salir era a través de una cámara de aire.

Escogió dos tercios de una atmósfera estándar como disparador porque era una caída importante pero aun así tolerable para animales de prueba y personas. Para simplificar consideró redondear del 66,6 por ciento al 65, pero su prudencia la llevó a establecer el 70 por ciento, ya que tardaría un poco menos en compensar la cámara de aire en ese nivel. Cada mes se ahorrarían unas horas de trabajo, además de unos dólares en la factura de la luz.

Existían peligros mayores, los llamados desastres naturales, terremotos, incendios, inundaciones, pero programaron las campanas de atmósfera de manera que ante la primera insinuación de cualquier amenaza sirvieran de contención.

Fue el jefe de su equipo de programación quien liberó Arcos, un hombre llamado Andrew Dutchess.

A sus cincuenta años, Dutchess era el miembro de más edad del grupo. Una víctima del desplome en Bolsa de la burbuja tecnológica de finales de los años noventa, había sido el director de operaciones de una importante empresa que trabajaba en nuevos métodos de revisión para el cáncer de próstata. Era de familia rica y había sido millonario en acciones, casado y padre de una parejita.

La recesión y el fracaso de su empresa no fueron el único motivo para su divorcio; como todos, trabajaba demasiadas horas. Años después nadie más sería responsable de su decisión de robar el Arcos. Pero Dutchess nunca había tenido el éxito de Sawyer. Estaba bajo una presión creciente a medida que Freedman lo instaba a cumplir con las expectativas.

Demasiado tarde, hambriento y helado en aquella desolada cima rocosa, por encima de Bear Summit, Sawyer pensó que probablemente Dutchess en realidad no lo hizo por dinero.

Dutchess colocó una silla entre las puertas externas de la cámara de aire, y las interiores no se podían abrir hasta que el cierre se igualara. Freedman y Sawyer aún estaban dentro. No había duda de lo que Dutchess había hecho, pero al principio ninguno de los dos lo entendió. Se pusieron a dar golpes en el cristal de ocho centímetros y a gritar.

Jamás lograrían salir a golpes. La diferencia de presión ejercía una fuerza de cinco toneladas en las puertas. Si se introducían los códigos adecuados, las bombas de la cámara aumentarían la densidad del aire en el interior para adaptarse al mundo exterior, y les permitiría escapar... pero Dutchess había desactivado el sistema dándole golpes al chip. No había línea telefónica. Podrían empalmar un cable cortado, así que la había quitado del todo.

Miró atrás, hacia ellos, varias veces mientras introducía discos en los muchos ordenadores que había fuera de la cámara. No sólo descargaba archivos, también borraba los discos duros. Entre tanto Freedman contaba muestras. Faltaban muchas, junto con la mayor parte de la programación y algunos objetos que no tenían sentido, como la agenda electrónica de Sawyer. Parecía que Dutchess hubiera caído presa del pánico, ya que la cámara hermética no era enorme, debía de estar a sólo unos metros de ellos cuando se llenó los bolsillos, y había arrasado con todo lo que quedaba a mano antes de escabullirse.

Era un viernes por la tarde. Dutchess había realizado su jugada en el mejor momento posible. No se esperaba que llegara nadie más al laboratorio hasta el lunes, y ni Freedman ni Sawyer tenían citas con gente que pudiera darse cuenta de que no se habían ido del trabajo. Dutchess había calculado que tendría una ventaja de más de cincuenta horas, pero el domingo por la tarde ya se fue la luz.

Las baterías de emergencia y luego los generadores de reserva mantuvieron las luces encendidas y la cámara segura. La red eléctrica volvió a entrar en funcionamiento dos veces y falló de nuevo. Se hizo de noche antes de que el sistema autónomo del laboratorio consumiera sus reservas de energía.

Sawyer y Freedman habían estado todo el tiempo tratando de romper los sellos de goma de la puerta, utilizando varillas de las jaulas de los conejillos de indias y, sin el constante esfuerzo de las bombas, la cámara había perdido poco a poco la presión negativa.

Lograron abrir las puertas poco después de las tres de la madrugada del lunes. Y salieron al caos.

Era imposible que hubiera una persona viva que supiera con exactitud lo que había ocurrido. Durante el encierro en el laboratorio, Freedman elaboró la teoría de que Dutchess debía de estar en un avión hacia Europa o Asia, pero el Arcos se había liberado en la zona de la bahía mientras ella y Sawyer discutían, forzaban las puertas de la cámara hipobárica o hacían turnos para orinar, avergonzados, en un rincón.

Tal vez Dutchess vendió la nanotecnología a alguien que luego abrió una muestra pese a las advertencias, para comprobar qué había comprado. Lo más probable era algo tan prosaico y tonto como un accidente de coche, Dutchess nervioso, a toda velocidad... las muestras liberadas por la colisión... Tal vez cruzó la calle sin mirar.

Las primeras infecciones de las que se tuvieron noticia fueron en Emeryville y Berkeley, y nunca hubo posibilidad de contenerlas.

Kendra Freedman se quedó para alertar a las autoridades. La última vez que Sawyer la vio iba hacia el oeste, hacia la ciudad, bajo una débil lluvia de marzo y con un tráfico caótico. Él se fue al este.

No quedaba ni una sola prueba de si ella llegó a los edificios principales o incluso a una comisaria. La plaga aún no había llegado a Sacramento, pero el pánico ya había

asolado la ciudad. Sus esfuerzos fueron en vano.

Sawyer fue lo bastante inteligente para darse cuenta de que las carreteras interestatales 80 y 50, las principales rutas hacia el lago Tahoe, no eran una buena opción. La gente aún no había relacionado la altura con la seguridad, pero había miles de personas huyendo en todas direcciones, las calles eran un caos, y sabía que la 80 podía ser un cuello de botella incluso en una situación normal.

Andrew Dutchess esquiaba, se llevaba a los niños a la montaña cuando los tenía el fin de semana. En el trabajo siempre se quejaba del trayecto en coche.

Sawyer se dirigió al sur, pasó un control de carretera de la Guardia Nacional, luego por fin volvió a girar al este, en la carretera 14, tras pasar junto a restos de todo tipo y atascos. Aquella carretera no estaba tan transitada en comparación con la autopista interestatal, y ahorró tiempo.

Por encima de los dos mil metros la lluvia se convertía en nieve.

Más de una vez estuvo a punto de contar la verdad a Cam, Erin o incluso Manny, para aumentar las probabilidades de que su conocimiento perviviera, pero el riesgo para él era demasiado grande. En cualquier caso, Sawyer siempre había sabido que la mayoría de los esquemas y prototipos del Arcos se habían perdido para siempre.

Cam encontró a Ruth esperándolo fuera de la cabaña. Hacía más de veinte minutos que había salido, el tiempo que se tardaba en limpiar a Sawyer y volver a acomodarlo. Al parecer Ruth tenía preguntas que no quería que Sawyer oyera. Estaba sentada de lado en el primer escalón de los tres de delante, utilizaba el más alto como escritorio para el portátil, y cuando levantó la mirada tenía el semblante iluminado por el brillo azul de la pantalla.

La turbación de Ruth lo tranquilizó. Era respuesta suficiente para la mayoría de las preguntas que Cam quería hacerle a su vez.

El sargento Gilbride estaba detrás de ella, pero el otro soldado debía de haber ido al campamento a comunicar la noticia. En aquel momento el enorme avión irradiaba luz, con los faros blancos y rojos en la alta cola y las alas, y el cuadrado iluminado de la puerta trasera lleno de gente. Se movían linternas entre las siluetas de las tiendas, como si las agitara el viento que se había levantado.

Cam se quedó vacilante en la puerta, dejó que una ráfaga de aire frío entrara en la cabaña, por miedo a pisar el equipo de Ruth.

—¿Cómo está? ¿Se ha vuelto a dormir? —dijo Ruth.

—Eso espero. —Mientras Cam observaba, cuatro siluetas subieron una caja al avión. No creía que fuera más tarde de las once—. No podéis despegar a oscuras, ¿verdad?

—Probablemente puedan. —Ella tenía los ojos abiertos de par en par y la sonrisa amplia, animada—. Pero estoy segura de que no se van a arriesgar.

—No partiremos hasta que no haya luz —les informó Gilbride, con la misma seguridad que empleaba el comandante Hernández—. Vamos a necesitar fotografías de satélite para ver dónde podemos aterrizar.

Ruth apartó el portátil, limpió el peldaño superior y se puso en pie mientras Cam bajaba. Ella tenía la cara eclipsada por la sombra, excepto una mejilla y algunos rizos del flequillo.

—Gracias —dijo ella—. Muchas gracias.

Él creyó notar el calor corporal de Ruth en una ráfaga de viento. Pensó en Erin. Su aroma era maravilloso, sutil, femenino. Desvió la mirada hacia el avión y dijo:

—¿De verdad esa vacuna va a funcionar?

—Sí. Y tal vez rápido, si sólo se trata de introducir nuestro método de discriminación en la plantilla original.

—¿Y si ese tipo se lo llevó todo?

—No hay un solo laboratorio en el mundo que no tenga copias de todo, muestras, programas. Desmontaremos todo el laboratorio si hace falta. Y sabemos casi con certeza que su equipo está allí, el láser de fabricación. Los aparatos principales son

todos del tamaño de una nevera, así que no se los pudo llevar. Mientras tengamos los esquemas y el equipo, podemos hacer algo.

Cam asintió, combatiendo su pesimismo. Le habían salido bien tan pocas cosas... Lo último que quería era estar ligado a Sawyer de forma indefinida, un mes, un año, ejerciendo de enfermero y traductor. El odio hacia su viejo amigo se había intensificado a medida que se curaban, cuando estuvo seguro de que ellos dos sobrevivirían después de que todos los demás hubiesen muerto, al darse cuenta del absoluto control que Sawyer tenía sobre él.

Él creía que lo que habían oído aquella noche era cierto, ese hijo de puta estaba demasiado destrozado y senil para mentir con aplomo, pero a Cam le costaría mucho tiempo asimilar aquella verdad.

Sawyer no era el culpable de que se hubiera desatado la plaga.

—¿Y qué hay de todo lo demás, lo de arreglar el cuerpo y vivir para siempre? —preguntó.

—Por supuesto —dijo Ruth. Era una de sus expresiones preferidas, advirtió él. Se enorgullecía de ser directa y decidida— En cuanto volvamos a bajar... Todos los que se dedican a la nanotecnología saben cien veces más que hace un año. Creo que es posible.

Al parecer ella previó lo que Cam quería preguntar a continuación. «¿Podrías curarme algún día?»

—Es muy posible —dijo ella, y le tendió una mano en la gélida oscuridad. Ruth rozó con los dedos su antebrazo y le agarró con firmeza la mano. Sin embargo, la soltó antes de que él pudiera reaccionar.

Aquel pequeño gesto lo dejó aturdido.

Cam había perdido la esperanza de que alguien volviera a compartir algún gesto íntimo y natural con él.

El cielo matutino tenía un color que no recordaba, un azul hermoso y sereno. Sacramento, casi al nivel del mar, se hallaba tres mil metros por debajo de la atmósfera que la cima que habían abandonado sólo media hora antes. De pie, junto a la silla de ruedas de Sawyer, Cam volvió a alzar la vista hacia aquel cielo de tonos intensos una y otra vez. La luz del sol destacaba las finas espirales grises de dos huellas digitales que alguien había dejado en su máscara de plexiglás. Borró la leve mancha tratándola con el guante.

La presión lo afectaba en sus puntos más débiles, las manos, la oreja destrozada, el diente podrido, en la parte superior izquierda de la boca. El hecho de no poder frotarse ni rascarse las heridas sólo incrementaba su miedo.

Era un lugar extraño. El avión de carga no tenía ventanillas, y pasar de la agreste montaña a una autopista de ocho carriles de ancho había sido algo asombroso. Los edificios de Sacramento que flanqueaban aquella autopista elevada que llevaba al

centro, la circunvalación 80, formaban un rompecabezas denso e implacable de superficies planas y líneas, un bloque idéntico tras otro. No había horizonte.

Los auriculares del traje y la radio no le permitían oír nada fuera de sí mismo, y estaba contento. Fuera sólo había silencio. Entre kilómetros de cemento, cristal y acero, estaban solos.

Sin embargo, para Cam la ciudad tenía una vida que no podía compartir. Había estado allí muchas veces. Sacramento estaba a sólo una hora en coche de la casa de sus padres, y se preguntaba si alguno de sus hermanos había llegado allí en su éxodo a las montañas...

—Por el amor de Dios, cortadlas. De todos modos no nos vamos a llevar la excavadora. —Hernández anuló el canal de comunicación de Cam, en un tono seco, inusitado. Los soldados ya habían retirado su todoterreno, pero las cadenas que aseguraban la excavadora a la cubierta de vuelo estaban enredadas.

—Señor, probablemente podríamos romperlas simplemente si aceleráramos en el despegue.

—También podrían romperse los frenos o algo así. —El enorme vehículo había dejado la marca de sus enormes neumáticos—. Busca las tenazas.

—Sí, señor.

El comandante Hernández no había presentado objeciones a que Cam oyera sus instrucciones por la mañana, de hecho había solicitado la opinión de Sawyer a través de él. Además, cuando supo que Cam conocía la zona, también le preguntó. Estaba claro que Hernández parecía ser el hombre perfecto para la tarea. Al atardecer, los soldados habían sacado tres cajas de suministros que habían decidido dejar, y quince minutos después del amanecer descargó las primeras fotografías orbitales gracias a un enlace con un satélite de comunicaciones.

Sacramento, una gran ciudad, antes habitada por un millón y medio de personas, estaba congestionada, llena de humo, asolada por el crimen, y contaba con una cantidad sin igual de parques y zonas naturales. Dos ríos interrumpían de forma agradable la expansión urbana, así como varios canales de transporte y una docena de lagos, naturales y artificiales.

Cam estaba seguro de que los canales fluviales aún estaban rebosantes de vida, sin duda como los parques y zonas de ocio más grandes, y había advertido a Hernández de que en el valle se habían encontrado con enjambres de mosquitos y saltamontes. Colonias de arañas que podían llegar a millones de animales podrían haber infestado todos los edificios de apartamentos y tiendas de comestibles. Debían haber prosperado gracias a los cuerpos y la comida en descomposición y luego crecido en las alfombras y moquetas. Probablemente los miembros de la expedición no atraerían a los insectos porque eran inodoros con sus trajes de contención, pero si se encontraban con una plaga podían verse en apuros. Necesitaba que Hernández

estuviera alerta.

La ciudad podría matarlos de mil maneras, podían desmoronarse edificios, podía haber escapes de gas. Aquel lugar estaba en silencio pero no en calma, y por todas partes, a cada paso y movimiento, estaba el mar invisible de nanos.

Se sentía demasiado cercano al éxito, después de tanto dolor y tantas pérdidas, como para no temer que también le arrebataran eso.

La noche anterior todo había cambiado para Cam. Hasta entonces su mayor objetivo había sido en cierto modo externo, ayudar a los demás en un último esfuerzo desesperado por compensar todo el daño que había causado. Ahora era más personal. Existía la posibilidad, por ínfima que fuera, de que el Arcos pudiera evolucionar hasta convertirse en un nano de nueva generación capaz de curarlo, y la sola posibilidad influía en su estado de ánimo.

El objetivo principal aún era real. Siempre estaría en deuda por haber sobrevivido, pero en aquel momento su esperanza personal era lo que más pesaba en su interior.

No quería acabar como Sawyer, destrozado e indefenso. Los daños de su propio cuerpo se volverían atroces a medida que envejeciera, tal vez sólo le quedaban cinco o diez años más, y aquella mañana su impaciencia y su prudencia estaban en conflicto en su mente.

Aquel día la deshidratación sería otro peligro. Cam siempre estaba húmedo por el sudor, la piel se le pegaba al material plástico del traje y llevaba poca ropa debajo, y a medida que la mañana se calentara aquel atuendo se convertiría en un horno. No tenían aire suficiente para refrigerar periódicamente los trajes.

Cada persona llevaba dos botellas de oxígeno, dos cilindros estrechos que pesaban más de cinco kilos cada uno. Las de Sawyer colgaban de los asideros que sobresalían por detrás de su asiento.

Una botella duraba una hora, a menos que se gastara más rápido por el esfuerzo o el miedo. Leadville había calculado que cada una duraría una media de cincuenta minutos. Había seis botellas adicionales para cada uno, pero las ocho horas en total le parecían a Cam un cálculo peligrosamente optimista.

Costaba depositar completamente su fe, su destino, en manos de aquellos desconocidos.

Como era una ciudad importante, Sacramento tenía tres aeropuertos y una base de las fuerzas aéreas. Sin embargo, todo estaba en las afueras de la ciudad. Era un inconveniente, ya que su objetivo se hallaba en el centro de la ciudad, en la calle 68. Los aviones de la expedición tendrían que repostar antes de volver a Colorado, pero el aeropuerto más próximo se encontraba a ocho kilómetros del laboratorio y las calles estaban obstruidas.

Aquella extensión despejada era un hallazgo excepcional. Al ver que los

esfuerzos por establecer una cuarentena fracasaban, la mayor parte de la población de Sacramento huyó a las alturas. Lo mismo hicieron los cinco millones de personas que vivían más al oeste, en la zona de la bahía, muy urbanizada, aunque en ese caso una obstrucción jugó en su favor. Un tráiler que se dirigía al norte chocó con dos coches y siguió avanzando. Un tercer coche quedó atascado al intentar meterse entre el arcén y el tráiler, con lo que no quedó ningún hueco para pasar. Casi todos los vehículos que ya habían pasado siguieron avanzando por la carretera hasta que encontraron un embotellamiento. Habían dejado unos setecientos metros de espacio libre.

La avioneta Cessna volvió a aterrizar primero. Su tripulación apartó cinco coches, luego cortaron dos vallas publicitarias con un soplete.

Aún había treinta y ocho bloques hasta su destino, pero en vez de pedir a Hernández que siguiera recto arrasando con todo, los analistas militares habían diseñado un camino intrincado por callejones y, en cierto momento, a través de dos patios contiguos. El nivel de detalle del trabajo era impresionante, pero Cam pensó que su estimación de setenta minutos para llegar al objetivo era absurda.

Ni siquiera habían empezado a moverse.

—¡Lo tengo! —El grito del marine fue un alivio. Cam se dio la vuelta y dejó de mirar el denso cielo azul.

—De acuerdo, despejad el eje...

—¿...al otro lado?

Sus cascos emitían y recibían sin parar, lo que creaba cierta confusión en la frecuencia general pero les dejaba las manos libres, no tenían que presionar los botones de control de la radio.

—De acuerdo, sentaos —dijo Hernández—. Hermano, te toca, vamos a sacar a Sawyer.

—Claro. —Cam había empujado la silla de Sawyer a diez metros del avión de carga, fuera del camino, y lo colocó de cara al avión en vez de a la ciudad inerte.

Cuatro hombres con trajes de contención de color beige bajaron presurosos la rampa de carga y se abrieron camino hacia la excavadora. Hernández podría haber sido cualquiera de ellos. Otro soldado se quedó junto al todoterreno y se puso a desenmarañar una cuerda amarilla. Habían dispuesto las cajas, bidones de combustible y neumáticos de repuesto en filas delante del camión en la parte delantera y trasera. Parecía una defensa pero era más probable que lo hicieran por equilibrio y seguridad. Muchos de ellos viajarían sentados en el camión. Seis soldados habían recorrido la autopista con bidones de gasolina y una batería para buscar un camión o una ranchera que pudiera llevar a todos los demás.

Ruth y sus dos colegas se subieron al todoterreno en cuanto quedó despejado, una decisión que evocó en Cam el recuerdo incómodo de cuando Jim Price insistió en quedarse con la camioneta. Dos se sentaron detrás, inclinados sobre el portátil de

Ruth, y el tercero estaba encajado en el asiento del copiloto. Estaban en silencio, relegados a su propia frecuencia. Hernández había sintonizado a los científicos en el canal cuatro poco después del despegue, cuando se hizo patente que iban a hablar sin parar.

La extraña silueta de la izquierda era Ruth. Llevaba el brazo metido en el pecho del traje, así que los soldados habían amañado un cinturón adicional que le apartaba la manga y permitía asegurar las botellas de aire. Aun así, Hernández le había advertido que fuera prudente. Ruth le contestó que podía estar seguro de que no se iba a mover en absoluto si le añadía doscientos cincuenta kilos a la espalda.

Cam admiraba su estilo y su extraña forma de llamar la atención. Le habría gustado que hablaran más, volver a sentirse próximo a ella, pero estaba clavado en el papel de cuidador, y ella totalmente absorbida por D. J. y Todd.

La excavadora salió a rastras, luego aceleró y giró en el otro extremo del avión, los gruesos neumáticos antideslizantes hacían temblar el asfalto. Por delante del morro del avión, giró en la autopista con más agilidad de la que Cam habría creído.

Se inclinó para entrar en el campo de visión de Sawyer.

—¿Estás preparado? —El visor frontal de los cascos era amplio, pero aun así limitaba la visión periférica...

Sawyer tenía los ojos cerrados con fuerza, los labios abiertos y la mandíbula en movimiento, parecía un pez horrendo en una pecera estrecha.

Cam le dio una palmadita en el hombro, el relieve de los dedos del guante áspero en el suave tejido plástico.

—Eh. —¿Estaba intentado destaparse los oídos porque tenía demasiada presión en el traje?—. Eh, Sawyer. Dios.

Durante el descenso del avión sobre la ciudad, los trajes de color beige empezaron a pegárseles al cuerpo. El C-130 podría haber mantenido la misma presión que la cima de la montaña, la que los mantenía a salvo, pero Hernández quería someter su atuendo a la prueba real cuando estuvieran en tierra. Dos soldados de las fuerzas especiales ajustaron las válvulas de seguridad que llevaban en la espalda para ponerse al nivel del mar. ¿Podía ser que Sawyer no hubiera seguido las instrucciones de bostezar y tragar saliva para combatir la presión y que le dolieran los tímpanos?

Había sido uno de sus peores días desde el principio.

Su estómago aún tenía que recuperarse de las costillas que había comido, y durante el desayuno meneaba la cabeza, y chilló cuando Cam le puso una cucharada de huevos liofilizados en los labios, pues no había manera de comer ni beber dentro de un traje de contención. Cam sólo esperaba que se calmara a medida que se fuera debilitando.

Ese hijo de puta se había resistido con todas sus fuerzas cuando lo metieron en su traje porque no quería tener tan poco control sobre su propio cuerpo, o tal vez porque

se dio cuenta de que lo obligarían a llevar el mismo pañal mientras estuviera dentro del traje. Los trajes tenían como unos bolsillos para la vejiga y un tubo de alivio que se podía colocar en el pene de forma muy parecida a un preservativo. Pero a Cam le habían asegurado que se le iba a salir y que acabaría llenando de orín el traje. Todos habían preferido llevar pañales para adultos. No había otra opción.

La dieta de Cam había sido tan limitada durante tanto tiempo que se había debilitado mucho y por lo general estaba constipado, pero los antibióticos le habían irritado el intestino. Poco después de despegar había tenido dos defecaciones muy sueltas y espantosas, luego rezó para que su cuerpo ya se hubiera vaciado. Cualquier situación embarazosa sería una nimiedad en comparación con lo que podía llegar a ser aquel día, pero no quería que nadie le dirigiera la mirada con el mismo asco que empañaba sus ojos cuando miraba a Sawyer.

No quería que Ruth lo mirara así.

Sawyer dio una patada cuando los trajes empezaron a pegárseles al cuerpo durante el descenso. Se retorció con todas sus fuerzas, confuso y medio ciego dentro del casco. Hernández ordenó que el avión volviera a una altura segura, donde le desbloquearían el casco a Sawyer y le quitarían la radio del todo. Cam había sugerido que Sawyer se volvería a liar con la radio. No era necesario que la llevara. El traje amortiguaba las voces, pero lo último que necesitaban era que Sawyer se peleara con los controles de la radio en vez de centrarse en su trabajo.

—¡Eh! —Cam volvió a darle un fuerte toque en el hombro, preocupado—. ¿Te duelen los oídos? Mírame.

Sawyer giró la cabeza levemente, no hacia arriba, donde estaba Cam, sino hacia abajo, donde lo había tocado. No abrió los ojos. Su boca seguía mascando de aquella extraña manera.

—Creo que necesito ayuda. —Cam hizo una señal a los soldados para que supieran quién hablaba—. Eh. Ayuda.

Hernández levantó un brazo para indicar que lo había visto. Había estado intercambiando gestos con otro, hablando por el canal de mando, pero cambió a la frecuencia general en medio de una frase. Se dirigió a zancadas hacia Cam, con el guante aún sobre el control de radio del cinturón.

—¿Qué ocurre?

—Puede que el traje de Sawyer le esté causando problemas, por la presión.

Hernández miró a Cam a los ojos antes de agacharse para examinar a Sawyer. El comandante tenía el rostro duro, pensativo, pero se relajó levemente cuando pasó frente a él.

No podría haber expresado mejor su opinión sobre Cam con palabras. A Hernández le preocupaba que Cam fuera presa del pánico, y que se imaginara un fallo en el equipo cuando estuvieran dentro del mar de nanos. Pero la resolución y

seguridad de Hernández hacían que Cam se sintiera orgulloso. Le hacían sentir más fuerte e íntegro.

Hernández apretó el brazo a Sawyer con cautela para comprobar la rigidez del traje, luego se colocó detrás de él para examinar el indicador del tubo de aire.

—Capitán —dijo Hernández—. Aquí.

Un chirrido metálico les atravesó los oídos. Cam dio un salto, oyó voces en el casco, luego caminó para mantener el equilibrio durante unos instantes antes de darse cuenta de que era el suelo el que temblaba y no sus piernas. La excavadora. «Dios...» La radio había enmudecido en el acto. Cam cerró la boca para seguir la disciplina de los demás. Intentó girar la cabeza, limitado por el traje, y volvió a arrastrar los pies al tiempo que inclinaba hacia delante el torso.

La rampa de salida estaba llena de vehículos. Al llegar al atasco, la excavadora clavó su pala de hierro debajo de un sedán de color granate y lo apartó a un lado. El coche cayó sobre otro y su techo se arrugó como un montón de papel. Luego la excavadora empujó otra vez por debajo el sedán y movió los dos vehículos a un lado. Desparramadas por detrás había esquivas brillantes de vidrio, plástico y metal.

Hernández también había saltado. Debajo de su bigote apareció una sonrisa extraña, debió pensar que nadie la veía. Cuando se dio la vuelta se había desvanecido.

—Creo que aquí estamos bien —dijo, y se apartó de la silla de ruedas de Sawyer para dejar espacio al capitán de las fuerzas especiales.

Sawyer parpadeaba tras el visor de plexiglás, alarmado por el tremendo ruido, el chirrido del acero sobre el asfalto, el quejido grave del motor de la excavadora.

Cam se arrodilló como pudo, balanceó la cabeza de lado a lado hasta que llamó la atención de Sawyer.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te duelen los oídos?

—El traje está bien —dijo el capitán, en un tono bajo, porque aunque Sawyer no tenía radio quizá pudiera oírlos.

—Toy cansado. —Sawyer miró a Cam, desconcertado, y con sufrimiento en la mirada, quizá lo culpaba.

—Intenta descansar. —Se puso en pie antes de que se pusiera rabioso.

La patrulla de esquí no había sido un grupo de elite, nunca se jugaban más que una pierna rota o un niño separado de sus padres. Aquellos hombres eran muy distintos. Con una gran formación y motivación, con el mundo entero en peligro... era un privilegio estar con ellos y una vergüenza haberles hecho perder el tiempo.

Hernández echó a andar y Cam dio un paso tras él y dejó a Sawyer. El comandante se dio la vuelta.

—Lo siento, señor —dijo Cam.

Hernández volvió a examinar su rostro, rápido, luego asintió.

—Pida ayuda cuando quiera, hermano. Debemos tenerlo contento.

—Lo que usted diga —dijo Cam en español.  
Deseaba tanto ser uno de ellos...

Ruth se dio cuenta de que había acertado al no haberle confiado a Cam nada de la conspiración. Simpatizaba con Hernández. Lástima. Le gustaba. Ponía mucho empeño en su cometido, pero la fuerza de su compromiso era a la vez su mayor impedimento.

Enclaustrada en la parte trasera del todoterreno con D. J., escribía nuevos códigos y hacía anotaciones, pero Ruth logró controlar sus nervios hasta que la excavadora empezó a chocar por todas partes. Siempre había sido capaz de enfrascarse en el trabajo, y utilizar el teclado y el ratón con la mano enguantada era toda una hazaña, lo suficiente para mantenerla ocupada.

—No veo —dijo D. J., que alargó la mano para mover el portátil. Ruth chocó con su brazo cuando fue a cambiar la frecuencia de la radio.

Necesitaba oír lo que decía Hernández.

No era justo dudar de Cam en aquella situación que se le había venido encima. Ignoraba que existían dos bandos, y para él era natural apreciar los recursos y la sensación de control que Hernández había aportado a su vida.

Era un buen hombre, pero tenía heridas profundas, así que podía no creerse nada de lo que ella le contara sobre las atrocidades del gobierno de Leadville. Para él la forma más rápida de acabar con aquel desastre era volver a Colorado. Sería un campeón. En cierto modo podría considerarse íntegro de nuevo. Ruth no estaba segura de que fuera capaz de escoger otro camino, una vía que significaba otro éxodo, más esfuerzos, para que ellos fueran al norte, hacia Canadá, montaran un laboratorio e intentaran reunir aliados suficientes para resistir los inevitables asaltos de Leadville. Era esperar demasiado.

Sin embargo, la tensión y la culpa la habían mantenido despierta la mayor parte de la noche. Le dolía la cabeza por el intenso olor a plástico del traje, y le pesaba el cuerpo del cansancio, aunque se removía con energía por los nervios. Estaba incómoda e inquieta.

D. J. movió otra vez el portátil y volvió a quejarse, fue como un zumbido sordo fuera del traje de Ruth. Había captado media frase de Hernández. «... lo llevaremos al remolque». Hernández paseó la mirada hasta ella, y Cam llevó a Sawyer tras él, hacia el todoterreno.

La excavadora chocó contra otro vehículo. ¡Bang! Uno de los neumáticos del coche explotó mientras lo apartaba a un lado. El armazón metálico se clavó en el asfalto con un gemido espeluznante. No cesó hasta que el coche se tambaleó en el terraplén al que daba la rampa de salida y cayó dando tres vueltas de campana.

—Lorrey, Watts. —Hernández alzó la voz sólo ligeramente—. Vamos a levantar esta silla para meterla en la camioneta.

—Sí, señor. Iba a colocar a Sawyer en el remolque.

—De acuerdo. Vamos a moverlo. La rampa estará despejada en un minuto.

Cam se dio cuenta de que Ruth estaba atenta y levantó una mano. Ella pensó que tal vez Cam había sonreído, pero el sol se reflejaba en el visor de él y oscurecía su rostro. Ruth se dio la vuelta.

En su incertidumbre, una parte de ella en realidad quería encontrar los laboratorios desmontados del todo. Una vez tuvieran los esquemas de Sawyer, las fuerzas especiales les ordenarían despegar, y Hernández lucharía. De eso Ruth estaba segura.

Fueran cuales fueran sus posibilidades, Hernández se enfrentaría a ellos.

La ciudad parecía sólo ligeramente deteriorada. Los edificios comerciales se elevaban sobre ellos, con un peso impasible, con mil destellos de luz solar en sus cristales rotos. Si fracasaban, si los archivos y prototipos de Sawyer se habían perdido y la plaga dominaba el planeta para siempre, aquel lugar era un monumento que perviviría de alguna forma hasta que, en última instancia, la plataforma continental se desplazara en el océano Pacífico. El cemento y el acero resistirían terremotos, incendios y los cambios climáticos durante eones.

Ruth miró a su alrededor, sobrecogida por un ominoso asombro.

Todos los coches estaban orientados en una dirección, al oeste, hacia la autopista, como congelados, cada vehículo pegado al siguiente. Subieron a las aceras. Atajaron por aparcamientos, setos y vallas. Estaban llenos de siluetas en forma de postes, y la calle se había convertido en el sepulcro de cientos de personas, con harapos descoloridos sobre huesos amarillentos, mandíbulas desencajadas en gritos y dedos descarnados. Esqueletos de perros y pájaros estaban esparcidos entre los restos humanos como extraños monstruos a medio crecer.

La mortandad parecía aún peor por el contraste con los iconos más comunes de Estados Unidos. La mayoría sobrevivían intactos. Izadas en postes, atornilladas en las fachadas, estaban las estridentes vallas de Chevron, Wendy's y Donuts 24 horas.

Al principio avanzaban hacia el este muy poco a poco, el todoterreno esperaba a la camioneta blanca que los soldados habían logrado arrancar. El hombre de la excavadora trabajaba solo. Se lanzaba hacia el cúmulo de coches, siempre medio bloque o más por delante del grupo, y aún más aislado por las planchas de metal que los mecánicos de Leadville habían soldado a la cabina del operador para protegerle de las esquirlas y grandes trozos de metal que se levantaban a veces.

Con cada rugido del motor de la excavadora, cada chirrido del metal, el eco resonaba en las altas fachadas de los edificios y desaparecía en el silencio. A veces volvían desde direcciones extrañas. En ocasiones los sonidos que regresaban no se correspondían con los emitidos porque tenían un tono más alto o eran más lentos de lo que se podía esperar.

Ruth no era la única que miraba a un lado y otro.

Peligrosos ganchos y dientes cubrían su camino, capós retorcidos, guardabarros doblados, parabrisas rotos en telarañas opacas. Los escombros rechinaban bajo los neumáticos del todoterreno a medida que avanzaba y dispersaban una lluvia de cristales y trozos de hueso. Pasaban por encima de charcos de anticongelante y gasolina. Ruth dejó escapar un resoplido por la nariz, aunque sólo percibía el espeso olor de su propio sudor.

Sería terrible haber llegado hasta allí sólo para perder la vida por una chispa, con cincuenta coches en llamas a su alrededor como un dominó explosivo. La imagen la impresionó, lenguas de fuego por toda la ciudad... pero su buena fabricación impedía que la mayoría de los vehículos perdiera combustible al ser aplastados o volcados, y el hombre de la excavadora era cauteloso al colocar la pala bajo la parte inferior.

Ruth veía un patrón general en aquella devastación. La gente que había dejado sus coches para seguir a pie tras el fenomenal atasco... Era obvio que habían seguido tratando de llegar a la autopista. Todas las calaveras y brazos miraban hacia delante, como para tocarla, pero ¿por qué habían muerto tantos en grupo?

De pronto lo entendió. Y era nauseabundo. Aquellos huesos manchados, ahora inmóviles, habían sido una barrera de carne y músculos, ahora estaban doblados y amontonados en algunos sitios, resbaladizos por sus fluidos, tal vez aún se movían. Desangrados o ciegos, miles de hombres y mujeres se tambalearon a través del laberinto de coches hasta alcanzar obstáculos que no podían superar... y sus cuerpos llenaban los espacios entre los interminables vehículos...

Ruth agradeció el traje de contención. Al principio, en el avión, había sido como envolverse en una pequeña cárcel. Se le puso la piel de gallina y le picaba la tela plástica. Pero ahora la ayudaba a sentirse aislada del entorno.

Entonces supo mejor que nunca que su testaruda actitud respecto de lo que había que hacer con los nanos había sido muy válida. No cabía duda de que había acertado al ir allí. El problema era si sería lo bastante buena, lista y rápida.

Un grito en la distancia le hizo volver la cabeza, un sonido vivo, alto e irregular. ¿Un gato? No. Clavó la mirada en el colorido atasco de coches, en la fachada alta de un edificio de oficinas. ¿Era un engaño de la brisa? Entonces vio que Cam le daba una palmadita en el hombro a Sawyer. Comprendió que él había emitido ese ruido, amortiguado por el traje.

Pero ¿ese capullo se estaba lamentando o, aunque fuera cruel pensarlo, sólo se sentía frustrado por el traje, por su propio hedor y por su aislamiento al no tener radio?

Hernández y sus marines hicieron un gran trabajo identificando en los planos dónde se encontraban en cada momento... como si pudieran perderse pese a avanzar casi a paso de tortuga. Los pilotos, que se habían quedado en los aviones, transmitieron

a Colorado la frecuencia general y el canal de mando. Ruth supuso que, de ese modo, otro equipo podría beneficiarse de sus observaciones si ellos no lo lograban.

La charla constante también era una manera de superar la desolación y concentrarse en lo que estaban haciendo.

Sin embargo, también era un peligro. No pensaba que el senador Kendricks les escuchara en persona, a todas horas, estaría demasiado ocupado, era demasiado importante, pero si ella estuviera en su piel insistiría en obtener informes frecuentes. Y se mencionaría su nombre. No era cuestión de si sucedería, sino cuándo.

Kendricks sabía que algo iba mal.

Pasados cuatro bloques, tras más de cuarenta minutos, salieron de la calle principal y giraron al norte, en la calle 35, hacia calles residenciales que llevaban a un laberinto de casas de una y dos plantas. Aquellas calles más estrechas estaban salpicadas de obstáculos, pero la mayoría de residentes habían huido y las calles estaban despejadas. La excavadora avanzó mientras se dirigían de nuevo hacia el este.

—Mantente por debajo de cincuenta —le dijo Hernández a Gillbride, que iba al volante del todoterreno. Hernández había conseguido desplegar el mapa, a pesar de ir sentado junto a Cam, Sawyer, el cabo de la infantería de marina Ruggiero, el cabo Watts y el sargento Lowrey.

La unidad de fuerzas especiales los seguía en la camioneta, excepto el sargento Dansfield, que conducía la excavadora. A Ruth le preocupaba que, al haberse separado, hubieran llamado la atención de Hernández, aunque sólo fuera de forma inconsciente. ¿Estaban urdiendo un plan con las radios apagadas? ¿Y si se daban cuenta de que ellos habían desconectado los auriculares?

Ella sabía que habían cometido un error garrafal. Al salir del avión, la mayoría de los soldados sólo llevaban sus pistolas reglamentarias. En aquel lugar, las armas eran sólo un trasto más que cargar. Pero dos miembros de las fuerzas especiales habían cogido sus rifles de asalto, y Hernández debía de haberlo advertido...

Ruth se retorció, movió el brazo escayolado bajo el traje y cerró la mano en un puño. La presión le hacía daño en la fractura y la ayudaba a centrarse. «Para. Cálmate.»

Hernández no lo sabía. No podía saberlo. Si Leadville le enviaba un aviso se enfrentaría a ella de inmediato, junto con D. J. y Todd, o arrestaría a los miembros de las fuerzas especiales, dependiendo del alcance de su información. Sólo los conspiradores tenían razones para retrasarse, pero si esperaban demasiado y llegaba un aviso... si decidían dar marcha atrás porque el laboratorio de Sawyer estaba desmantelado...

«Para, para.» Ruth volvió a apretar el puño y lo mantuvo cerrado, pese al dolor, furiosa consigo misma.

Dejaron atrás rápidamente diecinueve bloques de la calle 55, pero entonces apareció un nuevo atasco de coches. Giraron al sur y lograron pasar otro bloque antes de que la calle se pusiera impracticable. Como estaba previsto, la excavadora giró hacia una entrada y chocó contra una valla de dos metros, luego otra. Acortaron a través de dos aparcamientos al aire libre hasta la 54. En una zona había un pequeño jardín con hiedra y hamacas. A un metro el suelo estaba cubierto de césped muerto seco como el cereal. Las partículas de polvo se levantaban con el aire por detrás de la excavadora, y Todd, con su acostumbrado nerviosismo, se sacudió y luego intentó alisar los pliegues de las mangas.

—Vamos con ocho minutos de ventaja sobre lo planeado —dijo Hernández—. No está mal, caballeros. —Esperaban llegar a ese punto pasados tres cuartos de hora. Ruth se sentía como si hubiera transcurrido un mes.

—¿Cómo vamos de aire? —preguntó Todd.

—Tenemos mucho tiempo —le dijo Hernández.

—Miradme el indicador, ¿queréis? —Por el gesto, Todd se dirigía a Ruth y D. J, que estaban justo detrás de él, pero Hernández dijo:

—No voy a hacerles correr riesgos innecesarios, créanme. Vamos a esperar hasta que lleguemos al laboratorio.

Ruth se inclinó hacia delante y posó el guante sobre el hombro de Todd. Veintitantos minutos de vuelo, diez más descargando los vehículos, otros sesenta para llegar hasta allí... él aún no estaba en reserva, lo que le sorprendió.

—Tienes veinte minutos —dijo ella.

Se dirigieron hacia el sur por la 54, luego volvieron a girar al este en Folsom, otra vía principal que estaba relativamente despejada durante varios edificios.

El todoterreno pinchó una rueda justo después de la calle 64. De todos modos estaban a punto de parar para dejar que la excavadora retirara los obstáculos cada vez más abundantes.

—Vamos a revisar las botellas de aire. Primero cambiaremos las botellas de los hombres que tengan el indicador más bajo —dijo Hernández.

Dos miembros de las fuerzas especiales se peleaban con una rueda de recambio y el gato, se movían de forma extraña para no engancharse los trajes. El capitán Young y dos más empezaron a cambiar las botellas de aire, primero Sawyer, el sargento Lowrey, luego Todd. Una persona sola no podría haberlo hecho. El tubo de aire quedaba cerrado, por lo que el individuo se quedaba sólo con el aire que había en el traje. Unos sencillos soportes sujetaban las botellas en sus mochilas para poder quitarlas y volver a atornillarlas con facilidad, pero la amenaza de la contaminación era real. Había un regulador de la compresión encajado por encima del tubo y las botellas. Luego se apretaba bien para asegurar el cierre hermético. La bolsa de baja presión destruía a los nanos que pudieran haberse alojado ahí, antes de que el capitán

Young volviera a abrir el tubo y luego las botellas.

Un traje contenía tal vez quince minutos de aire respira— ble, pero Ruth cerraba el puño cada vez que empezaban el proceso, aunque nunca tardaran más de dos minutos. Ella era la cuarta. Consiguió no expresar su fobia esforzándose en mantener la concentración. Miró abajo, a un fragmento naranja de plástico reflectante en vez de a los hombres a su alrededor.

Cambiaron el neumático antes de que Young hubiera reemplazado la botella de Ruth. Entre tanto, la excavadora había despejado el bulevar Folsom hasta la calle 64. Hernández volvió a organizarlos y avanzaron entre el tráfico inerte tres edificios más.

La autopista 50 se hallaba al sur como un inmenso muro, formaba un horizonte recto entre los huecos de los edificios. Estaba tan cerca, maldita sea. No obstante, no había espacio para que hubieran podido aterrizar allí.

Doscientos metros más adelante, en la calle 68, la excavadora se abrió camino a golpes hacia un estrecho aparcamiento, vacío excepto por un Volkswagen rojo, el típico *Escarabajo*. Dansfield empujó el coche hacia un montículo con arbustos y dejó su máquina allí, fuera del camino. Al otro lado del pequeño aparcamiento había una estructura de dos plantas en forma de ele. Los dos niveles eran de ladrillo gris oscuro y cristal plateado.

Dentro del ala más próxima estaba el laboratorio.

Hernández la hizo esperar. Quería que sus hombres entraran primero en el edificio. Pero antes debían cambiar las botellas que quedaban por reemplazar.

Ruth bajó del todoterreno y estampó sus botas contra el suelo, abrazada a su portátil. Contempló su rostro reflejado en el edificio, pero no reconoció ni su imagen ni las emociones de su rostro. No. Aquel momento era como si el último vuelo de la *Endeavour* se hubiera condensado en un tremendo pulso de fe y duda, de exaltación y miedo.

Young cambió las botellas de Dansfield y Olson de inmediato porque ya estaban en reserva, luego se encargó de D. J. y Cam porque los demás soldados se ofrecieron a esperar. Ruth aún pensaba en la *Endeavour*, y volvió a sentir el enorme respeto que le merecían los equipos de rescate.

Aquellos hombres eran increíbles, todos, por haber luchado en aquella tierra estéril con tal competencia.

No estaba bien que tuvieran que ser enemigos.

Buscó a Sawyer. Watts y Ruggiero habían bajado su silla del remolque, y Sawyer hizo un gesto cansado con un brazo. Ruth echó a andar hacia ellos y se detuvo. Le daban miedo sus propios nervios. Sawyer se enfadaba con mucha facilidad, y se había comportado como un niño malcriado durante toda la mañana. No podía irritarlo.

Los soldados con las botellas nuevas se acercaron al edificio y encontraron la puerta cerrada. Las cerraduras electrónicas se habían bloqueado al irse la luz. La

entrada de reparto, al otro lado, estaba abierta. Freedman y Sawyer la habían dejado así, pero llevar allí el todoterreno y el remolque implicaría despejar otra calle. Hernández prefirió atravesar la pared. A lo largo del interior del edificio en forma de ele, había un jardín de arbustos y cantos rodados, que exigía poco mantenimiento. Las paredes alternaban las ventanas con cristales que iban desde el suelo hasta el techo.

Lowrey disparó cuatro veces a la cristalera más próxima con un ángulo descendente. Apuntaba hacia el suelo en vez de al espacio del laboratorio que se extendía al otro lado. Luego golpearon el cristal debilitado con llaves inglesas y quitaron con cautela los fragmentos del marco.

—Vamos a llevarlos adentro —dijo Hernández por radio tras examinar el interior durante menos de un minuto.

D. J. le dio un golpe a Ruth en el lado del brazo malo para instarla a ser la primera. Ruth estuvo a punto de pegarle con el portátil. Sin embargo, recorrió con pasos cautelosos unos diez metros del jardín. Todd la siguió lentamente, con la mano tendida, preparado para ayudar.

Haber podido entrar debería haber sido un triunfo. Pero parecía una trampa. Sus ojos, acostumbrados a la luz del día, lo veían todo borroso.

Ruth supuso que las oficinas y la administración estaban en la segunda planta. Los laboratorios tendían a estar en la planta baja porque era una tontería cargar con los aparatos arriba y abajo. Eso les facilitaría el trabajo, como a ellos se lo había facilitado la cristalera rota. Habían entrado directamente en un espacio rectangular donde una sección de cristal ocupaba casi la mitad del lado derecho. La cámara hermética. Era un laboratorio dentro de un laboratorio. La zona principal era una sala muy amplia, con el suelo de baldosas de un blanco duro, paneles blancos, el techo con fluorescentes empotrados. Había ordenadores a lo largo de la pared izquierda con una gran variedad de aparatos ópticos.

Un monitor había sido derribado de una mesa, una silla estaba volcada. Por un instante Ruth pensó que Hernández y sus hombres ya habían empezado a registrar el lugar, pero esas pequeñas señales de desorden ya existían quince meses antes.

«Por favor, Señor, que encontremos todo lo que necesitamos.»

El laboratorio era de tal vez doscientos setenta metros cuadrados, la cámara hipobárica sobresalía en la cara izquierda y unos voluminosos conductos de metal en el lado derecho. El laboratorio estaba abarrotado de ordenadores y aparatos microscópicos, incluido el láser de fabricación, tres monolitos bajos en fila.

Ruth se dirigió hacia la barrera de vidrio. Por el canal de radio los soldados se daban avisos unos a otros mientras llevaban la silla de Sawyer.

—¡Que no se caiga!

—No deja de balancearse...

—Equipo de científicos, escuchen. —Hernández—. Necesitamos que identifiquen todo lo que hay en este lugar según su importancia. Es obvio que no tenemos espacio para llevárnoslo todo. Acérquense. El sargento Gilbride tiene lápices de cera para marcar...

Ruth lo interrumpió:

—Primero hay que buscar los generadores —dijo—. ¿Comandante? Haga que busquen los generadores. Hay un sistema de energía independiente aquí. Podemos hacer algunas pruebas.

—No hay tiempo para eso.

Ruth se dio la vuelta y enseguida lo vio entre los trajes de color beige. Hernández tenía los brazos en alto y agitaba las manos, «por aquí».

—No sabe lo que... —Ruth se contuvo y terminó en un susurro—: Tenemos que probarlo. —Llamar la atención en la frecuencia general era un riesgo. El senador Kendricks estaría escuchando, por lo menos para saber si valía la pena el gasto en combustible de aviación.

—Doctora Goldman —dijo Hernández, y ella se encogió al oír su nombre—. Disponemos de una cantidad limitada de aire y tenemos mucho que cargar. El camino de regreso será mucho más rápido que el trayecto hasta aquí, pero no contemos con ello.

Ella siguió metiendo la pata.

—¿Qué sentido tiene volver si no estamos seguros de tener lo que hemos venido a buscar?

—Creo que tiene razón. —Era D. J.—. Tenemos seis horas. Yo digo que dediquemos la mitad a hacer pruebas antes de empezar a cargar cosas en el remolque.

Dios mío, ¿había hablado ella con la mitad de esa arrogancia? Había muchos factores a tener en cuenta, y Ruth se apresuró a adoptar un tono más diplomático.

—No les pedimos que pierdan el tiempo, entre tanto vayan cargando aparatos.

—¿Qué les hace pensar que aquí hay generadores?

—Freedman sabía lo que se hacía. Mire esa cámara de aislamiento. No se construye algo así sin instalar un generador de reserva. La red pública es demasiado inestable. Si falla el suministro eléctrico, se pierde el aislamiento.

—De acuerdo. —Hernández accedió así de fácil, aunque debía de tener un plan totalmente calculado en mente, como un reloj que marcaba tictac desde que habían salido de Colorado—. Les daremos dos horas, no más. Sin discusiones. Y uno empezará a identificar el equipo ahora mismo para que podamos ir cargándolo.

Era un buen hombre, más de lo que se merecían en Leadville. ¿Qué había dicho James? «Creo que daría su vida por protegernos.»

Pronto ella lo traicionaría precisamente por esa integridad.

—Capitán —dijo Hernández—, localice los generadores y haga que sus hombres

los revisen. Hermano, ¿cómo está el señor Sawyer?

Los trajes de color beige se movieron, varios se dirigieron hacia la única salida del laboratorio, y el capitán Young dio instrucciones a su equipo para que cambiaran al canal seis.

Cam empujó a Sawyer mientras contestaba a Hernández.

—Quiere hablar con Ruth, señor —dijo Cam.

Ella resaltaba en el grupo, con su torso deformado por la escayola. Cam dirigió a Sawyer hacia ella. Ruth se inclinó y respiró hondo, desesperada por recobrar la compostura.

El visor de Sawyer estaba marcado con unas extrañas líneas fantasmales. Manchas de los dedos. Se había ensuciado los guantes en las ruedas de la silla y luego intentado repetidas veces rascarse sus cicatrices, o esconderse de los que le rodeaban, o posiblemente incluso quitarse el casco tras perder el control.

En ese momento Sawyer estaba consciente. Su ojo brillante la miraba desde aquel rostro flácido y torcido.

—Tú qué —dijo, débilmente, sin radio—. Qué nes.

—Aquí me tienes —tradujo Cam.

Necesitaba una confirmación verbal de su estado mental.

—Por supuesto. —Ella esbozó una sonrisa—. Vamos a dar la corriente y hacer algunas pruebas con tus aparatos.

—Ya. —Movié la cabeza en un gesto de aprobación.

—Hace más de diez años que me dedico a la nanotecnología y nunca había visto nada igual —sus palabras le parecieron al instante fuera de lugar.

La cabeza de Sawyer se convulsionó de lado a lado en vez de arriba y abajo como era habitual en él. No quería cumplidos ni que lo convencieran de nada. Por fin había dejado a un lado su ego.

—Riba —dijo, parpadeando. La había perdido de vista al sacudir la cabeza, y su ojo buscaba frenético hasta que la volvió a encontrar. ¿Era desesperación lo que reflejaba su mirada? Gruñó y Cam dijo:

—Miren arriba. Freedman tenía copias en todas partes, en casa, en su despacho. Creo que Dutchess sólo registró el laboratorio.

Ruth resistió el impulso de darse la vuelta e ir ella, aún temía disgustarlo. —¿D. J.?

—Lo he oído. Pregúntale dónde con exactitud...

Sawyer seguía dispuesto a cooperar.

—El despacho de Freedman está en la segunda puerta desde la escalera —dijo Cam por él—. A la izquierda. Prueben en su escritorio o en el archivador.

D. J. y dos marines se fueron presurosos. Y el sargento Olson de las fuerzas especiales habló por la radio:

—Aquí Olson. Parece que los generadores se han agotado, señor. Probablemente arrancarán si les ponemos combustible.

—Ponedle un poco —le dijo Hernández.

Cam volvió a hablar por Sawyer.

—Si no hay nada arriba, prueben con los ordenadores que hay junto a la zona para escanear. Dutchess se lo llevó casi todo, pero un buen *hacker* debería saber reconstruir los archivos eliminados del disco duro. Por lo menos tendrán diseños preliminares sobre los componentes del Arcos.

Por detrás de Ruth había movimiento, Todd o quizás Hernández se dirigió a los ordenadores. Ella centró su atención en Sawyer al tiempo que se preguntaba por su cambio de actitud.

Siguió hablando y Cam le hacía de eco.

—Si tienen datos completos, utilicen el modelo R-1077 de base. R-1077. No hay fusible y su masa es menor a mil millones de urna. Menos de un cuarto de eso es espacio programable, pero debería contener el algoritmo de reproducción y su clave de discriminación.

Lo estaba dejando todo en sus manos. Tal vez sentía que estaba perdiendo la guerra contra sí mismo. Su inusitada fuerza de voluntad, la rabia, el terror, todo era inútil contra la baba que le caía por la comisura de los labios, la carne torpe que antes eran sus brazos y piernas.

Tal vez tardara otros cinco años, pero en el fondo se estaba muriendo, y lo sabía, y en aquel momento de lucidez quería ante todo huir de su propia amargura.

Ruth logró esbozar otra sonrisa, esta vez más auténtica, y la intensa mirada de Sawyer osciló de los ojos de Ruth a la peculiar tristeza de su boca. Él asintió, y luego el laboratorio cobró vida a su alrededor con un montón de pitidos y murmullos. Muchos aparatos estaban encendidos cuando se fue la electricidad. Los fluorescentes del techo parpadearon y luego los cegaron.

Las distracciones rompieron la muda comunión entre Ruth y Sawyer. Él apartó la mirada y Ruth vio que se le relajaba la expresión, tensa mientras luchaba por retener sus pensamientos, luego de nuevo serena por el entusiasmo ante aquellos nuevos estímulos.

Instantes después Sawyer perdió la concentración.

D. J. volvió del piso de arriba con un estuche de discos y una cajita más pequeña de metal, como una pitillera. Alardeó bastante de sus hallazgos y los enseñó con orgullo. La unidad de las fuerzas especiales también había regresado al laboratorio principal y D. J. provocó un revuelo entre los que se habían congregado allí cuando la curiosidad hizo que la mayoría le siguieran unos pasos.

Ruth le perdonó la sonrisa de engreimiento.

Protegidas con una esponjilla de la misma forma, la cajita contenía dieciséis

láminas portaobjetos no más grandes ni gruesas que una uña. Aquel contenedor diseñado para ser manipulado por manos humanas era de proporciones astronómicas para un grupo de nanos; sus estructuras microscópicas estarían adheridas a aquellas láminas de carbono para trabajar mejor con ellos al microscopio.

No era un Arcos. Freedman jamás habría sacado nanos completos y programados de la cámara hermética. Sin embargo, sus componentes seccionales les ayudarían a intuir todo el potencial de su tecnología, y aquellos prototipos básicos podrían servir como nano vacuna con unas mínimas adaptaciones.

Los discos tenían algo gracioso. Sawyer se animó cuando D. J. le enseñó el estuche. Era de color fucsia, con la simpática cara con ojos de conejo de una de las Supernenas. En cierto modo, por un instante, eso había convertido a Freedman en alguien real para Ruth, la veía como una persona por primera vez, una mujer que se gastaba unos billetes de más en una funda llamativa en vez de comprar una del montón.

—La serie doce —dijo Cam, que aún traducía con diligencia—. Los discos de la serie doce son el programa de reproducción.

Alguien agarró a Ruth del brazo y ella alzó la vista. Más allá de los trajes reunidos alrededor de Sawyer, el resto del grupo se estaba preparando para sacar el equipo, apartaban sillas, desenchufaban ordenadores y desconectaban teclados.

El hombre que la había agarrado del brazo era el capitán Young.

—¿Lo tiene? —preguntó, tapándose la boca. El jefe del equipo de las fuerzas especiales había apagado la radio. Acercó la cara y Ruth se apartó, desconcertada, pero Young volvió a tirar de ella y presionó su casco contra el de Ruth. El contacto mejoraba la transmisión del sonido.

Habló con mayor precisión.

—¿Tiene lo que hemos venido a buscar?

Ella vaciló y asintió.

Young hizo un gesto con la cabeza como respuesta y se dio la vuelta, le soltó el brazo y agarró el control de radio del cinturón. Su voz inundó la frecuencia general.

—Verde, verde, verde —dijo, y cogió el rifle del hombro.

Cam apartó la mirada de D. J. y Sawyer al oír aquel extraño anuncio, «Verde, verde», y vio que por lo menos la mitad de los hombres levantaban el brazo izquierdo en lo que parecía el movimiento de una coreografía, con los guantes cerrados en un puño. Era un gesto de identificación. Entonces avanzaron hacia los demás con las armas en alto.

—¿Qué...? —gritó Cam, pero la radio se llenó de voces.

—Quieto, joder, quieto ahí, mierda, qué demonios, quieto, eh, Trotter, quieto, ¡no te muevas!

Aquella acción coordinada duró sólo unos segundos. Debió de haber una señal previa que él había pasado por alto. Cada atacante se quedó cerca de uno de los demás, ninguno llevaba nada en las manos, mientras que la mayoría de sus víctimas iban cargadas con un monitor, cables o un montón de material electrónico.

Cada atacante puso su Glock de 9 mm. en la cara de su oponente y agarró al hombre por la cintura para sujetar el control de radio, en vez de la pistola enfundada. El cableado iba bien cubierto dentro de los trajes excepto durante un breve tramo que iba desde la cadera izquierda hasta la caja de control, lo que permitía desenchufar los auriculares y conectarlos directamente a otro sistema de comunicación, como el de un avión. Los atacantes silenciaron a los demás.

Algo se apagó también en Cam. La confusión, perplejidad, la rabia... la impresión que había sentido lo había dejado vacío, y despejado, pendiente por completo del exterior. Asimilaba los detalles como si fuera oxígeno. Su pensamiento era inmediato y fluido como el de un animal, dissociado de la lógica y los sentimientos.

Eso lo hizo decidirse. Se agachó a un lado como un jugador de fútbol americano que va a hacer una carga y se sitúa.

Durante las últimas horas, Cam había logrado distinguir a sus compañeros pese a los trajes, por lo menos algunos. Dansfield por la altura, Olson porque llevaba sucia la manga, Hernández por el paso rápido y la tendencia a ser el centro de atención del grupo. Su instinto le decía que eran las fuerzas especiales las que se estaban haciendo con el poder y Hernández quien estaba en apuros. Con un poco de tiempo, Cam habría llegado a la misma conclusión con un cálculo rápido. La proporción de atacantes y atacados era de cinco contra cinco, otros dos atacantes se quedaron atrás con los rifles de asalto, sus brazos sostenían en alto aquel trozo de infame metal negro. Sin embargo, se había olvidado de los números, y sabía que ellos se habían olvidado de él.

El atacante más próximo estaba a tres pasos de Ruth, con el M16 apuntando al techo. El capitán Young. El casco se movía mientras él reiteraba el código, «Verde dos, verde...»

Cam le golpeó en las costillas, con el hombro, y, como un jugador de fútbol en un placaje, agarró los brazos del capitán.

—¡No! —dijo la única voz femenina.

Luego se produjo otro alboroto de gritos masculinos:

—Pero ¿qué...? ¡Mierda, ten cuidado!

El M16 hizo un ruido, cuatro disparos contra el suelo. Cam y Young cayeron juntos. Fue muy rápido, por el peso de las botellas de aire.

Otro disparo más fuerte reverberó en todo el espacio cerrado del laboratorio. Luego se golpearon contra las baldosas, Young debajo. Sin embargo, la botella de aire evitó que Young cayera plano. Cam se desplomó encima, y Young no se resistió cuando Cam le arrebató el M16.

Resbalando, a gatas, Cam recuperó el equilibrio sobre la mano izquierda y las rodillas y puso el arma plana. No podía haber disparado. Tenía los dedos separados en el guardamonte, entre la empuñadura del rifle y el cargador.

Flashes... la yema del dedo sobre el suave metal se mueve hacia el gatillo... los trajes frente a él, ahora cuatro contra cinco...

Hernández y los marines habían aprovechado su movimiento sorpresa para contraatacar. Había un hombre retorcido en el suelo. A otro chico le habían dado un golpe en el trasero. Pero ¿dónde estaba el segundo M16...?

Entonces una bota le dio una patada en el lado derecho del casco. El impacto hizo que le entrechocaran las mandíbulas, giró el cuello y dejó caer el M16, que salió disparado. Las botellas de aire le golpearon en los omóplatos, pero el dolor se concentraba alrededor de un bulto que tenía bajo el labio. Los dientes podridos se le habían desprendido de las encías. Oscilaron sueltos en sus raíces rotas mientras él tosía sangre contra el visor.

El otro se puso en pie sobre él, con el M16 apuntándole.

—¡No, él no lo sabe! —Ruth estaba a un paso o dos del soldado de las fuerzas especiales, pero corrió de todos modos y siguió con aquel movimiento frenético cuando llegó a su lado. Agitó el brazo como un ala, con el codo hacia fuera, agarrando aún el portátil.

Se enfrentó al soldado con una valentía increíble. Sin embargo, sus palabras sonaban extrañas.

—¡Él no lo sabe, no... lo necesitamos!

El atacante se mantuvo en su posición. Cam también se quedó inmóvil, despatarrado, torcido sobre las botellas, retorció las manos porque quería tocarse la cara, y un miedo distinto le recorría el pecho y los brazos. «El traje, Dios mío, ¿y si se me ha roto el traje?»

El resto de la sala también parecía en calma. Cam tragó sangre. Junto a sus pies estaban Todd y Sawyer, el primero encorvado sobre la silla de ruedas de un modo que

parecía protector. D. J. se retiró a la esquina más próxima a la cámara para apartarse con sigilo de todo el mundo.

Las palabras de Ruth no tenían sentido.

—Parad, él no lo sabía —balbuceó Ruth. Se oyó un arrastrar de pies al otro lado de Cam. El capitán Young se levantaba a tientas del suelo, entre sonoros jadeos entrecortados.

—Tiene razón —dijo Young, cansado— Lo necesitamos.

Intervino una nueva voz.

—Verde, verde, qué está ocurriendo...

—Verde dos, verde dos, estamos bien —contestó Young.

¿A quién estaba tranquilizando, a otro grupo de soldados?, pensó Cam. ¿Habrían venido en otro avión? No, los pilotos que esperaban al otro lado de la ciudad en la autopista tenían un radar y habrían avisado a Hernández... los pilotos...

Claro. Los pilotos estaban metidos en el ajo y debían de haber cortado la transmisión por radio a Colorado con el primer mensaje en código de Young.

Sólo podían querer una cosa, una razón para tomar el poder. La nanotecnología. Pero ¿qué sentido tenía robarla? ¿Qué podían pedir, dinero no...?

«Putá. Esa puta rastrera.»

Ruth lo había estado utilizando todo ese tiempo, incluso había sonreído y le había agarrado la mano, y entre tanto ella lo sabía...

Cam giró la cabeza y sintió una punzada en las vértebras. Entre las motitas de sangre, vio que habían perdido la batalla.

El traje desmoronado con languidez boca arriba era el cabo de la infantería de marina Ruggiero. Llevaba una funda con un mapa en el cinturón, por eso lo reconoció Cam, pues el plexiglás del visor estaba opaco por las grietas y un velo sangriento. Cuando Cam había cargado contra Young y el rifle de asalto se disparó, el soldado de las fuerzas especiales que encañonaba a Ruggiero se estremeció. A quemarropa, la bola de 9 milímetros hizo explotar el cráneo de Ruggiero dentro del casco.

La lucha no era del todo desigual. La persona que Cam había avistado por detrás, que en aquel momento estaba de pie y se frotaba el cuello, era el soldado de las fuerzas especiales Trotter, pero con las armas ya fuera, las fuerzas especiales habían recuperado el control enseguida.

No obstante, un hombre había muerto.

Los trajes beige estaban casi en las mismas posiciones que diez segundos antes, cinco contra cuatro, pero las posturas habían cambiado. Se apartaron del cuerpo de Ruggiero. Cam sintió el mismo horror que los alejaba. Un asesinato en aquella tumba de millones de personas, y todo cambiaba.

—Oh, mierda —exclamó Olson. Estaba solo, no tenía a ningún marine prisionero.

Sostenía la pistola baja junto a la cadera como para esconderla—. Oh, mierda, yo no... yo sólo...

A falta de radio, Hernández gritó para hacerse oír.

—¿Qué estás haciendo, Young, sumarte a los disidentes?

—Nunca tuvimos intención de heriros, chicos —dijo Young.

—Nunca pensé que fueras un traidor.

—Te lo juro por Dios. No queríamos hacer daño a nadie.

Ruth intervino, como siempre:

—No lo entiende. —Apartó su rostro pálido, en busca de Hernández, luego enseguida volvió a Cam—. Teníamos que hacerlo. Somos la única oportunidad para la gente de conseguir una vacuna para todos.

Hernández no le hizo caso.

—¿Tenéis a los pilotos?

—Lo siento, comandante —dijo Young—. Se lo juro. No nos cause más problemas y sus chicos estarán bien.

Cam tenía demasiadas emociones en la cabeza, no podía discernir: alarma, duda, y culpa. La vieja culpa. En un abrir y cerrar de ojos había pasado de la nada interior a la saturación... ¿Qué demonios quería decir con «la única oportunidad»?

—No lo conseguiréis. —Impasible, Hernández hablaba como si tuviera un arma—. Será mejor que os lo penséis. ¿Adónde iréis? A cualquier lugar que vayáis irá nuestra gente a buscaros. Allí donde aterricéis enviaremos tropas.

Young le dio la espalda.

—Inmovilizadlos, de la cabeza a los pies.

—No podéis ganar.

—Olson, ¿me ha oído?

—Sí, señor... entendido. —Aún contemplaba el cuerpo de Ruggiero, el sargento Olson alzó el brazo izquierdo como si empezara el ataque de nuevo—. Estamos en el canal seis.

Olson se hizo cargo del grupo que retenía a los prisioneros, y apagó la frecuencia general. Empezaron a desarmar a los marines uno por uno, les quitaron las pistolas.

—Vigiladlos —ordenó Young, y el que llevaba el M16 por fin lo apartó del estómago de Cam y fue a apoyar a Olson.

Ruth se arrodilló en el acto, desquiciada.

—Quería decírtelo...

—Joder. —Young podría estar insultándose a sí mismo. No miró a Cam hasta que ya había pronunciado las palabras.

—Leadville iba a quedárselo sólo para ellos —dijo Ruth, pero Cam miró a Young, incapaz de mirarla. Un asesinato más, y por razones equivocadas. Para nada.

Cam hundió la lengua en el agujero de sus encías, bultos carnosos, piedrecillas de

esmalte. La sopa empalagosa que formaba su propia sangre ya le estaba provocando arcadas.

Tosió.

—¿Por qué iban a...?

Young también se arrodilló, de manera que quedaron uno a cada lado de Cam. Había sacado la pistola y la levantó, una ostentación silenciosa, antes de cogerle el cinturón a Cam con la otra mano.

—¿Qué hace? —dijo Ruth. Luego su voz se convirtió sólo en un farfulto—: ¡Déjeme explicárselo!

Young lo había desconectado.

—No puedo tenerlo en la radio —dijo Young.

—¿Entonces cómo se supone que va a ayudarnos con Sawyer? Él no lo sabía. Déjeme que se lo explique. Tenemos que poder hablar. Son imprescindibles para construir...

—¡Basta! No vamos a quedarnos aquí. ¿Habla en serio? Pensaba que sólo lo estaba retrasando para darnos más tiempo.

—Tenemos que quedarnos. Es nuestra mejor oportunidad.

—Doctora Goldman, nos llevaremos todo lo que nos indique.

—¿Y si se rompe algo? ¿Y si resulta que nos dejamos un pequeño módulo de aplicación que no nos dimos cuenta de que necesitábamos?

—Sabe que tenemos que salir de aquí.

—¡Dos horas! —dijo ella—. Podemos quedarnos por lo menos dos horas, como ha dicho Hernández. Leadville no lo sabe, ¿de acuerdo?

Young hizo una pausa, tal vez consciente de que Cam estaba cerca y podía escuchar. Jamás volverían a confiar en él. Y al recordar lo sucedido, al reflexionar sobre su error, Cam se percató del parecido entre esa conversación y la que Ruth ya había mantenido con Hernández. Young incluso había adoptado el mismo tono paciente y paternal para responder a la inquebrantable voluntad de Ruth.

La valentía y el compromiso de Ruth eran reales.

—Yo creo que probablemente lo hemos conseguido —contestó Young despacio—. No han dicho nada.

Ruth volvió al ataque.

—Entonces todo va bien.

—No creo que comprenda los riesgos. Aún tenemos que volver a los aviones, reponer el combustible, hay un montón de cosas que tienen que ir bien antes de estar de nuevo en el aire.

—Es nuestra mejor oportunidad. Es... todo por lo que hemos estado luchando. No lo eche a perder. Por favor.

Cam también estuvo a punto de decir algo, y Young se dio cuenta. Frunció el

ceño y se puso en pie, lejos de los dos.

—De acuerdo, nos quedamos hasta que agotemos estas botellas. Y ya está.

—¿Qué? ¡Eso es apenas una hora y media!

—Ya está —le dijo Young.

Cambiar las botellas les llevó veinte minutos. Young había ordenado a los científicos que reunieran sus cosas mientras él las cambiaba, «Es hora de trabajar», dijo, Ruth y D. J. apenas le contestaron, aún nerviosos por las emociones vividas, y Young titubeó.

Cam pensó que probablemente aquello no habría quedado así si Hernández estuviera aún al frente, pero esa actitud era una rebelión dentro de una rebelión. Young jamás podría ostentar la autoridad de Hernández. Podría haber cortado la electricidad o haberlos sacado físicamente a rastras, pero antes deseaba como el que más que la misión tuviera éxito.

Antes, cuando Todd y D. J. aún estaban cargando todos los programas, Ruth apagó su radio y presionó su casco contra el de Cam, con el semblante serio, muy cerca, para describirle los motivos de la conspiración: la investigación para aplicar los nanos como armas que se estaba llevando a cabo en Leadville, los mil seiscientos estadounidenses asesinados en el río White, el miedo a que el gobierno de Leadville pretendiera utilizar el nano vacuna para volver a colonizar el planeta si lo creían conveniente.

—Es un genocidio fácil —dijo ella—. Dejar que todos los demás mueran y que ellos gobiernen para siempre.

Cam había prometido lealtad de nuevo... demasiado tarde. Era disponer de una persona menos, pero Young puso a Iantuano a hacer guardia en la cámara, para asegurarse de que Cam no volvía a conectar los auriculares y lanzaba un aviso a Leadville, o tal vez derribara a uno de los científicos y causara un tumulto que no se pudiera explicar.

«Rojo, rojo.» A la tercera señal de Young, los pilotos al otro lado de la ciudad restablecieron la transmisión de audio con Colorado. Sólo habían transcurrido cuatro minutos de silencio, y durante ese tiempo los pilotos siguieron proporcionando datos antiguos mientras «arreglaban un cable en la transmisión». No había motivos para alarmarse. La expedición había llegado a su objetivo, a tiempo, e iba a permanecer allí un rato.

Habían mantenido esa ficción. En aquel momento la atención de Leadville se centraba en el equipo científico, los instigaban y hacían preguntas. Se suponía que D. J., Ruth y Todd debían describir todas sus acciones, aunque a menudo se distraían con los comentarios entre ellos o se callaban, sumidos en sus pensamientos. Ruth sobre todo hablaba poco y utilizaba gestos siempre que era posible.

El plan era mantener la mentira hasta primera hora de la tarde si era posible, hasta

que, de pronto, el C-130 se dirigiera al norte en vez de emprender el camino de regreso a Leadville.

Cada media hora el comandante Hernández hablaba con sus superiores mientras el capitán Young apuntaba con un rifle de asalto no a él, sino a los demás marines. Era obvio que Young lo hacía con reticencia, le avergonzaba su función, pero había jurado que Hernández vería morir al resto de su pelotón antes que él si decía algo erróneo.

También había que montar una farsa para los satélites, pese a un vacío de cuarenta minutos en la cobertura. La toma del poder se había producido a salvo, bajo un techo, pero en cuanto salieran, en Leadville se preguntarían por qué había cosas que no encajaban con lo que les habían ordenado, así que las fuerzas especiales se estaban agotando cargando el remolque y saliendo y entrando del laboratorio sólo para parecer un grupo doce hombres en vez de siete.

Cam aún no había tenido tiempo para asumir la situación en su cabeza. Estaban pasando demasiadas cosas en poco tiempo, aunque hablaban con él menos de lo que esperaba porque apenas preguntaban nada a Sawyer.

Su decepción rayaba en el pánico. Necesitaba serles útil, pero al parecer la mayor parte de su trabajo ya estaba hecho, antes de despegar, la madrugada anterior, en el portátil de Ruth, y ese día por la mañana.

Sus esfuerzos estaban dando resultado, eso lo sabía. Estaba bien. Aun así, se sentía frustrado al verse arrinconado. Nunca había sido uno de los suyos, pero ya ni siquiera era una herramienta útil. Su gran contribución había consistido en confirmar la identificación de Sawyer de cada lámina portaobjetos. También se había asegurado de que entendieran dos contraseñas para los ordenadores, «supernena» y «mar12», la fecha de nacimiento del sobrino favorito de Kendra Freedman.

Sawyer también parecía temeroso de perder relevancia, aunque se desacreditaba envolviendo cada mínima información útil en unos recuerdos personales sin sentido. El nombre del sobrino... Sus visitas... Graznaba y daba paseos, sin dejar de restregar el reposabrazos de su silla con la mano sana, intentando incordiar.

El equipo científico chocó las palmas en dos ocasiones, y Ruth se rió varias veces, un «ja, ja» satisfecho y fuerte que atravesaba el casco.

Cam los observaba expectante, le dolían las encías, sentía los morados de la espalda, los brazos, el pecho, la barbilla, además de las cicatrices petrificadas que le cubrían la cara y el cuerpo. En muchos sentidos el rugido de su estómago era también un recuerdo, feo y vivo.

El láser de fabricación no parecía gran cosa, tres bloques gruesos como frigoríficos que costaría mucho de pasar por la cámara hermética, sin contar con los cables y tubos que los unían. Al tercero le faltaba un recuadro poco profundo en el medio, donde los paneles grises daban paso a una consola blanca con una cuadrícula

de visualización, un teclado numérico y dos palancas de mando.

Nada que a los científicos les importara mucho. Teclearon algo. Observaron con paciencia sus aparatos. Consultaron con Leadville.

Casi dos horas antes D. J. había colocado un par de láminas portaobjetos en una fina lengüeta que sobresalía de la consola, parecida a la bandeja de un reproductor de DVD. Automáticamente sellada dentro de una recámara hipobárica, unos delicados brazos mecánicos abrían las láminas, después de que un proceso de descontaminación eliminara el polvo y los residuos del espacio de trabajo. El láser también estaba equipado con manipuladores atómicos y una sonda de escaneo. D. J. activó los programas de autorrecuperación que encontró y luego montó un proto Arcos individual a partir de la primera lámina junto con un componente de motor que tomó de la segunda.

Fue un proceso minucioso. Cada lámina contenía una docena de muestras de un tipo común pero con variantes menores, ya que habían sido producidas a máquina por separado en vez de por autorreproducción. D. J. descartó los primeros tres fragmentos de motor.

Entre tanto, Ruth y Todd resolvieron una cuestión de protocolo entre el programa del portátil y el de los ordenadores del laboratorio, luego empezaron a cargar sus archivos. También habían introducido varios discos de Freedman, unos CD grabables comunes.

El rayo del láser ultravioleta extremo, pese al nombre grandilocuente, habría sido imperceptible aunque no estuviera escondido dentro de la maquinaria. En el monitor de video aparecía sólo como símbolo, una barra oblicua generada por el ordenador, incluso más pequeña que las retículas que representaban las nanoestructuras.

Incapaz de utilizar bien una pantalla táctil con guantes, D. J. indicó los parámetros que quería con una palanca de mando y luego se sentó, con las manos apartadas. El láser fue recortando materiales innecesarios del componente del motor para reducirlo. Luego dio instrucciones de injertar ese nudo en el núcleo del proto Arcos.

Realizó ajustes en el mismo programa seis veces hasta que todo fue correcto. Tardó ochenta minutos.

—Genial, parece genial —dijo Ruth.

El láser, que aún cortaba, empezó a alterar la composición molecular del núcleo del nano. Al erradicar partículas atómicas seleccionadas, podían crear un microprocesador de estado semisólido codificado con el algoritmo de reproducción y su clave de discriminación, así como códigos para el sensor térmico.

Surgieron dos complicaciones graves.

En primer lugar, era una secuencia que no se podía corregir, o se hacía a la perfección la primera vez o sería un desperdicio de todos sus esfuerzos. Antes de

volver a intentarlo tendrían que construir un nuevo nano, y había probabilidades de que D. J. hiciera un promedio de seis pruebas más para recrear aquella estructura híbrida.

Peor aún, la segunda complicación era que estadísticamente estaba garantizado que hubiera defectos. Incluso mientras el láser daba forma al núcleo del nano, cabía esperar que algún cambio no previsto se produjera.

El nano nunca sería perfecto al cien por cien.

La pregunta era si podían fabricar un nano vacuna con la suficiente programación para funcionar bien, porque fuera lo que fuera lo que crearan, montarían más nanos con las mismas limitaciones, así que era imprescindible que la vacuna funcionara con un margen pequeño de error. De lo contrario sería engullido por la plaga de Arcos. Sería inútil.

Les quedaban veintiséis minutos en las botellas nuevas, Young volvió a golpear el cristal de la cámara hermética. Sin un cable de radio, Cam no oía sus palabras, pero el mensaje era obvio.

«Salid.»

—Enseguida —dijo Ruth—. Lo prometo. De verdad no podemos detener el proceso de grabación después de...

Young volvió a aporrear el cristal, al tiempo que movía la boca. Por detrás, Cam vio a dos soldados de las fuerzas especiales que se inclinaban con rigidez para mirar al techo, aunque la luz fluorescente parecía estable. ¿Iban a cortar la corriente?

—¿Qué? ¿Cuándo? —Ruth había alzado la voz, asustada, y D. J. se incorporó de la consola LUVE. Young había girado la cabeza, y Cam se percató de que estaba hablando con Iantuano.

Aquel intenso vacío se apoderó de Cam de nuevo, pero se resistió, incluso al apartarse de Iantuano y darse la vuelta para mirarlo a la cara, tras asegurarse de que estaba lejos de la silla de ruedas de Sawyer.

—¿Qué está pasando?

—Saca a tu amigo —dijo Iantuano.

—Casi han terminado.

—Sácalo. Acaban de llegar dos aviones a las montañas.

El puesto de mando de Leadville lo había sabido todo el tiempo. Ruth debería habérselo imaginado. James no había estado entre los colegas que le habían dado consejos y ánimos. Estaba retrasándola. No estaba familiarizado con su tecnología del cazador asesino ni con la fabricación láser, pero, como jefe de sus laboratorios, debería haber estado al corriente.

La ausencia de James en sí era el aviso que Leadville intentaba impedir, y Ruth había estado demasiado absorta en su trabajo para comprenderlo. Podría haberles costado todo.

Young tenía razón. Deberían haber salido corriendo hacia el avión.

¿Sus trajes tenían micrófonos ocultos? No, los microdispositivos no podían transmitir desde tan lejos. Hernández había dicho algo, una frase que sonaba inocente, señales acordadas para indicar el grado del problema.

—¿Young? —Ruth hacía señas con la mano contra el muro de cristal de la cámara—. ¡Young! ¡Ha cortado la transmisión por radio!

Un poco a la izquierda, al otro lado del cristal, Young se dio la vuelta.

—Déjeme hablar con ellos —dijo ella.

—Lo tengo encañonado, doctora. Mueva el culo.

Cam ya estaba empujando a Sawyer, le bajaba el brazo cuando intentaba agarrarse a la pared.

—Escuche, tenemos el rehén más importante —dijo Ruth.

—Sin bromas. —Young meneó la cabeza, no por discrepancia sino exasperado—. ¡Antuano, sáquelos.

—Sí, señor.

—¡Espere! —Ruth dio un golpe en el cristal, pero el capitán Young ya se dirigía hacia la otra esquina de la sala principal, donde estaban sus prisioneros, sentados contra la pared, con las botas y las muñecas atadas con cinta de carrocero.

Había jurado matarlos...

—¡Young, no! ¡Me refería a los nanos y todos los aparatos!

No contestó. Había apagado la frecuencia general. ¿Qué canal había utilizado Olson? Ruth agarró sus controles. Interferencias. Interferencias. La frecuencia dos era la de mando, y los pilotos habían dejado ese canal abierto.

—..., tumbense y entreguen las armas al comandante Hernández. —La voz de Leadville era femenina, fría, sin entonación—. No hay motivos para derramar más sangre.

—Eso le estoy diciendo. —Era Young—. Retírense.

—Retírese, capitán.

—Atrás. Antes lo haremos volar todo, ¿entendido? Tenemos bidones de gasolina

suficientes para armar una gorda, así que retírense. No querrán que...

El edificio tembló en dos atronadoras ondas sónicas cuando dos F-15 *Eagle* pasaron por encima de sus cabezas.

Leadville había enviado un despliegue impresionante. Eso decían ellos, por lo menos, y los pilotos al otro lado de la ciudad confirmaron que el radar mostraba otro C-130 que se acercaba tras los dos aviones de combate. Leadville decía que en su interior había sesenta soldados.

Young repitió su única amenaza:

—¡Lo volaremos todo, todo!

Luego dio instrucciones a los pilotos de que cortaran la transmisión del todo.

—¿Podéis bloquear nuestro tramo de autopista, poner los aviones en medio? —dijo.

—Ya los estamos moviendo. —Ruth advirtió que el hombre de las fuerzas aéreas no llamó a Young «señor» ni «capitán». ¿Era significativo?

El área de aterrizaje más próxima era un aeropuerto que estaba a cinco kilómetros al sur de donde ellos habían tomado tierra, las carreteras estaban atascadas y pasarían otros quince minutos hasta que el avión de Leadville cubriera la distancia desde Sierras, y otros diez o más hasta que tomaran tierra.

—Nosotros ya habremos hecho casi todo el camino de vuelta antes de que ellos pisen el freno —dijo Young.

Sin embargo, Ruth se quedó pensativa. Aunque no los arrestaran en tierra, por mucho que los disidentes reunieran apoyo aéreo o los combatientes canadienses intervinieran a su favor, ¿permitiría Leadville que otro tuviera esa tecnología? Los seres humanos, llevados por la codicia y el miedo, tal vez no entenderían que otros nanos les podían beneficiar a ellos. Aquellos hombres obsesionados con la guerra podían no creer que un nano vacuna los salvara.

Un misil aire-aire era lo único que necesitaba Leadville para eliminar a un avión de carga lento para siempre.

—¡No! —Ruth se separó, tambaleándose, de Iantuano, se resistía sin éxito con su único brazo—. ¡Aún no! Si no tenemos esto no tenemos nada...

Él la agarró de la muñeca.

—¿Está loca? Tenemos que irnos.

—He terminado, he terminado, estoy acabándolo —protestó D. J. por detrás, y Ruth se movió adelante y atrás, intentando impedir el paso a Iantuano a la consola LUVE.

—¡Tenemos que asegurar el prototipo o todo este tiempo habrá sido en vano!

—Señora, nos vamos.

—Ya voy —dijo Todd—. ¿Señor? Mire, ya me voy.

—¡Lo tengo! —gritó D. J.—. Déjeme extraer...

Toc-toc. El capitán Young había vuelto al exterior de la cámara, con el rifle en un brazo y la otra mano en el cristal. Al mismo tiempo, dos soldados estaban entrando a toda prisa por la cámara de aire. Cam ya había empujado la silla de ruedas de Sawyer por la sala más grande, con la cabeza vuelta sobre el hombro para mirar.

—Si no supiera nada diría que está jugando a dos bandas —dijo Young, que buscaba los ojos de Ruth a través de las muchas capas que había entre ellos, la pared de cristal, los visores.

Ella aguantó la mirada.

—Eso es ridículo.

D. J. se colocó al lado de Ruth y enseñó el puño a Young.

—Lo tengo, ¿de acuerdo? Tengo el prototipo. Vamos a asegurarnos de que tenemos toda la programación y nos podemos ir.

—Háganlo rápido —dijo Young, e hizo un gesto para que pasaran como un guardia de tráfico—. Quiero llevarme ese láser, pero están en medio.

Los soldados que habían entrado en la cámara estaban tirando de una plataforma rodante. Ninguno de los componentes del láser de fabricación pesaba más de cien kilos, pero los soldados también tenían un cilindro azul —no era una botella de aire— conectado por un cable a una boca estrecha y negruzca. Un soplete.

—¡Tengan cuidado! —dijo.

—Doctora, todo lo que no esté en el remolque en quince minutos se quedará aquí.

—No pueden cortar los cables de refrigeración, nunca arreglaremos...

—Quince minutos.

—Puedo minimizar los daños —dijo D. J.—. Déjeme que les enseñe dónde cortar y cargaré con todo el cableado que pueda.

—Claro —contestó Young. Un soldado ya estaba ayudando a otro, Dansfield, a ponerse una pesada máscara de soldador encima del casco.

Ruth dudó, las ideas se le agolpaban en la cabeza. El tercer componente, la fuente de alimentación y la electrónica informatizada, estaba conectado a los demás sólo por un grupo de cables de los que se podía tirar con facilidad. Por desgracia la segunda unidad, el sistema de refrigeración, los ventiladores y los filtros, estaba conectada a la primera por muchos tubos industriales. Si cortaban esas conexiones, perderían la mayor parte del líquido refrigerante y contaminarían mucho el sistema de descontaminación. Sin embargo, Ruth suponía que era mejor eso que arriesgarse a dañar la óptica láser del primer componente quitando los tornillos a golpes.

Ruth agarró su portátil. Todd estaba recogiendo los CD y D. J. había metido la cajita de láminas portaobjetos en el bolsillo del pecho y lo había cerrado con la cremallera. Ruth entró presurosa en la cámara hipobárica, con Todd pisándole los talones.

Aún hacían falta muchas pruebas y ajustes antes de tener una vacuna fiable, más

de las que se podían realizar dentro del límite de su suministro de aire. Probablemente repetirían todo el proceso cincuenta veces. Necesitaban días, incluso semanas. Ruth cerró los ojos y se maldijo a sí misma.

Las razones para hacer las comprobaciones previas eran sólidas, pero deberían haber parado en cuanto estuvieron seguros de poseer lo esencial. Tal vez podrían haber terminado de reponer combustible en el aeropuerto internacional de Sacramento antes de que los reactores aparecieran en el horizonte.

Ruth pensaba con sinceridad que estaba por encima del orgullo, de verse en un lugar destacado en la Historia, pero la tentación de ser la primera había sido demasiado grande. La tentación y la debilidad.

Nunca había evitado del todo el miedo mientras trabajaban, había demasiados recordatorios, el tejido del traje que se le ceñía, el peso de la mochila y los incómodos calambres en el hombro, pero utilizó el pañal allí, de pie, con cinco hombres, y casi ni lo pensó, absorta, poseída.

Ahora rezaba a Dios por tener un lugar y tiempo para volver a ensimismarse. No por ella, jamás lo volvería a hacer por ella. Los millones de personas que quedaban en el mundo no merecían morir de hambre ni combatir durante los próximos mil años por su egoísmo. ¿Eso no debería contar?

«Por favor, por favor, por favor.» Aquella letanía era el latido de su corazón.

—Soy Dansfield, voy a encender la llama...

Ella miró hacia atrás. Estúpida. Tres de los cuatro hombres que estaban en la cámara hipobárica se habían vuelto hacia fuera, y vio que Iantuano abría la boca, sorprendido por su reacción. Ruth desvió la mirada de forma natural hacia el cuarto hombre, una silueta arrodillada, justo cuando el soplete que llevaba en las manos escupía una llama azulada. Se estremeció.

«Por favor, Dios.»

La imagen se le quedó grabada en la mente.

—Todd —dijo—, ¿puedes volver a revisar el remolque? Voy a ver qué ha quedado ahí dentro y luego podemos trabajar en trío, ¿de acuerdo?

—Suenan bien.

—Déjenme ayudar. —Era Cam, que había vuelto a conectar su radio sin permiso. Ruth se detuvo, asustada por él, pero seguro que Young no se opondría ahora que Leadville lo sabía todo. Sus rasgos llenos de cicatrices se habían inflado entre la nariz y la boca, aunque era difícil discernir hasta qué punto, porque el interior del visor estaba salpicado de sangre, con manchas mayores en la mitad inferior. Junto a Cam, en la silla de ruedas, Sawyer alzó la vista hacia ella con una mueca de chimpancé asustado. Sin duda él también había visto el soplete.

—¿Por qué no echas una mano a ese chico? —preguntó ella, que se dirigía al exterior del laboratorio, donde un soldado estaba sujetando el equipo en el remolque

—. No podemos permitirnos que se caiga nada.

—De acuerdo. —Cam se dio la vuelta, se fue tras Todd y dejó a Sawyer en medio del suelo.

Ruth caminó a zancadas, observando el embrollo de objetos. Si hubiera espacio, si dispusieran de una flota de camiones, no dejarían nada más que las sillas y las lámparas de mesa. Pero otros objetos no importaban, amperímetros, un generador de señales...

Estaba de pie sobre la sangre del cabo Ruggiero.

Cerró el puño y siguió avanzando, aunque se retiró para caminar sobre baldosas limpias. Luego volvió a bajar la mirada con la misma curiosidad refleja que casi la había cegado.

El charco se había corrido cuando sacaron a rastras a Ruggiero de la habitación, ahora era un rastro amplio que se ennegrecía y se volvía pegajoso.

El capitán Young estaba en la esquina de enfrente de nuevo, adonde iba tras cada interrupción, de pie, junto a los prisioneros, con otro soldado de las fuerzas especiales, mientras un tercer hombre envolvía con más cinta las piernas de los prisioneros. Ya estaban inmovilizados, ¿por qué se molestaban?

Ruth buscó a tientas su control de radio, con cuidado de no tirar el portátil.

—... o culpa nuestra. De lo contrario volveríais con nosotros.

—No puede dejarnos aquí sin más. —Hernández. Debían de haber conectado su radio.

—No puedo molestarte en mantenerles vigilados ni ir por ahí con un vehículo adicional —le dijo Young—. Lo siento. Les diremos dónde los pueden encontrar.

—¿Y si no llegan a tiempo?

—Tienen casi dos horas. Y pueden sobrevivir casi dos más hasta que de verdad les empiece a doler.

—No si nos ahogamos en estos trajes...

—Les dejaremos un cuchillo —dijo Young—. Deberían poder moverse en diez, quince minutos.

«Tardarán más.» Pero Ruth no lo dijo. Los marines tendrían que ser muy cautelosos para no cortarse los trajes, y en ese momento comprendió por qué el soldado estaba colocando la cinta alrededor de las espinillas y las rodillas en vez de reforzar las ataduras de los pies. Eso les daría más superficie que cortar.

—Espere. —Esta vez Hernández habló más rápido—. Sabe que Timberline tiene la mejor oportunidad de montar un nano que funcione de verdad. Si lleva esta tecnología a los disidentes...

—Adiós, comandante. Buena suerte.

—... está jugando con más vidas que la suya...

Young se arrodilló y tiró del cable de la radio, y el soldado de la cinta se inclinó

sobre él. También llevaba una navaja plegable. Cortaron el cable de la radio de Hernández e hicieron lo mismo con los otros tres marines, así que quedaron irremediablemente mudos.

Era una bendición darles a Hernández y su brigada una oportunidad. E inteligente. Ruth estaba de acuerdo. Si Young los hubiera ejecutado, no podía esperar otra cosa para sí mismo si las cosas salían mal.

El dejarlos ahí para que los rescataran también era un movimiento calculado para distraer a parte de las fuerzas de Leadville.

Pasaron más de quince minutos hasta que estuvieron en el coche, los componentes del láser apenas pasaban por la cámara de aire de uno en uno, pero Young esperó hasta que la última pieza estuvo cargada en el remolque.

Sus sombras eran pequeñas y se acurrucaban debajo de ellos, el sol de mediodía estaba suspendido en su punto más alto.

Dansfield iba delante con la excavadora, Trotter iba arrodillado en el techo de la cabina con uno de los dos rifles de asalto que tenían, y Olson estaba de pie en el cuerpo de la excavadora. Los cinco civiles y los cuatro miembros de las fuerzas especiales que quedaban se metieron en el todoterreno y, entre los aparatos apretujados en la plataforma, Sawyer y su silla de ruedas estaban encajados en el remolque. Iantano estaba sentado en un componente del láser de fabricación con el segundo rifle.

Newcombe había inhabilitado la furgoneta con tres disparos, en las dos ruedas delanteras y el radiador. También se habían deshecho de la mayor parte del equipo que habían llevado hasta allí, se quedaron con las botellas de aire que quedaban y la campana de presión, y Ruth advirtió que entre los objetos abandonados estaban los bidones de gasolina que Young había jurado utilizar para destrozarse el equipo del laboratorio si los de Leadville se acercaban demasiado.

La discreta decisión de Young la hizo sentirse orgullosa y triste al mismo tiempo. Era un sentimiento salvaje, solitario, directo. Peor que el control de la nanotecnología por parte del gobierno de Leadville sería quedarse sin ella. Young no tenía intención de hacer volar algo que había costado los esfuerzos de tanta gente.

Iban lentos. El todoterreno se esforzaba por tirar del remolque. Avanzaban a cuarenta kilómetros por hora por el bulevar Folsom y se dirigían al norte por la calle 54 cuando volvieron a oír los aviones.

Pasaron por encima de sus cabezas, como si temblara el cielo. Encajada entre D. J. y Cam en la parte trasera del vehículo, apoyada contra el techo del coche, Ruth intentó mirar a su alrededor, pero bajó la cabeza antes de perder el equilibrio.

Avanzaron a sacudidas por los patios colindantes, se desviaron brevemente al este, luego continuaron hacia el norte por la 55. Pasado medio bloque se orientaron al oeste. A partir de aquel momento era un trayecto recto a lo largo de diecinueve

manzanas. Cuando se acercaron a la autopista, Jennings aceleró para seguir el ritmo de la excavadora.

—Lo conseguiremos —dijo Young.

El C-130 enemigo se acercaba de frente por encima de las siluetas cuadradas del horizonte urbano, bajo y perezoso, y Ruth, completamente desorientada, giró la cabeza de nuevo en busca del sol.

¿Se había equivocado de camino?

—¿Dónde están...?

Otras voces provocaron una confusión en la radio: «¡Dios, están al sur del aeropuerto, van directos hacia nosotros!»

No podían haberse perdido. Sólo había un camino de vuelta por las ruinas, así que el gran avión de carga debía de estar saliendo del oeste en vez de ir hacia el este desde las montañas. Pronto pasaría por encima de la autopista directo hacia ellos.

Caían objetos por detrás del avión. Contenedores del arma basada en el nano copo de nieve.

Ruth intentó gritar y no pudo, tenía los pulmones paralizados, ya muertos... no. El copo de nieve era inútil contra los trajes de contención. Los objetos que descendían eran hombres. Se veían más grandes por el equipo que llevaban, y unos apéndices largos se elevaban de cada silueta humana, ondeaban y se hinchaban. Paracaídas.

Ya había media docena de paracaídas rectangulares que bajaban oscilando en la estela del C-130.

Una salpicadura de sangre golpeó el visor de Cam cuando Jennings se retiró del volante de una sacudida. El chasquido de la cabeza de aquel hombre fue brusco y despiadado. Cam se sobresaltó y gritó cuando los disparos se sucedieron en la calle.

Muerto, con el casco partido, Jennings rebotó de nuevo hacia delante y cayó sobre el volante. El todoterreno dio un viraje brusco a la izquierda, a cincuenta kilómetros por hora, y redujo la velocidad cuando se le resbaló la bota del acelerador, pero siguió embistiendo debido al peso y la inercia del remolque.

El cambio de velocidad provocó una creciente sensación de terror en Cam, parecía como si la cabeza le fuera a estallar.

Pasado el bloque treinta y ocho, Olson vio un paracaídas de color caqui, colgado en un grupo de árboles, con el arnés abierto, el paracaidista huido. El capitán Young se encogió de hombros tras ordenar seguir la marcha. Sabían que estaban rodeados, que los superaban en número. Las cuentas variaban, pero coincidían en que habían bajado del C-130 más de cuarenta paracaídas, reunidos sobre todo en un gran grupo delante de ellos y otro más pequeño detrás.

Young esperaba abrirse camino engañándolos, pero el francotirador estaba sincronizado por lo menos con otro.

Con los ojos abiertos de par en par y la mente despejada, Cam vio que Trotter quitaba el techo de la cabina de la excavadora diez metros por delante. Más allá, los destellos de los disparos surgían a lo largo del muro bajo de ladrillo de un edificio de apartamentos y por detrás de las esquinas de otro bloque de viviendas, más de una docena de detonaciones irregulares, como un fuego cruzado de sinapsis.

La excavadora fue la más afectada. Chispas y esquirlas amarillas saltaban del duro metal, y el sargento Olson corrió la misma suerte que Trotter. En el asiento del conductor, Dansfield se resistía y agitaba, destrozado por algunos disparos que se habían colado por las placas del blindaje y que ahora rebotaban en la cabina.

Young, que iba en el todoterreno, apoyó el hombro contra el cuerpo de Jennings para enderezar el volante. Demasiado tarde. Evitó que el todoterreno y el remolque chocaran, y tal vez que volcaran, pero la mala suerte había colocado una furgoneta Toyota de color rojo en su camino. Chocaron contra ella a cincuenta por hora o más, el guardabarros golpeó en una esquina de la parte trasera. Los dos vehículos sufrieron una sacudida, y el todoterreno, más pequeño pero más pesado, embistió a la furgoneta.

Nadie llevaba cinturón de seguridad. Jennings y Young no cabían en el suyo, no podían sentarse bien por las botellas de aire, y en la parte trasera Cam y los tres científicos estaban encajados.

El impacto lanzó a Cam a un lado, hacia la espalda de Young. Todd, enfrente de

él, empezó a caer del todoterreno, pero el lateral de la camioneta le dio un golpe, al tiempo que Ruth y D. J. eran impulsados hacia delante, por encima de Cam, provocando una maraña de cuerpos. Un brazo le golpeó en los auriculares, estampándoselos contra el cráneo.

Debajo de ellos, contra el salpicadero, Young logró escurrirse y salir por el lado abierto del todoterreno.

En la radio un hombre sollozaba, ¿a quién más habían disparado?, y todos jadeaban como perros. Cam se arrastró hacia el espacio que Young había dejado, luego cayó al asfalto. Las piezas desiguales de un rompecabezas de cristal de seguridad rodaron como guijarros bajo sus antebrazos y su vientre.

La furgoneta y el todoterreno se habían parado en forma de «T» torcida, con el remolque doblado de manera que formaba algo parecido a un triángulo, y, para la percepción distorsionada de Cam, la furgoneta era como una enorme mole entre él y los paracaidistas.

Entonces una ráfaga de disparos de rifle se abrió paso a través del panel abollado por encima de su cabeza y chocó contra el todoterreno. «Pam, pam, pam.»

—¡Cubrios, cubrios con cualquier cosa! —Era Young. Su visor tenía una fractura. Miró al remolque con un ojo cerrado y la piel de la mandíbula y la sien en carne viva —. ¡Newcombe!

Dos minutos antes Cam había pensado en pedir una pistola. Tenían las que les habían quitado a los marines, pero Young no estaba conectado a la frecuencia general porque comunicaba con los pilotos y tal vez también con Leadville, y las pistoleras estaban en el remolque, con Newcombe y Iantano...

Jennings. El cadáver de Jennings tenía un arma.

Mientras Cam lo pensaba y retrocedía de rodillas, Young y otro consiguieron responder con una corta descarga de los chasquidos esporádicos y pesados de las Glock de 9 mm. Young ni siquiera se molestaba en apuntar, tenía el brazo debajo de la furgoneta.

Los paracaidistas reaccionaron y Cam se quedó tumbado mientras una lluvia de cristal le caía encima, mezclada con fragmentos de pintura, plástico y tapicería. Sin embargo, los disparos de los rifles no sonaban tan concentrados como antes. Se percató de que algunos paracaidistas estaban avanzando, debían de haberse agachado ante los disparos de pistola.

Young logró que aminoraran la marcha, pero probablemente no por mucho tiempo.

Cam se levantó del asfalto contra todos sus instintos y venció a sus propios músculos, rígidos del pánico. La seguridad que en teoría proporcionaba el suelo era falsa. Si Leadville había estado negociando con Young desde su primera conversación, sólo era un ardid. Aquella emboscada era responsabilidad de Leadville,

y demostraba que querían recoger las piezas que quedaran antes que arriesgarse a no rescatar nada, y si Cam y los demás eran acorralados allí, en la calle, no podían esperar más que una bala en la cabeza.

Los paracaidistas los matarían en defensa propia, para evitar que usaran los bidones de gasolina que Young había amenazado con incendiar.

Cam se agachó a un lado del todoterreno e intentó agarrarse a Jennings. Lanzó un grito cuando una bala chocó contra el todoterreno, a su lado, lo bastante cerca para que la vibración le llegara al pecho. Luego volvió a agacharse contra el suelo y arrastró a Jennings por el cuello.

Vio a Todd encima de él. Aún estaba en la parte trasera del todoterreno y utilizaba su cuerpo para proteger a Ruth y D. J. La voz de Todd era como un mantra, un murmullo, tenía los auriculares estropeados o perdidos dentro del traje: «¡Abajo, abajo, quedaos abajo!»

Era la segunda vez que Cam le veía proteger a los demás.

Más allá del todoterreno, Newcombe estaba de pie en el remolque, viajaba en una estrecha ranura entre los ordenadores. Tenía la pistola en alto, pero el equipo inestimable que lo rodeaba podía ser su mejor protección. Tal vez nadie disparaba a Newcombe. Podía ser que Sawyer también hubiera sobrevivido al accidente, con la silla metida en la parte trasera y hacia atrás, pero Iantuano no estaba en su posición. O los francotiradores lo habían acibillado o había caído a la calle.

—¡Tenemos que movernos! ¡Hacia el sur, vamos detrás de ese edificio blanco! —Young sabía mandar, pero hablaba como si organizara a gente dispersa a mucha distancia en vez de a pocos metros—. ¿Dónde están los científicos? Newcombe, puedes llegar... —Se detuvo.

Cam sujetaba una Glock de 9 mm. en una mano, mientras le quitaba el cinturón de armas a Jennings.

Young se lo quedó mirando. Estaba recargando, era vulnerable.

—¿Capitán? Eh, mierda. —Era obvio que Newcombe pensaba que Young estaba herido o muerto, y que había asumido el mando tras un instante de pánico—. ¡Mierda, eh, vamos a la casa blanca!

—Aún están en el todoterreno —dijo Cam como respuesta a Young, que volvió a hablar incluso antes de que Cam hubiera terminado.

—Asegúrate de que tienen la nanotecnología —le dijo Young—. Newcombe, ¿puedes traer las pistoleras? Cógelas todas. Vamos a tener que salir a pie.

Abandonar el equipo de laboratorio ya era todo un sacrificio, pero eso retendría a muchos de los paracaidistas allí. Pero ¿a qué distancia estaba la autopista? ¿Habían llegado siquiera a la calle treinta y cinco?

—¡Equipo científico, escuchen! —Young era extremadamente metódico—. Les quiero en el lado del conductor del todoterreno, es decir, lejos de mí. ¡Vamos a correr

al sur, hacia ese edificio blanco en el lado más próximo de la calle, y necesito que se lleven todo su equipo, el portátil, las muestras, todo!

Cam intentó hacer las cuentas. Dios mío, estaban como mínimo a siete edificios del avión.

—Iantuano, ¿aún está conmigo? —preguntó Young.

—En la parte trasera del remolque, sí. Creo que me he roto el brazo.

—Necesito que lleve a Sawyer. ¿Puede pasarle su M16 a Newcombe? Síganme. Siete bloques, a menos que les cortaran el paso.

Cam se arrastró boca abajo detrás de Young, entre el remolque y el todoterreno, mientras Todd bajaba como podía al asfalto, luego Ruth. Mirando de un lado a otro en busca de D. J., Cam vio que Iantuano le daba tres puñetazos a Sawyer en la barriga para que dejara de resistirse, y que hacía torpes intentos con la izquierda porque tenía el otro brazo roto.

—¿Dónde está el otro científico? —gritó Young a Ruth al tiempo que D. J. gritaba:

—¡Rendirnos! ¡Tenemos que rendirnos!

Aún estaba en el todoterreno. Cam podría haberlo abandonado. No había tiempo, pero Ruth y Young discutieron con él aunque no lo veían, en cuclillas, cubiertos por el vehículo.

—¡Maldita sea, no está tan lejos! —exclamó Young.

—¡Podemos hacerlo! —gritó Ruth.

—No importa si no tenemos el láser...

—¡La programación es lo más importante! —chilló Ruth—. ¡La programación y las muestras! ¡Podemos hacerlo!

Iantuano avanzó hacia ellos, en paralelo al remolque, con Sawyer en el hombro como un saco de patatas. Entre tanto, los disparos de los rifles llegaban en descargas breves y controladas que chocaban en la parte superior de la furgoneta. Sólo Newcombe respondía a los disparos. Cam notaba que los soldados de Leadville se acercaban...

Young se dio la vuelta y disparó a boca jarro al todoterreno, cinco disparos seguidos.

—¡No, no, esperad! —gritó D. J.

Pero todos los disparos acertaron en la rueda delantera, destrozaron el neumático y dieron en el motor. Los daños en el todoterreno harían que al enemigo le costara más trasladar los aparatos del laboratorio, y que por lo menos algunos soldados no los persiguieran. Los disparos también sonaron como una descarga de respuesta a D. J., y solucionaban las dudas de éste con la misma eficacia con que Iantuano había controlado a Sawyer.

—No, esperad —suplicó D. J.—. ¡Estoy atascado! ¡No puedo!

—Ayúdeme a agarrarlo. —Young miró a Cam a los ojos antes de levantarse, y Cam no pudo dejarlo solo.

La sensación de estar de pie encima del todoterreno era como tumbarse en la vía de un tren, a la espera de la muerte, a la espera de una bala. Cam se rompió un ligamento del hombro al sacar a D. J. del asiento trasero y ponerlo en el suelo con una fuerza bruta fruto de la adrenalina.

—¡Verde, verde, estamos llegando a pie! —gritó Young, y quedó claro que sus pilotos habían estado esperando, a la escucha.

—Mantengo mi posición. Mantengo mi posición. —El miembro de las fuerzas aéreas hablaba con fría precisión, luego añadió—: Moved el culo. No vamos a ninguna parte sin vosotros.

Tenían la suerte de su lado, pero la idea era una locura, Cam se dio cuenta de que habían tenido la ventaja de que los canales de radio no se hubieran bloqueado. Los auriculares funcionaban básicamente como transmisores, y Colorado estaba a una distancia infernal para afectar a sus comunicaciones, pero seguro que los paracaidistas tenían el mismo equipo que ellos.

Un transmisor del C-130 enemigo podría haberles inundado los auriculares con música o ruido blanco.

Aun así, tal vez los paracaidistas también estaban escuchando.

—Ahora. —Young los sacó a descubierto, con la Glock escupiendo fuego. Al mismo tiempo, Newcombe rodeó a gachas la furgoneta y barrió la calle con su único M16.

Ruth y Todd eran los siguientes, juntos, como dos niños en una apuesta, pero primero perdieron un instante precioso, vacilantes, mirando atrás y adelante, a Young, y a sus caras pálidas. Aún parecían estar mirándose cuando dieron los primeros pasos.

Intuano los embistió por detrás, obstaculizado por el peso de Sawyer. Cam corrió con el miembro de las fuerzas especiales, sus disparos de pistola eran demasiado altos porque el retroceso le empujaba el brazo hacia arriba. Newcombe lo seguía con el rifle.

D. J. fue el último en salir, aunque le habían dicho que fuera con Todd y Ruth, y posiblemente se habría quedado atrás si no lo hubieran dejado a solas con su miedo. Algo lo impulsó a seguir a los demás.

—¡Esperad! ¡Esperad! —gritó.

Había tres metros de la furgoneta a la acera, seis más para llegar detrás del edificio blanco cuadrado. La excavadora y otros obstáculos los cubrían de los soldados de Leadville, y una valla caída también los ocultaría parcialmente cuando estuvieran en el patio, pero unos cinco paracaidistas habían avanzado mucho, más cerca de lo que nadie suponía.

Los disparos de los rifles sonaron por encima de sus cabezas como una marea

ensordecedora.

El ruido desapareció con la misma rapidez. Tumbado detrás de la excavadora, Olson aún estaba consciente, su traje roto sangraba en el abdomen y un pie. Olson le había quitado el M16 a Trotter y vació el cargador entero en una salva salvaje y atronadora.

Hirió a tres de los soldados que estaban más cerca. Luego lo mataron a balazos, a quemarropa.

Los paracaidistas llevaban trajes de contención de color caqui con cascos de combate del mismo color, encima de capuchas con unas gafas como ojos de insecto en vez de visores. Eran corpulentos, los chalecos antibalas y una tercera botella de aire los entorpecían un poco.

Cam no habría acertado a disparar a aquellas fugaces oscuras siluetas a diez metros aunque estuviera quieto. Disparando de lado, encogido para hacerse pequeño, siguió disparando de todos modos y estuvo a punto de matar a Newcombe cuando se puso delante de él. Cam apartó la pistola y perdió el equilibrio.

Young, Ruth y Todd ya habían pasado la esquina del edificio, y Newcombe lo hizo mientras Cam tropezaba por culpa de su rodilla. Dos metros, uno... Cam se dejó caer en los hierbajos y la blanda suciedad y se retorció para girar la pistola...

La mayoría de los paracaidistas, se mantuvieron en sus posiciones en la calle o avanzaban, estaban limitados en su campo de tiro por el destacamento al que Olson había disparado. Algunas balas rozaron la fachada del edificio, por encima, pero los rifles casi habían dejado de disparar.

Un francotirador encontró a Iantuano, el objetivo más grande y lento. Sawyer sufría convulsiones en su hombro y tenía el pecho acribillado. Iantuano logró avanzar tres cuartas partes del camino por el patio. Aquel hombre estaba lo bastante cerca para que Cam advirtiera su mirada de consternación. Esperaba que Iantuano cayera muerto, herido en el cuello o el torso. Sin embargo, la descarga debía de haber rebotado en las costillas de Sawyer y salido por un ángulo extraño, porque Iantuano sólo tenía una herida leve en la parte inferior del costado. Se levantó sobre los brazos, con los dos, incluso el roto, luego trató de agarrar a Sawyer.

D. J. era incapaz de tomar la decisión de ir a la izquierda o la derecha para rodearlos. Se detuvo y saltó por encima de las piernas de Iantuano.

El francotirador lo hirió en el brazo. A D. J. se le separó el antebrazo del cuerpo y él se giró, tambaleándose. Mantuvo el equilibrio lo justo para desplomarse cuando pasó a Cam.

Iantuano podría haber rodado el último metro y salvarse. Sin embargo, intentó agarrar mejor a Sawyer, avanzó a rastras con las dos piernas, con la cara desencajada por el esfuerzo. Los guantes ensangrentados se le resbalaron y una sombra de un nuevo sentimiento alteró su expresión al mirar a Sawyer. Era el rastro de una duda

triste, casi nostálgica.

Un francotirador atravesó el casco de Iantuano.

Las heridas de Sawyer eran mortales. Allí donde la bala había salido por el abdomen, el grueso traje de contención tenía un agujero del tamaño de un puño. El brazo más fuerte tenía el pulso irregular, pero se debilitó hasta convertirse en un temblor mientras Cam lo miraba anonadado.

Sawyer miró en la dirección en que estaban, doblado sobre las botellas de aire. Era imposible saber si los miraba a ellos o a la seguridad que él nunca alcanzaría. El único ojo que observaba se desvió hacia Cam y lo pasó de largo, aún con vida en aquel rostro desfigurado.

Lo dejaron allí como a un animal. Por una parte no era justo y por otra sí. Una muerte cruel era lo mínimo que merecía Albert Sawyer por su egoísmo y brutalidad, y aun así esas cualidades habían sido lo mejor de Sawyer, su fuerza de voluntad, su capacidad de adaptación. No había un juicio definitivo.

Cam lo dejó morir allí, solo, se dio la vuelta y echó a correr.

Todd ayudó a Cam con D. J., que caminaba con torpeza por la conmoción y quería sentarse.

—No puedo, no puedo —dijo D. J., pero el hecho de que hablara era una señal positiva.

El capitán Young seguía avanzando, sin molestarse en echar un vistazo a la parte trasera del edificio antes de cruzar un callejón. Tampoco hizo amago alguno de buscar cobijo mientras corría por un aparcamiento al aire libre casi vacío. Si había paracaidistas delante de ellos, se había terminado. Su única esperanza era la rapidez.

Ruth se movía como si estuviera borracha, se tambaleaba como si las botellas de aire fueran de acero. Sin embargo, aunque se hubiera hecho un esguince en el tobillo o simplemente tuviera las piernas agotadas, no se quejaba.

—No puedo... —Era una herida espantosa. El impacto en el antebrazo de D. J. también le había roto el codo, y las astillas del cúbito destrozado habían actuado como metralla en el interior del músculo. Le caía sangre de la manga hacia la cadera y la pierna, y también manchó a Todd. Cam pensó que podía hacer un torniquete con una de las pistoleras que Newcombe llevaba como bandoleras, pero tendrían que dejar de correr y eso no podía ser.

—Aprieta el brazo con la otra mano —dijo Cam— ¡Aprieta o seguirás sangrando!

—No puedo, no puedo.

—Ya casi estamos —dijo Todd, con voz ahogada—. Casi hemos llegado. —Llevaba los auriculares sueltos, le pinchaban en el cuello y retransmitían todos los golpes y chirridos.

Newcombe, torpemente, dio media vuelta con el M16 en la cadera.

—Nada —informó—, nada, aún nada, ¿dónde están...? —Se tropezó con la

mochila de Cam y se detuvo.

Al otro lado del bloque de apartamentos empezaba el barrio comercial del que se habían desviado a su llegada. Y la calle que tenían ante ellos era interminable y había muchos vehículos. Muchos coches estaban en la acera, y se veía qué vehículos se habían parado primero, otros conductores habían girado hacia los aparcamientos de una tintorería y una librería de viejo.

—Vamos, vamos, vamos —dijo Newcombe, que empujó a D. J. Young y Ruth ya estaban unos diez metros dentro del tráfico inmóvil, giraron a la izquierda y luego de nuevo a la izquierda, entre aquella masa multicolor de vehículos. Los parabrisas reflejaban el sol de mediodía y oscurecían los fantasmas desplomados que había en el interior.

—¡Suéltame! —D. J. se zafó de Cam.

—¿Qué? Sólo estamos...

El laberinto de coches, casi siempre era demasiado estrecho para que fueran en fila, y D. J. no iba a colaborar.

—¡No voy a morir por esto! ¡Suéltame!

A medio camino, Young se volvió para mirar y Ruth se apoyó en el capó azul de un coche, se le oía la respiración agitada en la radio.

—Cálmese —dijo Young—. La plaga siempre tarda una o dos horas en actuar, y llegaremos en diez minutos si siguen moviéndose.

—¡Os van a disparar! ¡Derribarán el avión a balazos!

—Tal vez no.

Un esqueleto vestido con harapos enmohecidos se dobló sobre la bota de Todd cuando éste le dio una patada en el hueso pélvico, observaba la cara de D. J. en vez de mirar por dónde iba, y sus manos, colocadas con cuidado en el hombro de D. J., le rozaron el brazo destrozado.

—¡Ahhh! —Retorciéndose, D. J. golpeó con las botellas de aire en el pecho de Cam y lo lanzó contra un coche plateado. D. J. se dio la vuelta, dispuesto a correr, pero Newcombe le bloqueó el paso.

Cam sabía muy bien el efecto del dolor en la mente, y en cierto modo la herida superaba a D. J. No podía pensar en otra cosa.

D. J. lanzó su brazo sano contra Newcombe, que paró el puñetazo y levantó el M16 en una posición defensiva que funcionó como un muro.

D. J. sollozó, enloquecido, odioso.

—¡Os van a matar!

—Joder, dejadlo que corra. —Era Young.

—¡Ya casi estamos, D. J.! —dijo Todd.

Pero Newcombe se apartó y D. J. salió corriendo.

—¡No lo hagas, no! —gritó Ruth—. ¡Tiene las muestras!

Lo agarraron sólo dos metros más allá mientras los F-15 rugían por encima de sus cabezas. Bajo el trémulo estruendo, Cam se aferró a la mochila de D. J. y Newcombe le dio un manotazo en el brazo herido. D. J. se desplomó, su gemido penetrante perduró mientras los motores de los aviones desaparecían.

—¡Cógelo, cógelo! —gritó Newcombe, que había bajado el rifle y de nuevo miraba al edificio de apartamentos.

D. J. se resistió cuando Cam llevó sus manos a sus bolsillos del pecho, no para quedarse con las muestras sino para volver a ponerse en pie. Se levantó de nuevo en cuanto Cam lo soltó, desgarrado, agarrándose el brazo con la otra mano.

Aún estaba dando tumbos cuando Cam miró atrás.

¿Por qué no los habían rodeado los soldados? El equipo de laboratorio ya era un botín, pero Leadville tenía hombres de sobra, y para entonces los perseguidores deberían haberse acercado...

—Verde, ¿me recibís? —El piloto—. ¡Verde, verde!

—Aquí —dijo Young—. Estamos aquí.

—Malas noticias. Tengo un grupo de tíos tomando posiciones en la autopista.

Young se detuvo, levantó el puño como si no pudieran verlo. Había dejado atrás al grupo y era la única silueta animada en el cañón que dibujaban los edificios.

Mientras lo rodeaban, Ruth se arrodilló, jadeando. Cam se volvió para observar el camino por donde había ido, y Newcombe hizo lo mismo, y pensó que cada vez estaba más convencido de que los soldados no habían ido tras ellos.

—¿Cuántos tenéis? —preguntó Young.

—Nueve o diez. —El piloto parecía disculparse—. Algunos corren hacia el avión.

—¿Podéis...?

—No vamos a resistirnos —respondió el piloto en tono muy serio. Debía de estar transmitiendo estas palabras a la vez a los hombres que estaban rodeándolos—. No vamos a resistirnos.

Habían calculado que por lo menos cuarenta soldados habían descendido en paracaídas, tal vez cincuenta, y mientras iban en el todoterreno Young había deducido que los últimos diez estaban de reserva a bordo de otro C— 130, a menos que Leadville hubiera falseado la magnitud de sus fuerzas, un truco muy común. De esos cincuenta, algunos se habrían herido al tomar tierra. Young consoló a su equipo diciendo que, por lo general, los traumatismos afectaban a un dos por ciento de los paracaidistas con equipamiento completo que aterrizaban en un terreno abierto, y las características de la ciudad debían de haber incrementado esa cantidad de forma radical, por mucho que fueran soldados de elite y contaran con para— caídas planeadores corrientes. Un cielo atravesado por cables de alta tensión, las calles llenas de coches... si tenían suerte una docena de hombres habrían quedado inmovilizados.

«Seamos pesimistas», dijo Young en su momento. «Supongamos que son cuarenta y cinco hombres.» Eso dejaba a unos quince soldados a unos cinco kilómetros al este de ellos, reunidos en el laboratorio del Arcos para evitar una retirada, hacerse con todo archivo o aparato que se hubieran dejado, ayudar al comandante Hernández y en la práctica verse reforzados por sus marines... Cam había supuesto que los otros treinta o más participaban en la emboscada.

Sin embargo, Leadville se imaginó correctamente que veinte tiradores podían diezmar a su pequeño ejército, apenas armado. Y mientras ellos se dirigían hacia las armas que los esperaban, los diez soldados restantes ya se dirigían al avión.

Los tres hombres heridos por el sargento Olson probablemente eran la razón de que no les persiguiera ahora y que Leadville hubiera decidido reagrupar a sus hombres. Los heridos necesitaban cuidados. Había que custodiar y mover el remolque. ¿Y por qué arriesgarse a provocar más víctimas en una caza de ratones edificio por edificio? Leadville sabía que se habían quedado sin aire, también sabían exactamente dónde se encontraban. Los satélites espía debían de haberlos seguido desde que se fueron del laboratorio.

Se había terminado todo, y Cam tenía la misma sensación que cuando cargó con Erin mientras se desangraba a mil doscientos metros de la barrera.

Cam vio el mismo pavor y cansancio en el rostro enrojecido y sudoroso de Ruth cuando ésta alzó la vista hacia Young. Todd también se había quedado paralizado, con la expresión petrificada en una mueca y con la mano como si jugueteara con la pequeña cicatriz que tenía en la nariz.

Sin embargo, Young meneó la cabeza.

—Infórmeme sobre el terreno alto.

—¿Por qué no se rinde? —dijo el piloto, esta vez con amabilidad—. No hay forma de...

—¡Infórmeme sobre el terreno alto!

Era un nombre en clave. ¿Acaso tenían otros planes aparte de ir a Canadá? Pronto todo el maldito mundo iba a estar allí encima de ellos, hasta que el combate se convirtiera en una pequeña guerra y costara cien vidas, mil.

Cam estaba dispuesto a llegar tan lejos con tal de ganar.

—La última llamada era afirmativa, pero no puedo confirmarlo —dijo el piloto—. Interfirieron mi conexión en cuanto los F-15 aparecieron en el radar. De todos modos tiene mala pinta, nos han pillado, estamos abriendo las compuertas...

—¡Apaguen las radios! —gritó Young—. Que todo el mundo apague la radio, seguirán el rastro de nuestras emisiones.

Cam estaba ansioso, pero Todd fue más racional.

—Señor —dijo Todd con cautela—, nos han atrapado. —No obedeció la orden, e hizo un gesto de resignación—. Qué importa...

Ruth se volvió hacia su amigo.

—Si hay alguna oportunidad...

—Apaguen las radios —repitió Young, y Newcombe comprobó sus cinturones.

—Apaguen las radios, apaguen las radios.

Todd tenía paciencia, como si hablara con locos. Cam se percató de que aún intentaba protegerlos.

—Aunque traigamos otro avión, no hay modo de que podamos ir a buscarlo. Lo ven todo. Pueden...

—Los satélites están desconectados —dijo Young, y el pinchazo de emoción que sentía Cam se convirtió en fuerza y energía.

El terreno alto.

A novecientos cincuenta kilómetros, en el centro de la fortaleza que era Leadville, un hombre, o quizás dos, tal vez una mujer, habían actuado y casi con certeza se podría seguir su rastro. La cantidad de técnicos que seguían los satélites espía era demasiado reducida.

Tal vez el conspirador que colaboraba con ellos ya había emprendido la huida. Quizá ya lo habían identificado y matado.

En algún momento durante la última hora, se habían enviado secuencias correctivas a los cinco satélites Keyhole KH-11 que aún estaban bajo control de Leadville. Esas secuencias hicieron que no pudieran disparar a sus aviones y habían empujado a los satélites hacia la atmósfera de la Tierra, donde empezaron a dar vueltas y ardieron.

—En Leadville están ciegos —dijo Young, que los llevó hacia el sur. Un grupo de rascacielos se elevaban desde el horizonte.

Ruth también parecía haber descubierto alguna reserva de energía. Seguía el ritmo, pero había que azuzar a Todd. Newcombe, aún detrás, presionaba con la culata del MI6 en las botellas de aire de Todd con un ruido sordo.

—No es verdad —replicó Todd—. Aún tienen el radar. Aunque vuestro avión llegue, tienen tropas...

—No va a venir ningún avión —dijo Young.

—¿Qué? —Ruth se detuvo de repente—. ¿Entonces qué...?

Young les indicó que se acercaran a una furgoneta antes de detenerse y darse la vuelta. Tenía la mejilla inflada, y la fina grieta en su visor parecía dividir su ojo derecho en mitades desiguales.

—Hay tres hospitales y un centro médico justo en esta zona de la ciudad —anunció—. Podemos encontrar aire suficiente para llegar a la montaña.

—Por Dios. —Cam pronunció aquellas palabras antes de darse cuenta, fue una reacción sincera pero que desearía haber reprimido.

—Sé que es un intento desesperado... —admitió Young.

—¡Un intento desesperado! —Todd miró a Cam en busca de apoyo—. Aunque las botellas duren lo suficiente, por mucho que invente la manera de hacer el cambio sin contaminarnos...

—Podemos improvisar algo.

—Aunque llenara un coche con cien botellas más...

Young no utilizó la intimidación física, pese a que le habría resultado fácil hacer un gesto con la pistola o simplemente acercarse demasiado. Ni siquiera levantó la voz.

—¿Quieren convencernos para que nos rindamos? Cinco de mis hombres están muertos.

—No es factible —dijo Ruth, reticente, y también se volvió hacia Cam—. ¿Cuánto crees que tardaríamos en llegar a las alturas desde aquí, con las autopistas atascadas?

Cam no contestó, se le estaba ocurriendo una idea.

—Está demasiado lejos. Tardaríamos días. No sé ni si podríamos salir de la ciudad —dijo Todd.

—Tenemos una hora —les dijo Young—. Dos o tres horas hasta que de verdad tengamos que rendirnos.

Todd volvió a llevarse la mano a la nariz.

—Tal vez podamos tomar el control del avión —dijo Newcombe.

—Tenemos que intentar algo. —Young estudió a cada uno de ellos por turnos—. Hay que ver lo que podemos hacer.

—Yo, no... —Todd se estremeció—. ¡Sabrán que los hospitales son nuestra única opción! De todos modos irán allí para conseguir oxígeno, medicamentos, todo...

—Tonterías. Tendrán las manos ocupadas recogiendo a su gente y subiendo el equipo del laboratorio a bordo.

—¿Y si nos dejan aquí?

—Es mejor que nos rindamos —dijo Ruth, despacio—. Mejor que dejar que nos atrapen. Y fue listo con el comandante Hernández. No nos harán daño.

—A ustedes no les harán daño —le corrigió Young.

—La vacuna —dijo Cam— Déjenme por lo menos intentar...

Tras ellos, un fuerte chirrido de metal resonó en la calle.

Los paracaidistas pasaron corriendo en dos parejas, la segunda siguió a la primera en un intervalo de casi sesenta segundos. Cam sólo podía imaginar lo que había sido ese ruido, el chirrido de la maltrecha puerta de un coche al apartarla del camino, algún otro escombros. Eso los salvó.

Young, de nuevo, hizo un gesto para que todos se quedaran callados cuando desaparecieron los primeros hombres. Los dos siguientes estaban bien situados para atrapar a quien saliera de un escondite pensando que estaba a salvo. Young parecía

estar esperándolos y tenía razón.

La óptica no era un buen lugar para esconderse, en la planta baja, con un gran ventanal, una amplia zona de espera, el doble como espacio de exposición, flanqueado de espejos y muestrarios giratorios de gafas. Sin embargo, la entrada estaba cerrada y la capa de polvo de la sala principal permanecía intacta. Habían entrado por una puerta lateral abierta tras guarecerse detrás de un Dumpster.

Los paracaidistas apenas miraron en el interior. Vieron meras sombras por la ventana y luego nada más.

—La vacuna —dijo Young. Miró a Cam, pero se volvió hacia Ruth para continuar—: ¿Es posible? Pensaba que necesitaban mucho más tiempo.

Todos se sentaron en la moqueta, repartidos de forma irregular detrás de dos mostradores y un escritorio. En la parte superior de las paredes había carteles de jóvenes blancos y sonrientes, primeros planos que habrían sido más adecuados en una peluquería de no ser por el inhumano azul zafiro de las lentes de contacto.

A Cam le invadió una sensación de extrañeza, comedida pero penetrante. Estaba demasiado sereno, y se habían animado mientras esperaban. Lo sintió en la cara entumecida, y también lo vio en Ruth, en su mirada fija y solemne.

Aquel silencio no era propio de Ruth.

—Sólo tenemos un prototipo de primera generación —dijo Todd—. Será mejor que no salgamos corriendo hacia los malditos hospitales mientras estén ahí fuera intentando cazarnos.

—No, en eso tenía razón —dijo Young—. El hospital más cercano está a cinco manzanas, y ahora tienen que estar por todas partes. Pero es poco probable que los volvamos a ver por aquí de momento. Tienen demasiado terreno que cubrir.

Fuera, los F-15 retumbaban hacia el sur.

—Probablemente estemos a salvo si nos refugiamos aquí —añadió Young, y Ruth por fin se movió.

—Puede funcionar —dijo ella—. Si no es eficaz, es inofensiva.

—¡Si no funciona, el sujeto quedará infectado! —Todd se daba golpes con el guante en la mitad inferior de su visor, nervioso, obsesivo—. ¿Cómo esperas siquiera introducirlo en su sistema... ¿se va a comer la lámina?

—Se puede aspirar.

—El sujeto se llenará los pulmones de nanos al mismo tiempo.

—Sí —dijo Ruth.

—¿Y luego qué? —preguntó Young.

—¿Sí, qué pasa con los demás? —dijo Newcombe.

—Si funciona, lo incubará.

—Pero ¿qué significa todo eso? —dijo Young.

—Nosotros... —Ella bajó la mirada— Se puede transmitir de una persona a otra

mediante fluidos corporales... Sangre.

—Dejadme intentarlo. —Cam sacó la cajita de muestras del bolsillo del pecho para que ella identificara la vacuna.

—Deberíamos jugárnoslo a las pajitas —propuso ella.

Cam apartó la cajita de Ruth.

—No.

—De ninguna manera, doctora —coincidió Young.

Cam apretó la cajita contra el pecho.

—Tengo que ser yo.

—Eso no es verdad —le dijo Ruth—. Todos estamos en esto, todos deberíamos...

—Soy su mejor opción. Sé mejor que nadie cómo es una infección. —Primero se concentraría en las heridas más antiguas y graves, en la oreja y las manos—. Sabré si la vacuna funciona o no antes de que se queden sin aire.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, de acuerdo, lo siento.

Él se alegró de que Ruth dijera la última palabra. Se encogió de hombros para consolarla y dijo:

—Soy el que menos tiene que perder.

Era el que más podía ganar. En última instancia, su decisión era la misma que había tomado Hollywood cuando se esforzó en subir a su árida cima rocosa.

Así era como quería que lo recordaran. Tuviera éxito o fracasara, así quería ser él.

Los cierres del cuello emitieron un chasquido, y el aire ascendió desde el traje hacia la cara cuando se levantó el casco. Parecía de una calidad increíble en comparación con la atmósfera dentro de la óptica. Con todo, pese al aire húmedo y enrarecido, la tienda resultaba mucho más agradable que su propio hedor asfixiante. Ruth le había ordenado que no respirara, pero Cam notó el cambio incluso con la boca cerrada, el roce del viento en las fosas nasales era una promesa.

—¿Preparado? —preguntó ella, y Todd acercó la placa de la vacuna a los labios de Cam. Ruth no había querido realizar ella la operación con una sola mano, y Cam había necesitado las dos para quitarse el casco—. Una, dos, ya.

Todd empujó un dedo y el pulgar entre la dentadura abierta de Cam, rompió la placa, apretándola, mientras Cam aspiraba con fuerza. Decidieron que también podía ingerir la vacuna.

—De acuerdo, contén la respiración todo lo que puedas. —Ruth le ofreció una tira de gruesa tela blanca, cortada de una bata idéntica a la que llevaban los médicos en la televisión. Newcombe la había encontrado colgada cuando Ruth sugirió que deberían probar cualquier cosa para minimizar la exposición inicial de Cam.

Cam se envolvió con gran habilidad la nariz y la boca con la tela basta, luego se quitó la botella de aire, sintió dolor, los morados en los hombros y la espalda, y por

las caderas y el estómago, donde el cinturón le apretaba. Le habría gustado quitarse el traje del todo. Le picaba y le dolía el cuerpo en mil sitios distintos, y el olor era como llevar puesto un retrete. Por desgracia, sólo llevaba una camiseta para reducir el roce de la mochila, junto con el pañal de adulto húmedo, los calcetines y las botas, y no parecía haber más ropa disponible en la tienda.

Ninguno tenía ya ningún pudor, pero no podían dejar al descubierto la multitud de escoriaciones de Cam a los nanos, aunque era probable que algunos ya se hubieran introducido en su traje.

Le colocaron otro trozo de tela alrededor del cuello, a modo de bufanda. Young agarró la mochila de Cam, comprobó tres veces que las espitas estuvieran cerradas y luego estudió su indicador. Inspeccionó a Todd y Ruth antes de revisar a Newcombe.

Luego ya no quedaba nada más que hacer.

—Cuarenta y seis minutos —dijo Young. Después, Todd se quedaría sin aire y Ruth ya estaría en reserva.

Cam se quitó los dientes rotos de las encías empujando con el dedo grueso del guante. El colmillo se desprendió con facilidad, pero hizo una mueca de dolor cuando una de las raíces de la muela se aferró. Su estómago reaccionó con vigor a los nuevos hilillos calientes de sangre que se tragó, y empezó a eructar sin cesar. Era absurdo.

Young encendió su radio y revisó los escasos canales, intentaba interceptar las emisiones del enemigo, pero sólo había un comunicado dirigido a ellos: la rendición. La apagó, pero enseguida volvió a escuchar, con el mapa extendido ante él. Saltaba a la vista que estaba planeando la ruta más rápida de vuelta a los aviones y los soldados de Leadville.

Newcombe merodeaba por la tienda, rebuscaba en cajones y armarios cualquier cosa útil. El escritorio de la recepcionista contenía una lata de Pepsi y dos paquetes de tostadas con sabor a queso. En la parte trasera encontró una bandeja de gafas de buceo graduables con snorkel y le llevó unas a Cam.

Ruth y Todd estaban sentados a ambos lados de Cam con un aire protector, descansaban e intentaban que el aire les durara. Había mucho que decir y al mismo tiempo nada.

Nadie quería comportarse como si fuera necesario decir las últimas palabras.

Dentro de la corriente sanguínea de Cam y por todo el cuerpo, o el Arcos empezaba a reproducirse sin inhibición alguna y le devoraba los tejidos para formar cada vez más parte de él, o el nano vacuna estaba desmontando a los invasores y reconstruyendo ese material para crear más defensores, como en una guerra de mareas.

Al principio el Arcos se reproduciría con toda libertad aunque el prototipo de la vacuna funcionara, por pura cuestión de cantidad, pero sin ese cáncer la vacuna no tendría nada con lo que crecer.

Pensó en Sawyer y el largo año que había transcurrido. Pensaba demasiado.

El fracaso total de la vacuna no era la peor perspectiva, Cam lo sabía. Si era efectiva en cierta medida, ralentizaría la propagación de la plaga, pero al final, como era inevitable que causara daños letales, tal vez entenderían demasiado tarde que se había comprometido con una causa perdida...

—De acuerdo —dijo Ruth.

—¿Qué? —Cam se había olvidado de ellos, absorto en el lando de su propio corazón y el ritmo de su respiración. ¿De verdad podía haber pasado casi una hora?

Ella se levantó.

—De acuerdo, vamos a prepararnos. Vamos a tener que hacerlo en los próximos cinco o diez minutos.

—¿Qué necesitan? —preguntó Young.

—Su cuchillo. Y algún tipo de recipiente.

—No ha pasado tiempo suficiente —dijo Todd, con la mano de nuevo en el visor—. No puedes...

—No me voy a quedar aquí sentada.

—Creo que funciona —intervino Cam.

La voz de Todd se convirtió en un grito.

—¡No ha pasado tiempo suficiente, es imposible saberlo!

—Tiene razón —admitió Ruth, pero sonrió a Cam, con una leve inclinación cansada. Como gesto era idéntico a encogerse de hombros, como él había hecho antes. Una muestra de determinación—. Vamos a hacerlo de todos modos —dijo ella, que aceptó la navaja de Newcombe.

—En Leadville dicen que tienen tiendas de desintoxicación —dijo Young— para cuidar a las víctimas. Y podemos movernos con bastante rapidez si es necesario cuando nos quitemos estos trajes.

Todd estaba muy silencioso.

—¿Sabes lo que hace el Arcos cuando explota en tu interior? Los nanos no se quedan quietecitos.

—Yo seré la primera —dijo Ruth.

—Cuantos más tengas en los tejidos, más tiempo nos quedaremos aquí... —Al parecer Todd no lograba hacerse entender—. Aún no es demasiado tarde. Deberíamos irnos ya. ¡Podemos estar a medio camino antes de que se nos acaben las botellas!

Ruth se arrodilló frente a Cam. Newcombe se le acercó con una vieja taza de Burger King sucia que había recogido de la basura.

Cam tendió el brazo izquierdo. Ella subió la manga y le quitó el guante. Cam sintió el aire frío en la palma de la mano. Se encogió sin querer. Ella lo miró a los ojos y él asintió. Ruth volvía a tener la boca cerrada con esa sonrisa tensa y valiente, y Cam se preguntó por el significado de esa expresión que veía en su cara.

Ruth le hizo un corte profundo en la yema del dedo, luego también le hizo una incisión en el dedo medio y el anular. El dolor no fue muy intenso. Hacía tiempo que sufría daños en los nerviosos.

Ruth se soltó los cierres del cuello y se quitó el casco, tenía el pelo enredado y lacio del sudor. Cerró los ojos un instante y levantó la cara, para deleitarse con el aire fresco, para rezar, o ambas cosas.

La sangre de Cam golpeó en la taza de papel, repleta de la plaga de Arcos y también, tal vez, de una gran cantidad de nanos vacuna.

Bebieron de ella.

La calma era incompleta. El silencio que envolvía la ciudad quedaba perturbado por una brisa primaveral y los golpes, aquí y allá, de las ramas de los árboles contra los edificios, el leve crujido de las estructuras por el cambio de temperatura tras la noche, el zumbido mecánico y el ronroneo de las moscas, arañas y escarabajos.

El primer sol proyectaba sombras en la calle, grandes formas cuadradas de torres y como pequeñas garras extrañas.

Una bolsa de plástico de supermercado se alejó hacia el este, levantó el vuelo debido a una ráfaga ascendente pero enseguida volvió a bajar.

Ruth Goldman estaba en el balcón de una oficina en la segunda planta, animando de forma impulsiva el ascenso al cielo de la bolsa blanca.

—Eh...

Sin embargo, la bolsa descendió y quedó atrapada en un aparato de aire acondicionado que había en una azotea. Apartó la mirada, intentaba aferrarse a la euforia que la danza aleatoria de la bolsa había despertado en ella. Era irracional, sí, tener una reacción tan fuerte por un pedazo de basura, pero sólo por haber traído vida a aquella zona baldía se había convertido en hermana suya.

Sus esperanzas eran frágiles y desesperadas al mismo tiempo.

—Estamos listos —dijo Cam por detrás, en la puerta que ella había dejado abierta. Ruth asintió, vacilante mientras intentaba controlar sus emociones, y Cam salió. Ella pensó que iba a decir algo más, pero se limitó a unirse a ella en la barandilla y mirar la ancha calle.

Ruth deseaba poder verle la cara. Le habría gustado compartir una sonrisa. Formaban un buen equipo, los dos con el brazo izquierdo en cabestrillo, pero también llevaban capuchas, máscaras, gafas y guantes idénticos.

Los cinco llevaban expuestos a la plaga treinta y tres horas, y tenían una ventaja que Leadville no podía compensar, la capacidad de esperar.

El capitán Young pensaba que los de Leadville estaban lejos de haber agotado todos los trajes de contención, las botellas de aire y el combustible de aviación, pero el precio de la caza había aumentado demasiado y los últimos aviones habían salido la tarde anterior.

Habían ganado. El nano vacuna funcionaba. A Ruth no le cabía duda de que se podía mejorar, aunque el prototipo funcionaba a un nivel que superaba los requisitos mínimos. Los aparatos de fabricación de Freedman y Sawyer podrían estar mejor calibrados de lo que ella suponía, o tal vez sólo era que, por una vez, las cartas habían jugado a su favor y habían construido el nano correctamente en el primer intento.

De vez en cuando sentían un dolor, sobre todo después de comer. Cada bocado de melocotones enlatados o sopa concentrada introducía Arcos en sus organismos. Sin

embargo, de momento nadie había sufrido más que incomodidades internas o un ligero picor bajo la piel. Si se encontraban por casualidad con un gran enjambre de Arcos, Ruth sospechaba que sufrirían heridas graves antes de que los anticuerpos respondieran, pero el hecho era que se podían mover con libertad en un entorno en el que su enemigo estaba limitado.

Habían ganado. Podían esperar.

Young los avisó de que Leadville iba a ser un problema constante. Enviarían aviones de vigilancia. Leadville aún controlaba un satélite de imágenes térmicas que pasaba por encima de su zona dos veces cada tarde, y a cielo descubierto serían relativamente fáciles de localizar, dada la ausencia absoluta de otros animales o fuentes de calor industrial.

Aun así, podían esperar. Podían esconderse. Y sus probabilidades mejorarían a medida que pasaran los días, cuando se alejaran a pie de Sacramento y la zona de búsqueda se expandiera.

Al otro lado de la calle, la bolsa se liberó del aparato de aire acondicionado y cayó en el techo de una tienda de repuestos de automóvil. Entusiasmada como una niña, Ruth tarareó para sí. En el borde del edificio, la bolsa cayó y descendió hacia la entrada de mercancías, donde tres esqueletos se apiñaban contra una valla de tela metálica.

Unas extrañas vetas negras se erizaban en el asfalto, se enredaban en un hueso de tobillo, se elevaban por la pared y desaparecían en los márgenes de la entrada de mercancías. Arañas. A los insectos les volvía locos algo del interior de la tienda, un componente químico o una goma.

El día anterior a última hora, cuando buscaban comida y ropa, habían evitado sin cesar nidos de arañas, y Newcombe abrió la puerta de un apartamento y vio una masa marrón de termitas. Las moscas los acosaban hasta que empezaba a refrescar, y al caer la noche Cam sugirió que aquella oficina en una segunda planta sería un lugar seguro donde dormir. El edificio era de ladrillo y tenía escaleras en los dos extremos, por si tenían que salir corriendo.

Los insectos serían otra amenaza constante, como los peligros de las carreteras, con escombros esparcidos, corrimientos de tierra, y el tiempo.

Habían ganado, pero aún les quedaba mucho por recorrer.

La distancia entre Ruth y sus compañeros también parecía mucho mayor de lo que era. Miró a los lados, de nuevo consciente de ese deseo de compartir. Era raro ser desconocidos. Compartían la misma sangre, y a ella le costaría mucho tiempo olvidar el sabor cálido y metálico de la sangre de Cam. Aun así, habían estado demasiado ocupados buscando comida, echando cabezaditas y manteniéndose activos para hablar de otra cosa que no fueran sus planes inmediatos.

Eso iba a cambiar. Tendrían tiempo de conocerse mejor cuando viajaran, pero era

incómodo e incorrecto que pudieran sentir vergüenza entre ellos a esas alturas.

—Yo... —dijo ella, y cuando Cam se dio la vuelta bajó la cabeza hizo un gesto para indicar que no era nada—. ¿De verdad Young quiere que nos separemos?

Dentro del espacio de la oficina, los demás hombres estaban de pie. Tanto Young como Newcombe llevaban mochilas ligeras. Por suerte no había mucho que cargar, las muestras de nanotecnología, armas, dos radios, baterías y objetos pequeños como cerillas y abrelatas. Encontrarían comida en el camino y dormirían entre los muertos.

Cam dijo:

—A nadie le gusta. —Se encogió de hombros—. Pero parece muy lógico.

—Sí.

Si localizaban a alguien, los otros podrían continuar. Leadville enviaría soldados a capturarlos en vez de rociar todo el valle con el nano copo de nieve. Su vacuna sólo les protegía de la plaga Arcos. Sin embargo, Leadville no los rociaría de forma indiscriminada: sería una tontería matar a Ruth y los demás sin saber con exactitud dónde encontrar sus cuerpos para recuperar las extraordinarias máquinas de su interior.

«Me alegra no tener que despedirme de tí», pensó Ruth.

La división en grupos de dos y de tres era obvia. Ruth y Todd tenían que separarse para que hubiera más posibilidades de que un experto en nanotecnología se salvara. Young y Newcombe también se dividirían, ambos ejercerían de guardaespaldas, y como Cam y Ruth estaban impedidos, por la mano y el brazo, lo lógico era juntarlos.

El entrenamiento de los soldados y la dilatada experiencia de Cam en ese mundo les daban ventaja, una buena ventaja, y Ruth no pensó que estuviera loca por sentirse optimista.

Sería una lucha cuesta arriba, irían a pie desde allí a las alturas y luego continuarían de cima en cima para llevar la inmunidad a los supervivientes esparcidos por aquí y allá. Sabían bien que algunos de ellos también serían un peligro, estarían demasiado hambrientos o heridos para entender por qué o cómo habían llegado ellos. Otros los ayudarían, tal vez la mayoría, se dispersarían en todas direcciones y ganarían las zonas bajas entre la costa y la Divisoria Continental, y algún días más allá...

Y si tenían éxito, si volvían a tener paz, ¿quién sabía qué podían aportar la tecnología Arcos y todo lo que habían aprendido?

En poco tiempo ella podría recomponer a Cam, y curar las quemaduras y heridas internas de todos los supervivientes.

Tal vez encontrara la inmortalidad que Freedman anhelaba.

Ruth se volvió de nuevo y sonrió, aunque Cam no le veía la parte inferior del rostro. Ella sabía que su sonrisa se notaría en sus ojos y su voz.

—Supongo que ésta es la parte fácil.

—Un paseo —dijo Cam.

—Por supuesto.

Primero fueron hacia el norte, por las sierras de California.

# Agradecimientos

Aliquam adipiscing libero vitae leo

Ante todo me gustaría dar las gracias a mi mejor amiga, Diana (además tuvo la gentileza de casarse conmigo hace unos años). Sin su paciencia y apoyo, este libro no existiría.

También me gustaría mostrar mi agradecimiento a mi padre, Gus Carlson, ingeniero, ex jefe de departamento en el Laboratorio Nacional Lawrence Livermore, y un tipo muy inteligente. Ha sido un gran consejero en mi investigación y en la selección de las ideas aquí expuestas, no sólo respecto de la nanotecnología que aparece en *El año de la plaga*, sino también por muchos de los conceptos que utilizo en otras historias.

Mis agradecimientos también a mi brillante e incansable editora, Anne Sowards, y a Ginjer Buchanan, Susan Allison, y todos lo que han sido tan amables en Penguin USA. También me quito el sombrero ante mi agente, Donald Maass, y ante Cameron y Stephen, de su oficina.

Hay más gente que merece una mención por su contribución y amistad: Patti Kelly y Ute Kelley, mis dos superabuelas; Meghan Mahler por sus mapas; Peter Kelley por su increíble trabajo en mi rincón en internet, [www.jverse.com](http://www.jverse.com); Derek, Troy y Darren por el esquí y, por supuesto, Steve y Naomi.